

PAULA CONTRERAS



M O R I L E S

Trazos de su Historia

NOVELA

© Paula Contreras
Depósito Legal: GR-915/1995
Impresión: CROMA Factoría Gráfica
Polígono Industrial Juncaril.
Albolote. Granada

PAULA CONTRERAS

M O R I L E S

Trazos de su Historia

NOVELA

¿ Qué sería de Moriles sin Paula Contreras? Estoy seguro de que seguiría si historia. O al menos seguiría sin que nadie la escribiera tan literaria, tan bellamente.

Dije una vez que la autora de este libro nació escritora. Añado ahora que nació para escribir de Moriles. Por vocación y por pasión. Por necesidad y por gusto. Para escribir la historia y la novela, la gran novela, de Moriles..., de Zapateros. De ahí el título del libro que tienes en tus manos: **Moriles. Trazos de su Historia. Novela.**

¿Cómo puede ese título confundir a nadie que conozca a la autora, aunque la haya conocido tarde como me ocurre a mí? Fue en el ambiente literario y casi monacal del otrora convento cordobés de Nuestra Señora de las Nieves, hogaño Círculo de la Amistad y Liceo Artístico y Literario por mor de Leyes desamortizadoras. Pero nuestra amistad, de la que no éramos conscientes, venía de antes de este encuentro. Paula fue compañera de estudios de mi padre y es la madre de mi amigo Fermín Sánchez de Medina, ilustre compañero de tareas del movimiento académico andaluz. Paula era y es amiga. Amiga entrañable porque sabe ganarse a las personas. Por su manera de ser y por su modo de escribir.

De escribir con Zapateros-Moriles al fondo. Con imágenes, a veces algo veladas, a veces suficientemente diáfanas, de viñedos en tierras albarizas, de calles que leyes absurdas parten en dos términos, de paseos vespertinos con efluvios verperales, de personajes de leyenda que se mueven en espíritu y configuran la historia mágica y mítica de Moriles.

Esa historia mágica y mítica, esa novela, de la que es intérprete una escritora tan abierta a todo y a todos como es Paula Contreras, jalona no sólo el pasado sino también el futuro de Moriles. Porque el futuro se escribe con la historia.

Joaquín Criado Costa
Secretario de la Real Academia de Córdoba de Ciencias,
Bellas Artes y Nobles Artes

Moriles

LA HUERTA DE LOS GRANADOS

**Quien siembra vientos,
cosecha tempestades.**
Popular.

Algo anormal estaba sucediendo en la huerta de Los Granados, porque el Chino, un mastín de cabeza robusta y mandíbulas feroces, ladraba con fuerza entrando y saliendo de la casa; subió al pretil de la alberca enloquecido pidiendo auxilio.

A la trasera de la casa estaban trabajando la huerta un hombre y un zagal y fue éste el que oyó los ladridos del Chino y se lo hizo notar al compañero y éste no le dio importancia:

—El Chino es todavía cachorro y los cachorros, ya se sabe, son como niños que sólo quieren jugar.

El muchacho no se conformó con lo dicho, porque además creyó oír voces y carcajadas que le llegaban del piso alto y alarmado por esto, se fue hacia la casa.

El perro entonces dejó de aullar y empezó una carrera subiendo al piso alto seguido por el zagal y el hortelano.

El espectáculo que vio el zagal le impresionó hondamente. Algo había oído referente a la señora, a la que todos llamaban la Niña de la huerta de Los Granados, aunque su nombre era María Victoria; nunca la vio y le decían que era tan bonita como la Morachita, o quizá más bonita, pero que hacía tiempo que había perdido «los tornillos» y que Dolores, la sirvienta, era la que mandaba en la casa y cuidaba de todo.

Allí estaban las dos: Dolores aguantando por los hombros a la enferma, obligándola a sentarse en el sillón de brazos de cuyo respaldo pendían dos látigos anudados con los que pretendía inmovilizarla para poder apagar el fuego que se había prendido en la cama.

–Llama a Narciso el hortelano –le gritó Dolores– y subidme cubos de agua de la alberca y llama a los jornaleros que estén trabajando por aquí cerca; corre, sal a la Fuente, que venga gente, mujeres, niños, ¡gente..!

Ya iba a cumplir la orden, cuando Dolores lo detuvo pidiéndole la herramienta que todavía llevaba en una mano: –Dame ese almocafre; al verlo se asustará porque sabe que soy capaz de darle un buen golpe si no se deja amarrar.

El muchacho, junto con el perro, salió a cumplir la orden y ella, enarbolando amenazante la herramienta, consiguió reducir los bríos de María Victoria y atarla al sillón y entonces dejó de mover piernas y brazos.

–Así, Niña, así quietecita como un angelito –le decía Dolores acariciándola conmovida.

Entretanto el fuego consumía las ropas de la cama y se alzaba en llamaradas lamiendo la madera del cabecero; Dolores echaba sobre el fuego unas mantas de lana y hablaba consigo misma en voz alta:

–Le tengo avisado...; que habría que cambiar la cama de madera por otra de hierro...; que podría ocurrir un día algo gordo...; que la Niña va de mal en peor...; que habría que encerrarla ¡y Ramón no me hace caso, como si quisiera...! ¡Dios me perdone este mal pensamiento!

Narciso el hortelano había llegado con dos cubos de agua que volcó sobre lo alto de la cabecera, porque mojando la madera se adelantaba mucho; el zagal subía otras dos cubas y pronto desde la alberca al dormitorio se formó un rosario de personas que se iban entregando los cubos de una en una, con tal precisión que Narciso, Dolores y el joven al volcar un cubo y soltarlo tenían a la par otro lleno en la mano. Y ninguna persona estaba allí por curiosidad; nadie preguntaba qué estaba ocurriendo y todos ayudaban por aquella chispita oculta en el corazón de cada uno, que ni siquiera conocían el significado de la palabra fraternidad. Naturalmente que cuando se hubo apagado el fuego se encendieron los comentarios.

Dolores dio las gracias a todos porque sin la ayuda de ellos no quería ni pensar qué cosa más remala hubiera pasado en la casa... Entre los tres recogieron el agua del suelo y de la escalera y deshicieron la cama.

—Menos mal —dijo Narciso— que los dos colchones son de lana y la lana no arde.

—¡Vamos que si le toca esto a mi catre, no queda ni cenizas!

—¿Tu colchón es de paja?

—No; este año lo llenamos de hojas de maíz y cada vez que me muevo en la cama hasta yo mismo me despierto del ruido del colchón.

Dolores miró al muchacho:

—¿Cómo te llamas?

—Rafael González; mi madre es la Gonzala, que está casada con el Mira, que es mi padre, y como es mote, a mi me conocen por el Mira el de la Gonzala.

Dolores se acercó a la enferma que permanecía en una quietud y silencio alarmantes.

—Niña —le dijo acariciándole con mucha ternura las manos y brazos que le amarró a los brazos del sillón. —Niña, tienes que ser buena...; no lo vas a hacer más ¿verdad? Dímelo con los ojos o con la cabeza, no lo harás más ¿verdad bonita?

Ella no hizo ningún movimiento para contestar porque estaba mirando con arrobamiento al joven y Dolores lo presentó: —Se llama Rafael ¿sabes? y es hijo del Mira y de la Gonzala ¿te acuerdas?

—Sí —pronunció claramente.

Cuando entre Narciso y Rafael intentaron cambiar de sitio el sillón para limpiar el suelo, al llevarlo junto a la ventana la Niña gritó:

—No, no, no quiero ver la alberca...

—Dale vuelta al sillón...; ponerla de espalda que no la vea...

¡Cuántos años han pasado desde aquellos en que María Victoria era una jovencita llena de gracia y simpatía! ¡Tan atrevida, tan avanzada, con tanta sabiduría para enamorar! Así tenía al Tole...; aquella hilerera de macetas plantadas de claveles que ella misma cuidaba, y ahora

se irrita cuando alguien los nombra...; ¡aquellos baños de noche en la alberca, completamente desnuda, sabiendo que Tole la estaba mirando desde una ventana! ¡Y qué preciosidad de cuerpo con aquellas caderas, aquellas piernas...; al tirarse al agua desde el pretil, no parecía humana y la luna la convertía en diosa; aquellos pechos tan seguros y firmes ¿y ahora? le descansan flojos plegados sobre el vientre... Cuando ocurrió aquello y después le enseñó su cuerpo del que había abusado el Tole, al verle el pecho lleno de sangre por los mordiscos que él le dio, sintió rabia y odio por el Tole, aunque más tarde pensara que la Niña se mereció la afrenta...

–Dolores –suplicó la enferma– no quiero dormir aquí.

–No dormirás, niña mía, te cambiaré la cama.

Gritó la enferma: –No quiero dormir en este cuarto.

–¿Por qué? Es el mejor, y desde aquí no se ve la alberca, pero sí los árboles y las casas y el campanario de la iglesia... ¿quieres que venga a verte don Emilio el cura?

María Victoria soltó una carcajada que hizo volver la cabeza a Rafael.

Dolores le dijo: –Ya te puedes ir a seguir trabajando en la huerta, muchacho...

–No se va, no quiero que se vaya...; acércate, me gustas y quiero verte mejor...

El joven se acercó tímidamente y ella lo abarcó con una mirada lasciva; el torpe movimiento de sus brazos queriendo desprenderse de las ligaduras, expresaba sus deseos lujuriosos.

–¡Cállate, Niña, y no te muevas que te haces daño!

María Victoria suplicaba con voz dolida: –¡Ven esta noche a verme, Rafael...!

Dolores empujó con fuerza al muchacho que se había quedado parado sin comprender lo que presenciaba y salió por fin, ofuscado y torpe; en la huerta comentó con Narciso: –Yo nunca vi de cerca a una

loca aunque dicen que mi abuelo el Mira perdió la chaveta porque decía que le habían robado un tesoro y sin embargo yo nunca lo vi llorar y reír al mismo tiempo como hace la Niña, ni mi abuelo le metió fuego a nada... era muy tranquilo hablando hasta que le nombraran a mi abuela o al tesoro.

–Tu abuela fue una real hembra que tuvo la mala suerte de tropezar con otro hombre que estropeó su vida y su matrimonio ¡pícaras mujeres! ¡Dios nos libre de ellas...!

Rafael observó que Narciso ponía en aquel momento mucho afán en su trabajo y que estaba nervioso, pero él estaba muy interesado por la conversación iniciada y dijo con fingida indiferencia:

–Me acuerdo de mi abuela como una mujer joven, muy guapa, que cantaba muy bien y que tenía fama de...

–Sí, tenía fama de...

–...de limpia –terminó Rafael, dispuesto a honrar la memoria de su abuela.

–De limpia, de muy limpia, eso es cierto.

–A mi abuelo cuando le entraba el arrechucho que siempre era cuando iba a cambiar el tiempo, cogía este mismo almocafre, que era de él, se iba al corral y se llevaba horas y horas haciendo hoyos en el suelo... «¿Qué hace el abuelo?» –preguntábamos los chicuelos, –«Busca un tesoro...»

Narciso puso atención a un ruido que le llegaba no muy lejano.

–¿Oyes?

–Sí. Es el amo Ramón que viene en su caballo y ya está el Chino ladrando de alegría.

Narciso volvió a inclinarse para continuar su trabajo y murmuraba muy bajito: –¡Mecachis con las mujeres!

Rafael igualmente siguió compartiendo ilusiones con la tierra y diciendo en voz alta: –¡Si yo tuviera un perro –y añadió esperanzado: –¡Algún día lo tendré...!

Arriba, en la habitación del siniestro, María Victoria lloraba y Dolores le secaba el rostro con mucha suavidad y ternura.

–Fue aquí, fue aquí..., yo dormía y Tole entró...

–Pero aquello hace mucho tiempo que pasó, Niña, aquello fue...

No pudo terminar de decir las palabras consoladoras porque en aquel momento entraba en la habitación, como un mal viento, Ramón, el marido de la Niña, que fue avisado del incendio a su vuelta de Aguilar donde estuvo por asuntos de la alcaldía de la que era presidente.

Dolores relató lo ocurrido y consiguió que accediera a cambiarla de cuarto y de cama, aunque él al principio protestó.

–¿Y por qué de cuarto?, yo estoy en el mío muy bien acomodado..., que ella siga aquí cambiándole la cama por la del señorito Diego que es de hierro.

–¡No, no, no! –gritó María Victoria.

Dolores, mirándola a los ojos con marcada fijeza y dándole palmaditas en la cara, intentaba en vano calmarla.

–No, no, no... –seguía gritando machacona– porque mi hermano vendrá a matarme como yo lo maté a él...

–¡Cállate, Niña, y no digas disparates!– acudió su mirada al crispado semblante de Ramón. –¡Cuando se pone así, no sabe lo que dice..!

–Sí sé lo que digo –a los esfuerzos que hacía para liberarse de las ataduras se le iban hinchando las manos, le sudaba el rostro y le babeaba la boca. –Sí sé lo que digo, que yo maté a mi hermano en Viña Alta.; que no fue el Tole, que fui yo; me vestí como una vieja y subí a la viña y él me conoció.; lo maté, lo maté...

Dolores se había derrumbado sobre la cama a punto del desmayo.

Ramón, deslumbrado y horrorizado no quería oír y tampoco quería que su mujer callara porque sus palabras le destapaban secretos que hasta entonces no pudo ni sospechar; si lo que estaba oyendo era verdad, y lo era dada la actitud de Dolores, aquellos años había vivido en la mayor ignorancia, engañado y burlado, desde que supo que el hijo mayor que creyó suyo era hijo del Tole, sentía la humillación y la mofa de todo el

pueblo que sabía la verdad; y un odio terrible se fue apoderando de sus sentimientos respecto al Tole, a quien siempre tuvo por asesino de su cuñado; y a Dieguito a quien siempre quiso como carne de su carne y admiró por su nobleza y honradez. Siempre le había preguntado a María Victoria: —«¿En tu familia hay quien tenga esos ojos verdes tan preciosos de Dieguito?», y ella contestaba que tal vez algún antepasado... ¿cómo no se dio cuenta del parecido con Tole si eran tan iguales como dos gotas de agua? ¿Y cómo no se dio cuenta de que María la Tuerta, aquella pobre mujer a la que compró la casucha, tenía un solo ojo y era verde como una estrella? María la Tuerta, el Tole y Dieguito: abuela, padre y nieto, tres caras iguales... ¡Y siendo el hazmerreír de los patanes del pueblo!... Tendría que salir de él; volvería con sus hijos, dos hijos de los que sentía vergüenza de haberlos engendrado, que parecían animales y eran crueles hasta la perversidad, además de feos, paticojos los dos y el pequeño cheposo; nunca quiso la madre a ninguno de los tres, porque María Victoria era incapaz de querer.

Todo esto pasó por la mente de Ramón con la rapidez y claridad del rayo.

—Tú, Dolores, sabías todo...

—Sí.

—Siempre fuiste una hija de... ¿Qué ganaste cuando trajiste al Tole?

María Victoria seguía chillando y haciendo esfuerzos para desprenderse de las correas.

—¡Cállate, criminal...! —le gritó Ramón. —Dime tú ¿cuánto ganaste? ¿con qué te pagó este pringajo? —y señalaba con desprecio a la enferma.

La moza, con voz segura relató: Que María Victoria y el Tole se quisieron desde que eran niños y que el señorito don Diego veía a los dos con buenos ojos; que Tole se dio cuenta de que ella jugaba con él; que entró una noche en la casa mientras dormían las dos; a ella le tapó la boca con un pañuelo y la amarró al catre y la Niña no se pudo defender; la Niña sabía que si moría su hermano don Diego, toda la

herencia del tío don Joaquín pasaría a su poder y por eso lo mató ella misma; todavía se guardan las ropas que se puso para parecer una vieja; están las manchas de sangre en el pañuelo blanco del señorito don Diego; toda la ropa está en el arca del cuarto del hermano.

Ramón abandonó la habitación sin mirar a las mujeres y bajó a la cocina.

Ocupó su sillón preferido al lado de la chimenea.

El Chino se acercó a sus pies y lo miró con las orejas empinadas «¿Qué te pasa, mi amo?», parecía decirle.

¿Qué le pasaba al amo siempre tan movido, tan hablador, removiendo la casa y la gañanía, y ahora caviloso y triste?

Porque Ramón parecía no estar; en vano el Chino limpiaba con el rabo la ceniza de parte de la chimenea suplicando atención.

Ramón parecía no estar; solo los movimientos de sus manos al retorcerse los dedos sin descanso daban cuenta de su presencia y pesar; si el Chino hubiera podido entrar en el cerebro del hombre hubiera visto que en él se agitaba una montaña de fuego.

—Aquí, Chino —estaba acostumbrado a oírle— aquí Chino —le pasaba una piedra cerca del hocico, se la tiraba muy lejos y— ¡Corre, Chino, tráemela! —y él volvía victorioso, soltaba la piedra a los pies del amo y alzaba la cabeza esperando unas palabras animosas o una caricia; a veces se olvidaba de premiarlo pero él seguía obedeciendo.

Por eso, hoy que han pasado tantas cosas en la casa, él tiene que estar a su lado, a sus pies, aunque no le hable ni le mire, aunque al moverse la haya dado un puntapié en el lomo.

Ramón parece no estar, y si su cerebro es un volcán en activo, su corazón tiene un ritmo nuevo, como si se estuviera descolgando, como si fuera a entrar en un túnel oscuro y sin salida.

Rafael, el zagal que trabajaba erando la huerta para plantar almácigas nuevas, entraba en la casa. Ramón le hizo una seña y le indicó: —Abre aquella alacena y échame coñac en un vaso.

El Chino suspiró y se ovilló cuando Ramón se bebía de un trago el coñac; también suspiró Ramón y al cabo de unos minutos intentó poner en orden sus sentidos.

«Se impone salir de esta casa y de este villorrio al que llaman Moriles. Nos iremos a la finca de Lucena. Dejaré aquí a Dieguito cuidando de la huerta y de Viña Alta. Aguantaré mi cruz. Hablaré con el notario para amarrar las cosas bien porque, pese a todo, a Dieguito lo sigo queriendo...; él no tiene la culpa de nada y, además, lleva mi apellido, como los otros...; Dieguito es noble y de no haber sido por la Morachita, entre nosotros no hubiera pasado nada. Me duele tener que abandonar el pueblo ahora que lo estaba levantando; ahora que vienen a él de otros pueblos buscando trabajo; ahora que hay propietarios nuevos, ahora que Morachita va a vivir tan cerca de mi en la huerta del Arroyo; ahora que doña Clara sienta sus reales en este término. No puedo estar expuesto a las palabras de María Victoria y menos a las de Dolores. Dolores es un peligro para mí; tengo que hacer desaparecer las ropas y hasta el arca donde se guardan; lo quemaré todo. Nos iremos de aquí y encerraré a mi mujer en un manicomio. Nunca me pasó por la imaginación que me viera obligado a salir de aquí..., ni pensar en estos últimos meses que podría dejar a Dieguito de amo y señor de Viña Alta y de la huerta...; que Dios me perdone, pero abrigué por un tiempo el deseo de que no volviera de la guerra... ¿Quién daría el dinero para librarlo de ir a Africa? ¿Morachita? ¿Doña Clara? Algún día lo sabremos.»

Estaba Ramón recostado en su sillón predilecto de la cocina, sintiendo los ruidos que bajaban de las habitaciones altas al ser arrasados los muebles y a las fuertes pisadas de Dolores.

Tras haber tomado una imprudente cantidad de coñac, sentíase incapaz de moverse con soltura y se le cerraban los ojos —«¡Quién pudiera dormir un ratito para olvidar!»—, y hubiera podido dormir de no estar tan nervioso, porque el ambiente se prestaba a un dulce y reparador descanso, en la media luz de la cocina donde las brasas de los leños quemados se iban cubriendo de ceniza hasta quedar como un montoncito aplastado de singular relieve. La gata regocijaba su cuerpo en la templada blandura, junto al pucherillo donde hirvió el café de la mañana, que Dolores no tuvo tiempo de retirar. Brillaban los ojos de Lola, como llamaban a la gata, cada vez que los abría para mirar al Chino y al amo; la Lola barruntaba algo; no acostumbraba el amo a sentarse a aquella

hora sin más compañía que la del perro y también era raro que Dolores no hubiera bajado a limpiar y a echarla a ella de allí, donde estaba tan bien acomodada, tan a gusto que hasta ponía en duda cazar algún ratoncillo que se le viniera cerca, con tal de no moverse. Del corral llegó el triunfal quíquiriquí del gallo y hasta el cacareo alborotado de su corte; al sentir el jubileo del corral, abrió Ramón los ojos, pero no se movió. El Chino estiró las patas en un gozoso desperezo y miró a la gata. La Lola lo enfocó con sus rayos verdes a modo de saludo, ronroneó y sacudió lánguidamente las pavesas posadas en sus bigotes.

Parecía que en el piso alto iba llegando poco a poco la paz. Gracias a que Dolores era mujer de mucho empuje, se había volteado en un santiamén la faena de cambiar cama y habitación y de asear un poquito a María Victoria, que por fin consintió en tomar una bebida que tenía siempre reservada en una jarra y que ella misma preparaba cocinando cabezas de adormideras de las que crecían siempre junto a la alberca; la había acariciado mientras le arreglaba el cabello, que ya blanqueaba; le cubrió las piernas con una ligera manta y le acomodó la espalda con almohada y cojines.

—Cántame —suplicó la Niña— cántame, quiero dormir y soy buena, cántame...

Dolores sintió aprisionada su garganta por un aro muy duro y sus ojos se taponaron con el espesor de un llanto. Comenzó a cantar:

Caminito de Lucena
se han llevado un

—No, no, esa no; cántame la que yo le cantaba a Tole, aquella de arroyo claro...

Continuó Dolores con la voz rota por el llanto:

Fuente serena
donde lavas tu cuerpo
saber quisiera...

Quedó dormida con la boca entreabierta; presentaba una triste estampa de boba.

Cuando Dolores apareció en la cocina tuvo que sufrir la ira de Ramón; ¿cómo no cuidó de tener escondidas las cerillas, las tijeras, los cuchillos? Pudo arder la casa entera ¿era ese el cuidado que tenía? ¿no sabía su obligación?

Ella callaba y ponía todo en orden; echaba a la gata, recogía las cenizas, atizaba las escasas ascuas, colocaba más leña y con la toba sopló hasta conseguir unas diminutas llamas que, dóciles, lamían el trenzado de los leños y palitroques sobre los que había colocado una trébedes que amparaba a la olla con agua, aceite y aliños, mientras pelaba patatas que iba sacando de un saco que arrastró desde la despensa.

Y callaba.

Y no miraba a Ramón.

Éste, cada vez más irritado, no cesaba de hacerle reproches y al final le dio un puntapié al Chino que, dolorida y encogida una pata, aullando lastimero, salió a la explanada y buscó otro sitio arrimándose a Lola que tomaba el sol en el rincón del poyete adosado a la fachada; Lola, encogida como estaba en su descanso, comparada con la corpulencia del mastín, era como un garbanzo al lado de un melón, como un día dijo el guardia Ruíz cuando vio a los dos animales compartiendo lecho. Ahora compartían desengaños, quejándose ambos sin acritud, porque el amo le acariciaba la cabeza y el lomo y les reñía a los niños, cuando ellos, que eran malos, les restregaban ortigas por el hocico, o lo trababan como a los mulos; el amo no permitía que le hiciesen daño, decía: —«El Chino vale lo que pesa en oro, porque sabe defender la finca», y el amo joven, Dieguito, era mejor aún, por eso él se le alzaba, le ponía las patas en los hombros, le lamía la cara y el pecho y nunca ¡nunca! lo echaba de su vera.

Estas consideraciones le estaría comunicando a la Lola que estaba muy atenta mirándole fijamente; él pasó su lengua por la cabeza de su amiga y ella se replegó contra la pared haciéndole un sitio y correspondió a sus lametones con otros en la pata dolorida y a ambos se les elevó el lomo en un suspiro amoroso.

Entre las piedras cercanas la cabecita verde de una audaz lagartijilla había parado las puntitas negras de sus ojos con la misma extrañeza

que el gorrión dejaba de rebuscar en el pedregal alguna mijita de pan para sus polluelos que esperaban en el nido bajo el alar.

El instinto maternal de la Lola era evidente y la necesidad de cariño del perro también lo era; ella lo amparaba y él se dejaba proteger.

–Yo ahuyento a los malhechores –dijo él.

–Yo a los ratones y cucarachas –dijo ella.

Pero no era eso solamente lo que hablaban entre ellos.

–Tú, sólo estás atento a tu trabajo, Chino; tú, sólo sabes vigilar y te alteras dos veces al año durante unos días en los que sólo apetece la compañía de una perra aunque no sea ella de tu rango; dos temporadas en las que sufres y disfrutas cuando te lo permiten; tú, sólo te sientes pagado con una palabra tierna y perdonas y te olvidas de patadas y apaleos. Yo, yo... ¿qué voy a decirte? vivo bien y mi trabajo de cazar ratones y de aplastar curianas me gusta. Me dejo querer y acariciar y se escabullirme cuando oigo gritos y cuando reparten palos. Me dejo querer por Dolores aunque me utiliza como señuelo porque ella es como nosotras y se sirve de mí para eso; me toma en brazos, roza su cara por mis bigotes y me acaricia las tetitas; me acama en su falda, me toca todo el cuerpo y juega con mi rabo y a la tarde o a la noche me acomodo en la ventana y veo y siento a Dolores y al hombre que la acompaña que no siempre es el mismo... Desengáñate, Chino: las personas nos tienen mientras las podemos servir; lo sé, lo sé muy bien; mira, yo tuve una compañera que no la aventajaba nadie en la caza, pero se hizo vieja y estorbaba, porque además de no servir se volvió sucia y se le caía el pelo.; pues delante de mí, le dieron un martillazo en la cabeza y los niños de la casa jugaron con ella hasta que la pobre gata vieja fue un revoltijo de pelos y sangre; Dolores se enfadó mucho, yo me creí que la quería porque también la usó cuando era jovencita, como a mí, para encandilar a los hombres; miraba yo desde lo alto de ese árbol con agrado hasta que le oí decir: «La gata era vieja, estorbaba y no servía ya para nada». Conque aprende, Chino, que lo que no sirve por viejo o estropeado, se tira, se quema o se mata.

Pero el perro no quería admitir estas advertencias; su felicidad era tan grande en aquella mansión donde tenía trabajo, amistad y cariño, que los agravios los olvidaba pronto, y aunque escuchaba a la Lola, también estaba pendiente del movimiento que había dentro de la casa, de las palabras que se cruzaban entre Narciso y Rafael trabajando en la huerta, de las personas y bestias que pasaban por la carretera cercana, del hermoso caballo con su jinete que bajaba de la huerta del Arroyo y hasta del encorbatado gorrión que trabajaba afanoso bajando y subiendo al nido del alero llevando alimento a los polluelos que eran incansables en su piar, y cuando al fin callaron, bajó la gorriona para continuar el trabajo del macho de abastecer la despensa.

La Lola abandonó sus consideraciones y también la pereza para saltar sobre la confiada avecilla, que pudo escapar volando al pretil de la alberca y después elevó su cuerpecito hasta alcanzar la tierna rama del árbol; medio incorporado el Chino, pudo escuchar el tierno diálogo mezclado de consejos, advertencias y congojas que se estableció del nido al árbol en invisible cordón amoroso; también temió por su vida la lagartijilla que se vio apurada al buscar un hueco entre las piedras donde su colita quedara a salvo.

Por la carretera viene un conocido que va a entrar en el camino de la huerta de Los Granados; el Chino, cojeando aún, sale a recibirlo moviendo amigable el rabo y ladrando avizor.

Dolores sale a la explanada y vuelve a entrar diciendo:

—El municipal viene aquí.

Ramón hizo un gesto de contrariedad. En la puerta, Aquilino el municipal, pedía permiso para entrar y sin esperarlo se coló en la casa.

—Que Dios le guarde, señor alcalde.

—Ven con Él —contestó y poniéndose rápidamente en actitud de mando, preguntó: —¿Qué te trae por aquí? ¿A qué vienes molestando? Estuve toda la mañana en Aguilar defendiendo intereses del pueblo, vuelvo y me encuentro con que está ardiendo mi casa..., corro echando los bofes

por la boca, me encuentro el cuadro de mi mujer dando gritos y llorando y, cuando, por fin, encuentro un rincón donde descansar te presentas tú y ... ¡Esto es un aburrimiento...! Bueno, habla ¿qué pito se te ha roto?

Aquilino sudaba, contraía la boca, apretaba los labios y cerraba las manos con tal fuerza que los nudillos resplandecían amarillentos y pujantes entre la piel negruzca y cuarteada como corteza de encina vieja; pudo decir:

–Me manda Manolo el secretario del Ayuntamiento.

–¿Qué tripa se le ha roto al secretario del Ayuntamiento?

–Pues que... –titubeaba nervioso– la maestra nueva reclama...

–¿Reclama...? –no lo dejó terminar– ¿Qué reclama esa señoritinga?

–Reclama cosas...; Manolo sólo me ha dicho que doña Elena quiere hablar con usted.

–¡Pues está fresca!... ¡Que pida, que pida...!

–Y también me dijo que el amo de la huerta del Arroyo pregunta por el Alcalde, así que, si no manda otra cosa me puedo retirar porque viniendo para acá, he visto que la cochina de Frasquito el Bizco se habrá escapado de la corraleta y está dentro del campo de mi compadre destrozando lo sembrado...

Cuando Aquilino tenía ya un pie en el rebate para salir, Ramón con voz acuartelada le dijo:

–Aquilino, ve a la huerta a ver qué están haciendo el Narciso y su compinche porque a los dos les cuesta doblar el espinazo y si no se les vigila...

Ramón no pudo ver el ademán obsceno del alguacil cuando se disponía a cumplir la orden; pronto estuvo de vuelta y le dio el parte:

–El Rafael está cavando y el Narciso está plantando unas almácigas no me ha dicho de que... ¿manda algo más?

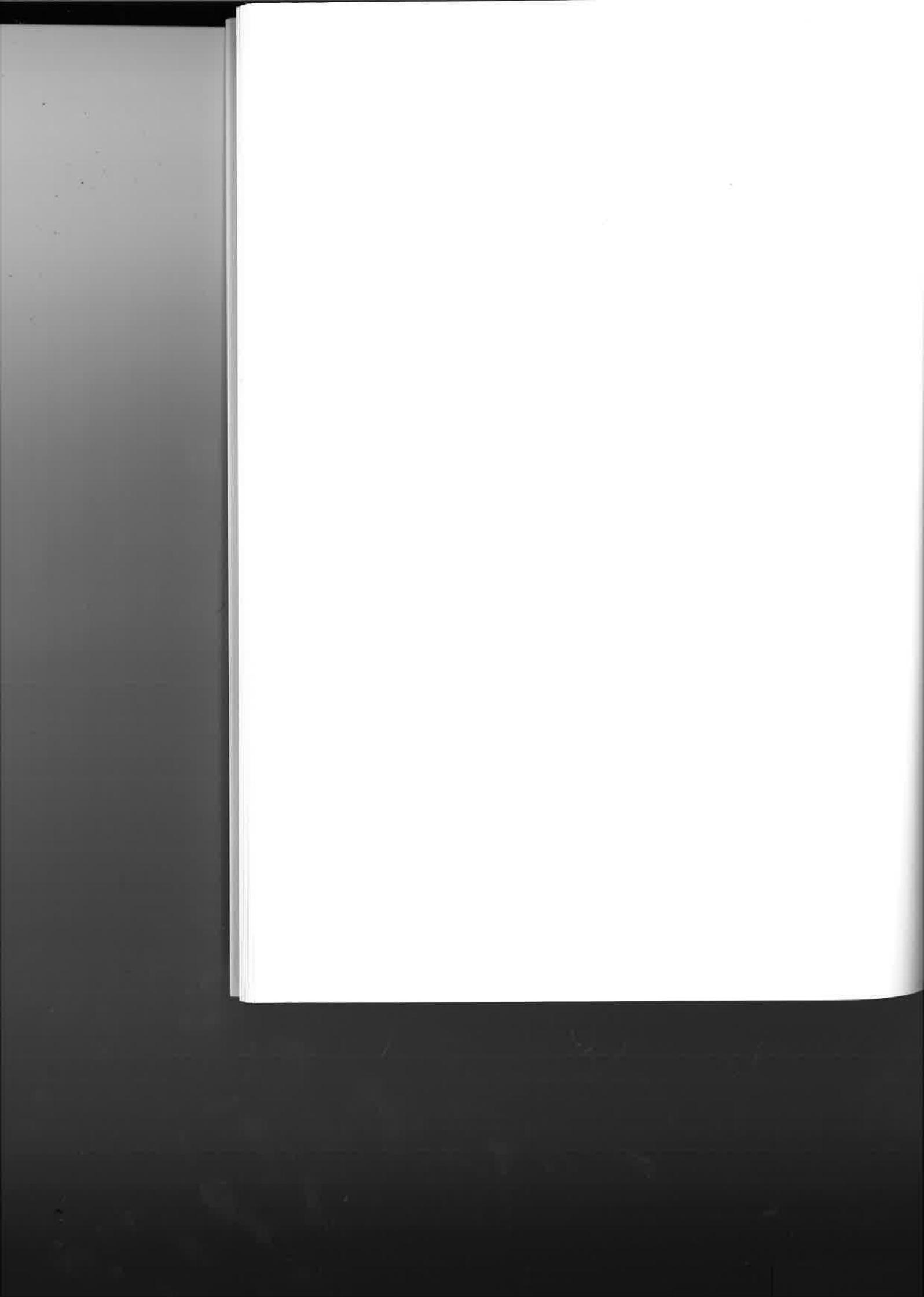
–Sí, que no te entretengas en lo de tu compadre y vayas directo a tu obligación que es esperar en el Ayuntamiento para lo que haga falta.

Salió Aquilino mirando de reojo a Dolores que seguía como ajena a todo que no fuera su trabajo.

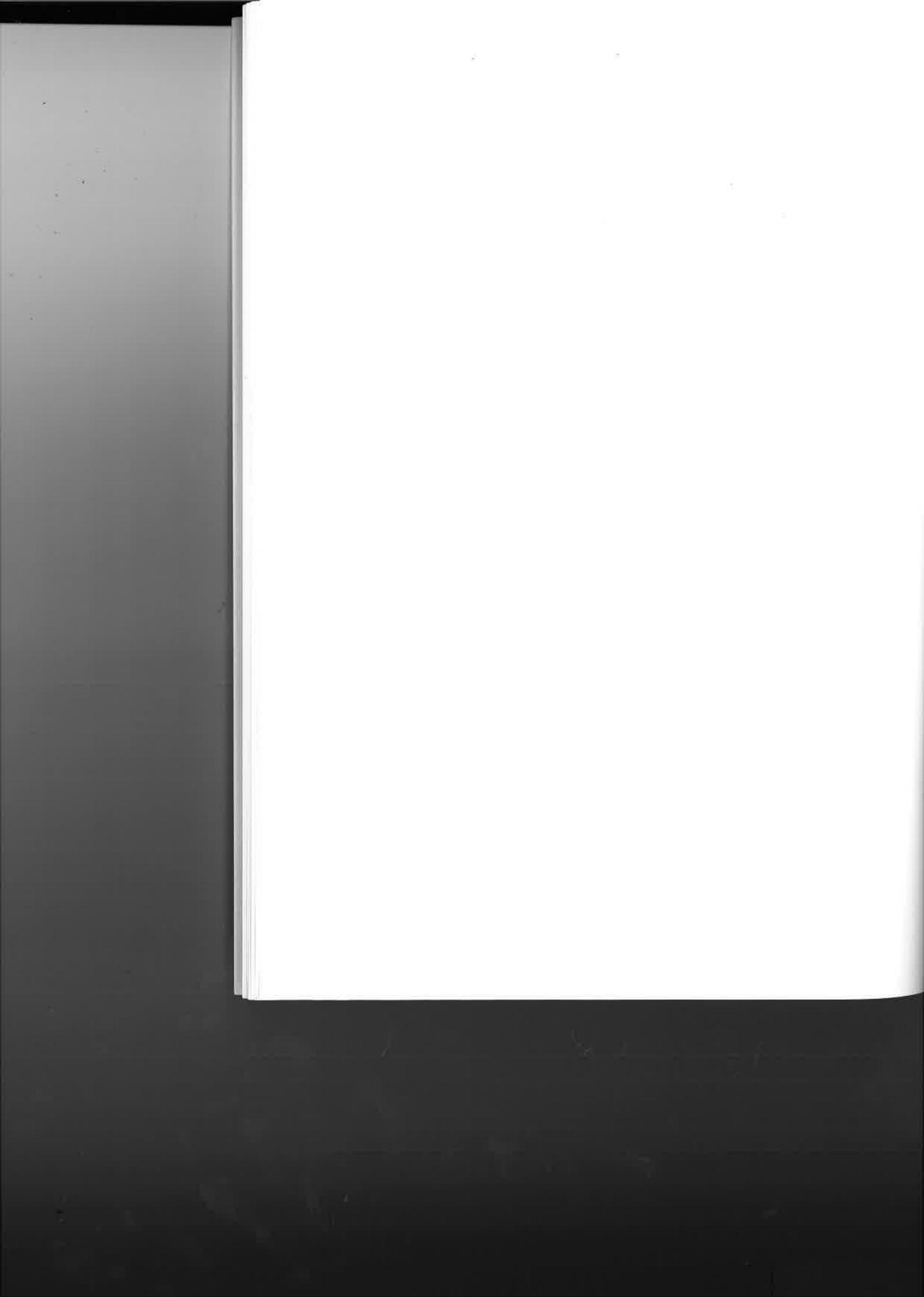
El perro había entrado y se acomodaba debajo de las cantareras, en su rincón favorito cuando hacía calor, porque las gotitas de agua que rezumaba el barro de los cántaros le caían en el lomo como si un airecillo extraño soplara en su piel; desde allí miraba al amo observando sus movimientos, que eran pocos, porque Ramón había cerrado los ojos y parecía dormido. Y no dormía; naturalmente ¿cómo iba a dormir cuando en su cerebro se estaba formando y más tenebrosa cada vez, una tormenta? Enseñar a andar a un recién nacido pueblo no es tarea fácil y menos aún cuando a cada paso se levanta un obstáculo. Tenía que luchar con los pueblos de alrededor que se resistían a recortar sus límites en favor de Moriles; al principio todo pareció fácil, cuando el señor Diputado ofrecía generosa ayuda, engañando a los aldeanos que creyeron en sus promesas; ni Lucena, ni Monturque, ni Aguilar, ni Puente Genil querían ceder más términos propios, así, el pueblo nacía ahogado desde el primer día; y los gastos aumentaban y el descontento de todos también; y ahora la Maestra nueva con reclamaciones y menos mal que al Maestro se le tapó la boca haciéndole amanuense en el Ayuntamiento fuera de las horas de clase y se le buscó una casa con dos habitaciones donde pudieron meter al matrimonio con sus cinco hijos y otra para el boticario que pudo poner los estantes y la mesa de mostrador en el portal de entrada y como el piso hacía cuesta hubo que arreglar el suelo para asentarla.

Con las preocupaciones del cargo, que eran muchas, saldría de ellas con más o menos trabajo; en cambio, con las de su propio hogar...; su mujer, sus hijos, sus fincas y que todos sabían su desgracia y que algunos hasta podrían creerse que él se casó a sabiendas de que ella tendría un hijo de otro... ¿con qué mote le llamarían las gentes?

Teniendo a la Morachita ya tan cerca y siendo él la mayor autoridad del pueblo, tener que salir de él por culpa de una puta loca...



**DICHOSA LA EDAD
DEL TROMPO Y LA MUÑECA**



**Donde quiera que haya niños,
existe una edad de oro.**
Novalis.

La niña era feliz con su muñeca de trapo que ella misma confeccionó y terminó adornándole la cabeza, a manera de cabellera, con unos cabos de lana negra cortados del viejo mantón de la abuela; la muñeca resultó preciosa con los ojos redondos pintados con tinta y la boquita colorada con el lápiz que su hermano usaba para frotarse los labios; le haría un vestidito y cuando la vieran las otras niñas le preguntarían: — «¿Quién te lo ha hecho, tu tía o tu hermana?». — «La hice yo» —contaría— «¿Tú?» Pues hazme una a mí...» Y se la haría, claro, era muy sencillo, más fácil que saltar a la comba o jugar con el diávolo; no le gustaba ni una cosa ni otra; le parecía que al saltar se le iban a enredar las piernas en el cordel y que el diávolo no podría amparlo nunca. — «Es torpe la niña», había oído decir a su hermana que siempre andaba tras ella para acusarla de cosas; ya le riñó al descubrir las manchas de tinta en la mesa— escritorio y en el suelo: — «Estas cosas no se tocan; enséñame las manos y lávatelas que tienes los dedos negros de tinta». Y luego: — «¿Por qué tienes en el bolsillo el lápiz que pinta colorado?». Y ella enseñó orgullosa la muñeca. — «¿De dónde has sacado estas hebras de lana?». Y tuvo que escuchar todo un sermón: que aquella lana negra era de los flecos del mantón de la abuela Catalina; que el mantón se guardaba como una reliquia aunque estuviera inservible de tanta picadura de polilla, y que para que la madre no se enterase y la castigara, que dijera que se la había dado Antoñita.

La niña Rosita, la pequeña que tenía la habilidad de hacerse sus propias muñecas, quedó pensativa sentada en el primer peldaño de la escalera que llevaba a las habitaciones altas.

El perrillo se le acercó y se enroscó a sus pies, alzando la cabeza de vez en cuando, observando la actitud de su amita, que pensaba muy preocupada en el consejo que le acababa de dar su hermana para evitarle una riña o tal vez un castigo: «Di que la lana te la dio Antoñita».

Las personas mayores son muy raras; don Emilio el cura les dice a todos que mentir es pecado; su padre dice que la mentira mancha la boca; su madre, que mentir es una cosa muy fea; sin embargo, las personas mayores son casi todas embusteras.

Rosita dejó de meditar y fue a su cuarto para guardar la muñeca; después salió a la calle, como cada día, a reunirse con Antoñita para jugar a la regaña en el llanete. La madre de Antoñita les había dicho: —Aprovecharse, aprovecharse criaturas, que pronto vendrá una maestra y os ajustará las cuentas y no jugareis tanto, que estáis hechas unas machotas, siempre correteando...

Antoñita Albalá era rubia de ojos azules y por eso Rosita la envidiaba; sentía hacia su amiga gran admiración porque saltaba muy bien a la comba y amparaba como ninguna el diávolo que lo alzaba muy alto, además no conocía el miedo y se atrevía a todo lo que a ella le asustaba.

A las dos siempre las acompañaba el Bum.

El Bum era un hermoso perro que un día apareció abandonado en el portal de la casa. Cuando aquella noche el padre fue a cerrar la puerta de la calle advirtió la presencia del animal.

—¡Fuera..! ¿Qué haces tú aquí?

Rosita acudió curiosa, porque le habían dicho que algunas veces se escondía en el portal de su casa Cristina la loca, y quería verla de cerca; la poca luz que llegaba del mortecino quinqué de la sala dejaba ver, no a la loca, que no estaba allí, sino al animalito asustado que se replegaba contra la pared. La niña se acercó más y dijo:

-¡Pobrecito! Déjalo con nosotros si no tiene amo ni a donde ir...

El padre titubeaba, pero la madre desde dentro ordenó:

-Echarlo a la calle que no quiero perros en la casa.

Lo echaron, y aquella noche el Bum, que todavía no se llamaba así, la pasó durmiendo en el frío escalón de mármol que adornaba la entrada del hermoso edificio conocido hasta entonces por la casa del Moro y ahora por la casa de Joaquín Onieva, el nuevo propietario.

Rosita Onieva durmió en su confortable cama, pero inquieta y llorosa; lloraba en silencio por amor a su padre que un día había dicho: -«Cuando llora mi niña Rosita se me encoge el corazón y sufro mucho»; por eso eran siempre silenciosas y ocultas sus lágrimas; por eso era sumisa y aceptaba como manjar delicioso el vasito de aceite de hígado de bacalao y nadie pudo notar su repugnancia al beberlo; por nada del mundo haría sufrir a su padre.

Lloró, durmió y soñó: que era una huerfanita que sólo tenía el amparo de un perrito que la defendía del ogro...

A la mañana estaba desganada: ni leche, ni tejerings.

-¿Está mala la niña? se alteró el padre. -Pues mira Rosita, en la puerta de la calle preguntan por ti; sal.

-¿Antoñita?

-Sal, anda, sal.

De mala gana anduvo los pasos que desde la cocina había que dar hasta la calle, porque suponía que su amiga vendría a proponerle ir a la huerta del Arroyo a por lechugas y de camino a ver el arroyo que con las lluvias parecía un río.

Antoñita no estaba esperando; el que esperaba era el perruncho negro que en la noche pasada pidió asilo en el portal. A Rosita le

brillaron más los dos azabaches de sus ojos, le saltó el corazón con el mismo arrebató con el que su amiga saltaba a la comba, se llevó las manos a la boca para acallar un grito y le salió un sonido extraño: - ¡¡Bum!!

Y Bum clavó suplicante los ojos en los de la niña y esperó; la niña miró al padre y asintió con la cabeza sonriendo; Bum movió el rabo golpeando el mármol del rebate, sonando como un tambor, se acercó al hombre, al poderoso hombre que había consentido y le hoció suavemente en la punta del calzado.

-Me está dando las gracias ¿sabes?

Desde aquel día Rosita, Antoñita y Bum fueron inseparables. Rosita cuidaba de él. Rosita y Bum hablaban y se entendían y ambos se ponían tristes cuando la madre en pueril venganza por haber sido obligada a admitir al perro, decía anunciando días aciagos:

-Pues el Bum no puede ir a la escuela...

Los dos bajaban la cabeza aguantando el dolor de la inminente separación; luego ella, acariciándole la cabeza, le decía muy convencida:

-Tú me esperas en la puerta y, como seremos los dos muy buenos, un día dirá la maestra: -«Rosita, que entre también tu hermano Bum». -«Señora maestra, mi hermano Bum no trae cajita con los avíos de costura, ni cartilla». -«No importa -dirá ella- el Bum puede entrar porque es muy bueno».

Bum daba un salto de los de circo y le lamía la cara.

-Te pareces a Perico el de las cabras -le dijo un día en son de burla- el Perico le habla a una chiva, que se llama Negrita, como si le hablara a una persona..., y Perico todos sabemos que tiene los tornillos flojos...

- Pero yo no estoy loca; el Bum estaba buscando quien lo quisiera...
- Este perro se había perdido.
- Los perros, ha dicho mi padre, no se pierden.

Y es que el padre creía saber la causa de la aparición del animal; decía que el día anterior habían llegado al pueblo unos señores de Córdoba para asuntos del Municipio; estuvieron unas horas y luego visitaron algunas bodegas; total, les llegó la noche y se marcharon a la capital en el coche de caballos que los había traído; de algún señor de aquellos sería el perro, el cual al no encontrar a su amo se refugió en aquella casa por ser la mejor que había y que acaso se pareciera algo a la de sus amos en Córdoba por el rebate y el suelo de mármol... ¿y si un día lo reclamaran?

Antoñita paseaba por las calles con Rosita y el perro y propuso visitar a su tía Frasquitasí en la huerta del Arroyo porque habían comentado en su casa que con la lluvia de la tormenta había crecido tanto el arroyuelo que parecía un río tan grande como el que pasa por Puente Genil y que de vuelta se traerían unas lechugas que allí se criaban muy buenas.

-Tendré que decir en mi casa que vamos a ir.

-No hace falta porque estaremos de vuelta a la hora del almuerzo.

Todavía quedaban vestigios de la tormenta que originó la riada y la muerte de una niña a la que no le dio tiempo de subir unos escalones para ponerse a salvo; hablaban del susto que pasaron ese día y que el Bum temblaba y se escondió debajo de la cama.

-¿Tú te acuerdas de la niña que se ahogó?

-Sí, era muy bonita; parecía una muñeca de las que venden en las ferias por un real.

Andaban sin prisas y parándose cuando encontraban corrillos hablando amigablemente o en pelea que era cuando más disfrutaban las dos.

Por la calle del Horno, cerca de la casa que fue de María la Tuerta y que se vio obligada a vender a Ramón, el alcalde del lugar, cantaba una mocita de voz atiplada en el patio de su casa, que estaba barriendo el estiércol que las bestias al pasar dejaron en el suelo; la vieron barrer con el escobón desde la calle porque todas las puertas estaban abiertas como era costumbre desde antaño; las niñas hicieron coro a la moza:

El pueblo entero está
temblando de emoción
porque al servicio
los mozos van
y al irse a despedir

—Oye Antoñita ¿tu primo va a la guerra?

—Sí, y le ha tocado servir en África y mi tía Teresa llora ¡ay lo que llora! todo el día llorando...

—¿Es que lo van a matar?

—Puede ser, pero a lo mejor vuelve y ¡ojalá que vuelva! porque su novia va a tener un niño.

—¿Y tú como lo sabes?

El perro echó una carrera persiguiendo la perra de una señora que se molestó mucho por el acoso del Bum.

—¿Por qué lleváis el perro suelto? —preguntó altiva.

Y Rosita suavemente y mirando con mucho amor a su amigo, contestó:

—Este perro no muerde.

Y Antoñita, resuelta, desafió a la señora.

—Al Bum no hay que amarrarlo porque es muy bueno, en cambio el suyo...

La señora le preguntó sofocada: -¿Cómo te llamas?

Y la niña contestó descarada: -Como me pusieron.

Y Rosita, antes de que la señora calibrara la mala contestación de su amiga, dijo: -Se llama Antoñita Albalá, yo Rosa Onieva y el perro Bum.

La señora enojada no contestó, bastante preocupación tenía porque la desobediente perra estaba resuelta a relacionarse con Bum; una última mirada de la perra tras el tironazo de la correa que su ama le dio, fue un mensaje que Bum aceptó moviendo su rabo con un espasmo de alegría.

-Esa forastera es muy rica, vive en Lucena y cuando viene aquí vive en el lagar del Rubio, ese de la esquina que dicen que lo ha comprado.

-Yo lo sé, Antoñita... ¿verdad que parece una reina con la ropa tan bonita que lleva?

-Se llama doña Clara y va todos los días a Misa: visita al cura y al alcalde y ¿sabes lo que dicen de ella?, seguro que lo sabes, pero te haces la buena y la tonta y pareces una mosquita muerta.

-Es que mi padre dice que no se debe hablar mal de nadie.

-Tu padre es un beatuco -y Antoñita empezó a cantar:

Clara soy,
Clara me llamo.
siendo clara
me enturbié...

-Oye Rosita ¿a que sabes lo que quiere decir me enturbié?

-Sí lo sé, pero yo lo canto donde la gente no me oiga, porque esa copla es como levantar un falso testimonio, como dice don Emilio el cura.

-¡Eres más tonta..!

Pasaban entonces por la fuente de la Teja y Bum se regodeó bebiendo en el chorro que caía sobre las piedras; el perrunco iba tan contento y nervioso que a menudo tenía que pararse, alzaba la patita y mojaba las yerbas o las flores de la cuneta.

Iban por la carretera de la Estación y al llegar a las cuevas llamadas de los gitanos, Bum no se privó de entrar y escarbaba afanoso en la arena. Las cuevas no eran tales aunque así las llamaran; se habían formado unos huecos en un paredón natural, de tanto sacar tierra de él; era una tierra muy blanca que servía para la limpieza doméstica; en los huecos se guarecían vagabundos; arriba del paredón se había formado un alero inverosímil, una visera audaz y al filo asomaba una sarta de cepas que en su tiempo se coronaban de pámpanos y bien podría el dios Baco ocupar aquellas cuevas y mirar desde ellas al otro lado de la carretera, una explanada húmeda que recogía en dos grandes lavaderos el agua que enviaba la Teja y que sobraba de la flamante fuente Nueva y que parte de esta riqueza natural era apresada en la alberca de la huerta de los Granados.

Una ladera arrancaba allí mismo, o al bajar se detenía allí mismo; era un capricho de la naturaleza y del hombre que la plantó de olivos y aparecía umbrosa en medio de las mieses o del brillo alegre de los trigales recién nacidos. Baco estaría contemplando las eras, los trillos, las bestias y los hombres.

Repecharon hasta dominar el paisaje: el cortijó Moreno, el humilde campanario de la humilde iglesia, el ampuloso lagar de Las Feas, el olivar de La Hoja, la fuente Nueva, el flamante Matadero, la huerta de Los Granados.

—¿Sabes que a María Victoria, la Niña de la huerta la van a encerrar en un manicomio?

Rosita asintió con un movimiento de cabeza. Ella sabía muchas cosas que pasaban en aquella casa, pero su padre le había dicho una vez: —«Lo que las niñas oyen de los mayores no deben contarlos a los demás».

- ¿Y si me preguntan?
-Hazte la tonta y creerán que no te has enterado.
-¿Y cómo me hago la tonta?
-Mirando a lo lejos.
-¿Y si estamos dentro de una casa?
-Miras al techo.

Y por eso hablaban sin recato los mayores; sólo cuando la conversación subía de tono, alguien advertía:

-Hay ropa tendida... -que significaba: -Nos escucha una inocente ¡cuidado!

La miraban todos y ella continuaba con sus muñecas o con el lápiz llenando un papel de garabatos; le costaba trabajo contener la risa cuando de nuevo hilaban la conversación después de afirmar la madre o la hermana:

-La Rosita está en lo suyo y no se entera de nada.

Ni siquiera miraba a su padre para que nadie advirtiese el pacto entre los dos.

(¿Se daba cuenta el padre de que estaba iniciando a la pequeña en el arte del fingimiento?)

Por escuchar con atención y disimulo, Rosita sabía muchas cosas de la Niña de la huerta de los Granados y le había entrado muchísima curiosidad por saber detalles; así, no perdía ocasión de ir aunque sólo quedara en el rebate de la puerta, sin entrar en la casa; un día lo pudo hacer y conoció a María Victoria sufriendo en parte una desilusión: era flaca y sucia, le brillaban los ojos porque le llameaban y movía la boca como si riera o estuviera besando; la contemplaba como si mirara una imagen y de buena gana se hubiera sentado junto al sillón donde ella descansaba cerca de la chimenea; vio también el interior de una habi-

tación cuya puerta quedó abierta al entrar en ella Dolores, un altarito con candelabros resplandecientes como si fueran de oro y de la pared colgaba un crucifijo muy grande como si fuera de una iglesia. María Victoria llamó a la moza:

-Dolores, cierra la puerta del oratorio.

Y Dolores corrió a cerrarla con cuidado para no hacer ruido y luego le preguntó con un tono de voz como si le hablase a una niña:

-¿Quieres que te traiga una maceta de claveles y la riegas aquí tú misma?

-Tráemela, tráemela pronto...

Y ella acompañó a la moza hasta la alberca; había muchas macetas y Dolores cogió una en la que un capullo quería explayarse; ambas olieron la planta.

-¡Qué bien huele!

-Pues verás como ella dice que apesta a demonios.

No fue exactamente lo que dijo cuando la olió; dijo con mucha amargura:

-Ya ni los claveles huelen a lo que olían entonces...

Dolores le puso en las manos un jarro con agua para que la regara; temblaba y lloraba a la par: -¡Aquellos claveles! ¡Aquellos claveles! -decía.

De aquella vez guardaba Rosita muchos detalles que con las cosas que oía y con los sucesos que presenciaba se iban perfilando en su mente revelándose una triste historia.

-Vamos Rosita, no te quedes parada que tenemos que pedirle a mi tita Frasquitasí cogollos de los geranios que tiene en la linde de la huerta y además unas lechugas.

Era un día hermoso, claro, perfumado y envuelto en músicas y colores como si por todo el campo se reflejara un imposible arco iris.

¿Quién cantaba? Abajo en la besana un hombre tiraba del ronزال de una bestia cargada de costales llenos de trigo o harina; la canción llegaba en eco brillante regalando una ilusión.

¡Cuántas gallinas alrededor de la casa picoteando la tierra! Y un cacareo constante queriendo silenciar al gañán o a los pajarillos que jugaban felices con el aire y los árboles; y el aire travieso, cosquilleando en la nariz y en la boca regalando aromas y sabores.

–Espera, Bum –gritó Rosita, alarmada.

Y Bum no obedece porque a él le chiflan las perritas; al sentirse los ladridos del perro y la llamada de Rosita han salido de la casa dos mujeres: una es Frasquitasí y la otra es...

–¡La Morachita! Es la Morachita y ha cogido en brazos a una perrita de aguas! –ha dicho Antoñita.

Rosita ha quedado tan atónita que hasta se olvidó de su perro que también ha quedado quieto y absorto ante la belleza incomparable de aquel ser que lo está mirando extasiado desde los brazos de su ama.

–¿Te gusta el perrito, Única? –le pregunta ella apretándola suavemente en su pecho.

A Bum no le importa ni el nombre del ama ni el de ella, lo que le importa, porque parece sentir su corazón hinchado de emoción, es el sonido que sale de aquella garganta trocando un ladrido por un suspiro. Hablaron los dos en este primer encuentro.

Ella dijo: –Me gustas ¡macho!

Él dijo: –Casi me estoy derritiendo de gusto sólo con mirarte...

Ella: –Espera que me voy a tirar al suelo y ven detrás de mí...

Y Frasquitasí alababa: –Esta perrita es preciosa.

–Y muy juguetona –aclaró su ama– ¡ea, ya se echó al suelo...!
¡Le gusta el campo tanto como a mí!

Y Frasquitasí: –¡Qué buena pareja hacen! Y pueden ir sin cuidado porque no es tiempo de perros.

Antoñita soltó una carcajada indecente en opinión de Rosita, que a su vez había puesto cara de tonta mirando el jugueteo de los animales asustando a las gallinas que corrían cacareando; el mastín guardián les alertó desde su caseta que tuvieran en cuenta su presencia; la parejita se había situado a prudente distancia del feroz defensor y Única alternó su coquetería con los dos que para ella eran sus galanes; al notarlo, Bum se molestó elevando sus orejas y mirándola interrogante; el mastín desdeñó la oferta ovillándose cabe la anilla pendiente de una reja de la que colgaba la cadena de su esclavitud. Única quiso encelarlo prodigando zalamerías y revolcones al buen Bum, que nunca sabría la artimaña de la hembra caprichosa; el rabo de Bum parecía movido por un viento enloquecedor.

Antoñita muy atenta a la conversación de las dos mujeres; Rosita también pero en apariencia distraída con los perros y las gallinas.

–Hace un tiempo muy bueno...

–Entonces ¿comprará usted esta finca?

–Vengo de casa del notario de Lucena...

–Yo creí que usted compraría el lagar de Los Claveles por estar tan cerca de la laguna Grande.

–Oye Frasquitasí, nosotras nos conocemos de toda la vida; las dos íbamos juntas a la Doctrina que nos enseñaba don Emilio en la iglesia ¿te acuerdas?

Frasquitasí sentía arder su cara de vergüenza ¿cómo se atrevía aquella fulanilla a recordarle que fueron amigas cuando niñas? Si alguien estuviera escuchándolas ¿qué pensaría? Había mucha diferencia entre una mujer casada como Dios manda y una «mujer de la vida», por

muchos dineros que tuviera, por muchas fincas que pudiera comprar... ¡y cuidado que como guapa y presentable no había quien la igualara, ni la más fina señora de Lucena o del mismo Córdoba...!

—...tú y yo íbamos a rezar con don Emilio, ¿te acuerdas lo que me pasó el día de la primera Comunión? Me peleé con unos chiquillos que me dijeron cosas malas de mi madre, y ya ves, mi madre siempre fue ejemplo de honradez y yo..., y..., ¡bueno yo...! ¡El sino, Frasquitasí, que cada uno trae al nacer! ¡Lo que diera por ser casera de esta huerta, cuidar de las gallinas y del ganado, guisarle a los gañanes, restregarle los mocos a mis hijos...! ¿tienes hijos?

—Sí, dos hembras y cinco machos.

—¿Dónde están?

—El mayor ayudando al padre en aquella viña que se ve desde aquí y los otros seis en Lucena con la abuela, que fueron al bautizo de un primo y me los traerán mañana...

—¡Qué envidia me das, Frasquitasí!

Antoñita estaba desconcertada, enterándose de que su tía tenía la misma edad que la señorita que parecía «una mocita acabá de hacer», mejor vestida que doña Clara, con más relumbrones en las orejas y en las manos que doña Clara y con unos ojos ¡vaya ojos! que se le reñan a pesar de las lágrimas que en aquel momento le corrían por la cara.

Frasquitasí, muy sorprendida, exclamó:

—¡¡Está usted llorando!!

—Llámame de tú, Frasquitasí, por favor, llámame de tú como entonces y por mi nombre de siempre, por Morachita...

Frasquitasí cruzó las manos y mirando patéticamente al cielo, dijo:

—¡Quién me lo iba a decir...!

Puso Morachita su manita ensortijada en los revueltos cabellos de la casera y con extraña suavidad comenzó su confesión:

—...soy una mujer decente porque ¡te juro! que nunca falté al duque, y me he quedado aquí mientras mi coche llevó a la Maestra nueva, que me la encontré andando por la carretera de la Estación, para pedirte un favor muy grande.

Frasquitasí no salía de su asombro.

—...el duque se quedó viudo y quiere que nos casemos por la iglesia...; he venido para hablar con don Emilio para que nos case y el favor que vengo a pedirte es que vengas a mi boda con Juan Luis y tus siete hijos y si quieres hasta con el mastín que tenéis atado a la reja de la ventana... ¡Será el día más grande de felicidad! He comprado esta huerta y seguiréis aquí disfrutando de este paraíso...

—¡Morachita...! —gimoteó Frasquitasí quitándose las lágrimas con un pico del delantal —¡Morachita...! Juan Luis y yo pensábamos que nos echarías de aquí...

Las dos niñas fueron testigos del abrazo de aquellas mujeres que volvían a ser amigas como lo fueron en la infancia.

Un coche subía por el ancho camino que arrancaba de la carretera de la Estación; ladraba furioso el mastín, mientras Bum, asustado acudía a las piernas de Rosita con un temblor desconocido por la niña que recordó las palabras de su padre: «el perro llegó con unos señores en un coche de caballos y pasaron las horas recorriendo bodegas, luego se marcharon olvidando al animal; algún día vendrán a reclamarlo»; tomó a Bum en sus brazos y con él se escondió detrás de la casa entre los aperos y junto a los costales que ya había descargado el gañán; por eso Rosita no vio que la Única se había montado en el coche y se acomodaba en la blandura de su asiento; tampoco pudo ver ni oír a la Morachita despidiéndose de la casera:

—Tengo que irme ahora mismo; ya vendré y conoceré a tus hijos; a Juan Luis lo conozco desde que nacimos...

Antoñita seguía de testigo de las palabras, lágrimas, risas, besos y abrazos de las dos mujeres.

Cuando el coche se perdió de vista y dejó de ladrar el mastín, se escuchó la voz del gañán que cantaba en la trasera de la casa; era su voz bien timbrada y desde la explanada se le adivinaba un gesto socarrón al cantar la soleá:

Ponte ande yo te vea;
le daré gusto a mis ojos,
ya que otra cosa no sea.

—¿Y a qué habéis venido por aquí? —preguntaba la casera.

—A que nos des unas lechugas.

—¿En qué te las vas a llevar?

—Mételas en una talega y mañana te la traigo.

Así terminó el episodio.

Las niñas y el perro volvían al pueblo; por el camino hablaron poco; Rosita explicaba el miedo del Bum cuando llegó el coche porque creería que venían a por él; quién sabe la mala vida que le harían pasar sus amos en Córdoba, encerrado todo el día en una casa, durmiendo en el suelo, en el patio o en un pasillo...

—¿Sabes una cosa, Rosita?

—¿Qué...?

—Que la Morachita va a ser duquesa.

—¿Y eso qué es?

—Eso es... ¡bueno eso es..!, cosa que no es corriente, ¿no sabes cantar lo de la viudita y el conde de Cabra? ¿y no sabes cantar lo de la reina Mercedes y Alfonsito, cuando se dice cuatro duques la llevan?, pues eso: la Morachita va a ser duquesa, cosa de reyes, condes y marqueses...

La campanita de la iglesia comenzó a tocar.

—¡Las doce! —exclamó Antoñita— y mi madre esperando las lechugas, tenemos que andar ligeras.

—Vamos a rezar primero.

—Rezamos sin dejar de andar.

—El ángel del Señor anunció a María...

La voz de Rosita recordaba una música.

Antes de separarse las niñas quedaron un ratito en la fuente de la Teja, junto a la huerta que llamaban de la Breva, porque encontraron a Perico, un muchachote que tuvo que olvidarse del trompo, de la billalda y de las bolas, para servir de ayuda a sus padres llevando al hogar un pequeño jornal; el día que cobró el primero, al entrar en su casa, llegó hasta la falda de su madre con un trotecillo alegre y confiado como el potro que llega buscando las ubres maternas; el Perico, regordete, de pelo encrespado y rubio, de mofletes hermosos y rojos, dentadura fuerte y perfecta y de una sonrisa casi permanente y angelical:

—Toma —dijo a la madre poniéndole unas monedas en el regazo.

Ella exclamó contentísima abrazando su cintura:

—¡Ya eres un hombre! ¡Ya ganas tu pan y el de tus hermanos! ¡Mi niño Perico! ¡Mi gloria!

Perico tocaba suavemente la barbilla de su madre y bajando los ojos, le suplicó:

—¿Se lo dirás a la Loren? Di: ¿Se lo dirás?

Una ancha sonrisa y un gesto comprensivo adornó el rostro materno.

—Lo sabrá la Loren, sus padres, el pueblo entero se va a enterar de que Perico, mi niño de mi corazón, es un hombre más grande que un gigante...

¿Para qué necesitaba Perico el trompo y las bolas? A él le bastaba su trabajo: guardar una piara de cabras y ver cada día la cara de la Loren, la mocita más guapa y graciosa del mundo entero; la Loren y la chiva Negrita, la traviesa que le hacía sudar muchas veces porque eran muchas las veces que se escapaba de la piara; en una de ellas fue cuando encontró a la Chiquita, la niña ahogada en la laguna Grande; pero de aquello no quería acordarse.

Antes de irse a trabajar Perico, se estaba dando una vuelta por el pueblo porque ¡a lo mejor! se encontraba con la preciosa Loren que lo tenía tan enamorado. Se encontró con Rosita y Antoñita que estaban paradas en la fuente para que Bum bebiera.

-Perico -le habló Antoñita- ¿ya no guardas cabras?

-Sí las guardo; una piara muy grande de más de veinte -dijo con orgullo y añadió después de reír con extremada inocencia: -Y con la Negrita veintuna; la Negrita es la que bajó a la laguna Grande, cuando se ahogó Chiquita...

Antoñita murmuró al oído de la otra niña:

-Decían que el Perico la ahogó...

Rosita movió la cabeza negando y la otra continuó:

-Claro que no; Perico es un inocente muy bueno y no es capaz de una cosa así; fue el señorito de Los Claveles, que luego, como los remordimientos no lo dejaban tranquilo, se quitó la vida.

Perico las miraba sin comprender el cuchicheo de ellas y sin poderse aguantar la publicación de su triunfo, les dijo:

-Hoy me han pagado por la guardería de las cabras.

-¿Sí? ¿Y cuánto te han dado?

-Veinte reales.

-¿Dónde están? Enséñamelos.

-Se los di a mi madre y me ha dicho que ya soy un hombre.

—¡Claro! ¡Casi un gañán!

Reía feliz Perico y continuó su paseo; ¡cuándo lo supiera la Loren!; hoy mismo lo iba a saber, él mismo se lo dirá cuando vaya a recoger sus tres cabras y la chiva para llevarlas al campo: —«Mira, Loren, le di los veinte reales a mi mama, pero ella me dará por lo menos una perra chica o quizá una perra gorda cada vez que me paguen y yo iré juntando y cuando llegue la feria te convido a montar en los caballitos y a chupar cañaduz», y la Loren sacará la puntita de su lengua y mojará sus labios y eso es como si me besara...»

Locos pensamientos alegraban la vida de Perico el día que cobró su primer salario mensual y nunca sabría la Loren que era tan tiernamente adorada.

La Loren había cumplido dieciséis espléndidas primaveras y soñaba también, pero soñaba con un mozo que allá en África luchaba contra los moros en una guerra que ella nunca comprendió, ni aun cuando chiquilla jugando en el llanete a la rueda y cantaba:

...bayoneta calada dice el Gobernador
si será pa los quintos qué pena y qué dolor

.....
la guerra no se ha hecho pa las mujeres
se ha hecho pa los hombres y en ella mueren.

¿Por qué han de morir, se preguntaba Loren mirando el retrato que el mozo le dejó al partir: —«Loren si no vuelvo rómpelo, pero si vuelvo le pondremos un marco y lo colgaremos en nuestra casa porque entonces nos casamos».

No iba a ser posible cumplir ese deseo, porque desde entonces ella lo llevaba colgado del cuello como un escapulario envuelto en una pequeña bolsita.

—¿Qué te has colgado al cuello? —preguntó su madre y ella contestó ruborizándose:

—Es una promesa.

Perico sería feliz el tiempo que ignorase la promesa de su Loren.

Y estas cosas no las sospechaban ni Antoñita ni Rosita. Hay cosas vulgares y sencillas que no conocemos aunque ocurran rozando nuestras vidas.

El Bum, satisfecha su sed, comenzó a merodear por la huerta de la Brevia de la que fue ahuyentado desde lo alto de las bardas por un feroz perrazo; Rosita lo llamó y aunque al principio no quiso obedecer, se humilló al fin y corrió calle arriba con el rabo entre las patas.

—¡Pobrecito! Claro que le tiene miedo a esa fiera! ¡Mi Bum es muy noble y no quiere peleas!

—Eso que tú tienes es amor ciego, como dice mi madre y tu perro no quiere peleas porque es un cobarde...

—¡Cobarde el tuyo! —Rosita estaba indignada.

—El mío siempre fue un valiente, le podía hasta a los gatos, pero está viejo, ciego, sordo y lleno de reuma y mi madre, aunque le estorba, no quiere que lo matemos...

Así terminó el agradable paseo; Rosita entró en su casa con el ceño fruncido; Antoñita entró en la suya, entregó las lechugas y preguntó:

—¿Dónde está el perro?

—Hoy se fue al corral y allí está desde esta mañana; le he dado un par de vueltas y no quiere ni comer ni beber...

—Le voy a llevar un platito con leche —y añadió autoritaria, para convencer a la madre: —Le voy a dar de la leche que me corresponde tomar a mí; me la quito de la boca para que se la tome Canela...

Y Antoñita acudió al corral, buscó al animal en su rincón favorito de la leñera, se acercó con el platito de leche y agachada en cuclillas le rogó dulcemente a Canela que se tomara la lechecita que le acercaba a su hociquito tan seco, tan seco...; Antoñita sintió una angustia muy

grande; el Canela aún tuvo fuerza para intentar lamerle la mano a la niña.

Luego... Soltó el platito, se derramó la leche y desplomada en el suelo pasaba sus dedos por el cuerpo inerte del que fue su valiente amigo, que hasta le podía a los gatos...

La muerte de un perro puede no tener importancia pero el dolor de una niña sí la tiene. Y hay muchos niños que sufren porque sus sueños no se realizan y muchos que no saben por qué se sufre y no encuentran ni respuesta ni consuelo en los mayores; así es la vida, dicen estos, la muerte de un perro no tiene importancia.

—Así es la vida —dijo también don Emilio el cura, que aquel día lo tuvo empleado hora a hora en cosas muy diversas e interesantes. — Así es la vida, Antoñita, y llorar como tú lloras por la muerte de un perro, demuestra tus buenos sentimientos; es muy triste que se muera un perro y llorar por él porque fue tu amigo, pero es más triste cuando una persona muere sin que la lloren.

¿Por qué le hablaba así a una niña? ¿A quién podría referirse el cura?

Su hermana había recogido las lechugas que, como regalo de su madre, había llevado Antoñita.

—¿Qué te pasa en los ojos? ¿Los tienes malos?

—Es que he llorado.

—¿Te han reñido? ¿Te han pegado?

—Se ha muerto mi perro...

—Así es la vida, Antoñita —dijo el compasivo cura— y llorar por la muerte de un animal demuestra nobleza; pero no llores más, la vida es así, hija mía, y vosotros los niños estáis en la edad del gozo, en la del trompo y la muñeca... ¿tú tienes muñecas?

—Sí —contestó la niña alegrados sus ojos— las hago yo de trapo porque me ha enseñado Rosita y tengo una con la cara de china que me

la trajo mi comadre de Córdoba y mi mama me la tiene guardada en el arca entre las sábanas buenas y el mantón de manila...

—¡Qué bien...! ¡Ea!, dale a tu madre y a tu tía Frasquitas las gracias por las lechugas.

Las niñas volvieron a reunirse antes que otros días; Rosita no se entretuvo con sus muñecas, ni pintando en los papeles «monos» como llamaba la madre a sus dibujos.

Hervía el día en noticias; corrillos de hombres en los sitios más dispares; pasaban las mujeres de unas casas a otras para enlazar comentarios.

¿Qué pasaba?

Rosita salió de su casa porque en ella apenas se comentaba; sólo el padre que había dicho:

—Eso es hablar por hablar y perder el tiempo; lo único que nos interesa a todos, no es lo que pase con la Morachita, ni con doña Clara, ni con la mujer del Alcalde, ni siquiera de por qué algunos quintos se han librado de ir a África; aquí, repito, lo que interesa es saber que por fin ha llegado una maestra al pueblo y que mañana mismo todas las niñas estarán en el colegio aprendiendo cosas buenas y no correteando calles y campos...

El padre dijo estas palabras con entusiasmo porque él mismo había trabajado con el Ayuntamiento sobre el asunto escolar y era un triunfo conseguir la llegada de la maestra.

La madre le había guiñado un ojo a la hija mayor y las dos se entendieron y querían disimular el agrado que les producía la certeza de que Rosita entraría en «vereda» y que al perro lo tendrían amarrado a la reja de la ventana del comedor para que dejara de molestarlas. Como Rosita se dio cuenta miró con tristeza al perro y cuando se liberó de la presencia de los mayores —el padre a tomar su café de maquinilla a casa Pastor, la madre a coser y la hermana a terminar de planchar—

se acercó a su amigo y rozándole suavemente el hocico y las orejas le dijo muy bajito:

–Yo hablaré con la maestra y le diré: El Bum no molestará., el Bum no ladrará, el Bum estará todo el tiempo en el suelo al lado mío, el Bum.; ¡vámonos a la calle a conocer a la maestra que cuando te vea se va a enamorar de ti! «¡Qué perrito tan lindo!», va a decir y yo enseguida la entero de quien eres tú: –«Mire usted, señora maestra, el Bum es como mi hermano», ¡Anda, vámonos pronto!

Y salieron a la plaza en la que estaban plantando árboles y terminando la obra de los poyetes; cuatro entradas iba a tener el paseo y estaba formada cada una por dos machones y de machón a machón un arco de hierro que de momento estarían adornados por enredaderas hasta que llegara el tiempo de tener luz eléctrica –¿cuándo sería eso?– se preguntaban los incrédulos.

Unos minutos tardó Antoñita en aparecer porque había estado ayudando a su madre fregando los platos en la cocina.

–Mira como se me han puesto las manos –decía mostrando rojeces en las palmas y arrugas en las yemas de los dedos.

–A mí no me deja mi hermana que le ayude porque dice que tardo mucho.

–¡Pues mejor!

–¡Pues mejor, claro!

–Vamos a ver a la maestra; dicen que es muy joven y guapa y que viste como una señorita, que es de Baena y que desde la Estación vino en el coche de la Morachita; que la Morachita se quedó en la huerta del Arroyo pero que las dos y una perra de lujo vinieron juntas desde Las Navas ¿y sabes lo que dicen? que si esta maestra es amiga de la Morachita, que ella será otra igual, y dicen también que mejor estamos sin escuela que viendo malos ejemplos...

–Pues mi padre dice que mañana mismo tengo yo que ir al colegio.

–Vámonos a conocerla.

Las dos fueron y no consiguieron verla, pero ¿qué pasaba con tantos corrillos y cuchicheos?

La maestra, la Morachita, la pareja de la Guardia Civil, que Frasquito el hermano de Araceli quería ir voluntario a la guerra del moro; que su hermana esperaba un niño y no recibía noticias del novio.

Qué..., qué... y qué... Pero lo que al parecer interesaba más era que Luis, el mayor de Pepillo José, y Dieguito, el de la huerta de los Granados, se habían librado de ir a África por dineros.

¿Quién pudo pagar por Dieguito? ¿Quién? Esta pregunta interesaba más que la llegada de la maestra, que el coche de la Morachita, que la vida privada de doña Clara, la señora ricachona que había llegado al pueblo desde más allá de los mares.

¿Quién dio los dineros para Dieguito?

Tal vez don Emilio, el cura, pudiera aclararlo.

Aquella noche, Rosita metió al Bum en su cama y durmió abrazada al animal, soñando con todo lo ocurrido durante el día; feliz y dichosa, como solía decir la madre, sin preocupaciones de trabajo, enfermedades o disgustos, la edad del trompo o la muñeca.

Sin embargo Rosita tenía una gran inquietud: ¿y si la maestra no dejaba que el Bum entrara a clase con ella? ¿Y qué iba a ser del Bum entretanto? ¿Creería que lo abandonaba como lo abandonó su otro amo aquella noche? ¿Cómo podría hacerle entender...?

Nos adelantamos a decir lo que ocurrió aquel primer día de clase: Rosita, limpia y bien peinada por su hermana, tomó su cajita de lata que había contenido carne de membrillo de Puente Genil y que ahora portaba un lápiz, una goma de borrar, una pequeña libretita y una cartilla para aprender el abecedario y poder leer después el Catón y pasar luego al libro Margarita la Perla del Hogar; con lágrimas en los ojos, muchas lágrimas, ríos de lágrimas decía su hermana en son de burla, dejó amarrado al perro, encargando que cuando pasara un rato lo dejaran libre.

Antoñita estaba encantada con la maestra ¡hasta olía bien a agua de olor y a jabón de pastilla!; parecía buena porque les hablaba del Señor y de la Virgen y les cantó unas coplas muy bonitas y lo mejor fue cuando dijo abriendo mucho los brazos:

—Nos vamos a querer todos mucho ¿verdad?

Y contestaron, mejor dicho, gritaron:

—¡¡Síííí...!!

No era posible, pensaba Antoñita, que una persona como la maestra fuera igual que la Morachita, y es que la gente...

Rosita al terminar la clase, que le resultó larguísima, quiso salir la primera, ¿soltaría su hermana o su madre a Bum? ¿lo tendrían amarrado todavía? Casi atropelló a las niñas, que por estar más cerca de la puerta, iban delante.

—¡Orden, orden!.. —decía en vano la maestra.

Rosita no le hizo caso, ni siquiera se emparejó con Antoñita y corría para ir a desatar al Bum, que el pobretico...

¡El pobretico! Allí estaba al filo del rebate esperando a que su ama saliera.

—¡Bum! ¡Bum! —exclamó, gratamente sorprendida.

También era feliz el perro que levantó el rabo al verla, como un banderín de victoria zarandeado por el viento.

Y todos los días en adelante se producía el mismo espectáculo.

Felices niños y, como dijo el poeta, ¡dichosa la edad del trompo y la muñeca! En verdad en el pueblo había muy pocos trompos y menos muñecas, porque ambas cosas costaban dinero y éste era muy escaso; los niños jugaban a los bolindres que ellos mismos se fabricaban con barro y los secaban al sol, y naturalmente al agrietarse se inutilizaban, por eso el mejor regalo para un niño era recibir una moneda de dos céntimos con la cual compraban tres bolas en casa del Merino; jugar a

la billarda era más barato; también lo era formar un carrito con una caja de cartón y con cinco palitos y con un canutito de caña construir un borriquito; hacer jaulas para grillos, tiradores para matar pájaros, hondas para medir destreza haciendo de David, o flautitas para imitar el canto de los pájaros. Los juegos de los chicuelos eran así de sencillos, el aprendizaje de la vida se hacía en la era escuchando a los mayores; en la primavera, observando a los animales fieles a sus instintos y presenciando después el parto y hasta en ocasiones ayudando a nacer a algún animalito. Ellos y ellas observan, escuchan, conversan y aprenden ¿Quién dijo que son como esponjas?

Maravillosas esponjas. Espejos ocultos.

En la naturaleza aprendían todos porque muy pocos tenían facilidad para asistir a una escuela; la mayoría no tenían libros ni quien los enseñara a leer y vivían felices ¿Música? La de los pájaros, la del viento, la de las flautitas que hacían con las cañas nacidas en la laguna Grande y en el ribazo del olivar de la Hoja, por donde circulaba pacífico y humilde un riachuelo tenaz con pujos de río; las nanas, las habaneras «traídas» por los soldados que volvían de Cuba y el cante «jondo» oído en las tabernas, en los cortijos, en las eras durante la trilla, en los lagares, en los molinos; el acordeón y la guitarra...; y si aún con las manos tiernas tenían que empujar el arado ¿cómo iban a poder acariciar una prima?

Pero todos poseían el mismo tesoro: los sueños. Y querían borrar, alertados por los padres, la canción de la aldea:

Cuando nace un varón
y lo llevan a bautizar
al bendecirle dice el cura
«¡Dios te haga capataz!».

Había que olvidar la canción porque el sueño era otro: ser dueños, propietarios, amos. ¿Cómo? Por lo pronto saliendo del pueblo aunque fuera para ir a la guerra; ¿cómo? aprendiendo un buen oficio; ¿cómo? aprendiendo de número y letras, sabiendo leer y escribir.

Los muchachos escuchaban a los mayores y soñaban.
Hay que aprender a leer, a escribir y a números.
Pero todos: los hijos de los jornaleros también.
Y para todos habrá maestros y escuelas.
¡Qué bien!

Poco a poco fue abriéndose paso la cultura aunque las dificultades eran grandes. El párroco alentaba a los maestros y estimulaba a los padres; él había enseñado a leer a muchos jóvenes con el solo interés de hacerles partícipes de un bien espiritual. Hablaba una y otra vez:

—¿No domáis a los animales para el trabajo, no domáis a los árboles para que crezcan derechos y a las cepas para que no arrastren los sarmientos? ¿No enseñáis a vuestras cabras y cerdos a que cuando vuelvan de pastar conozcan vuestras casas y si están abiertas entren y si están cerradas que esperen en la calle a que se les abra? ¿Acaso vale más un animal que un hijo? Hay que domar a los hijos, hay que educarlos, hay que mandarlos a la escuela...

—Don Emilio, estamos de acuerdo pero mi niña tiene que ayudar a la madre.

—Tu niña sólo tiene siete años.

—Pero es ya una mujer hecha y derecha que lo mismo sirve para trabajar en la casa que en el campo y a la madre le hace falta, que todavía no anda el chico y de aquí a dos meses habrá otro más en la casa.

—Don Emilio, mi hijo el mayor tiene que venir conmigo al tajo porque entre los dos trabajamos el terrenito que tengo y arrimamos el pan al arca porque mi hijo Pedro que es el mayor sólo tiene trece años y detrás de él siete más y lo que venga.

—Con la azada y el arado y los huesecitos tiernos...

El párroco se entristecía y la inquietud se apoderaba de su espíritu, cuando al atardecer regresaban los propietarios y los jornaleros

justamente cuando la campanita tocaba la oración, esperaba ver entrar en la iglesia a los feligreses para rezar el rosario y sólo acudían media docena de ancianas y en cambio las tabernas se llenaban enseguida.

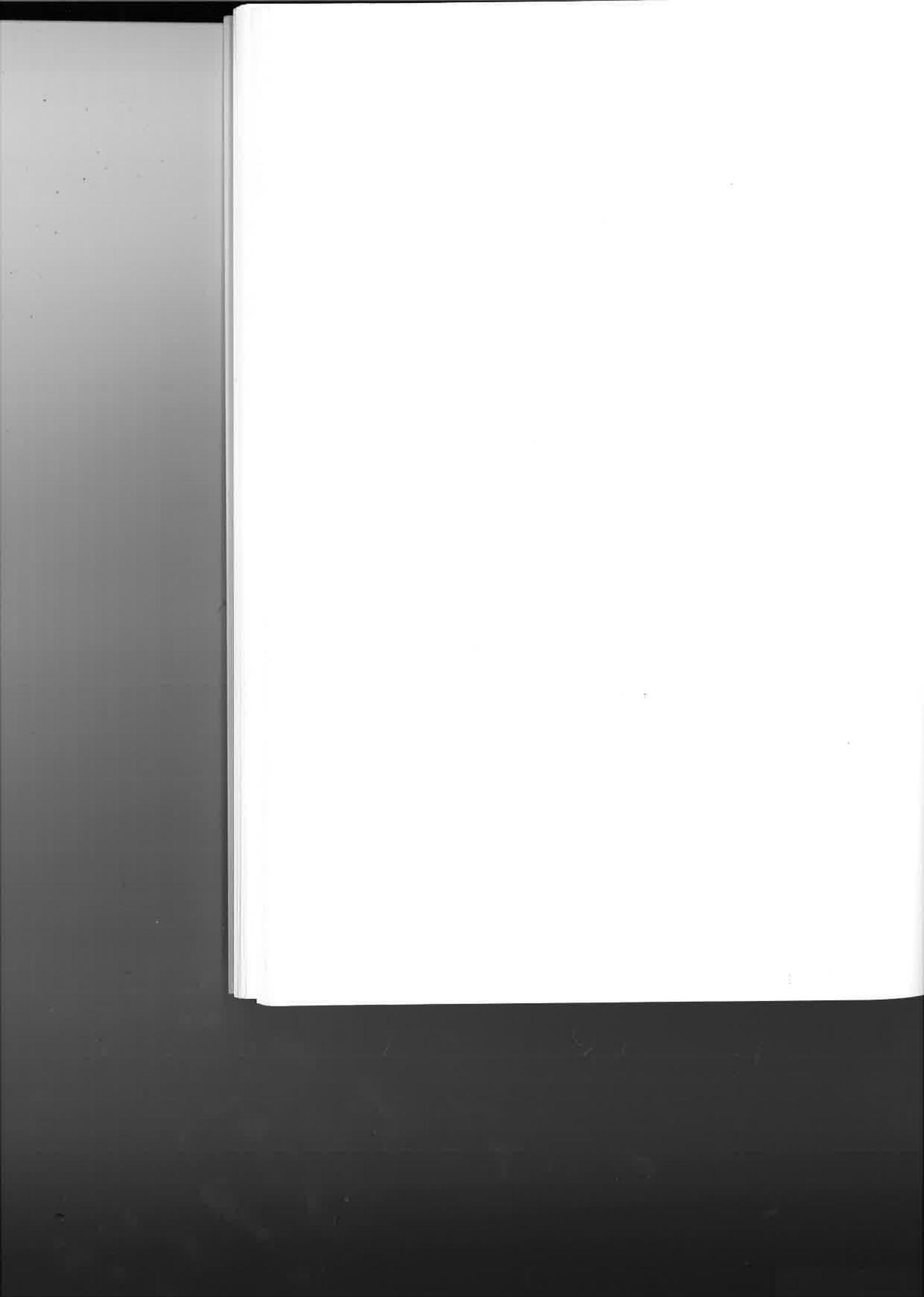
Don Emilio hablaba para sí; le parecía escuchar una voz que no era la suya, machacona y antipática, que podría ser la voz de su conciencia o la voz de sus deseos:

-¿No es lógico, no es natural que estos hombres se reúnan y distraigan después de un día de trabajo de sol a sol? ¿Es que todos se van a reunir para aprender música y tocar pitos, guitarras y acordeones? ¿Es que no se merecen tomar unas copitas y escuchar a los que leen los periódicos o embobarse oyendo cantar a la Niña de los Peines en la «máquina cantaora»? ¿Te crees, Emilio, que van a venir a la sacristía a cantar el gori gori? ¿Esas manos callosas pueden doblarse para tomar una pluma y hacer palotes derechos? ¿Esas mentes pueden vencer las dificultades de un aprendizaje de lectura? Olvídate de ellos y busca en la infancia... ¡la infancia, la infancia! ¡dichosa edad, la del trompo y la muñeca! Bueno, Emilio, ya hay algo: escuelas y maestros; ya tú sólo enseñarás a tus monaguillos y a tu sacristán, ¿y por qué no enseñaste a tu hermana? Ese pecado tengo; nunca me preocupé de ella porque la creí perfecta para la dirección de nuestro hogar... ¿No fuiste egoísta, Emilio? ¿No pensaste nunca que ella hubiera sido una buena madre de familia si no estuviera atada a ti? Ya es tarde. Sí, ya es tarde y consumió su juventud al servicio de la madre y del hermano. Fue tachando con sus propios dedos ilusiones y esperanzas y parte de culpa es tuya, Emilio...; otra hubiera sido Juana de haber pensado en hacerla feliz y no en convertirla en una mojigata, escrupulosa y ñoña; ¡mi pobre Juana! No te sientas impotente porque aún estás a tiempo; enséñale a leer a escribir.. ¡tiene ya tantos años y es tan dura de mollera! ¿escribir?, sus dedos están torcidos y la pobre se queja de dolores... Emilio, ya no hay remedio y tarde te has dado cuenta de que el amor se agranda en la propia sangre; quieres misionar en las familias ajenas y dejar la tuya, ¡pobre Juana!

Paula Contreras

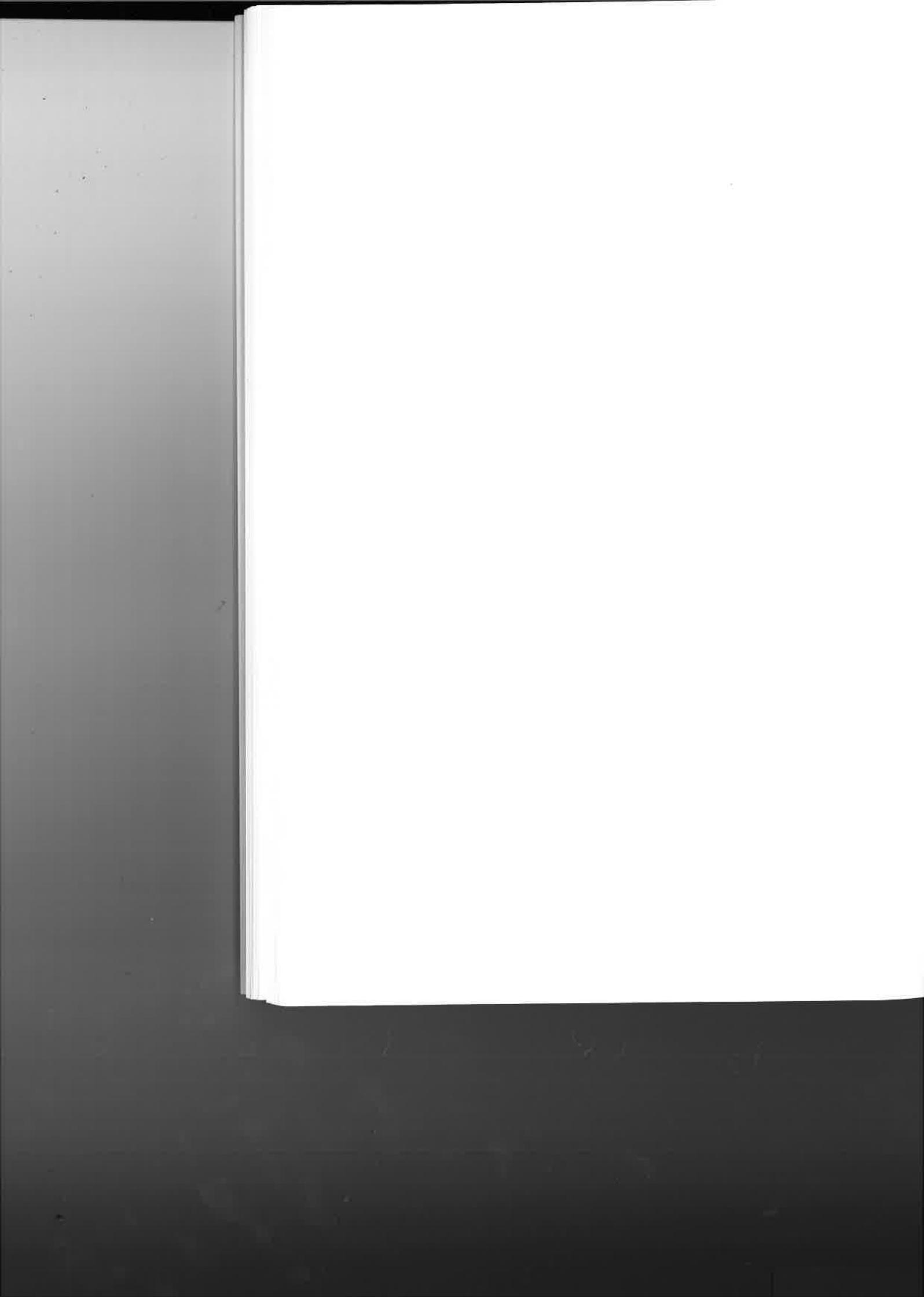
Al párroco, cuando la conciencia se le hacía responsable, le entraba como un pellizco en el estómago y acudía al Sagrario como el más eficaz de los bicarbonatos.

DON EMILIO EL CURA



**Afirma mis pies en tus senderos
para que mis pasos no titubeen.**

Salmo, 17-5.



Cada persona puede guardar un secreto, un misterio un ¡quién lo diría! Pero don Emilio era transparente: agua y luz.

Huérfano de padre dos meses antes de nacer, se crió en una gran pobreza, pero fue riquísimo en mimos y cuidados de su madre y de su hermana Juana; estuvo siempre en su niñez titubeando en quedarse en el mundo, por eso su madre al bautizarlo con el mismo nombre del difunto padre, lo llamaba Emi.

Casi de milagro vivió Emi, según contaba su familia y desde luego salvo su raquítico cuerpo, fue un niño normal, bien parecido, de miradas dulces y de una boca perfecta que nunca supo qué era un dolor de muelas «y eso ya es ventaja» contaba Juana; así pensaba también la madre y lo refería al reunirse con otras jornaleras en el tajo.

–Me parece mentira que mi niño pueda andar y que hasta dé carreritas por el patio ¡y es de listo! –la madre se extasiaba contando las gracias de su Emi– Y le llamo Emi porque parece que no está terminado y ni crece ni engorda; todo se le va en saber mucho y cuando vuelvo a la casa me llena la cara de besos y salivas...

El entusiasmo maternal lo compartía Juana, que según la madre era una gran mujer, porque sabía hacer de todo y con el tiempo llegaría a ser una real moza y una lotería para un pobre.

Lo de real moza se quedó en moza solamente porque su cuerpo había desarrollado mucho pero sin armonía y el rostro era mínimo en rasgos bellos a pesar de su envidiable y fresca juventud.

La madre era conocida como una mujer honrada y trabajadora y por eso nunca le faltó trabajo. Ocurrió que un día fue llamada y con urgencia para ayudar a la casera de una finca en la limpieza de la misma y como ésta estaba a mucha distancia de su pueblo no podía volver en el día a casa y como la limpieza del pabellón de los señores del cortijo era urgente se concertó que durante esos días estuvieran con ella los hijos.

Cuando Emi subió por primera vez en un mulo, creyó estar soñando; con sus ocho añitos cabía y le sobraba sitio en el cogujón del serón.

—Arre, borrico... —animaba al animal.

Y Juana: —Que es un mulo, que no es un borrico.

A los tres días, ni uno más, ni uno menos, Emi sabía distinguir caballos, yeguas, mulos, borricos, potros...

La fama de la listeza de Emi llegó a los señores dueños de la finca; la señora era muy piadosa y sólo tenía dos hijas que no le dieron gusto vistiendo hábitos de religiosas y suspiraba por tener un hijo cura. Casi desgraciada se sentía por no haber tenido un hijo varón ya que lo hubiera hecho sacerdote; a ellas no pudo inclinarlas a sus deseos pero si hubiera tenido un varón, ya, ya... «Los varones siempre son niños», decía muy convencida.

—Ya, ya —pensaban los demás al escucharla— parece mentira que hable así...

Total, que la señora planeó el futuro del pequeño Emi. Que pasado el tiempo reglamentario, Emi se convirtió en don Emilio y seguía con su cuerpo frágil y escaso, rebelde al crecimiento normal, y no se disgustaba cuando su amigo don Diego, el señor de la huerta de Los Granados, le echaba el brazo por los hombros y le llamaba cariñosamente curilla.

Cuando lo llamó así la primera vez –don Diego era confanzudo y familiar y además pasó muchos años en el Seminario y estuvo a punto de ser sacerdote si no se hubiera interpuesto una mujer. Bien, pues cuando le oyó decir: –«Dios te guarde, curilla...», le pareció una verdad tan grande que le hizo meditar muchas veces, y consideraba que igual que «lo poquita cosa» que era de cuerpo, igual que la cortedad de sus palabras, igual que su temor a intervenir en los disgustos íntimos de sus feligreses, igual que lo sosa y sin gracia de su persona, tenía que ser su alma y esta creencia le producía gran temor: –¡Señor, de cuerpo para fuera me da igual, pero de cuerpo para dentro, ayúdame, no me dejes solo!

La piadosa señora que lo protegió tuvo el «gran consuelo» de haber dado a la iglesia un sacerdote y por eso podía morir tranquila; doña Paz, así se llamó la señora con un nombre que según ella misma no le encajaba porque las desavenencias en su matrimonio fueron constantes desde el principio porque el esposo cambiaba de amigas continuamente; y si doña Paz no tuvo hijos varones, había muchos esparcidos por los alrededores de la ciudad y de la finca que llevaban la cara –como un espejo– de su esposo; tal vez por tener que atender a tantos hijos y a las madres y familiares de ellos, venía desde muy atrás disminuyendo el gran capital que entre los dos atesoraban, tanto que a punto estuvo la señora de anular la beca del niño cuando le faltaba sólo un año para ser consagrado al servicio de la iglesia; la santa mujer murió unos meses antes del hermoso acontecimiento.

–¡Qué lástima de doña Paz con la ilusión que tenía de ver hecho cura a mi Emi!

–Mamá, no lo llares más por Emi que ya es don Emilio.

–Es verdad, hija, es verdad, ya se llama don Emilio... ¡ay, si tu padre levantara la cabeza y viera a lo que ha llegado su hijo, que para más desgracia ni siquiera lo conoció..! ¡A lo que ha llegado mi niño..!

Era verdad. El pequeño Emi, gracias a doña Paz, había conseguido ser una persona importante, con una grande y hermosa misión que cumplir y si la piadosa señora no se hubiese arruinado, la economía de su familia hubiera sido otra. Don Emilio sintió la desgracia de su protectora, pero a él no le afectaba la pobreza, ni a su madre, ni a su hermana; sentía, eso sí, que las ilusiones de ambas se habían desvanecido cuando recibió el nombramiento de párroco de Los Zapateros, una humilde aldea cuyo templo era una pobre capillita junto al cementerio y la casa la formaban tres habitaciones y un patio; cuando Juana entró en la casa no pudo disimular su desencanto y a la noche, cansada del trajín del día, lloró con amargura.

—Que tu hermano no advierta que lloras.

Pero lo advirtió y sonrió:

—Mi hermana se ha dejado en el pueblo un novio... ¡y yo no lo sabía! Pues Juana, si es de ley, vendrá a Los Zapateros a buscarte.

No la buscó nadie y fueron pasando los años, algunos muy tristes y siempre acompañados de suma pobreza.

Quedaron solos cuando murió la madre; los parientes iban desapareciendo también y así mismo desapareció la aldea y nació el pueblo de Moriles. Se levantó un templo capaz y digno con una espadaña y dos campanas y una casa para el cura, amplia y hasta lujosa.

Don Emilio no ambicionaba ninguna otra parroquia y se encontraba a gusto entre los feligreses a quienes conocía y trataba con cariño; hacía de maestro con los mozos que acudían a él y seguía con entusiasmo la transformación que se iba operando en el lugar.

—Algún día —decía con entusiasmo— Moriles será un pueblo importante.

Don Emilio, Emi, Poquita Cosa, don Simple, era eso: simple, claro, liso y rebosando Bondad; Bondad con mayúscula, porque era todo Amor.

En el pueblo existía una curiosidad muy grande por el asunto de los quintos que partieron para la guerra de África. Se habían librado tres mozos: el hermano de Araceli, aquella mocita que soñaba con ser cantaora de postín, por ser hijo de viuda; Diego, el de la huerta de los Granados, y Luis, el de Los Llanos, hijo de Pepillo José; estos dos por dineros; y la pregunta que todos se hacían era ¿quién pagó por Dieguito? y nadie sabía contestarla.

¿El marido de la madre?

¿El Tole? ¿De dónde iba a sacar dinero ese desgraciado?

También estaba intrigado don Emilio ¿qué...? ¿quién...? ¡Bah, ya se enteraría con detalles del asunto y lo sabremos todos; aquí no guardamos secretos, más tarde o más temprano nos enteraremos. Con estos pensamientos entró en la casa porque ya era hora del almuerzo y a su hermana le disgustaban las tardanzas.

-Te estaba esperando, Emilio, para que bendigas la mesa.

-¡Uy, qué olorcito tan bueno!

Se esponjó la hermana. Su Emi, para eso de apreciar la buena comida, era único en el mundo, porque alabar un guiso de conejo o perdices o un buen potaje de habicholones con su morcilla y su chorizo, no tiene mucho mérito, pero alabar unas sopitas de ajo aromadas con su cogollito de yerbabuena, es mérito de la cocinera y su hermano sabía apreciarla.

Cuando entre los dos dejaron limpia la cazuela de las sopas, preguntó el cura:

-¿No has comprado algunas sardinitas? Todas las mujeres llevan hoy la capachita del pescado, y decían que estaban muy frescas y baratas.

Ella lo dejó terminar y con una mueca de humillante burla contestó con otra pregunta:

-¿Desde cuándo no me das ni una perra chica?

Bajó don Emilio la cabeza apesadumbrado por la ruin mueca de su hermana y dijo suavemente, como si recitara una oración:

-Hay otras familias más necesitadas que nosotros..; tú y yo todos los días comemos.

-Comenos, comemos... ¡Ay Emilio, que tengo más ganas de que me dé un cólico..!

En aquel momento llamaron a la puerta y los dos se levantaron para abrir y él la detuvo.

-Abriré yo, Juana, será alguien que necesita comer.

-¿Y qué le vas a dar? No nos queda comida y no tenemos dinero.

-Gracias a las buenas gentes nos sobra el pan y el aceite; quienquiera que sea el que viene a pedir se llevará un buen «joyo».

Juana quedó quieta y disgustada pasando su rolliza mano por los labios limpiándolos de la grasa que los abrillantaban; rezongó:

-Para postre sólo tenemos hoy un buchito de agua y él ¡hala! a dar limosnas sin poder ¿cuándo aprenderá a vivir?

El cura abrió la puerta y exclamó con alegría:

-¡¡Morachita!!

A punto estuvo Juana de salir y echar de su casa ¡tan santa! al demonio en forma de mujer; se sintió embargada por una profunda tristeza que le impidió todo movimiento, agarrotada en la silla, sabiendo que entraban en el despacho. A su pesar comprendía que aquella mujer era bonita, fina, bien vestida, con un olor que llena de pecado una casa tan santa... Al pensar o sentir así, Juana se levanta, se recoge las greñas detrás de las orejas, eructa y dice satisfecha: - «¡Como si me hubiera comido un pavo!». Y luego da unos pasos y está a punto de caerse porque entre sus torpes piernas ha pasado rápidamente una bola blanca y a la vez una voz agradable llama imperiosamente:

–¡Única! ¡Única! ¡No seas traviesa y ven aquí!

La bola blanca es el cuerpo de la perrita lulú, que no quiere obedecer a su ama porque ha encontrado un suelo precioso ¡si pudiéramos oír al animal!

–«Aquí puedo andar bien y apenas hay estorbos y huele raro debajo de esta mujer que chilla asustada; los ladrillos del suelo no están bien ajustados y puedo hundir mis uñas en la tierra y hay un patio terrizo y flores que huelen como mi ama y pozo de agua y un cubo donde voy a mojar mi hociquito...»

–¡Única! ¡Única, ven aquí!

–Los animales, Morachita, quieren la libertad.

–Pero es que Única es muy traviesa y puede hacer un estropicio.

–No te preocupes, Morachita, a mi hermana no le molestan los perros y menos una perrita tan linda como ésta ¿verdad, Juana?

Contestó quejándose:

–He estado a punto de caerme...

–¡Cuánto lo siento, Juana!, pero es que se me escapó...; vámonos, Única, que nos espera Antonio... –fue hasta el patio y tomó al animal en sus brazos, donde hizo una bola con su cuerpo, miró mansamente a su alrededor y lamió golosa un dedo a su ama.

Juana no sabía ocultar su rencor por más esfuerzos que hacía para agradar. «Le tengo envidia a esta mujer por todo: por bonita, por rica, porque disfruta de un hombre y hasta porque tiene un perro de lujo, que también entre los animales hay clases».

–Bueno, don Emilio, ya volveré por aquí cuando pase todo y no me olvide en sus rezos.

–¡Cómo te voy a olvidar, hija mía! –y pronunció estas palabras con tal pasión que notó como de pronto se le arrebolaba el rostro y que los ojos de Juana se estaban clavando en los suyos como una acusación.

–Ya volveré y se hará todo como hemos pensado ¿verdad..? –la mejor de sus sonrisas le dirigía entretanto.

(«El pecado, el pecado..; está oliendo a azufre y mi hermano se quema»)

–Adiós, Juana... –y desde la puerta, ya a punto de salir, hizo un gracioso esguince con su cuerpo, y amablemente, como pidiendo disculpas, dijo: –Juana, en el despacho he dejado para ustedes una caja de pasteles...

¡Qué cambio tan grande! A Juana le faltó solamente arrodillarse agradecida y una sonrisa dilatada dejó al descubierto una siembra de pedruscos rotos, amarillentos y salteados.

–¡Qué Dios la bendiga, señorita! –repetía una y otra vez, restregándose nerviosa las sucias manos.

Y entró enseguida al despacho a recoger la caja.

–¡Uy, que ricos, Emilio! –decía a los pocos segundos con la boca llena y rebosándole por las comisuras los pegotes de merengue.

Don Emilio apartó su mirada; le causaba bochorno la estúpida gula de Juana, «Vamos, Emilio, a Dios le agrada la felicidad de los hombres; a Juana le gustan los dulces y eso no es malo y menos cuando se carece de tantas cosas buenas que producen placer..; no es gula, Emilio, no es gula, es una necesidad del cuerpo y Dios ha permitido que pueda satisfacerlo».

–Emilio, anda, tómate este que tiene mucha crema.

–Luego lo probaré –contestó apartando la mano que le ofrecía la tentación. –Tenemos que separar algunas piezas para llevárselas a Dorita la niña de la Fuente que está muy desganada y muy malita...

–¡Ay, Emilio, que ni sabes aprovechar una ocasión!

–Bueno, mujer –dijo y entró en el despacho.

«Aquí ha estado ella sentada; aquí puso sus manos tan bonitas y suaves; aquí en este brazo del sillón descansó el codo y parece que todavía conserva esta madera el calor de su cuerpo; cogió este lápiz y parece que aún huele a flores que ella exhala por todo su ser, porque ella es una flor delicada y hermosa con todos los aromas del campo en primavera, en verano, en .., en todo tiempo porque el campo siempre nos regala perfumes... ¡Morachita! ¡La hermosa, la buena, la santa!.. No te pases, Emilio, no te pases..; te tiene trastornado, no lo niegues..; no lo niego, es que sé que no tiene la culpa de ser lo que es: la querendona de un Duque Grande de España... También podías medir tus palabras y no decir querendona, sino la amiga o la entretenida, pero ¡la querendona!, es ofenderla; y no decirlo tú que ya sabes lo que sabes... ¡con qué gracia dijo al entrar: don Emilio, que Antonio, ya usted sabe, Antonio... – Sí, mujer el que vive contigo. –Eso, pues, que se ha quedado viudo; a la duquesa la enterraron ayer; dicen que era muy buena y caritativa pero Antonio se reía cuando escuchaba estas cosas y me decía a mí: –«Cada uno guarda un secreto en el corazón, sólo que el secreto de mi mujer no es secreto para mí». Nunca me lo ha contado porque Antonio es un caballero..; pues bueno, don Emilio, que cuando se acaben los jaleos de los pésames y esas cosas nos vamos a casar.., que sí, don Emilio, que voy a ser duquesa; pero si mi vida parece una novela por entregas, como esa que yo he leído de Luis del Val que se llama Los ángeles del arroyo; yo, como un ángel, el ángel del arroyo Cagaceite ¿verdad?, parece cosas de cuentos; Antonio dice que nos casará usted en esta iglesia o en cualquier capilla de una de sus fincas, ¿querrá usted casarnos? «¡Qué pregunta! ¡Qué chiquilla! Sí, Emilio, pero a ti te ha trastornado... ¿por qué te ruborizas al maquinar estos pensamientos? ¿por qué pasas tus manos pecaminosas por donde ella puso las suyas? ¿por qué..? ¡Oh, asnillo, asnillo, que débil soy! ¡Perdóname, Señor, y ayúdame!»

El día fue agotador porque apenas había salido Morachita de la casa, su hermana le anunció la visita de la nueva maestra; es la tercera

que llegaba al pueblo para ejercer; las dos primeras, y por diversos motivos, habían renunciado a la plaza.

Don Emilio la recibió en su despacho, donde aún se aspiraba el perfume de la Morachita; la atendió debidamente y supo que venía sola, que se llamaba Elena, que era de Baena, que había llegado en tren y que tomó el camino del pueblo andando.

—De haber avisado, habrían salido a recogerla.

A ella le gustaba andar y sentía atracción por lo desconocido.

—¡Pero una joven sola por una carretera de dos leguas y media..! Es que puede salir un loco y dar un susto.

La maestra rió. El cura admiró su perfecta dentadura y los dos hoyuelos que se le formaban cerca de la boca; a la mente le vino la risa y la boca de Morachita; también perlas por dientes y amapolas por labios.

—¿Fue ya al Ayuntamiento?

—No, porque me aconsejaron que viniera directamente a usted.

—¿Quién le dio ese consejo?

—Pues verá: yo venía andando despacio como dando un paseo y cuando iba pasando por un puente me adelantó un coche que se paró; una señora me habló desde la ventanilla: —¿Va usted al pueblo?, puedo llevarla. —Sí, voy al pueblo, soy la maestra —le contesté; como ella insistió yo acepté.

Don Emilio no parecía sorprendido; algo le había dicho Morachita, sin detallarle el encuentro.

—...me dijo que viniera directamente a verlo; ella se bajó junto a unas cuevas y una fuente encargándole al cochero que me llevase a casa de su madre si yo quería descansar algo y él me llevó a una casa muy bonita con muchos balcones; la madre, una señora muy respetable me dijo donde podría encontrar fonda, una tal Cecilia en la calle Cochera; me acompañó y allí he estado hasta ahora...

—¿Le dijo su nombre?

—No, no, pero sé que vive en Córdoba y en la primera ocasión que ella venga por el pueblo iré a visitarla.

Don Emilio se llevaba los dedos al cuello como si tuviera que desprenderse de un dogal, se desabrochó el primer botón con muestras de asfixia.

—¿Le ocurre algo, señor cura?

La miró con ojos extraviados; se notaba mareado y vacía la cabeza; la joven se levantó para pedir auxilio y la detuvo él con un gesto.

—No me pasa nada, no se asuste, son cosas de la edad, ya soy viejo y...

—¿Lo ve el médico?

—No tenemos médico; cuando lo necesitamos viene el de Monturque, que es el que está más cerca.

La joven juntó el entrecejo y esperó a que hablara el sacerdote, que seguía alterado sin dejar quietas las manos ni un pisapapeles que figuraba una pilita de agua bendita que de haberla contenido ya hubiera regado la mesa; por fin, cambiada su cara del blanco al rojo, titubeando, don Emilio se atrevió a decir:

—Señora maestra, tengo que ponerle en antecedentes, porque usted tendrá que vivir entre nosotros acomodándose a nuestra manera de vivir...

—Eso mismo me dijo mi padre creyendo que no voy a ser capaz de vivir en un pueblo como este.

—...lo que yo quiero decirle es que la persona que la ha traído en su coche, es una mujer buenísima, pero mal vista en el pueblo y nadie las trata ni a ella ni a su madre.

—Señor cura, esa mujer como usted la llama es una verdadera señora por sus modales, su conversación y su comportamiento.

A don Emilio se le incrustó una bola en el gáznate, su rostro quedó lívido y sus manos se juntaron suplicantes.

—Nuestro Señor y su Santísima Madre... —se interrumpió y cerró los ojos. —«¡Señor, —suplicó en sus adentros— ayúdame por favor que no quiero perjudicar a la Morachita!»

La maestra le ayudó: —En los pueblos siempre ocurren cosas de estas por cuestiones de tierras, de pleitos, de dineros..., en Baena, mi pueblo, que es grande, también pasan cosas.

¿Cómo pudo explicar don Emilio el caso? La maestra salió de allí sabiendo la historia de Morachita, sabiendo que el alcalde mandaría a la Estación por su equipaje, sabiendo que la casa de Cecilia era muy a propósito para hospedaje y sabiendo que el párroco era un buen hombre.

Al quedarse otra vez solo con su hermana ésta le apuntó:

—¿Te diste cuenta, Emilio, del sortijón de oro con la piedra verde que tiene que costar más dineros que un cortijo? Esa viene a distraerse y a quitarle el pan a otras que lo necesitan.

—No enjuicies, Juana, no enjuicies.

—Pues ¿sabes una cosa, Emilio?, que a mí me da en la nariz un tufillo..., esa es otra Morachita.

Sintió don Emilio que el corazón se le arrugaba al oír el nombre de Morachita, ¡una señora, una verdadera señora! había reconocido la maestra; ya quedaba muy atrás la chicuela pobre y desvalida; muy atrás también su hundimiento moral; ya no sería tratada como la entretenida de un duque y muy pronto sería llamada señora duquesa y entonces los que ahora la apedrean cuando se atreve a salir andando por la calle, los que la insultan con palabrotas nada más verla, serán capaces hasta de ponerse de rodillas arrepentidos y pedigüños.

La realidad es, según el cura, que toda la tierra no es tierra limpia porque el fango la entorpece en el nacimiento. Ni él mismo sabía explicarse lo que quería decir cuando murmuraba: —Tierra, tierra. Tal vez porque su pensamiento y deseo fue siempre lo espiritual, lo eleva-

do, lo limpio y lo sublime; atado a la tierra, adiós sueños, arrobamientos, éxtasis.

–Emilio, bájate de las nubes –le dijo más de una vez su confesor– te destinarán a un curato de aldea.

Y él, convencido, decía: –Mi Sagrario lo tendré en una aldea.

Y fue así. Tomó posesión de la parroquia de la antigua aldea de Los Zapateros; guardaba muy buenos recuerdos de aquella época ¡era tan joven y tan poquita cosa!, tan poquita cosa seguía siendo: bajito, delgadito, palidito...; en sus primeros años la amistad con don Diego el señorito de la huerta de Los Granados, como lo llamaban, fue un alivio para su ministerio ¡qué buen sacerdote hubiera sido don Diego! No pudo ser más vil su muerte, asesinado en Viña Alta, en medio de las cepas, hubo que cortar varios sarmientos que al moverlos el viento le rozaban la cara; la tierra había devorado su sangre y se había ennegrecido al empaparla. Acusaron a Tole y éste era tan inocente como él mismo. Lo intuyó pero además lo supo en confesión y si él hubiera podido hablar la historia sería otra: María la Tuerta, la santa tuerta, y su hijo el Tole hubieran sido felices y la Morachita también. –«Habla, mujer» –había rogado a Dolores en el confesionario y ella le dijo:

–Ya está el daño hecho; ha pasado el tiempo, el Tole anda por ahí como una hoja perdida y la Morachita no puede recobrar su honra; ya está el daño hecho y la culpable recibirá su castigo pues ya ha empezado a perder la cabeza.

¡Si Dolores en su momento hubiera hablado!

Tierra. Tierra. Todo tierra.

Sí, porque se recreaba en sus recuerdos y en su presente cuando en su cerebro aparecían, luchando por hacerse dueños, como dardos de fuego torturándole con imágenes insidiosas.

–«No es por bondad –se acusaba a sí mismo– es que me complazco en la tentación, por eso una y otra vez, rebusco en lo más hondo y veo

a la mujer cuando era niña y venía al catecismo tan lista y aplicada: A ver, Morachita, empieza la Doctrina, y ella, con una sonrisa angelical y un brillo de estrellas en sus ojazos, decía con voz que recordaba el canto del jilguero y la música del caño de la fuente cayendo sobre el cristal del agua: Todo fiel cristiano está muy obligado a tener devoción...»

Don Emilio es todo tierra y todo bondad ¡Bendita la tierra tierra! porque no pensaba sólo en Morachita; le inquietaban todos los sucesos que ocurrían en el pueblo; le llamaban padre cura y se consideraba responsable de todos ellos.

¡Qué difícil! ¿Cómo era posible que todo inflamara su corazón? ¿Por qué sufrir como dolor suyo el de Araceli abandonada por el novio? Aquel muchacho que aprendió a leer y a escribir en la sacristía y ahora se había convertido en rebelde revolucionario? ¿Y las angustias de las dos Julias, la vieja ramera borracha y la joven, madre vendedora de su cuerpo sin poder olvidar el cuerpecito violado y ahogado en la laguna Grande, su hija la pequeña Chiquita? ¿Y el drama de Los Claveles, la señora Amparo, Pepillo José, Lorenza? ¿Y el Pacorro, enemigo de la iglesia, que cuando vio cercano su fin quiso confesar y confesó su crimen, el que cometió envenenando al amante de su mujer, la cándida y pacífica Virtudes? ¿Y el Fonso? ¿Y la Niña de la huerta de los Granados y su esposo el cacique que estaba estrujando las famélicas arcas de los llamados propietarios? ¿Y Dieguito el hijo de Tole y de la Niña de la huerta? ¿Y...? ¿Y...? ¡Señor, que todo el pueblo cabía dentro de su corazón! ¡Mucha carga para él, tan poquita cosa, tan desvaído, tan soso..! ¡Mucha carga!

Juana lo sacó de sus cavilaciones:

—Emilio, que doña Clara te espera en el despacho... Huele a agua de olor; lo que dicen las lenguas; Clara soy, Clara me llamo y siendo clara me enturbíé...

—Juana, recoge la lengua.

Efectivamente, doña Clara estaba muy perfumada y muy arreglada de peinado, traje, zapatos y «el preciso» de mallas de plata colgado

de su mano izquierda; en la derecha llevaba un paquete envuelto en el papel de una famosa confitería de Lucena donde ella vivía habitualmente desde que llegó de La Habana recién viuda.

Cuando don Emilio entró en el despacho, ella le tomó la mano, se la besó devotamente y él tuvo la sensación de que una babosa manchaba su piel.

Y vuelta a sus reconcomios: —«Perdóname, Señor, esta mujer también es hija tuya, mi involuntaria repulsa es influenciado por las palabras de Juana, «las de siendo clara me enturbié» ...No te lées, Emilio, no le echés culpas a tu hermana para librarte de tu culpa, es que la Morachita es mucha Morachita...»

Por fin pudo mirar a doña Clara y tras las palabras de cortesía, le preguntó:

—Diga, señora, ¿necesita algo de mí? Poco valgo pero lo que esté en mi mano...

Sonrió doña Clara, hizo un mohín pícaro, que aturdió al cura sorprendido, lució dos piezas de oro en su bonita boca y con voz melodiosa chorreando meloja (la llamó así en su pensamiento, empalagado ya a las primeras palabras de la señora), y con su voz melodiosa, repetimos, dijo:

—¡Oh, no, señor cura! No necesito nada, esta visita que le hago es de pura atención, porque aunque vivo en Lucena, tengo por estos contornos dos lagares y un cortijo, por lo que tendré que pasar algunas temporadas en mis fincas y seré su feligresa...

—Muy bien, doña Clara, muy bien, me alegro mucho...

—...y yo creo —ella continuaba hablando sin apenas escuchar las palabras del sacerdote— que, naturalmente un pueblo que hasta hace muy poco ha sido aldea, tendrá muchas necesidades, como arreglar altares, adquirir alguna imagen de valor, órgano, candelabros... en fin, yo estoy dispuesta a darle lo que usted me pida, desde una campana grande hasta un paño de altar.

—Muchas gracias, señora, es usted muy generosa y Dios se lo pagará.

—Usted repase las faltas, me las dice y mi administrador correrá con todo... Yo me he criado en una ambiente muy cristiano; nada más llegar a Lucena para quedarme allí de asiento, le pedí al párroco de San Mateo agua bendita para la pilita que tengo a la cabecera de mi cama...

Poco más habló y el cura estaba tan aturdido que sólo contestaba con monosílabos hasta que por fin ella se despidió entregándole la caja de pasteles y que otro día volvería para conocer a su hermana porque a ella le gustaba relacionarse con «personas de viso» y quién puede tener mejor «viso» que la hermana de un párroco.

Cada vez más confundido no hizo por llamar a Juana que era lo correcto; la despidió en el rebate de la puerta de la calle y al volver al despacho, su hermana lo esperaba para decirle:

—Mira, Emilio, que yo tengo mucho olfato, ándate con cuidado con doña Clara... ¿no te has fijado en su pechera? ¿qué no? ¡hijo, si las lleva como si fueran banderillas! ¡Y como anda! Mueve los cuadriles como una yegua joven...

—¡Juana, Juana..!

Pero cuando Juana abrió la caja de pasteles, quisieron escapar sus ojos de las órbitas y se entusiasmó:

—Que venga cuando quiera con estos regalos, que yo te guardaré a ti porque lo que es tú no hueles ni el corcho quemado.

Nuevamente llamaron a la puerta y Juana rezongó:

—Hoy no te dejan echar una siestecita ¿a quién se le habrá roto una tripa?

—¿Puedo hablar con don Emilio? —suplicaba una mujer cuando la otra entreabrió la puerta.

Y antes de que contestara el cura dijo: —Pasa, Lucía, pasa.

Y ya dentro del despacho, Lucía se desahogó: —¡Ay, don Emilio, que yo no quisiera molestar, pero es que no tengo a quien contarle mis penas...

—A nuestro Señor Jesucristo y a la Santísima Virgen, hija mía.

—¡Ay don Emilio, si no hago más que rezar día y noche y parece que no me escuchan; mire usted, don Emilio, mi niña Araceli, la mayor que vive con mi tía Teresa la del Joyo, ha tenido un descuido con el novio..., le ha hecho una barriga y... ¡Dios mío de mi alma!

—Lo sé, Lucía, estoy enterado.

—¡Qué vergüenza — se cubrió la cara con las manos acongojada— todos en el pueblo lo saben! Pero lo peor, señor cura, es que el Agustín, el padre de la criatura que estamos esperando, desde que se fue a la guerra del moro no ha dado cuenta de su persona y no sabemos si lo han matado o que no quiere dar la cara en este asunto... ¡y si fuera solamente eso, don Emilio!

—¿Qué, hija mía? Acaso Frasquito y la Guardia Civil...?

—¡No, gracias a Dios, no! Ahora es la falta de trabajo, que nadie lo llama ni para echar media peonada, porque los amos de las fincas no lo quieren porque dicen que les habla a los jornaleros y los revoluciona; él se desespera y se quiere ir de Moriles, ¡ay don Emilio, qué dice unas cosas, que tiene unas ideas..! ¡Ay, don Emilio ¿por qué lo enseñaría usted a leer?, siempre leyendo papelotes que lo envenenan, que mi Frasquito desde que los lee ya no es lo que era ¿qué dicen esos papeles que me lo han cambiado?

—Cálmate, Lucía, y no olvides que Frasquito tiene muy buenos sentimientos como su padre que fue un hombre leal y honrado; tu marido echaba conmigo grandes ratos, aunque decía que no quería tratos con la iglesia porque contigo, comesantos te llamaba, tenía bastante, pero a mí me gustaba escucharlo porque me hacía pensar...

Lucía hizo un gesto de sorpresa.

—...me hacía pensar, sí, y muchísimas veces me dio lecciones de como se debe ser, de como debe uno comportarse ante las injusticias, de como uno debe perdonar a los que nos hacen algo mal, de...

El llanto de Lucía era tan fuerte que Juana acudió al despacho.

—Tráele agua, Juana...

—¡Ay, don Emilio, es que además tengo al pequeño con calenturas, que se me va a morir...

Don Emilio lamentaba su propia pobreza, su poco valimiento y su incompreensión: —«Señor, Tú tan bueno ¿cómo permites? ¡Señor, no dejes que dude de tu bondad, pero dame luz para que pueda hacer algo por estos hijos tuyos».

—Juana —dijo— saca de la caja un pastel para ti y que se la lleve Lucía a sus niños...

Ni el cura ni Lucía vieron el gesto innoble de Juana, obligada a desprenderse de unas cosas tan exquisitas; al entregar la caja, vio su hermano que faltaban más de la mitad de los dulces; la miró reprochándola y luego con palabras de consuelo para Lucía, le anunció:

—Tal vez encuentre trabajo para Frasquito.

El cura confiaba en el ofrecimiento de doña Clara.

—¡Ay, don Emilio, que si no encuentra trabajo pronto, está resuelto a ir a África en lugar de otro; él ha salido libre como usted sabe por hijo de viuda y... por recoger unos dineros para que el pequeño cure las calenturas y podamos los demás comer una temporada, está dispuesto como quien dice a vender su vida ¡qué triste es ser tan pobre!

Don Emilio no supo contestar, en cambio Juana volvió a recordar que el hijo de Pepillo José y el de la huerta de Los Granados se habían librado de una muerte segura por no ser pobres.

—Y a propósito, Lucía, ¿se sabe quien ha pagado por Dieguito?

—Juana, Juana —amonestó él hermano— esas cosas no nos importan directamente...— don Emilio no ignoraba quien fue la autora.

—Pues el pueblo entero está soliviantado y dicen que...

—Dicen, dicen, Juana, deja que digan y calla tú.

Era verdad que el pueblo entero estaba intrigado y era el principal tema de conversación.

¿Quién pagó?

Ni Ramón, ni la madre; acaso, acaso ¿la Morachita? Pudiera ser...

Al llegar a pensar en esta posible protectora casi desaparecían las dudas; la Morachita tenía monedas de oro para llenar veinte algorines y le sobraban monedas; la Morachita estuvo siempre bebiendo los vientos por el Tole, el padre de sangre del muchacho; a Morachita podía gustarle el hijo porque era el vivo retrato de él y... ¡ya se sabe, la juventud quiere probarlo todo! ¡el muchacho faltó del pueblo unos meses trabajando a jornal con el Tole en las viñas de Montilla!

Todo estaba claro.

Y estos comentarios llegaban a Estrella, la novia, que sufría enormemente.

—¿Quién es Morachita? —había preguntado.

—Una mujerzuela, una perdida que encandila a los hombres.

Morachita...

A Estrella se le había escapado la alegría y tenía que silenciar sus temores y disimular sus lágrimas y nadie parecía darse cuenta del dolor de la niña agujoneada por los celos.

¿Nadie?

¿Cómo sabía el Sultán que su amita estaba sufriendo? ¿Por qué la seguía a todas partes y se le quedaba plantado, las orejas enhiestas, parando su mirada mansamente en los luceros que adornaban la cara de Estrella? ¿Y por qué insistía pegajoso en acompañarla siempre, desatendiendo sus obligaciones de guardar la casa y los niños? ¿Y por qué no le importaba que la casera lo amenazara cuando le incordiaba su presencia?

—¿Qué le pasa al Sultán que está siempre donde tú estés? —le preguntaba a la hija.

¡Si el Sultán hubiera podido decir!: —Ama, pregunta de otra forma, di ¿qué te pasa, Estrella, que el Sultán no te deja sola un momento?

¡Qué lástima que el Sultán no pudiera entenderse con la casera! En cambio, sí con Estrella que le pasaba la mano por el lomo y él se reía, como se ríen los perros, agitando la cola nerviosamente.

Todos pensaban en la Morachita, hasta en la huerta de Los Granados; lo comentaban en las cuadras, en la cocina, en el huerto, en la explanada, en el tajo; los jornaleros en voz baja; Ramón con la pareja de la guardia Civil, enfadado, furioso, decía a cada instante: —«Tenía que haber ido el niño a la guerra y quedar muerto entre las chumberas ¡hijo de ..! ¡libre! ¡libre! ¿Quién dio la cara por el hijo de la zorra loca?». Y añadía dirigiéndose autoritario al guardia: —«Cabo, esto hay que averiguarlo, aunque yo sé que la Morachita anda en esto y no me extrañaría que estuviera liada con el niño como antes lo estuvo con el padre..; cabo, esto hay que averiguarlo, porque como sea así, esa mujerzuela no pone más los pies en este pueblo; cabo, que no tenga que repetirlo».

El cabo le aseguraba que mañana mismo habremos desliado la maraña, descuide, don Ramón.

Y todo lo que ocurrió en la huerta lo supo enseguida don Emilio, que en todo momento también parecía intrigado. Lo supo desde el primer día.

Fue así:

—Don Ramón, mañana mismo está desliada esa maraña, decía el cabo en la misma huerta sonriendo para sí porque ya hacía tiempo que la maraña estaba desliada, justamente, unos días atrás, casi un mes había pasado de la última noche que en pareja pernoctaran él y el guardia Ruíz en la huerta, y como en otras ocasiones Ruíz pasó parte de la velada en el cuarto de Dolores.

Dolores había sido traída a la huerta desde Lucena donde a los ocho años quedó huérfana y sin parientes cercanos; la Niña de la huerta sólo tenía tres añitos cuando Dolores llegó para ser su niñera; desde un

principio cuidaba de la pequeña y ayudaba a las faenas diarias de barrer los corrales, y gallineros baldeándolo en todo tiempo; pronto llegó a ser imprescindible y aunque la señora le escatimaba el sueldo, era pródiga en alabanzas; en aquella época ya faltaba el señor que había muerto «a consecuencias de su mala vida», según decía la viuda que también acababa al difunto su «enfermedad del pecho», que le impedía atender debidamente la hacienda y la educación de María Victoria; el hijo estaba interno en el Seminario de Córdoba preparándose para sacerdote por imposición materna ya que de ser cura heredaría el capital del tío Joaquín, por lo cual ella, enfermucha, sin apoyo de varón, tenía que sacrificarse para dirigir sus bienes bastantes mermados aún antes de su viudez.

Dolores era despierta y se daba cuenta de su situación en la vida; sabía que cuando el seminarista «cantara misa» todos serían ricos, volverían a Lucena y estarían requetebién hasta con caballos y coche; María Victoria casaría con algún ricachón y ella encontraría un buen hombre que la quitara de servir a los demás. Fue creciendo y desarrollando una belleza espléndida a la vez que aumentaba su desdén por los braceros; ya sabía ella lo de «vestir santos» por que «la caballería se pasa y la infantería no llega» y ocurrieron cosas en su vida que la llevaron a una soltería forzada llena de misterios amorosos.

En el pueblo era sabido que María Victoria se había casado muy deprisa con Ramón; que éste vino buscando en la novia, además de su gran belleza, su saneado capital; que Dieguito era hijo del Tole y que Ramón no sospechó la faena; que todo lo supo y de una vez cuando el zagal contaba diecisiete primaveras y que aquel cariño que alimentó tanto tiempo se le convirtió en rencor y odio ¿cómo iba a librarlo del servicio si deseaba que desapareciera del mundo? Si una bala, allá en el moro, le librara del oprobio de saberse engañado y de ser el hazmerreír de la chusma.

Dolores se había preparado en su cuarto para la ocasión porque volvía el guardia Ruiz una vez más a compartir su lecho; siempre era

para los dos una noche de gran fiesta. Siempre no, porque en esta última participó más de confidencias que de atenciones a Eros.

—Yo era una chicuela, Cristóbal, cuando me recogieron en esta casa, como de caridad, a ganarme el pan que me iba a comer; cuidé de la niña y aguanté el carácter de la señora madre; yo era como un juguete para las dos; ningún mocito llegó a mí con buenas intenciones y la verdad es que fui preciosa...

El guardia Ruiz le apretó una mano y besó suavemente el hombro de la moza.

—...fui preciosa, me lo decía el señorito Diego cuando venía desde Córdoba a ver cómo iba la salud de su madre; —«Diego, Diego —le decía ella escandalizada— un futuro sacerdote no debe mirar a ninguna mujer y menos decir en voz alta que le gusta». Y él se reía y me guiñaba ¡era tan campechano!. —«Madre, Dios la ha hecho así y debemos alabar a Dios en sus obras»; la señora se enfadaba y lo amenazaba con decirle a los superiores que no le diesen permiso porque peligraba su vocación.

—¿Se había enamorado de ti?

—No, pero me consideraba mucho porque sabía que yo sólo tenía en el mundo el amparo de ellos y me tenía cariño como yo a él y a María Victoria y al Tole que trabajaba aquí desde chiquito.

—¿Trabajó aquí mucho tiempo?

—Trabajó mucho tiempo hasta que murió el señorito Diego. El Tole se enamoró de María Victoria y ella jugó con él.; ella tuvo la culpa de que la Morachita se tirara a la vida...

Hizo un movimiento brusco desprendiéndose de los brazos del hombre y quedó sentada en la cama.

—Tengo que pedirte un favor, Cristóbal, un favor muy grande ¡Cristóbal de mi alma! ¡júrame que me lo harás! ¡júramelo!

—Dolores —muy sereno y cauto habló Cristóbal— si está en mi mano tenlo por hecho.

Volvió ella a recostarse y acarició maternal el pecho peludo que se rozaba con el suyo y la habló lentamente, como si le contase para dormir, un cuento de hadas.

—Ya sabes que llegué a esta casa sin más jornal que el pan y la ropa; algunas veces el señorito Diego me daba unos reales y hasta alguna peseta; María Victoria también me daba cuando íbamos a la feria de Lucena o el día de la Virgen de Araceli; nunca gasté el dinero y... y... Cristóbal, me da vergüenza decirlo, pero durante más de treinta años yo he ido guardando... guardando lo que me encontraba...

—¿Lo que te encontrabas?

—Bueno, sí, comprende., algunas veces se perdían —«Dolores —decía la señora— ¿has visto por casualidad unos céntimos que puse aquí para darlos a los pobres que vienen a pedir los viernes?». Yo ponía cara de tonta y aseguraba que no los había visto y ella terminaba diciendo —«No sé donde tengo la cabeza ¿dónde habré puesto los centimitos?»

—¿Y tú...?

—Yo los guardaba, ¿para los pobres, y quien más pobre que yo? Pensaba que algún día podrían echarme de la casa y me quedaría con la noche y el día; bueno, eso lo hice en vida de la señora madre y cuando mataron al señorito don Diego, me quedé al cargo de la casa hasta que María Victoria se casó con el Ramón y se cortó el chorro grande, es un decir...

—Bueno, Dolores, ¿y qué tengo yo que ver en todo esto que me cuentas?

Salió Dolores de la cama y fue hasta un arca que estaba justamente debajo de una ventana, mientras seguía hablando:

—Por esta ventana que da al tejado de la saleta de los aperos, entró el Tole aquella noche; me tapó la boca y me amarró a la cama y luego entró en la alcoba de María Victoria, la forzó y la gozó...

La tenue luz de la mariposa era suficiente para ver el cuerpo de Dolores levantando la tapa del arca, metiendo una mano entre las ropas allí guardadas y sacando seguidamente un envoltorio que puso encima de la cama, diciendo: —Aquí hay mucho dinero.

El guardia Ruiz también había salido del lecho y a la débil luz de aceite, calculando, contestó:

—Sí, mucho dinero en billetes, plata y calderilla.

—¿Hay lo suficiente para librar a Dieguito del servicio?

—De sobra...

—Pues ese es el favor: que des tú los pasos para librarlo y que no se enteren ni las piedras de que he sido yo porque me meterían en la cárcel por ladrona...

Dolores sentada en la cama se desahogaba hablando y Cristóbal Ruiz con el envoltorio encima del arca, la escuchaba con atención.

—...desde ahora que te he contado mi secreto podré entrar en la iglesia sin avergonzarme; podré cumplir los jueves santos con Dios y la Virgen y no sentiré angustia al confesar, como entonces, cuando sus confesiones era una sarta de mentiras; ya nunca más sentirá que hasta las raíces de su cabello se le volvían picas de acero y la cara le ardía cuando escuchaba al bendito cura: —«Sigue así, Dolores, humilde, sacrificada y cumpliendo tus deberes de cristiana agradeciendo con tus servicios y lealtad el amparo que...». No sabía entonces si reír o llorar y después entre tantas beatas no se echaba de ver si ella acudía a comulgar ¡jamás cometió ese sacrilegio tan horroroso! Ahora quedaba tranquila; ya tenía en paz la conciencia porque al hablar quedó igual que si en la picadura de una abeja o de una avispa, se unta aceite, o miel, o se restriega con tierra del suelo ¡qué descanso!

Se había tendido en la cama, cerró los ojos y cruzó las manos beatíficamente sobre el desnudo pecho; su misión salvadora estaba cumplida; ya no era una ladrona viciosa, era una madre, la segunda

madre de Dieguito el hijo de María Victoria y Tole; recuerda aquella noche cuando él entró por la ventana y no parecía un hombre, era como un gigantón que llenó la habitación de la sombra de su cuerpo y de la luz que salía de sus ojos como dos estrellas verdes.; no pudo defender a la señorita ...y luego lloraron las dos —«Ha abusado de mí el canalla, mira Dolores, mira...», y le enseñaba las heridas de los dos pechos que le temblaban como dos palomas asustadas.; el Tole era hermoso y guapo...

Piensa el guardia Ruiz que Dolores parece el burrito de la noria, dando vueltas en su cabeza a la rueda de los recuerdos.

—Dolores, qué hermosísima eres, me tienes loco...

También él daba vueltas en su cabeza a las cosas que escuchaba; las mujeres son seres extraños entre hadas y brujas; la Dolores había vivido en la mentira, en el engaño y en el robo; era una ladrona y en un caso así, él, como celador de la honradez o como guardián de la justicia, tenía el deber de denunciar aquellos robos, o lo que es igual, ir en el momento al dormitorio del cabo y decirle: —«He detenido a una delincuente, habrá que llevarla a prisión al amanecer y devolver estos dineros... ¿Ese era su deber? ¿Qué había hecho la moza? Tomar lo que se le debía en justicia; guardar a escondidas lo que debió recibir a las claras. ¿Para qué guardó? Para «el día de mañana», para cuando le dieran la patada, cuando enferma o vieja no pudiera trabajar. ¿Tomó aquellos dineros de unos pobres? No. Tomó unas pesetillas que a ellos les sobraban. ¿Merece Dolores que yo obre como creo que es mi deber?

La miró extasiado. Era una putilla ladrona. Rebuscó en lo más hondo de sus sentimientos y chocó con dos fuerzas opuestas: la dulce, la maternal, la buena sacrificada por gratitud, la generosa y sentimental, la entregada gratuitamente por voluntad; la mujer soñadora de amores puros y la deliciosa putilla generosa en el placer, inventora de artimañas excitantes, sabedora intuitiva e inefable. El guardia Ruiz volvió a exclamar ebrio de deseo:

-Dolores, que hermosísima eres, me tienes loco...

El dios Eros fue cumplidamente atendido.

El amanecer fue anunciado por el gallo del corral; la claridad era tierna y lechosa, faltaban minutos para que el cielo resplandeciera; la naturaleza se desperezaba entre murmullos del viento, el aleteo de las aves y la impaciencia de los animales domésticos.

Cristóbal Ruiz esperó a la puerta de la alcoba donde había dormido su jefe, hasta que éste salió dispuesto a la diaria tarea.

-Cabo, -le dijo cuando estaban en la entresala- ¿salimos pronto?

-En tomando la manduca, que aquí es muy buena, buen pan, buen aceite, buen café, buena leche...

-Ya hay movimiento en la gañanía y de la cocina sube un olorcillo que trasmina.

-Pues vamos a bajar que se me hace la boca agua.

Terminado el abundante yantar, ambos hombres, en sendos caballos, partieron para el pueblo; ya el sol lucía descaradamente y la campanita de la iglesia volteando jubilosa anunciando la Misa de alba.

-Cabo, ¿me permite usted ahora cuando lleguemos al pueblo que entre en la iglesia? -ante el ceño del superior, el guardia titubeó, pero al fin dijo: -Me gustaría confesar...

Se sorprendió el cabo: -Ruiz, no sabía yo que...

-Son cosas que pasan, recuerdos de cuando uno era niño..; al sentir la campanita me he visto de la mano de mi madre diciendo: -«¡A confesar, Cristóbal, a confesar!». Mi madre me llevaba cogido de la mano y luego me ayudaba a cumplir la penitencia...

-La verdad, Cristóbal, que a mí me pasan algunas veces esos recuerdos como si me hicieran un nudo en la garganta o como si se me pasara por el gznate un mendrugo de pan duro...

Los dos, parados los caballos en la carretera, cabe a la fuente de la Teja, hicieron un silencio de meditación, que rompió el cabo, avizorando algo que el otro quería ocultar.

—¿Qué te traes escondido, Cristóbal? A mí no me cuele lo de tu madre cogiéndote de la mano, aunque estoy seguro de que era verdad, pero me huele a mí a otro guiso más reciente, vamos de esta misma noche ¿qué te pasa con la Dolores?, porque la Dolores está en la cuestión ¿a que sí? —la mirada del cabo de tan aguda parecía traspasar el pensamiento.

—Tengo que cumplir un encargo...

Un segundo toque de campana llamando.

—Cabo, si me autoriza iré ahora a la iglesia y ya le diré en qué consiste el encargo.

Entraron en la calle principal llamada con el nombre y apellidos, José Fernández Jiménez, del político que hizo posible la conversión de la antigua aldea de Los Zapateros en el flamante pueblo de Moriles.

Se apearon al llegar al café de Pastor; el cabo cuidaría de los caballos mientras Ruiz se dirigía y entraba en la iglesia, en la que ya esperaban las devotas y un devoto, entre ellas la hermana del párroco que siempre entraba la primera, «para dar ejemplo de puntualidad», y ocupaba una sillita baja cerca del altar mayor y colocada de tal forma que no se le perdía ni un gesto de los asistentes.

—Emilio —comentaba demasiadas veces con su hermano— doña Clara, se persigna tan deprisa que no puede decir entero «por la señal de la santa Cruz...»

El sacerdote no alimentaba los comentarios de ella y muchas veces la amonestaba cariñoso: —Juana, no se deben hacer juicios porque sólo Dios sabe lo que hay dentro de cada uno.

–Bueno, Emilio, pero –se atrevió una vez a decir– que a mí, doña Clara, a pesar de sus limosnas, de sus novenas y Misas de alba, me da un tufillo...

–¡Juana, Juana! –no dijo más pero el tono de su voz fue suficiente para que ella no tocara más ese asunto, aunque a veces, haciéndose la distraída, canturrease con maligna intención:

...siendo clara me enturbíé
nadie diga en este mundo
«deste» agua no he de beber
que en un caminito «alante»
aprieta mucho la sed.

Allí estaba sentada con un hermoso rosario entre sus macizas manos, con los ojos bajos y sin perder detalles:

Que había entrado el guardia Ruiz.

Que se acercaba al confesionario y habla con el cura.

Que el guardia se hincó de rodillas y se persignó devotamente.

Que parecía por el movimiento de su boca y los golpes de pecho que estaba rezando el Yo pecador me confieso a Dios.

(Juana se admiraba de que un Guardia Civil joven y guapo frecuentara los sacramentos ¡en la vida hay cada sorpresa!)

Que el guardia al terminar su confesión no fue al Sagrario a cumplir la penitencia.

–Tendrá mucha prisa –pensó Juana.

Pues sí, Cristóbal tenía mucha prisa porque el cabo quedó vigilando los caballos en la puerta del café de Pastor.

Pues sí, Cristóbal se santiguó y besando la mano del sacerdote le dijo: – Secreto de confesión ¿verdad, don Emilio?

–Secreto de confesión, hijo mío, vete tranquilo y que Dios te bendiga.

Pues sí, Cristóbal Ruiz, salió de la iglesia respetuosamente y Juana no vio que su hermano se guardaba un pequeño envoltorio entre el roquete y la sotana.

Secreto de confesión.

Todo esto ocurría en los días turbulentos de la guerra en África. No se apaciguaron los ánimos fácilmente ni se acallaron las conjeturas acerca del misterio del doncel de la huerta de Los Granados; se decían cosas, se barajaban nombres y mientras seguía la vida discurrendo pacíficamente queriendo olvidar que la Muerte en África diezmaba los pueblos españoles, pero era imposible no pensar en el dolor que azotaba a las familias.

Don Emilio también sufría por eso.

Desde que recién salido del Seminario llegó a la aldea hirviendo en amores, sabedor responsable de aquellas sencillas almas (y pronto se dio cuenta de que no eran tan sencillas) y sin embargo sus ilusiones de trabajo continuaron brillantes y su fe inquebrantable.

Aquella capillita de Los Zapateros que hacía de Parroquia, tan humilde y chiquita que le hacía exclamar a su hermana.

—Bien podía el Obispo haberte dado una cosita mejor, ¿esto no es vida, Emilio! ¿Y para mal vivir aquí has estudiado tantos latines? ¿Y para qué te has estrujado la sesera si no tenemos una buena vida?

—¡Juana, Juana!

La pobre Juana no comprendía la grandeza de su ministerio y era inútil darle razones.

Luego se hizo la iglesia, de una sola nave pero amplia, con imágenes, con un Sagrario digno y adosada a ella la casa muy decente y capaz. Y luego su amistad con don Diego, que no llegó a ser sacerdote por mor de una mujer ¡qué buen cura hubiera sido! Además de enamorarse de una mujer se enamoró de la aldea; se enardecía dejando volar la imaginación cuando hablaba del futuro de Los Zapateros —

«Que sí, curilla, que tenemos que hacer de la aldea un pueblo famoso»; siempre lo llamaba curilla con un acento cariñoso que le gustaba escucharlo, porque en realidad eso era él, un cura enano, no por la estatura ni por lo desmedrado y endeble de su constitución; pero su enanismo estaba más adentro, porque si trabajo le costó aprender, como decía su hermana, latinajos, más trabajo le costaba ejercer su ministerio en el confesionario; temblaba cuando le pedían consejo y su corazón se convertía en pajarillo cuando no conseguía llevar la paz a las almas que se le confiaban, a las que se le acercaban buscando un remanso.

—«Soy un curilla efectivamente, me agobio en el trabajo y me avergüenzo cada mañana al despertarme por haber dormido tranquilo, ¿cómo puedo descansar, Señor, sabiendo como sé que el sufrimiento, el dolor, la ignorancia y la pobreza reina en esta feligresía? ¡dormir de un tirón! y ¡hasta roncar, Señor! ¡cómo si tuviera la conciencia tranquila..!»

—«Mi hermano es un santo, pero no sabe vivir y siempre me está dando la lata con que no es un buen cura ¿qué no es buen cura? ¡y me lo dice a mí, que sé que vive sacrificado como sacerdote y como hombre, ¡un santo! ¡con tantas visitas y tantas preocupaciones como tenían los dos!, y lo peor era que ella tenía que sufrir en silencio porque si algo dijera sería como abrirle los ojos ¡tan inocentito! Por eso ella tenía el agua bendita a la mano y cuando entraba en el despacho alguna lagartona, rociaba después la habitación para que huyera el demonio, porque el peligro estaba en las mujeres y el inocente decía:

—Juana que son peores otras cosas ¿por qué no voy a ir a casa de las Julias?

—Porque es una casa mala, ya tu sabes cual es el trabajo de la Julia y no debes ir porque darás mal ejemplo y hablaran mal las gentes.

—Juana, allí se está muriendo una pobre mujer vieja que quiere ponerse a bien con Dios...

-¡Qué inocentito eres, Emilio..!

Aunque don Emilio se reprochaba el descanso nocturno, tan merecido ciertamente, porque en todo el día podía dar una siestecita decente para reponer fuerzas; su sueño siempre fue apacible y profundo, pero a medida que crecían las preocupaciones el sueño le tardaba en venir y se le iba con rapidez. A él todo le afectaba: la guerra, el embarazo de Araceli, la terquedad de Frasquito, el asunto de Dolores y Dieguito, el matrimonio de Pepillo José y Lorenza que se tambaleaba, la Julia madre que se va a morir, la locura de María Victoria y sobre todo la pobreza; claro que al lado de estas penas hay una alegría, que las niñas ya tienen maestra y parece que esta no se va a ir, como se fueron las otras cuando vieron que la escuela ni siquiera era a propósito para ser «miga»; esto a doña Elena no le va a importar; luego está doña Clara que dará trabajo a los jornaleros del pueblo; luego el casamiento de Morachita y la compra de la huerta del Arroyo...

Aquella noche también el sueño tardó en llegar. La verdad es que don Emilio, ya recogido en su humilde cuarto, después de rezar devotamente todas sus oraciones, al tenderse en el lecho y santiguarse... no es que no tuviera sueño, es que no quería tenerlo, que para él era un relajo soñar despierto: ir con el deseo a la huerta del Arroyo, salir de la casa, pasar por la fuente, engloriarse mirando la sencillez del paisaje; era la sencillez que correspondía al humilde caserío del pueblo; la tierra por allí es más tierra, más madre, por eso no tiene grandes relieves, todo es suavidad y el montecillo se alza tímido para hacerse perdonar su osadía; allí mismo arranca una ancha vereda frente a la huerta de Los Granados, al otro lado de la carretera que lleva a la Estación; algo pina deja a la izquierda las cuevas de los gitanos; se sube la vereda y ésta se planta horizontal y victoriosa haciendo linde entre dos hermosas viñas que se han librado de la filoxera; va estrechándose hasta hacerse camino ¿cuántas veces lo ha recorrido él y ha

pasado unos ratos con Frasquitasí y sus niños?; desde cualquier parte de la casa es un gozo agradecer a Dios la sensación que sube como una música porque parece que la tierra ríe; sí, también allí ríe la tierra... ¿ríe de verdad o es la risa de Morachita? Sí, es ella ¡qué buena! ¡qué angelical! Me toma una mano y no me la besa, me la aprieta como queriéndome decir algo... ¿qué quiere decirme? ¿sueño o estoy despierto? ¿sueño o es que quiero sentir su manita en la mía? ¿por qué este sudor y este escalofrío...? Estoy despierto, muy despierto... ¡ay, mi Morachita, que daño me estás haciendo..!

Se echó de la cama; mejor, se volcó en el suelo en lucha heroica; lloró como un niño al que arrancan su juguete favorito. Arrodillado en la esterita de esparto, dejó su cabeza abatida sobre el colchón de la cama, los ojos cerrados porque no se atrevía a mirar a su alrededor. ¿Cuánto tiempo estuvo arrodillado? Cuando se alzó parecía un anciano. Suspiró dolorosamente y ocupó el sillón de brazos envolviéndose en la colcha de la cama para defenderse del frío de la madrugada.

Tras los cristales del balcón le guiñaban las estrellas. Apretó a su pecho el pequeño crucifijo que siempre llevaba colgado al cuello y comenzó infantil el recuento de las imaginadas ovejitas atravesando el imaginado puente. Crecía la noche y ya quería nacer otro día; palidieron las estrellas y hasta huían sin que don Emilio llegara a contarlas todas y es que no había puente si no un arroyo y las ovejitas no obedecían porque cuando el trasiego se normalizaba aparecía riéndose en la otra orilla Frasquitasí tirando de la Morachita que también se reía.

Cuando Juana le preguntó:

—¿Cómo tan temprano, Emilio? Todavía no he encendido la vela para hacer el café... Tienes mala cara, ¿has dormido bien?

—Sí, he dormido bien —contestó enrojeciendo.

(Y no se disculpó con el Señor, por estar mintiendo)

EL CRECIMIENTO

**Hay un solo motivo de todos los males
de la tierra: «Esto me pertenece».**
A. de Mello.

En el Sagrario, como cada día, tenía don Emilio las grandes parrafadas con el Señor, pero esa mañana, aunque el coloquio duró más tiempo que otras veces, no le llegaba el sosiego porque le roía un gusanillo impertinente que no cesaba de atormentarlo con imágenes y deseos turbadores. Y si el Demonio lo buscaba con tanta insistencia habría que recurrir a un remedio heroico. —«Poco a poco, Emilio, poco a poco, no le busques cinco pies al gato, no seas soberbio, no te creas tan importante para que el Malo se interese por ti; no te olvides de que eres un simple cura; tú, a tu Misa, fuente de inagotables gracias, y a cuidar este rebaño que se te ha entregado; no te conformes con visitar a enfermos de cuerpo, ni con ceder tus pasteles para otros estómagos porque confiesa ahora que estás delante de Aquel que todo lo sabe, confiesa que nunca fuiste goloso y, más aún, que te asquean un poquito..; preocúpate hasta de lo que creas insignificante ¿qué sabes tú de las personas que pasan por la vida sin hacer ruido y tal vez lleven abrigando en el corazón desde su nacimiento una tormenta terrible? ¿qué sabes tú..? ¡oh Señor, si Tú no me ayudas no sabré qué hacer..!»

Juanillo, el sacristán, daba ya el último toque para la celebración de la Misa, habían sido ocupadas las bancas por las feligresas y por el anciano Esteban, que siempre acudía a todos los oficios de la Parroquia, y estaba haciendo su entrada, casi triunfal, doña Clara, que inundó el ámbito de un penetrante olor a rosas.

Después de la celebración, el cura acostumbraba ir al Sagrario unos minutos a orar; salía por la sacristía directamente a la casa a desayunar: pan duro remojado en un tazón de café; pero esta vez cambió la rutina; esta vez salió por la puerta del templo junto con el sacristán y doña Clara, que muy atenta lo invitaba a desayunar con ella. Titubeó unos segundos, sorprendido, y rápidamente pensó que aceptar sería aprovechar la ocasión para pedirle trabajo y así ayudar a Lucía, a pesar de que ir por la calle con la señora se prestaba a habladurías.

—Con mucho gusto, doña Clara —y encargó al sacristán que avisara a su hermana.

¡Claro que a su paso había habladurías!; formaban una pareja muy extraña: ella destacaba por su laborioso peinado de ondas y rizos que se le escapaban por la frente, las orejas y el cuello; el pelo de color de mazorca madura y el rodete trenzado y voluminoso; contemplando su cabeza se pasaban por alto los ojos claros y gachones, la respingona nariz y la boca de gruesos labios rojos; se acusaban en su cuerpo abundantes redondeces, unas torneadas y firmes piernas; junto a estos detalles lucía una mantilla de tul negro, un rico traje de seda brillante, las joyas y el preciso que al bambolearse por la inquietud de sus manos irisaba reflejos de su plata y producía un sugestivo y musical sonido de las monedas que contenía.

A su lado, la pequeñez del desgarbado don Emilio, con su sotana raída y recosida, ofrecía un doloroso contraste; su cara arrebolada, las orejas como empapadas en sangre; los ojos bajos y una levísima sonrisa... ¡qué arrepentido estaba y hasta sentía náuseas por el opíparo desayuno que aún no había tomado! Iba avergonzado porque pasaban entre el grupo de hombres que le abrían paso, que esperaban desde antes de amanecer a ser contratados, aunque sólo fuera por media peonada; era un grupo de braceros de todas las edades.

Y aquel bullir alrededor de una cocina portátil donde se freían tejerings, en un ángulo del paseo frente a la casa-lagar de doña Clara.

Era la primera vez que don Emilio entraba en ella. Subieron por una escalera dejando a un lado un hermosísimo patio empedrado con un pozo al fondo, una pileta para abreviar las caballerías y un frondoso naranjo donde en Semana Santa el que hace de Judas, desesperado por haber traicionado al Maestro, se ahorcaba; cuando a doña Clara la enteraron de la costumbre que el pueblo seguía desde sus años lejanos de aldea, le hizo gracia y prometió asistir todos los años a esas manifestaciones religiosas.

Atravesaron dos hermosos salones rústicamente amueblados y entraron en la alcoba.

—Don Emilio, acostumbro a comer aquí —señalaba a una hermosa ventana y a una mesa preparada para el desayuno; la casera trajo enseguida más servicio y un plato con tejerings que echaban humo como si aún estuviesen friéndose en el perol.

Doña Clara iba explicando, a medida que animaba a comer al cura repentinamente desganado:

—En Cuba me hacía servir en la cama.

—¿Estuvo enferma?

Rió ella. —«Desde luego —pensó él— tiene una boca perfecta, por eso los poetas llaman perlas a los dientes como estos».

—Nunca enfermé; desayunaba en la cama por gusto; mi esposo se levantaba muy temprano para vigilar la plantación; cuando llegaba la hora, entraba la negra, descorría las cortinas y me servía el desayuno; luego me ayudaba a bañarme y vestirme y... ¡bueno, empezaba el día!

—¿Y qué hacía?

—¿Qué iba a hacer? Pasear a caballo, pasear a pie, tocaba la guitarra, cantaba...

—¿Canta flamenco?

—¡Ojalá! Yo canto otras cosas y me acompaño..; la guitarra la tengo en Lucena, pero de tenerla aquí ahora mismo le cantaba una habanera.

—Me gustaría mucho escucharla.

—¡Oh, sí —se atrevió a entonar por lo bajo:
Una negrita en la Habana
estaba cogiendo flores
y el negro que la miraba
gozaba de sus favores.

Don Emilio, arrebolado hasta la frente y las orejas deseaba escapar de aquella mujer, quien al darse cuenta de sus apuros dejó de cantar.

—En la temporada de la vendimia haremos una fiesta y entonces cantaré acompañándome con la guitarra.

Tomaba con delicadeza un trozo de tejeringo y se lo llevaba a la boca con sumo cuidado porque era difícil devorar la fritura sin mancharse y cuando culminó su hazaña se restregó los labios con la blanca servilleta.

—¡Uf! —exclamó tras la victoria— las manchas de aceite me atacan los nervios, por eso no quiero ver ni un candil ni un velón y alumbro estas habitaciones con quinqués de petróleo y abajo donde se reúnen los caseros con los gañanes he impuesto luz de carburo y no descansaré hasta que en Moriles haya luz eléctrica en las casas y en las calles ¿cómo se puede vivir de esta manera estando ya en el siglo veinte? ¿Y el teléfono, don Emilio, cómo podemos vivir sin teléfono?

El cura apenas hablaba porque estaba pensando en ir enseguida a casa de Lucía, sacar del catre a Frasquito y traerlo a presencia de la señora. Y eso hizo cuando, terminado el yantar, se despidió con estas palabras:

—Dios le pague, doña Clara, esta bonita atención que ha tenido conmigo. Ahora voy a ver a un joven jornalero que tiene que mantener a su madre viuda y a sus hermanillos y no tiene trabajo.

—Le daré colocación, don Emilio, porque me basta que usted lo recomiende.

—¡Oh, no señora!, como trabajador no puedo recomendarlo porque yo no sé nada de labranza; es un muchacho al que yo enseñé a leer, escribir y algo de cuentas, un poco de todo porque yo no llego a mucho.

—No sea tan humilde, don Emilio, no sea tan humilde y que venga el muchacho que yo lo conozca...

Bajaba la escalera, don Emilio, lleno de euforia; su estómago repleto, sus lisonjas —«no sea tan humilde»— y la esperanza de realizar un sueño antiguo: un buen trabajo para Frasquito el de Lucía ¡llegar tan joven a ser capataz de un cortijo, y quien sabe, si administrador! ¡cuántas veces le pidió al Señor por el pequeño Frasquito! Le conmovía verlo llegar cada mañana a la sacristía a vestirse las ropas de monaguillo; le parecía un muñeco grande, la carita sonrosada, los grandes ojos muy brillantes, el flequillo siempre rebelde y la sonrisa perenne; ropitas muy raídas y muy limpias y las toscas botas con los cordones escasos; cuando murió el padre se negó a seguir de monaguillo porque según él «tenía que hacerse cargo de la casa por ser el mayor».

—¿Cómo te las apañas Lucía?

—Como Dios me da a entender, don Emilio; a mi Araceli la tengo con la tía Teresa, la Conchita se las busca haciendo «mandaillos» y algo pillá; el Frasquito cuando trabaja, también arrima algo, pero trabaja poco..., apenas lo llaman... ¡si mi Frasquito no leyera tantos papelotes...! De verdad, don Emilio, que a veces me arrepiento de haber consentido que usted le enseñara a escribir y a leer...

—No disparates, Lucía; el saber es un bien de los más grandes.

Lucía no comprendía que el saber fuera un bien para un pobre jornalero porque el leer, el escribir y el hablar bonito eran cosas de señoritos, de curas y de gentes con título...; su Frasquito cambió totalmente desde que aprendió a leer; siempre con quejas, con infundios, que si los pobres y los ricos, que si los dominantes, que si los chupa sangres...; tenía fama de revolucionario, cuando su Frasquito era un corderito, un

bendito, un santo; le estaban haciendo un cerco los propietarios y ninguno quería darle trabajo y por eso andaba desesperado hasta pensar en ir a la guerra de África de la que se libró por hijo de viuda...

—¿Cómo te las apañas, Lucía? —era siempre la pregunta que le hacía. — Tengo que hablar con Frasquito.

—¡Frasquito! ¡Frasquito, que don Emilio quiere verte! Ya mismo está aquí y ya sabe, don Emilio, si usted lo necesita para lo que sea, él es muy «apañaíto»...

Sonrió el cura y la siguió escuchando, porque el gran defecto, y a la vez don de Lucía, era el de hablar sin descanso.

—Buenos días, don Emilio —saludó el joven.

—Dios te guarde, Frasquito ¿cómo van esos ánimos?

—Pues ya ve usted.

—Sí, ya veo, ya veo... —y la voz del cura adquirió una blandura maternal al contemplar al mozo, al que fue como un muñeco grande de ojos brillantes y boca reidora, de pómulos sonrosados y rebelde flequillo, convertido en un hermoso y triste jayán de cabellera revuelta— pues vengo a proponerte algo que tal vez te convenga.

—Usted dirá, don Emilio.

Y Lucía, presintiendo que la visita podría alargarse, propuso: — Vamos a sentarnos en la cocina que estaremos más cómodos.

Los tres lo hicieron y don Emilio, que no sabía como empezar temiendo que Frasquito intentara exponer ante él sus ideas políticas, se dirigió a las alturas y pidió: —«¡Señor, ayúdame en este trance!»

—¿Conocéis a doña Clara?

Lucía: —Es una forastera muy rica.

Frasquito: —Se está haciendo de muy buenas fincas pero se las trabajan jornaleros de Lucena ¿se ha dado usted cuenta, don Emilio, de los que están ahí fuera, padres de familia con los brazos caídos esperando como al maná que alguien les diga «tengo trabajo para ti? Esa señora los tiene a la vista y como si no los viera.

A don Emilio se le iba abriendo una ventana oyendo al muchacho.

-Pues mira, Frasquito, esa señora, doña Clara, quiere conocerte para darte un trabajo.

-¡Bendito sea Dios! -exclamó Lucía.

-Yo a esa señora sólo la he visto una vez y desde lejos.

-Pero como sabes donde vive, te presentas a ella y si llegáis a un acuerdo ¡quién sabe si ya echará mano de nuestros hombres y no los traiga de fuera!; está enterada de que tienes ciertos conocimientos; en fin, hijo, si quieres yo voy contigo a la primera entrevista.

-¿Cuándo tengo que ir?

-Hoy mismo, ahora mismo.

-Bueno, gracias, don Emilio, cuando tome el café iré...

-¿Quiere usted una tacita? -ofrecía Lucía.

-Se agradece, otro día será, me voy pero tenerme al corriente de esto.

A Frasquito le molestaba tener que presentarse ante doña Clara y sólo por el cariño que le tenía a don Emilio aceptó; se refrescó la cara con agua, se sacudió los pantalones y la camisa, se metió los dedos en la pelambrea...

-Frasquito, por favor, pásate el peine y aplástate el flequillo -le pidió Lucía.

-¿Y qué culpa tengo yo de lucir un remolino aquí, en la frente?

Rió la madre, ¡ya salió el remolino de achaque para no peinarse, con la gracia del remolino no dejando despejada la frente y dándole un aire de pillo que traía locas a las mocitas, y es que «mi Frasquito salió en todo a su padre, en el pensar y en el remolino, pero lo bueno del padre era que no se metía con nadie; él al trabajo y nada de leer periódicos, porque no sabía y en cambio mi mocito... ¿por qué consentí que don Emilio le enseñara las letras y los números si ahora nadie lo quiere para trabajar porque dicen que revoluciona los gañanes... ¡y qué marchoso es, míralo, parece un sol!

Pasó Frasquito cerca del grupo de jornaleros que esperaban ser escogidos para ganar un jornal y sintió deseos de volver a su casa, porque le dolía notar la tristeza de aquellas personas esperanzadas en una limosna, que tal era la contratación de sol a sol, para volver derrengado y cobrar unos miserables reales; le parecía escuchar a cualquiera de aquellas esposas que aguardaban en las casas el momento de poder llegarse a la tienda y pedir sin sonrojo: – «María, a mi Juan le dan trabajo en el cortijo tal, o en la haza cual y vengo a que me des una panilla de aceite y dos medidas de garbanzos que a la noche, cuando él vuelva con el jornal, te lo pagaré». ¿Y qué haría la que no esperara un jornal? ¿Qué hacía su madre? Pues eso: ofrecer sus brazos para limpiar casas ajenas.

Deseaba el muchacho volver a su casa pero la palabra dada al cura tenía que cumplirse y cuando llegó hasta la casa-lagar, saludó a la casera que le puso cara de pocos amigos.

–¡Dios guarde a usted!

Ella dejó el recogedor y la escoba al lado de la puerta y contestó de mala gana:

–Dios nos guarde a todos, ¿buscas a alguien? los gañanes salieron al trabajo al apuntar el sol, así que...

–Vengo a ver a la señora que me espera.

–¿Ver a la señora? –arrugó expresivamente el entrecejo y murmuró: – Cosas del cura...

Lo llevó a la habitación de doña Clara, que ya se había despojado de su lujoso traje de calle y vestía una bata, también lujosa, de un color indefinido entre azul y verde que deslumbró al muchacho.

Más deslumbrada quedó la señora cuando miró y remiró a Frasquito, que no sabía qué hacer con sus manos; ella paseaba la puntita de la lengua por sus carnosos labios y le brillaban los ojos como a un gato que esperara banquetearse con un inocente ratoncillo.

—¿Cómo te llamas?

—Francisco Gómez Lora, pero todos me dicen Frasquito el de Lucía, que es mi madre.

—Siéntate, muchacho, siéntate —ella lo hizo en la mecedora montando una pierna sobre otra.

Y él lo hizo en el mismo filo de una silla tapizada de rica seda.

—Me ha dicho don Emilio que sabes leer, escribir y que entiendes de cuentas.

—Así es, señora.

—Me gustaría oírte leer; lee aquí —y le entregó una revista de modas que él tomó en sus rudas manos y con toda la sangre de su cuerpo agolpada en la cabeza leyó, titubeando al principio y después de corrido y con entonación.

—¡Qué maravilla de voz tienes, Frasquito? ¿Sabes cantar?

Más enrojecido todavía contestó:

—No se me da el cante; la que lo hace bien es mi hermana Araceli, que canta flamenco y lo que le pongan.

—Dile que venga a verme que quiero oírla.

—No va a poder ser porque a su novio le tocó ir a la guerra y está muy triste y llorona.

—Bueno, hay tiempo para conocerla; me gustaría ver tu letra; copia del figurín algo, aquí tienes papel y lápiz.

¿Qué estaba pensando doña Clara mientras miraba los dedos del mozo moviéndolos con tanta torpeza? ¿Qué estaba imaginando mientras devoraba con la mirada al escribiente?

Y él, ajeno e inocente a ciertas situaciones, no imaginaba cuál sería la suya en lo sucesivo ni aún cuando doña Clara comenzó a mecerse lánguidamente y, en un al parecer descuido, mostró la torneada pierna hasta la rodilla; no lo advirtió él, enfrascado en hacer los trazos de las letras, tan poco caligráficas, y en el torbellino de pensamientos que le acudieron al empezar a escribir. — «Parece muy campechana y

muy señora, si me da trabajo en alguna de sus fincas dejará mi madre de ir a quitar las cazcarrias a las que se llaman señoritas y nos miran por encima del hombro».

—Pues tienes una letra muy clara... —adoptó un aire protector para decirle: —Bueno, Frasquito, basta con que don Emilio te recomiende para yo colocarte en cualquier finca de por aquí, pero tú eres capaz de hacer más cosas que coger una azada o llevar una yunta de mulos; necesito una persona que sepa lo que tú sabes, leer, escribir y cuentas; de momento no te doy un cargo fijo, pero vendrás todos los días por aquí y de acuerdo con Sebastián el casero te buscaremos ocupación ¿te conviene?

A Frasquito se le cambiaban los colores del amarillo al rojo y no sabía si alegrarse con las palabras oídas o sentir las como negativas.

—...desde ahora mismo empezarás a cobrar un jornal de diez reales diarios.

Cuando salió de la casa-lagar, se acercó a ver a su amigo Luis, el hijo de Pepillo José.

—Mi hermano está en Los Llanos —le dijo Loren.

A Los Llanos fue Frasquito dando la vuelta por la calle Monturque que lo llevaba directamente a la viña de Pepillo José, la más cercana a La Laguna Grande; a él le hubiera gustado tener una viñita en Los Llanos; parecía que allí, como en un paraíso, no se podía albergar la maldad; aquella tierra siempre agradecida correspondiendo con creces al trabajo y sudor del hombre, rodeada de sierras lejanas, Montilla, Cabra, Monturque, coronadas de azul, de oro y de azabache, mágica diadema; si él algún día pudiera tener la propiedad de ...¡qué disparate! a lo más que podía aspirar era a trabajar en aquella tierra o en otras para un amo que iría echando panza a fuerza de holgar y llenando el arca de pesetas gracias a los sudores de los pobres. Todos los propietarios debía ser como Pepillo José y sus hijos, trabajadores de la tierra y tratando a sus jornaleros como a personas.

Llegado a la choza de la viña explicó su asunto.

—¿Qué te parece? ¿Qué hago?

—Pues yo en tu caso, con tu madre tan trabajada, con tu hermanillo con calenturas, con tu Araceli tan desgraciada, yo por lo pronto diría que sí y luego al correr de los días vería si debía seguir o retirarme, porque apartando tus necesidades particulares, está el que esa señora tiene muchos duros y muchas fincas, por lo menos dos cortijos en Moriles y está en tratos con un lagar en el término de Puente Genil y necesita brazos; brazos que hasta ahora los trae su casero de Lucena y ya es hora de que ocupe jornaleros de Moriles. Mira, Frasquito, esta mañana se me antojó comer tejerings en vez de pan frito, — «Nena — le dije a mi Loren— aparta la sartén que voy a llegarme a por tejerings», y mira, Frasquito, cuando asomé por la esquina de mi calle y vi en la otra más de veinte o treinta hombres esperando ganarse un jornal, me entró un «retortijón» en el corazón, que me volví a mi casa, porque no tuve valor de comprar los tejerings, me daba como vergüenza y la Loren me dijo: —«¿Tiene bulla el Sollo y vienes a por el pan frito?». No sé lo que le dije pero sólo me bebí el café y me vine aquí a trabajar y cuando me entre hambre me tomaré un buche de agua.

—Entonces ¿tú crees que...?

—Que le digas que sí; vete cuanto antes y ponte a las órdenes del casero y de la casera.

—¿De la casera?

—De la casera; te aseguro que ella manda más que él y es muy zorra en el buen sentido; camélate a la casera y a la señora y ya verás como tendrán trabajo los del pueblo y podremos comer tejerings sin remordimientos.

Terminaron riendo y después Luis que se estaba sintiendo muy mentor volvió a sus explicaciones.

—Yo no he hablado nunca con doña Clara pero todo el mundo dice de ella y hasta se canta una copla que no se la han sacado a ella,

pero como se llama así y tiene un cierto aire, unos andares, en fin...; tú cantas la copla también ¿no?

—Sí, pero tengo mala oreja, se la he oído a mis hermanas:

Clara soy, Clara me llamo
siendo clara me enturbíé
nadie diga en este mundo
de esa agua no beberé
que en un caminito largo
aprieta mucho la sed.

A mí me ha parecido una señora muy campechana y buena.

—¡Y lo tiene que ser, pero las gentes de estos pueblos en todo ven malicia aunque uno vaya con el corazón sano!

Pepillo José fue llamado así desde el mismo día que vino al mundo y cuando pasados los años, ya casado con Lorenza, teniendo los hijos mayores fue nombrado Alcalde del flamante Moriles y a su nombre de pila le añadieron el tratamiento merecido y oyó decir Don José, soltó una carcajada tan grande que, según él, pudo oírse en Córdoba o lo que es igual a setenta kilómetros de distancia.

—Como mucho rango llamarme José que es nombre de persona mayor, pero si queréis darme gusto llamarme Pepillo José.

A Pepillo José, desde que le facilitaron la compra de Los Clavetes, le gustaba pasar los días en la finca a despecho de Lorenza que cada día sentía más la crueldad de los celos y más le crecía el rencor enorme con sólo oír nombrar a la señorita Amparo; le daban náuseas; fatigas, decía ella, y argumentaba para no ir a la finca, que no le era posible ver la Laguna Grande, porque se le hacían vivos los recuerdos tan terribles de las cosas que habían pasado.

Y Loren, la hija, estaba encantada con la finca a la que iba siempre que tenía ocasión.

—¿Por qué no quieres ir, mamá? Es una tontería que digas que si la Chiquita se ahogó en la Laguna Grande y que sí el señorito de Los Claveles se quitó la vida por remordimientos. A mí me pirra el lagar...

Y a Pepillo José también ¡cuántas veces se recreaba en sus recuerdos!, que llegó a la finca a trabajar con los huecesitos tiernos para ganarse el pan, y le dieron el cuidado de los pavos, por lo que su oficio primero fue el de pavero; en Navidad los señores le regalaron un pavo y fue orgulloso a presentárselo a su madre que al verlo dijo: —«¡Ay, alma mía, si el pavo hace más bulto que mi niño!», y no exageraba porque él era pequeñajo y endeble; después, cuando los señores venían a la vendimia, le encargaban del cuidado de la niña Amparito y que siempre le dijera señorita Amparo, porque a la señora madre no le gustaban las confianzas con los sirvientes; y así, de paverillo a lazarillo pasó su infancia en Los Claveles y como estaba muy bien alimentado empezó a crecer y a ensanchar y seguro, segurísimo, que no se le podía comparar ningún gañán en el trabajo ni el «él aquel», ¡pues anda que la Amparito, una real hembra!; se querían como hermanos y aunque a la señora madre no le gustaban las confianzas, ellos dos las tenían y él la tuteaba aunque nunca le apeó el tratamiento de «señorita Amparo».

Siempre la quiso como a una hermana hasta que Lorenza le abrió los ojos y le espetó una noche en que él la buscaba con afán: —«Tú nunca me has querido porque siempre has estado enamorado de la señorita Amparo...». —¡Qué cosas tienen las mujeres! ¿De modo que él siempre estuvo enamorado de ella y no de Lorenza? Al cabo de muchísimos años viene a caer en que desde niño su amor fue la señorita Amparo. ¡Una mala pasada de la vida, porque de haberse dado cuenta a tiempo..! ¡Cuánta felicidad perdida!

Y ahora a fastidiarse, a aguantar la jeta de su mujer y a no saber qué hacer con su propio cuerpo, que ahora con los hijos mayores llevando la carga del trabajo, él ha entrado en una perenne zangarriana y sólo piensa en darse gustos: visitar sus fincas, mirar desde la carretera

a Los Llanos y contemplar su primorosa viña, darse cuenta de que tiene que agrandar las cuadras porque las yuntas aumentan, entrar en el café de Pastor, tomarse allí su café de maquinilla y de vez en cuando una partidita de dominó y todo tan a gusto menos cuando llega la hora de tener que estar en la casa a esperar que los hijos le den cuenta de sus trabajos y a mirar de reojo a su mujer, cada día más menguada y con peor carácter y menos mal que por fin duerme cada uno por separado y solo; solo él, porque Lorenza obligó a la hija a dormir con ella por miedo a ponerse mala.

—¿Por qué no sigue papa durmiendo contigo?

—Porque ronca mucho y no me deja dormir.

El achaque que todos aceptaron por bueno; la verdad la sabían los dos; que ella no consentía correspondencia de sus cuerpos y si bien Lorenza por los dolamas que se inventaba no tenía ciertas necesidades, él en cambio, tal vez por la vida de holganza que llevaba, las tenía aumentadas y exigentes, sobre todo cuando hacía noche en Los Claveles en el cuarto que siempre ocupó la señorita Amparo, sentía desbordarse sus gozos y sus dolores.

Sí que en más de una ocasión pensó en una separación absoluta y que más de una vez se alarmó escandalizado, cuando se le iniciaba, aunque levemente, el deseo de viudez.

¡Qué tonto! Aunque ese fuera su estado nunca lograría a la señorita Amparo o ¡quién sabe!, ya le dijo ella cuando le vendió Los Claveles: — «¡Cuando yo vuelva por Aguilar ve a verme!». ¡Claro que iría y quien sabe!, todavía andaba con la marcialidad de siempre y su cabeza, aunque cana, seguía bien poblada y ni una mella ni picadura en su boca... ¡quién sabe! ¡quién sabe, porque el mundo da muchas vueltas y él todavía nota las miradas tasadoras de las hembras y por si no lo advirtiera se lo hacían notar los demás, como el día que conoció a doña Clara en el Ayuntamiento ¡qué buena facha y cuánta gachonería derramó con él! Sí, sí, muy hermosa y muy, muy... ¡qué sabía él!; la señorita Amparo es como hor-

quilla que defiende del viento al alto sarmiento, ¡si fuese así y a la vez él fuera sarmiento y aire para enroscarse en la horquilla!

Pepillo José soñaba asomado al ventanal del salón principal de la finca y se atormentaba con sus deseos irrealizables.

¡Quién sabe!

Aquella tarde Pepillo José tenía más de una preocupación a cuenta de la política y aunque él se había separado completamente de las actividades municipales, le inquietaba todo lo que iba ocurriendo en el recién nacido pueblo.

—Porque es lo que yo me digo —comentaba muchas veces con los amigos— que un pueblo no se hace con solo cambiar el nombre a la aldea y cuatro cosillas de relumbrón. Resulta que ahora debemos un dineral al Tesoro, nada menos que dos mil trescientas noventa y una pesetas por el cupo de consumo, ¿dónde están esos dineros? Nadie se los ha comido, todo se ha gastado en beneficio del pueblo... pero eso de que a algunos de la Corporación les hayan embargado sus bienes, ¿no es una injusticia? Lo que pasa es que somos unos ignorantes y no sabemos hacer las cosas como hay que hacerlas y ahora queremos tener al lado de la fuente un matadero, arreglar el paseo, empedrar algunas calles, arreglar caminos y ¡qué sé yo!, y todavía queremos más: teléfono, luz eléctrica y un cuartel de la Guardia Civil... Lo que yo me digo es que todo eso está muy bien pero ¿y los dineros? Y si esto lo digo delante de mi hijo Luis y me sale con que todo sería más fácil habiendo más cultura, y que a la Corporación no la hubieran procesado si los concejales consultaran aconsejados por hombres de leyes, pero Ramón como es un «sabelotodo» no se ha dejado guiar, por eso yo, en cuanto pude me salí porque no quiero líos...; y yo con mis cortas luces pienso que el principio de un pueblo nuevo es como el principio de cualquier negocio, muy difícil, muy difícil...

Aquella tarde Pepillo José cuando abandonó Los Claveles, antes de entrar en su casa se detuvo en el café de Pastor y las cosas que tuvo

que oír alteraron más su espíritu; que la pobreza, la miseria, la escasez, el hambre se iban apoderando del campo y se hablaba de revolución, lo mismo que decían en otros pueblos por el mismo motivo. Pensó en su hijo Luis y en Frasquito el de Lucía, porque siempre que hablaban de éste mencionaban al primero.

—No basta con ser honrado y trabajador porque la vida es muy difícil —esto es lo que iba pensando caminando para su casa.

Lo recibió la Loren muy contenta por haber recibido carta de su soldado; Lorenza, como siempre, al sentirlo llegar recurrió a «su jaquecazo» para retirarse a su alcoba; fueron llegando los hijos apresurándose a la limpieza personal para «echarle una miradita a la novia» antes de la cena. Lo más grato para Pepillo José fue la inesperada visita de Perico, el cabrerillo que cuidaba de una piara de cabras de distintos dueños; su padre sólo poseía dos buenos ejemplares y el muchacho estaba encariñado con una que llamaba Negrita con la que conversaba y le participaba sus planes del futuro; saludó desde la puerta:

—Que Dios os guarde —y quedó parado esperando la contestación.

—¡Hola, Perico! ¿qué te trae por aquí? —preguntó afectuoso Pepillo José.

—¿Está la Loren?

—Está.

A ninguno de la familia le había pasado por la mente el enamoramiento del zagal; salió Loren, sonriente y feliz y su presencia le turbó tanto que estuvo a punto de salir corriendo sin decir a lo que había ido.

La Loren que a pesar de estar puesta en amores no había captado el que inspiraba con tanta fuerza; y así, con la naturalidad de siempre, echándole un brazo por el hombro, le dijo dulce, lagotera e insinuante, como si el zagal se hubiera convertido en su soldado: —¿A qué vienes a estas horas, Perico?

¡Pobre Perico! La Loren no supo advertir el tremendo temblor que sacudía aquel cuerpo encendido; se desprendió del adorado brazo que parecía ahogarle, salió a la calle, se detuvo en el rebate y dijo como si recitara una oración: –Que la Negrita está preñada –y desapareció.

–¡Qué raro está Perico! –exclamó Loren.

Y Pepillo José, que desde que su mujer le descubrió su enamoramiento por la señorita Amparo, dio en fijarse en situaciones, palabras y gestos de las personas y por eso dijo:

–No está raro, Loren, es que el muchacho también tiene corazoncito.

A la hija no le dio tiempo de comentar porque aparecieron entonces su hermano Luis y Frasquito.

Arrugó el ceño sin disimulos el padre y Luis le dijo enseguida que Frasquito buscaba un consejo. Le expusieron sus dudas acerca de aceptar o no el trabajo que doña Clara ofrecía; él contestó que en principio le parecía bien dado la escasez y la inseguridad del trabajo; que arrimar todos los días un jornal a la casa era una bendición de Dios.

–Pero te aconsejo, como si fueras mi hijo, que no te metas en líos. Tú, sordo y mudo; déjate de política y de leer tantos periódicos; tú, a trabajar para que tu madre descanse y tus hermanillos coman caliente todos los días.

–Lo que pasa, José, es que...

–¿Qué?

–Que a doña Clara no la conoce nadie en Moriles y que cada uno habla lo que quiere...

–¡Chismes! ¡Chismes! Ya la conoceremos con el tiempo; según se comporte con los jornaleros así la respetaremos o la despreciaremos, porque el dinero no es todo en la vida; lo principal es saberlo ganar y saberlo emplear... Conque ya sabes, dile que te mande lo que quiera...

La boda de la Morachita fue celebrada durante la Misa de Alba en la Parroquia con asistencia de un primo del duque, los caseros de la huerta del Arroyo, la madre y Juana y terminada la ceremonia los nuevos esposos con el familiar marcharon a Córdoba.

Juana invitó a desayunar a todos porque así lo había dispuesto la duquesa; no aceptó ni Frasquitasí porque habían dejado a los niños solos, ni la Moracha porque tenía ganas de encerrarse para llorar a gusto y que además la perrita Única había quedado sola y echaría de menos a su ama; el que aceptó muy a gusto fue el sacristán, aunque no al gusto de Juana porque «su boca parece un embudo»; y el que desayunó con absoluta desgana fue don Emilio, que lo único que apetecía era la soledad para mirarse por dentro y sufrir.

Sí, sufrir: toda una legión de diablos estuvieron martirizándole durante la ceremonia y sobre todo cuando se vio obligado a decir unas palabras que ella le había rogado que dijese: «Don Emilio, yo no quiero un sermón, pero algo bonito, unas palabras como aquellas que nos decía en el catecismo».

¿Cómo le iba a negar algo a la Morachita? Pero ¡infeliz!, ¿qué vas a decir? Que se contente con la epístola de San Pablo y no hagas el ridículo delante del duque... ¿Qué digo? ¿Qué digo, Señor? Habla Tú por mi boca. Y habló el Señor por su boca y todos lo notaron porque ninguno sonrió y en todos los rostros se reflejó una contenida emoción cuando dijo:

—Morachita, sigue siendo buena.

Trabajo le costó no dejar salir unos chorros de lágrimas que se agolparon en sus ojos y más trabajo aún mantenerse de pie cuando las piernas se negaron a sostenerle; se asió al altar y maquinalmente siguió el ritual, porque su pensamiento estaba en aquella niña que una vez no pudo entrar en la iglesia porque no tenía velo y ahora, vestida de oscuro con una mantilla blanca de blonda (eso lo supo ante la exclamación de Juana al verla que dijo: «No trae apenas alhajas, sólo la sortija de esposa y los zarcillos de su madre, pero la mantilla blanca que es de

blonda vale más que un cortijo»); ¡y qué preciosa su carita!; y qué miradas de agradecimiento! ¡oh, los demonios! ¡los demonios!...

–Juana –se decidió– vuelvo a la cama, tengo escalofríos, no puedo seguir desayunando...

–Emilio ¿qué tienes? Habrá que ir a Monturque a por el médico.

–No te alarmes, Juana, deja que me retire a mi cuarto y seguro que antes del mediodía estaré bien.

Todo fue en la intimidad y sin embargo, antes del mediodía, antes de que don Emilio se normalizase, ya todos sabían en el pueblo que la Morachita era duquesa y que como el duque era viudo se imponía una cencerrada; menos mal que no la celebraron porque sabían todos los pormenores de la boda, de la ropa de la novia, de los invitados y del llanto de la Moracha, pero nadie sabía donde se había refugiado la pareja; todo el día fue motivo de conversación en las casas, en las tabernas, en las calles y en los tajos y naturalmente en la huerta de Los Granados, donde la noticia fue para Ramón una bomba; se desahogó dando voces y lanzando improperios para la duquesa Morachita.

María Victoria se alteró mucho y no cesaba de chillar.

–Dolores, Dolores, tráeme a Tole, que suba Tole...

Gritaban los dos: él maldiciendo, ella clamando por Tole.

Enardecido Ramón ordenó a la moza:

–Haz que se calle esa puta loca o subo y soy capaz de matarla...

Los niños seguían jugando en la explanada; Ramoncito a cada vozarrón del padre se reía y apuntaba a su hermano:

–La matará, la matará... –y se reían los dos.

Dieguito se había sentado al borde de la alberca y desde allí observaba a su madre sin atreverse a llegar hasta ella porque sería rechazado como tantas veces lo fue en casos parecidos. El perro se había acurrucado en el suelo y le lamía las botas sin alzar la cabeza.

—Buenos días, cabo ¿cómo tan temprano?

El cabo Pérez, apodado el Lince, y el guardia Ruiz se bajaban de sendos caballos y saludaban joviales a Pepillo José, el nuevo dueño de Los Claveles.

Dijeron que estarían un rato descansando y que ya habían desayunado en La Torre y los caballos también se saciaron; que iban a Moriles porque parecía que unos borrachines habían escandalizado y que un viejo había robado leña y que Ramón, el alcalde, los llamó con prisa: —«Antes de que salga el sol tenéis que estar en el Ayuntamiento.

—...llegaremos un poquito más tarde porque nos hemos cruzado en la carretera con el Tole y su perro y como llevaban buen paso me dije: —«¡Tate, algo ocurre!», y pensé darle el ¡alto! pero como sabemos que es inofensivo y decente, lo dejamos seguir y estamos aquí para que tú nos informes de lo que pasa.

—Pues que yo sepa no pasa nada, cabo; lo de los borrachines es cosa corriente y lo del robo... ¡bueno, lo del robo de una poca de leña para calentarse un viejo, la verdad, cabo no me parece tan malo, como para recurrir a la Guardia Civil.

—A mí tampoco, pero la ley es la ley y nosotros tenemos que cumplirla.

Satisfechos los guardias volvieron a cabalgar en dirección al pueblo; allí los esperaba Ramón; todo eran problemas que, según él, sólo podrían solucionarse con la cárcel o con fuertes y lacerantes palizas; los guardias no opinaban de igual manera pero no se atrevieron a oponerse a su autoridad; total, que al borrachín del altercado lo buscaron en su casa y le dieron una reprimenda, en cuanto al viejo ladrón de leña lo encontraron muy triste sentado en un incómodo sillón junto a la chimenea, donde una trébedes sostenía el tiznado pucherillo del café. Los guardias habían llamado con los nudillos en la entornada puerta.

–Que pase quien sea –había dicho el anciano, quien al ver entrar a los guardias se puso respetuoso de pie y se volvió a sentar como si hubiera sentido un desmayo.

–Dios le guarde, buen hombre –saludó el cabo Pérez.

–¿Me vais a llevar a la cárcel? Llevarse también dos palos de leña que están ahí –señalaba dos raquíticos pedazos de ramas de olivo.

–No, abuelo, no, ni cárcel ni nos llevaremos esos palitroques, venimos a enterarnos de por qué hizo usted esa cosa tan fea, es mejor pedir que...

–Estoy harto de pedir y las personas que me escuchan no me pueden ayudar porque son tan pobres como yo... Y ustedes perdonen que no les ofrezca asiento porque ya ven que no tengo ni sillas, ni mesa, ni jarrero; todo lo he ido quemando porque haga frío o calor, yo tengo hielo en los huesos, así que, para sentarse los que vienen a mi casa están esas piedras grandes que un día cavando en el patio para sembrar patatas y rábanos aparecieron; son grandes, miren ustedes que tienen labradas como hojas y como cuentas de collares me dijo mi sobrino Felipe que me ayudó a desenterrarlas y a ponerlas donde está para que sirvan de asiento.

–Un buen patio –observó el guardia Ruiz.

–Sí, para guardar la carreta, los aperos y los bueyes; eran otros tiempos, cuando esto se llamaba Zapateros... ¿no toman asiento? ¡claro, es muy duro!...

–No es por eso, es que nos espera el alcalde.

–Pues explicarle en el abandono que me encuentro: solo, con hambre, con frío y con ganas de morirme y no me mato porque me falta valor... –el anciano se restregó las manos por los surcos de su cara, vertederos de lágrimas y legañas– que no me ahorco porque ni cuerdas tengo para liármelas al cuello...

Parecía que el cabo no le prestaba atención pero es que a este le pareció conocerlo tiempos atrás, cuando él era mozo y no había ingresado aún en el cuerpo de la Benemérita.

—A usted, abuelo, cuando era boyero le llamaban Martín el Zocato ¿no?

—Sí, ese es mi nombre y lo del apodo es porque mi padre era zocato y mis hermanos también y yo, aunque manejo bien las dos manos, llevo el mote y hasta mi mujer era conocida por Araceli la Zocata.

—¿Y usted vive solo, solo, solo...?

—Ahora sí, desde que a mi sobrino Felipe lo mandaron a la guerra.

El guardia Ruiz que había repasado entretanto la casa (dos habitaciones) y el gran patio donde aún se conservaban las estancias de los bueyes, los pesebres vacíos, ausencia de aperos y de techos y los muros desmoronándose en completa ruina; de eso también sabía él, porque su padre que era arriero, poco a poco fue perdiendo animales y trabajo y les dijo a los dos varones: — «Nenes, aplicarse a los libros que de arrieros no vais a comer, conque una instancia a la Guardia Civil y aunque pocos, son seguros los garbanzos». Y así estaba también el corralón de su casa en La Rambla dispuesto para huerta y el padre nunca más pisó el corralón porque se le hacía un nudo en la garganta; claro, que su madre aún vivía y se apañaban bien. Y el guardia Ruiz, ablandado por la situación dijo:

—Abuelo ¿no tiene usted familia?

—Ninguna; me he quedado solo con un sobrino a quien crié como si fuera el hijo que no pudimos tener, mi mujer se me murió hace como dos años y a mi sobrino Felipe se lo llevaron a la guerra...

—Abuelo, pero, ¿nadie, nadie...?

—Algunas veces vienen unas señoritas del «pan pringao» y me traen pan, arroz, aceite y todo el rato que están no pasan de la puerta, así que, ni siquiera saben que no tengo sillas..., todo lo de madera lo voy quemando y todavía me queda un yugo ahí en el cuarto al lado de mi catre y antes quemaré el catre que el yugo...

—No habrá que llegar a ese extremo, abuelo —y Ruiz se dirigió confidencial al cabo: —Podríamos hablar con el cura.

A Martín el Zocato parecía que le había mordido un alacrán, irguió su escuálido cuerpo y con una arrogancia increíble, dijo:

–Con los curas no quiero trato, ni siquiera con don Emilio del que todos hablan bien...

–¿Y por qué no quiere a los curas?

–Ni a los curas, ni a las beatas y beatos.; muchos golpes de pecho y si te alargan la mano es para empujarte y que te caigas.

–Bueno, Martín, todos no son así y cuando uno está tan necesitado...

–Que no entre ninguno por esa puerta... «Martín que hay que rezar...», «Martín que el Señor nos escucha», y yo les digo «A mí no tiene que escucharme porque yo no le hablo...» Me dan la tabarra, que si Dios, que si la Virgen... ¡que me dejen de monsergas!

El guardia Ruíz dijo con ironía: –Pues a la cabecera de su cama hay un cuadro de la Virgen de Araceli...

Se enfureció Martín, temblándole todo el cuerpo como azogado, sin embargo, engallado, dijo:

–Cosas de mi mujer que era de Lucena y se llamaba Araceli y a mí no me molesta el cuadro y como era gusto de ella ahí se queda.

El cabo Pérez, con mucha cordura, puso fin a la visita.

–Bueno, abuelo, no se preocupe por su yugo que nosotros pediremos leña en cualquier cortijo y no va a pasar ya más frío..., ¡jea, quede usted con Dios!

Martín el Zocato, volviendo a sentarse en su sillón, los despidió con estas palabras:

–Que no les falte la salud.

Los guardias llegaron al Ayuntamiento a dar el parte:

–Don Ramón, trabajo cumplido: el borrachín aborrecerá desde hoy el vino.

—¿Y la leña que robó el Zocato? Mandé que la trájeran, pero en fin, ustedes no están para esos trabajos, mandaré al municipal por la leña —y gritó: —¡Eh, tú; dile al alguacil que vaya a casa de Martín el Zocato y que traiga la leña, que hay que devolverla a su dueño...

—Don Ramón —se atrevió el cabo— el que dio el parte del robo exageró un poquito porque hemos registrado toda la casa y el corral y sólo encontramos un palitroque.

El alcalde se enfureció:

—Usted no conoce a esta gente..., ese Martín habrá vendido la leña que robó a alguien ¡si conoceré yo a estas gentes!, y ese es un renegado que no quiere trato con la justicia, un republicano de cuidado como su sobrinito Felipe, el Frasquito, el Manolón y hasta Luis de Pepillo José, me tienen revolucionado al pueblo.

A Ramón no se le podía discutir y ellos no tenían ganas de hacerlo; después, ya a la tarde cuando volvían a pasar por Los Claveles, se aparearon ambos y expusieron el caso a Pepillo José, que ya disponía su vuelta al pueblo.

—Martín el Zocato siempre fue muy difícil en su trato pero también siempre ha sido un buen hombre. Mi padre, cuando se terciaba hablar de él, decía: —«Si hubiera muchos hombres como Martín, de otra manera andaría el mundo».

Todo se realizó con sencillez y prontitud.

—Nene, Luis —habló Pepillo José al llegar a su casa— antes de ir a ver a la novia, apareja la burra y apaña un buen brazado de leña y un par de haces de sarmientos secos y dile a tu hermana que prepare una taleguita con avíos para unos días y lo llevas todo al final de la calle de Los Pozos, en la casa de Martín el Zocato, el de las carretas de bueyes ¿tú te acuerdas de él?

—Sí.

—Pues ya lo sabes y como él no te conocerá dile que vas de parte de una pareja de la Guardia Civil.

—Así lo haré.

Y lo hizo, pero no como le fue encargado.

—Martín, que vengo de parte de mi padre a traerle leña y comida.

Se alegró muchísimo al verlo entrar.

—Ahora apenas vienes por aquí desde que a mi Felipe lo llevaron al moro.

—¿Ha escrito ya?

—No, y me da el corazón que no lo volveré a ver...

—¿Quién sabe, Martín! Y Dios querrá que vuelva...

—¿Luis, tú crees en Dios?

Y Luis, que ya había colocado los leños y estaba atizando la mortecina candela, miró al viejo fijamente y apoyando su fuerte mano sobre la frágil pierna de Martín, dijo: —No lo sé, abuelo, pero don Emilio sí cree.

—Don Emilio, don Emilio... Es su obligación decir las cosas que dice, de eso vive tan ricamente sin dar golpe.

El joven se rió con todas sus ganas: —¿Será posible, abuelo, que siempre salga con lo mismo? Pues le digo que a mí, a veces, me parece que no creo, pero luego resulta que me digo: —«Algo tiene que haber». Bueno, mi Loren ha echado también aceite para el candil y se lo voy a dejar encendido y me voy que me está esperando mi novia y ya amanecerá, abuelo, que todos los días amanece y mañana, a lo mejor hay noticias de Felipe.

No las hubo. Pasaron muchos días sin noticias y a Martín se le iba desmoronando la esperanza. Pasaron muchos días durante los cuales ocurrieron cosas en el pueblo.

Tales como la cencerrada a la Morachita que soportó la Moracha, porque la duquesa no apareció por el pueblo; la cencerrada fue de las más ruidosas que se dieron nunca, tan estruendosa que en la huerta de Los Granados, al sentirla, se alborotaron los niños y la madre; ellos intentaron escapar, uno con un tambor y el otro con una esquila, pero ni Ramón ni Dolores lo consintieron y como la cencerrada duraba mucho,

Ramón mandó al zagalón de la huerta a buscar al alguacil —«Que si no guarda enseguida los cencerros mete a todos los mozos en la cárcel».

Tales que como la maestrita que vino de Baena, tan pizpireta y moderna, no estaba siendo del agrado de la mayoría, porque se contaba de ella cosas de escándalo: sus visitas a la Moracha, sus charlas a la salida de la iglesia con doña Clara y su ropa interior tan indecente pues no gastaba hombros en sus camisas sino tirantes, ni justillo sino sostén, las mocitas la querían imitar y los mocitos la desnudaban con sus miradas.

Tales, como que Araceli, la hermana de Frasquito, tuvo un niño antes de tiempo que murió al nacer; y menos mal ¡angelitos al cielo!; el padre del niño no daba señales de vida y es una desgracia tener un hijo soltera, si hasta la copla lo dice:

No llores niño, no llores
que tu llanto me da pena
y dirán que llora un niño
en casa de una soltera.

Y más: que en el pueblo se cantaba esta coplilla en todas las casas y la otra de:

Clara soy, Clara me llamo
siendo clara, me enturbí
(¿Quién más censor despiadado que el pueblo?)

Tales como que Pepillo José no podía disfrutar de sus dineros porque su mujer, aunque vivían juntos, se había separado de él —«Que me consta que cada uno tiene una cama y una habitación». —«Que eso es costumbre entre el señorío y como ellos son ricos». —«Es que Lorenza duerme con su hija». Y menos mal que Pepillo José no se desahogaba con nadie contando sus aberraciones y suciedades en la soledad de Los Claveles donde la señorita Amparo estaba tan presente que hasta se notaba su perfume.

Tales como que algunas noches, al llegar las doce, quedaban las calles del pueblo vacías, las casas cerradas y apagados en su interior los candiles, velones, y quinqués porque era la hora en que un fantasma salía a hacer su ronda, tocando una campanita acompasadamente; el fantasma paseaba envuelto en una sábana llevando en una mano una calavera y en la otra la campanita; no eran diarios sus paseos ni el recorrido igual; por eso se hacían cábalas ¿dónde dormirá esta noche y con quién?, la respuesta de los más valientes y avispados era siempre la misma, pues aunque daba vueltas y revueltas una desaparecía tras una puerta porque los despistaba asaltando corrales; todos apuntaban a una casadita muy apetitosa cuyo marido trabajaba en un lejano cortijo —allá por la vera de Priego— donde pernoctaba en quincenas intermitentes. Resuelto el asunto de la dama ¿quién era el enamorado?

Tales como que Frasquito, además de ser un revolucionario y de tener una hermana deshonrada, se había ajustado como jornalero con doña Clara.

Pero su madre parecía muy satisfecha porque si después del descalabro de su Araceli su Frasquito no hubiera encontrado acomodo ¿qué hubiera sido de ellos?

En cambio Frasquito estaba turbado porque no veía claro su trabajo, el de hacer un inventario del lagar Los Monjes —«...no dejes de apuntar ni una tinaja aunque esté rota ni un candil aunque no tenga mecha. Di, que un día iré por la finca y que la quiero ver en condiciones».

El recado lo dio tal como le fue encargado y la casera sonrió irónica. D^a Clara cayó bien en los caseros porque tenía fama de rica y de generosa, pero Concha, la casera, le advirtió al esposo que anduviera con cuidado, que nunca «traspasara el umbral» aunque ella le diera ocasión, que mantuviera siempre la distancia y que no se dejara llevar por las simpatías; algo exagerada le pareció a Victor su mujer, pero cuando a la señora tuvo que acompañarla a caballo a recorrer la finca, pudo darse cuenta el casero que a doña Clara le gustaba gustar.

Frasquito durmió mal aquella primera noche que pasaba en Los Monjes a pesar de que disfrutaba de una amplia cama con olor a poleo y tomillo, que Concha había esparcido por los rincones; una habitación grande donde hubieran cabido los catres de sus hermanillos, bonitos muebles, espejo, cortinas... El joven se preguntaba: -«¿Los jornaleros de doña Clara son tratados como señores? ¿Acaso a él no lo consideraba un jornalero de tantos? ¿O la casera se ha creído que soy una persona de letras y no un destripaterrones que es lo que soy? ¡Bueno!, sea como sea, mañana será otro día y aprovecharemos la noche para descansar que buena caminata hice desde el pueblo hasta aquí».

Seguro que durmió profunda y rápidamente, en cambio los case-ros tardaron en dormir.

-¿Por qué has llevado al muchacho a las habitaciones de los señores y no a la gañanía?

-Porque ese es el deseo de doña Clara.

-¡Ah, lo mandó ella; te lo dijo a ti porque a mí él no me ha dado cuenta de ese detalle.

-¡Toma, ni a mí! Pero nada más verlo tan hermoso, tan fuerte, tan guapísimo, me dije: -«Concha, no pierdas puntada», y cuando me enteré, a la vez que tú, que no venía como bracero me dije: -«Concha, trátale como a un señor», y en un momento le apañé el mejor cuarto que hay aquí después de la alcoba de los señores.

-¡Lo que no penséis las mujeres!

El amanecer en Los Monjes fue una delicia.

Muchas veces había estado Frasquito por aquellos terrenos a trabajar en las viñas y a buscar collejas y espárragos para venderlos en el pueblo, pero nunca hasta aquel amanecer quedó extasiado ante la belleza del paisaje. Viñas, viñas, viñas. Un verdor brillante salpicando con uniformidad la tierra suavemente ondulada, en una entrega voluptuosa de hembra satisfecha.

La casa-lagar era grande y conventual; siempre había tenido deseos de entrar por el misterio que encerraba ¿qué fue de aquellos frailes que lo ocuparon antes? ¿Y qué sería de los «santos» que estuvieron en los altares de la capilla? ¿fue verdad que los enterraron para recobrarlos alguna vez? ¿fue verdad que también enterraron cálices, patenas, custodias, candelabros? Tuvo que ser verdad; en el pueblo se notaba que en algunas casas parecía que había llovido oro y casualmente eran propietarios de parte de aquellos terrenos que en tiempos muy pasados pertenecieron a la Iglesia; algo sabía él por don Emilio de la desamortización de Mendizábal. ¡Con qué pena abandonarían los frailes aquellas viñas tan bonitas en aquella tierra que parecía reír coquetona!

Respiró con fuerza y con todos sus sentidos en alerta porque el aire se posesionó de su cuerpo en una caricia fresca y suave. ¡Si algún día pudiera tener una viñita con su casita pequeña, su perro, un pozo, una parra y un lampazo sembrado cada año!

Nunca podría ser.

Luego, cuando comenzaron las tareas y el casero le preguntó:

—¿Por dónde quieres empezar el inventario?

Sin dudarle repuso: —Por la capilla.

Se rascó Victor la frente, miró con extrañeza al muchacho y dijo: —En la capilla sólo están las paredes y los altares vacíos y lo que fue altar grande, que llamaban retablo, los que se quedaron con la finca lo vendieron, así que, no hay nada que anotar.

—Queda la campana.

—Sí y está cascada y sirve para llamar a comer a los jornaleros cuando trabajan desperdigados.

Hacer el inventario y de una manera simple como lo estaba haciendo Frasquito era cosa fácil; todas las noches a la luz del quinqué que Concha encendía para hacer sus labores, iba Frasquito pasando con mucha claridad a una libreta las notas que durante el día había escrito en papeles sueltos.

A los pocos días, un mandadero de Lucena llegó con un par de hermosos velones, cuatro palmatorias, un paquete de velas, y un quinqué con pantalla de finísimo cristal; un baúl con ropa y una orden:

—Que todo esté a punto para dentro de dos días.

La casera, Concha, no hizo ni una mueca pero de poder leer en su mente, sabríamos adelantarnos, como ella, a los acontecimientos.

Llegó el día, como todos luminoso, perfumado y musical.

El coche, tirado por dos hermosos caballos, se detuvo a la puerta de la casa y justamente en aquel momento, Concha volteaba la campana de la capilla, que aunque cascada lanzó a los aires una alegre bienvenida que la señora agradeció henchida de orgullo.

Para Frasquito fue sorpresa, como también lo fue aquella misma mañana, casi al amanecer, ver el recinto, que fue sacro, limpiísimo y recién blanqueado. ¿Cómo pudo limpiar tan a fondo la casera sin ayuda ninguna? Él había observado que a Concha le venían escasas las horas para el trabajo; la admiraba y la comparaba con su madre, las dos de una faena a otra sin descanso ni respiro. En cambio él, que tampoco descansaba, era por otro motivo, era porque no se sentía a gusto, porque le parecía que el trabajo que le habían encomendado era como una limosna, y cuando a la hora del yantar se reunía con los gañanes, tenía la sensación de vivir escondido, fugitivo y traicionero; la cuadrilla que trabajaba en Los Monjes, lo hacía de sol a sol; eran también de Lucena y solían ir a sus casas cada quince días para «mudarse y afeitarse», cobrar los jornales y comprar tabaco; comían y dormían juntos en los poyos adosados a las paredes de la gañanía, salvo el mulero o los muleros que también descansaban sobre amplios poyetes pero en las cuadras para cuidar y alimentar a sus horas a los animales.

Frasquito gozaba con la compañía; Frasquito sufría con la compañía.

—¿Cómo encontró a la familia?

-Más mal que bien.

-A mi zagalón no se le cortan las calenturas.

-A mi mujer la he dejado en la cama porque parece que va a tener un «desbarate» y está perdiendo mucha sangre...; mi suegra se encarga de los cinco mayores y de ella, y mi cuñada Pepa se encarga de los dos chicos, uno de dos años y otro de meses...; a punto estuve de quedarme allí a ver como se van arreglando las cosas, pero..., pero..., que tuve que pedir al señorito dinero a cuenta de peonadas, y aquí me tenéis: hecho un trapajo, hartito de trabajar y sin levantar cabeza con esto de los males... Y lo que es la vida: yo con el corazón en un puño temiendo que no me quisiera adelantar dos o tres jornales y el señorito en una sala con unos amigos escuchando música de una máquina «cantaora» y va y me dice cuando me daba el dinero: -«¿Te gusta? La que está cantando es la Niña de los Peines...» Porque era el señorito no le endiñé un puñetazo en el estómago... ¡venirme con coplas y músicas..!

-A la abuela la hemos llevado al hospital y está muy malita.

-A mi Purita, que todavía no cumplió ocho años, la hemos colocado de niñera por la comida y un real a la semana.

-Mi Andreíllo está en un cortijo a la allá de Rute, guardando pavos.

-Mi...

-Mi...

A Frasquito le dolía el cuerpo escuchándolos y el alma se le partía, según expresión de él mismo, y cuando un gañán de aquellos dijo de pronto:

-Bueno está lo bueno, ya hemos sufrido bastante en unas horas, ahora toca jolgorio...; casera ¿tiene usted la guitarra muy lejos?

Y ella, con expresión dolorosa: -¡Ojalá hubiera aquí una!

-No importa, ¡venga! unas palmitas...
Aquel que tenga tres viñas
y el tiempo le quite dos,
que se conforme con una
y le dé gracias a Dios.

Cantaba un gañán con la aprobación de los demás, quienes por ensalmo aparecieron contentos, joviales y al parecer olvidadas las penas, angustias y estrecheces que habían dejado en Lucena; quien más contenta parecía era Concha que se contenía para no salir bailando; aplaudía entusiasta al cantaor.

-Mi mujer se cree que está en los toros -decía Victor.

-Es que esas coplas dicen unas cosas...

-Pues, casera, allá va esta:

Me ha daído esta mujer
el pago de la colmena,
que, en sacándole la miel
se tira el corcho o se quema.

-Es que las coplas flamencas sentencian.

-Otra, Sebas, si lo permiten los caseros.

-Allá va... -y cantó otra vez.

Toa la noche sin dormir,
sentaíto en una silla,
acordándome de ti.

-Cantas muy bien, pero que muy bien, y más te valdría cantarle a los señoritos que estar doblando el espinazo todo el día con una azada...

-¿Canto otra, casero?

Este juntó las cejas y aprobó de mala gana. El cantaor sin esperar respuesta se arrancó nuevamente.

Desgraciaíto aquel que come
el pan por manita ajena;
siempre mirando a la cara
si la pone mala o buena.

Fue la última noche que pasaron en amor y compañía, porque llegaba la señora y era natural que las noches tendrían que pasarlas sin cantos ni palmas que molestarían el sueño de doña Clara, aunque sus habitaciones estaban muy alejadas de la gañanía.

Le preguntaron a Frasquito:

-¿Qué tal se duerme en el palacio? ¿Se oye como roncamos los gañanes?

A Frasquito le subió un calor abrasador a la cara y pudo decir:

-Yo caigo en la cama como un tronco.

-No será por lo que trabaja -rezongó un lucentino.

A Frasquito el calor se le hizo fuego pero no supo contestar; en su boca se escondían unas palabras que de salir, les hubiera hecho en ellos calibrar su trabajo y abordar la situación; se acobardó porque él mismo no encontraba razón para dormir en blando colchón mientras los otros lo hacían en un durísimo poyo. Estaba decidido a hablar con doña Clara para que su trabajo en la finca no le marcara tanta diferencia con los demás jornaleros; todavía tuvo que sufrir el escarnio de unas risotadas y el martilleo en su cabeza de la copla que tantas veces escuchara a su hermana y que él decía, sin cantar, en las reuniones clandestinas que celebraban en los sitios más insospechados:

Ábrase la tierra,
que no quiero vivir,
que pa viví como estoy viviendo
más vale morir.

Frasquito sufría en aquel ambiente que le era hostil y que lo retenía a la fuerza. Al recogerse cada noche se prometía hablarles a los gañanes aunque pusiera en peligro su puesto y el pan de su madre y hermanos. Pepillo José le había recomendado prudencia y debía seguir su consejo aunque aumentasen las pullas y las miradas aviesas.

Tras una noche inquieta, gozaba la amanecida como si cada día desde que estaba en Los Monjes estrenara el paisaje; unas tierras que trabajaron toda la vida los zapatereños, ahora llamados morilenses; tierras empapadas de sudores humanos; tierras agradecidas y rientes que algún día, por fin, pasarían a ser territorio del pueblo de Moriles, cuando siempre lo fueron de Aguilar de la Frontera.

A Frasquito le dolía la estrechez de límites y el olvido en que tenían al recién nacido pueblo los otros pueblos, los pueblos ricos Aguilar, Puente-Genil, Monturque y Lucena, a los que no les importó jamás que siguiera careciendo de lo más elemental: escuelas. Bien reconocía que una señora de Aguilar benefició a la aldea fundando un Patronato Escolar, pero pese a la buena intención de la dama, este punto siempre aparecía borrado en la nueva trama social; algún día en Moriles no sólo habrá buen vino, que parece ser lo que interesa, si no hombres y mujeres que se harán oír en pro de la justicia.

A Frasquito le dolía su Moriles y más dolor porque la pobreza, mejor dicho, su miseria, le obligaba a callar.

Pero algún día...

La campanita de la capilla loqueaba de alegría.

El coche tirado por dos poderosos caballos se había detenido justo a la puerta principal de Los Monjes.

Llena de orgullo, de joyas y de sedas, bajaba doña Clara portando en sus brazos tiernamente un perrito que soltó en el suelo entregando la correa con la que estaba sujeto a Concha. Doña Clara miraba la campana, ya silenciosa, y alguna idea cruzaría su cerebro porque sonrió placentera y, cuando parecía que iba a hablar, quedó como asombrada

viendo ante ella a la cuadrilla de jornaleros que trabajaban sus tierras y venían, cual vasallos, a rendirle honores. Reaccionó rápida: –Casero, cuando den de mano, que descansen hasta mañana y hoy la comida – miró a la Concha– de banquete.

Vivas. Palmas. Piropos y bendiciones.

Ella atravesó la explanada como una reina, sonriente y feliz, mirando uno a uno a cada jornalero que la contemplaba extasiado. El cantaoor le dijo al pasar: –¡Tan bonita como la Virgen de Araceli!

Ella le sonrió y gachona dijo:

–¡Por favor, la Virgen es la Virgen..!

Estaba tan contenta que se olvidó de su perrita; aquella campanita había hecho voltear su corazón; resuelta dijo: –La capilla se habilitará y cada domingo podrán tener Misa los trabajadores de Los Monjes y los de las fincas más cercanas.

(Si don Emilio hubiera estado presente en aquella ocasión, con su gran bondad, le hubiera rogado al Padre: –«Perdónala, porque su vanidad la está dominando»).

En la capilla, doña Clara pensaba en voz alta, ideando y planeando la vuelta al culto y mientras ella derrochaba fantasía y fausto, Frasquito pensaba en cómo dormían los gañanes y muleros; en que apenas había sillas para sentarse y lo tenían que hacer en rústicos taburetes que les mortificaban las espaldas; no eran bien tratados ni en Los Monjes ni en otras fincas.

El día de la llegada de la señora fue distinto a los anteriores y a los venideros; tras el ágape y la holganza de los jornaleros, Víctor y Frasquito la acompañaron a pasear por las lindes de la finca. A la noche la velada fue corta, no hubo canto ni tertulia y todos parecían cansados por lo que el último canto del gallo no fue atendido. Y sin embargo el sueño parecía ausente; en la gañanía se murmuraba y el tema, naturalmente, era doña Clara, sus riquezas y su misterioso pasado.

Los perros andaban sueltos alrededor de la casa ladrando a la luna y a las sombras de los árboles.

—No nos dejarán dormir.

—A mí no me quitan el sueño los perros.; yo pienso en mis niños y en mi mujer.

—Yo también en mi mujer y en la cama tan tierna y grande.; aquí no me puedo rebullir...

—...con este colchón de piedra.

—Frasquito el de Moriles si que lo estará pasando bien...

—¡Y que la cama de doña Clara será de grande como una plaza de toros!

—¡Chica corrida..!

En el aposento donde descansaba el cochero, el ruido era estruendoso; al roncar parecía que la fábrica del lagar removía sus cimientos y los caseros no podían dormir sobresaltados con la fatigosa respiración del hombre.

—Mañana lo cambias de alcoba.

—Lo he pensado; lo llevaré al cuarto despensero de los frailes que está vacío y limpio.

Callaban. Necesitaban dormir porque los dos estaban agotados del trajín del día, pero el sueño no los tuvo en cuenta. Los perros. La luna. Las sombras de los árboles.

—Pero ¿todavía no han aprendido que ni la luna, ni los árboles son ladrones?

—¡Ay, Victor ¿y tú no sabes que los dos ladran porque están libres de cadenas? Y que son macho y hembra como tú y como yo..?

Victor supo contestar; aún así, a la madrugada seguían despiertos.

A Concha le pareció que el alba tardaba más en llegar que otros días; aún brillaban estrellas y la luna palidecía con lentitud; en un hierro de la ventana se posó un pájaro madrugador; la brisa murmuraba

débilmente; a la lechosa claridad vistió Concha sus ropas de faena y tras lavotearse la cara a lo gato, bajó a la cocina y empezó el nuevo día.

Repartido el trabajo después del desayuno, sólo quedaron en la casa la señora, los caseros y el cochero; Frasquito había salido antes que los gañanes y, según dijo, a contar y comprobar el estado de las horquillas.

—Victor, la señora no ha salido del cuarto a ninguna hora y él tampoco.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Ah, porque tengo puestas unas señales..!

—¡Lo que no penséis las mujeres!

Se habían reanudado las tertulias con el consiguiente gozo, que subió de tono cuando apareció la guitarra, que doña Clara tocaba con mucha maestría y gusto.

—¡Si estuviera aquí mi hermana Araceli! —pensaba el muchacho.

Una tarde, acompañando a la señora por las viñas, iba ella haciendo en voz alta cálculos sobre los hombres que habría que emplear en la vendimia para la corta de la uva, el acarreo al lagar, la pisa y todos los demás trabajos que llevaba consigo; con suma rapidez calculaba los gastos y beneficios; los primeros había que reducirlos y dijo:

—Las bestias necesitan comida, cuadras y vigilancia; hay demasiadas.

—En ocasiones son pocas y hay que alquilarlas.

—Con menos —prosiguió ella, fija en una idea— los gastos serían menores y sobraría un mulero, en vez de dos que hay ahora.

Frasquito se alteró al oírla y no quiso silenciar sus temores.

—Está bien, señora, usted venderá parte de su ganado y se ahorra los piensos, y se queda con un hombre ¿no? ¿qué pasará con el otro?

—Trabjará en otras labores de la finca y no dormirá más en la cuadra con las bestias...

Frasquito arremetió con ímpetu imprudente a exponer sus ideas

y deseos que la señora no tuvo inconveniente en escuchar muy complacida al parecer, porque el muchacho era fogoso y audaz.

...que los gañanes dormían en peores condiciones que los muleros.

...que siendo, como era la señora tan cristiana y teniendo la finca tantas habitaciones y salones, los hombres podrían dormir en catres de lona que cuando no se utilizan se doblan y no ocupan lugar, en vez de aquellos durísimos y estrechos poyos de mampostería; a él, que ya los había probado en otros cortijos, le parecían un tormento y al levantarse sentía dolor por todo el cuerpo...

...a mí me remuerde la conciencia acostarme en una cama tan tiernecita sin haber hecho esfuerzo en todo el día.

—Pues, mira Frasquito, algo se hará en cuanto se terminen las labores de ahora.

Algo pareció que había conseguido y con facilidad, pero como le pareció que le daba un plazo largo e inseguro no quedó satisfecho y volvió a insistir:

—¿Siempre va a darle la señora trabajo a los forasteros?

—¿Qué quieres decir con forasteros?

—Que jornaleros, y por cierto muy buenos, los tenemos en el pueblo.

—También lo he pensado; me tiene más cuenta hacer que vengan todos los días de Moriles, pero no andando porque se pierde tiempo de trabajo. Tengo pensado llevarte a Lucena para que aprendas a guiar un camión que he comprado y tú serás el que traigas y lleves a los jornaleros al trabajo...

Frasquito miraba asombrado a doña Clara y no pudo articular palabra porque además estaban ya en la explanada y se encontraron con los caseros y el cochero conversando animadamente. Y ella, antes de dar las buenas tardes de saludo, sin volver la cabeza le dijo con disimulo: —Esta noche, cuando termine la velada, continuaremos hablando en las habitaciones de arriba.

En las habitaciones de arriba.

¿En cuál? ¿En la de él? ¿En la de ella?

Concha la casera lo supo a la mañana siguiente y se lo dijo a Victor.
-La palomita ha entrado en el palomar del macho.
-¡Lo que no averigien las mujeres!

En la habitación de Frasquito estaba la puerta abierta y un quinqué encendido encima de la cómoda. El joven esperaba intranquilo y anhelante sentado en un sillón de brazos junto a la ventana abierta por la que entraba una suave brisa que embalsamaba el aposento; la pareja de perros guardianes andaban sueltos y silenciosos alrededor de la casa; en el cielo un derroche de estrellas. Los nervios de Frasquito iban agrandando su inquietud; pasaba el tiempo y aumentaba la belleza del cielo y un rumor cantarino que producía el vientecillo; cansado de esperar, se levantó, entornó la puerta, hasta entonces de par en par, avivó la mecha del quinqué, se miró al pasar cerca del tocador en el enorme espejo, metió los dedos en su abundante pelo alterando el remolino que le nacía en la frente, escuchó el canto del gallo en el corral, el gañir de un perro en la lejanía, el rum rum de los palomos vecinos y cuando de nuevo fue a sentarse en el sillón, un levísimo ruido hizo que mirara la puerta cuyas hojas se iban separando lentamente. Doña Clara apareció descalza envuelta en una reluciente bata, con el cabello suelto y la perrita en sus brazos maternos.

El muchacho se adelantó de una zancada y ella cerró la puerta y poniendo el dedo índice sobre sus labios dijo: -¡Chist! No hagas ruido... -y fue a ocupar el sillón.

Los dos en silencio atentos a los ruidos de la noche; sólo el batir del viento en el ramaje del viejo olmo cercano a la capilla, el cric cric de unos apasionados grillos, los entrecortados arrumacos de los palomos y el lejano gañir de un perro atormentado.

-Baja la luz del quinqué porque es bastante la claridad de las estrellas.

Había cabalgado una pierna; resbaló la sedosa tela de la batá y quedaba al aire la rodilla.

Frasquito, aturdido y temeroso, achicó la mecha del quinqué y volvió más azarado a medida que pasaban los segundos que a él le parecieron horas.

—Siéntate, Frasquito..; mañana seguiremos hablando de la cuestión del trabajo porque es muy tarde y tendrás sueño; yo, en cambio no me puedo dormir esta noche y no sé que me pasa..; a veces echo de menos un hijo porque yo necesito querer mucho y tener cerca a quien quiero; la perrita no me basta..; necesito que me quieran con fuerza...

Frasquito se atrevió a decir perplejo: —Señora, a usted es fácil quererla porque tiene un corazón grande.

—¡Ay, procuro ser buena! Soy rica, muy rica, pero muy infeliz porque vivo sola, sin el apoyo de un hombre —hizo una pausa, le salió del pecho un profundo suspiro y luego con voz entrecortada le pidió: —Frasquito, acércate más, que te sienta y aspire tu olor de hombre sano y joven...

Sudaba el mozo; temblaba el mozo; ardía el mozo.

—No pienses mal de mí.., es que necesito que me quieran, pero tú pareces no comprender... —apretaba la perrita a sus desbordados pechos y balanceaba nerviosamente la pierna descubierta —Me voy ya Frasquito; tú a descansar y yo a seguir desvelada pero ¡por favor, acércate que te toque la frente como si fueras algo mío..!

Frasquito no acertó a moverse cuando ella se le acercaba para tocarle la frente y tirarle del flequillo. Ella salió de estampida de la alcoba.

El mozo aún sentía en las sienes el fuego de las manos de doña Clara y la siguió con súbita audacia.

Es de suponer que Concha, la avispada casera de Los Monjes, sabría dar cuenta detallada de las relaciones sentimentales de doña Clara y el joven Frasquito.

Es de suponer, también, que lo interesante del relato es el resultado de estas relaciones, por lo tanto, diremos como solía decir la

casera: Por adquirir noticias no os matéis, que ellas se harán viejas y las sabréis.

Y efectivamente: empezando por la propia familia, consiguió que su hermana Araceli se colocara de doncella de la señora en la finca del pueblo, que tuvieran trabajo, aunque fuera eventual, jornaleros de Moriles; que se habilitara para los gañanes unas colchonetas; la promesa de catres; que todas estas cosas tenían a doña Clara puesta en un altar y tan inflada de vanidad que no cabía en sí de gozo.

Que Frasquito se hizo rápidamente conductor de un camión con el que transportaba al tajo a los braceros y así no se perdía tiempo en el camino.

Que la señora pensaba trocar el coche de caballos y el cochero por un auto y un chófer y que en Los Monjes transformarían las cocheras en garajes.

Que lo mismo Concha que Victor estaban alarmados con estos cambios y con la novedad de que en el lagar, propiamente dicho, no pisarían las uvas los hombres, porque una prensa haría el trabajo y se ahorran jornales.

Suponemos que con este programa que abarcaba tantos intereses, los detalles íntimos de la relación de ama y sirviente se convertían en minucias, aunque fueran sabrosas, que diría la casera con gachonería.

-¿Sabes de lo que me he enterado hoy en Lucena?

Concha se alarmó: -¿Qué? ¿qué? ¿Por qué pones esa cara tan rara? ¿Es algo malo?

-Sí, muy malo: ya no solamente no harán falta hombres en los lagares de pisa, ni se necesitaran hombres para siega de las mieses porque las máquinas lo harán todo.

-¿Todo? ¿Y las gavillas quien las atará?

-Las máquinas. Sobran en los campos todos los hombres.

-No exageres, Victor, hay que arar, que sembrar, que cosechar...

-El tiempo me dará la razón, Concha; las máquinas en el campo representan braceros sin trabajo ¡una ruina!

La casera seguía incrédula, ¿cómo iba una máquina a hacer el trabajo de un hombre?

—Pues lo hace, Concha, lo hace, que yo la he visto segar, engavillar, aventar, separar el trigo de la paja y la paja hechas paquetes, sin trillos, Concha, sin bieldos, ni siquiera un animal alrededor, sin era y sin hombres trabajando, sólo mirones... A mí se me puso la carne de gallina...

—Pero, ¡bueno Victor!, la máquina no hará esas cosas solas, será como los coches que necesitan un chófer...

Victor seguía hablando augurando miserias y tragedias; Concha, en cambio, para calmarlo, o porque así lo sentía, también hablaba dándole esperanzas.

—Bueno, Victor, pero una máquina no se hace sola, no sale como la yerba que no hay que sembrarla, ni cuidarla; habrá fábricas, y en las fábricas hombres...

¡En las fábricas, hombres! Y se vio a sí mismo en una, con uniforme de trabajo, con hora fija de entrada y de salida; en local cerrado, ruidoso e irrespirable! Él ya había visto fábricas cuando fue al servicio militar y se estremeció solo pensando que él pudiera ser uno de aquellos obreros, que pisaban asfalto y no tierra, que respiraban humo y no aire con olor a animales y plantas. En las fábricas, hombres.

En el pueblo parecía que, aunque lentamente, todo iba cambiando para bien; había menos hombres parados; había unas escuelas funcionando; había una incipiente banda de música, que ya entonaba a la perfección la Marcha Real y Banderita tú eres roja; había un café en la que antes fue casa de labor, en cuyo salón se daban funciones de polichinelas y títeres, siendo el gozo de los niños y niñas que pagando un centimito por la entrada se creían en un paraíso; en el mismo salón, a partir de las nueve hasta las doce, había algunas veces funciones de cupleteras

—...que dando berridos cantaban «Colón 34 tiene U», se llevaban los cuartos ahorrados con tantas fatigas.

El pueblo iba cambiando y creciendo lentamente; las chozas que todavía quedaban de cuando era Zapateros, por casas bastantes dignas; la cocina, el dormitorio, la cuadra y el corral; más adelante las casas se ampliarían y en las fachadas lucirían ventanas y hasta balcones.

Había cartero que entregaba las cartas mediante una moneda de cinco céntimos, llamada perrilla, por cada carta; todavía no se utilizaban sellos; el cartero recogía y entregaba los periódicos: un solo ejemplar de Blanco y Negro; otro de ABC y varios de España Nueva, La Libertad, el Imparcial, el Heraldo de Madrid y El Defensor de Córdoba.

En el recién nacido pueblo se leía y se comentaba; otros periódicos llegaban clandestinamente y se hacían circular.

—...porque estamos aquí como los gatos al nacer: con los ojos pegados.

Y cada vez los ojos de todos estaban más abiertos sin dejar de ser aldeanos sumisos, sufridos y pacientes.

Un paseo con tablado para tocar la Banda de Música.

Una plaza de Abastos.

Una feria de ganados.

Una fiesta de la Patrona la Virgen del Rosario.

Unas Pascuas celebradas en las casas.

Otra de Reyes con regalitos.

Un Carnaval.

Una Semana Santa con procesiones.

Y novenas y triduos.

Y eras, trillos, juegos y cantares.

Y caracoladas y vendimias.

Y amores y amoríos.

Y no faltaban las epidemias de gripe y diarreas, porque la Sanidad, aunque ya había Médico y Farmacia, apenas se sentía y las aguas residuales de las casas y el alperchín de los molinos eran los dueños de las calles.

Casi todos trabajaban y todos parecían felices por este motivo y porque ignoraban la cercanía de las máquinas que iba a entrar de puntillas en sus campos. Si entráramos en las nuevas casas tan confortables y limpias, más de un drama podríamos entrever; de esto, quien sabía mucho era don Emilio el cura.

—El pueblo va cambiando al parecer, pero sigue siendo como una laguna grande de aguas tranquilas que la menor brizna que le caiga se altera y muestra el cieno del fondo —y añadía para hacer su confesión propia: —Como yo, como todos...

En muy poco tiempo ocurrieron muchas cosas, algunas extremadamente irreales, como si al relatarlas contáramos un cuento.

Como un cuento fue lo ocurrido en la huerta de Los Granados.

A la Niña no hubo que encerrarla en un Manicomio, como había amenazado Ramón, porque ella, en un descuido de Dolores, mientras todos dormían, bajó descalza y desnuda la escalera que llevaba a la cocina y a la puerta de la casa que abrió con mucho sigilo; el perro se le acercó amigable y ella no reparó en el animal; abrió la puerta que sólo estaba atrancada sin llave y salió a la explanada quedando a la escucha unos minutos; hasta allí llegaba el rumor de la música de un acordeón y las canciones de los mozos que daban serenatas a las mocitas; la luna era espléndida, las estrellas no cesaban en sus guiños y el aire fresco llevaba aromas de poleo y yerbabuena.

La Niña, el cabello blanco y escaso, escuálida, los pechos colgantes, las nalgas flácidas y deformes, subió sin esfuerzo al murete de la alberca y se tiró al agua sin titubeos y el agua la acogió en el fondo; luego, desaparecido el remolino volvieron las aguas a ser de cristal y a servir de nuevo a la luna y a su corte de estrellas.

A Dolores la despertó el Chino con sus aullidos; pensó que acompañaba la serenata porque en la casa todo estaba tranquilo, pero como

la llamada del Chino era lúgubre, se echó de la cama y pronto supo que faltaba la Niña de su lecho.

—Ramón, Ramón —gritó llamándolo y bajó rápida. La puerta estaba abierta. Corrió a la alberca. En el fondo, el cuerpo de M^a Victoria reposaba.

La muerte de María Victoria, la Niña de la huerta de Los Granados, se prestó a toda clase de cábalas; cada uno daba su opinión; se rumoreaba asesinato y se insistía en el abandono de la enferma; en lo que todos estaban de acuerdo era en que Ramón y sus dos hijos se fueran del pueblo y en la huerta quedaran Diego casado con Estrella y el Tole a quien le había llegado la hora del descanso merecido.

Ramón y sus dos cromos, como llamaban los morilenses a sus dos hijos, se fueron a Lucena dejando la huerta, Viña Alta y la casa del pueblo comprada a María la Tuerta, para uso y disfrute de Diego.

De Dolores nadie se ocupaba.

Y sin embargo, puestos a contar ¿no sería interesante escuchar a Dolores contando su propia vida tan ligada, primero a Los Zapateros y después a Moriles? Quizá resultaría monótona sólo hablando de su desvalida infancia, de sus gatos y de sus hombres; pero era una de tantas vidas de poco relieve, anónimas, grises pero preñadas de fracasos, de ilusiones rotas y de sueños irrealizados.

En la huerta de Los Granados empezaba una era de paz. Diego y Estrella se casaron y la boda fue un regocijo para don Emilio y su hermana. Tole no estuvo presente en el acto.— «¿Dónde estará?», preguntaban todos.

—«¿Dónde estará?», era la pregunta general.

El Tole, como hoja empujada por el viento cambiante, seguía su vida de nómada, alejándose cada vez más del pueblo; de hato en hato; de cortijo en cortijo; la siega, la vendimia, los olivos, el carbón, porque de todo entendía y todo lo hacía bien.

Él y su perro por caminos y veredas pidiendo trabajo o albergue para pasar la noche.

—¿Cómo se llama usted?

—Tole.

—¿Tole? ¿Y qué más?

—Tole, sólo Tole y éste —señalando al perro— Yodo.

A veces le negaban asilo y los dos seguían caminando hasta el cansancio y dormían bajo una encina; dormía el hombre; Yodo vigilaba su sueño.

Los años pasan y dejan un recibo que ha de abonarse; Tole se cansaba; a Tole, el estómago tan castigado con ayunos y hartazgos se le rebelaba de tiempo en tiempo y a veces, sin motivo aparente, el corazón se le volvía loco, como si regresara de una carrera.

— ¿De dónde es usted?

— Del mundo.

— ¿A dónde va?

— Por ahí...

— ¿Cómo se llama?

— Tole.

—Tole ¿qué?

— Sólo me llamo Tole y éste —señalando al perro— este es Yodo, mi amigo y compañero.

No siempre era admitido y siempre fue vigilado.

De volver a Moriles, con su hijo, hubiera comprobado muchas cosas buenas: que había trabajo para todos; que se agrandó el pueblo; que venían al cobijo de la prosperidad; que de la aldea de Los Zapateros apenas quedaba rastro, hasta la que fue su casa estaba transformada y hasta lujosa por las obras realizadas por Ramón; que con la terminación de la guerra de África habían vuelto casi todos los mozos a sus hogares; que había escuelas y que los niños jugaban en la plaza; que las niñas jugaban y cantaban romances; hubiera comprobado que las mocitas continuaban acarreado agua de la Fuente Nueva para re-

mojar los garbanzos que diariamente comían y para regar los rosales y los celindos de sus patios.

Sí. Cantaban las niñas a la rueda en el flamante paseo todas las tardes, cuando los jornaleros volvían del ható a sus casas. —«Toma el jornal» —«¿No me lo das entero?» —«Me quedo con unas perrillas para enjuagar el gatzate en la taberna».

Sonaba la campanita de la Parroquia llamando a la oración al rosario; acudían las señoras mayores porque daba tono atravesar la calle con el rosario en una mano y el velo en la otra.

Antoñita, Rosita y el Bum eran de los corrillos en el paseo; en los corrillos se hablaba de todo; las niñas lo comentaban con la mayor ingenuidad; escuchándolas se podía saber la historia viva del pueblo día a día. Naturalmente, aunque las niñas Antoñita y Rosita eran muy avisgadas, sobre todo Antoñita, hablaban de cosas y hechos para ellas incomprensibles.

LAS NIÑAS

**Cada día flores nuevas.
Pero en el vaso quedaba
el aroma de las viejas.**

J.L. Tejada.

Las niñas lo comentaban todo con la mayor ingenuidad; escuchándolas se podría saber la historia viva del pueblo día a día; naturalmente, aunque las niñas Antoñita y Rosita eran muy avisgadas, había cosas y hechos para ellas incomprensibles.

Los mejores días para las niñas eran las tardes del jueves y los domingos, que no tenían clases y sólo se dedicaban a jugar, procurando compaginar las obligaciones caseras con los juegos; las obligaciones de Rosita en todo tiempo eran ir a por dos perras gordas (veinte céntimos) de petróleo a casa de Chota y preparar el quinqué para que alumbrara en la noche; este trabajo lo hacía de mala gana por tener que atusar con las tijeras la mecha y limpiar bien el tubo de cristal; desde que éste se le cayó de las manos haciéndose añicos la madre cada día le recordaba su torpeza; pero en cambio, ir a comprar el petróleo le gustaba mucho pues mientras Chota, viejo gruñón, le despachaba, ella se entretenía mirando las fotografías de revistas que empapelaban la habitación; otra obligación, pero sólo en los días fríos del invierno, era encender la chimenea y el brasero; ir a la Fuente Nueva o al pozo del lagar de Canela (que jamás se secaba) a llenar su cantarito de agua y comprar el pan (quilo y medio diario). Cumplidas estas obligaciones, Rosita Onieva era libre, totalmente libre.

Antoñita Albalá estaba más ocupada porque tenía hermanitos chicos y muchas veces faltaba a la escuela por estar de niñera; su libertad absoluta en todo tiempo llegaba al desmayarse el crepúsculo; entonces se unía a las demás y era como el soplo fuerte que alteraba el corro.

En las noches frías se encontraban en las casas donde hubiera una buena chimenea encendida.

En las noches calurosas, a la luz de las farolas o la de la Luna, jugaban en el paseo y llegada la hora de recogerse (diez de la noche) se mostraban remolonas.

—Ya es hora de acostarse que mañana hay que madrugar.

Se retiraban los novios de las ventanas donde a través de ellas habían platicado amorosamente.

Comenzaban el desalojo en las tabernas y las niñas Antoñita, Rosita, Consuelo y muchas más se negaban y siempre con el mismo achaque:

-Queremos ver pasar a las brujas de Rute...

Corrían relatos de tiempos muy antañones de que se reunían en Rute todas las brujas del contorno y que a las doce de la noche con la última campanada se podían ver atravesando por el aire montadas en sendas escobas; pasaban en bandadas en dirección a Puente Genil y a veces se les caían, como una lluvia brillante, hechizos, y la persona que pudiese hacerse de uno tenía asegurada la felicidad.

Nunca vieron el ansiado desfile de brujas, en cambio gozaron con el maravilloso espectáculo del corrimiento de estrellas.

En la escuela hizo Rosita nuevas amistades; Consuelo Lara recién llegada al pueblo donde sus padres se habían establecido como comerciantes de tejidos; la tienda era signo de progreso, porque antes había que ir a Aguilar o a Lucena en caballerías y como eso era un engorro se aviaban con los lenceros, unos hombres que ofrecían sus mercancías a domicilio y que se acomodaban al pago inmediato o al de dita semanal.

Consuelo Lara iba mejor vestida que las demás y era aplicada e inteligente.

Doña Elena, la maestra señoritinga que llegó de Baena y parecía estar muy a gusto en Moriles, apreciaba mucho a Rosita y Consuelo y las tenía ocupando un pupitre de dos asientos, sin consentirles escribir con tinta por temor a manchar la madera del mueble y los vestidos de ellas además de las manos.

-Cuando llegue el día escribiréis con pluma que mojaréis en la tinta de esos tinteros y, mientras, escribiréis con pizarrines en las pizarras.

Las pizarras de cartón duro y grueso se estropeaban enseguida y las otras se rallaban con facilidad. Antoñita se vengaba de doña Elena dibujando mamarrachos y dejándola caer al suelo porque el estrépito a la maestra asustaba:

-¿Otra vez, Antoñita? ¿Tienes las manos de lana?

Doña Elena reunía a las mayores cuando llegaba la hora del fin de la jornada, salían las pequeñas (en total en aquella escuela se re-

unían diariamente de cincuenta a sesenta niñas, menos en el tiempo de la recolección de la aceituna, que acompañaban a los padres en los cortijos y trabajaban, como miniaturas de jornaleras, o en el mejor de los casos quedaban en el pueblo al cuidado de los hermanos pequeños). A doña Elena le dolía la ignorancia de aquellas criaturas y procuraba aficionarlas al estudio despertándoles el interés por lo cotidiano; nunca olvidarían las niñas la tarde en que la maestra les habló de la electricidad como un descubrimiento fabuloso.

Gracias a ella, Rosita se libraría de arreglar el quinqué de su casa, aunque la privara de entrar en casa de Chota y disfrutar con los retratos de las revistas que tapizaban las paredes del despacho de petróleo. La luz eléctrica llegó al pueblo como antes había llegado la del carburo, la del petróleo y la de aceite.

—Mi madre ha dicho que se limpiarán muy bien los velones y los quinqués para guardarlos en el chinero porque vamos a tener bombillas hasta en la cuadra...

Doña Elena era amiga del progreso y así les explicó lo que era el telégrafo y el telegrama, el teléfono y el telefonema, pero ¿cuándo tendrían teléfono en Moriles? ¿quién sabe! ¡algún día lo tendrían, como tenían ya autos y camiones y en vez de cuadras y cocheras, garajes y gasolina; se adelantaba mucho; hasta Rafael Albalá, el hermano mayor de Antoñita, entendía la mecánica de los autos y tenía uno para que los morilenses pudieran viajar con más rapidez siendo él chofer, con lo cual, como le espantaba la idea de tener que trabajar en el campo, el oficio nuevo le venía de perlas.

—¿Sabes, Rosita? Cuando termine la Misa vamos a ir a Los Tueros...

—¿A qué?

—Ya lo verás.

Y así fue; Antoñita, Rosita y Bum, al terminar la Misa salieron por la calle Alta en dirección al lagar de Los Tueros.

—Mi Rafael trajo anoche de Puente Genil a la Paloma y cuatro niñas más...

—¿Niñas de noche?

—No te hagas la inocente; niñas son pu..., ¡vamos! las cuatro letras. Dice mi Rafael que la Paloma es preciosa y las otras también y que todas fumaban con unas boquillas muy largas...; él las dejó con Carmelo y sus amigotes y que de madrugada tenía que llevarlas de vuelta a Puente Genil y que entonces a una la tuvo que recoger de una cuneta medio muerta y llena de sangre en los brazos y en el cuello...

—¿Y a qué vamos?

—Pues a ver la cuneta...

Rosita se quiso volver pero ya era tarde porque su amiga y el Bum se habían adelantado en una carrerilla.

La mañana era espléndida y la brisa deliciosa. A lo lejos negreaba la Sierra de Cabra. Iban por una vereda sorteando viñas y lagares; el llamado de Los Tueros, al que ya estaban llegando, era una hermosa mansión guardada por dos poderosos mastines sujetos por la cadena a una argolla en la fachada. Antoñita bajó a la cuneta y dijo:

—Mira, mira, horquillas del pelo, pedazos de un traje y un pañuelo con sangre.

—Yo no bajo.

—Pues mira a Bum oliendo el pañuelo.

—Vámonos, Antoñita, vámonos y deja esas cosas ahí —llamó: — Bum, ven aquí —y el perro obedeció.

Antoñita se guardó las horquillas y escondió lo demás entre las zarzas.

—El Carmelo se gasta los dineros de la mujer en estas cosas... — de pronto gritó: —¡Una culebra...! —y no atinaba a salir de la cuneta. — ¡Mátala, Rosita, mátala tú antes de que me muerda, yo no puedo moverme, ¡mátala!.

Rosita estaba llena de espanto, pero los ojos desorbitados de Antoñita la impulsaron a la ayuda; Bum ladraba sin descanso; entre la maleza reptaba sinuosa la culebra buscando seguridad en la huida y la hubiera tenido de no ser por la piedra que Rosita le asestó en mitad de su cuerpo; silbó el animal, se retorció en un espasmo e hizo un esfuerzo

para seguir huyendo. Antoñita salió de la cuneta y ya, valiente también, la apedreó quedando el animal partido en tres pedazos; el de la cola seguía moviéndose y entre el pañuelo y el trozo del traje, lo que fue una criatura hermosa y bella fue transformada en un despojo que al sol reflejaba los colores de su piel.

Antoñita se burlaba del Bum: -Mi perro Canela, él solito hubiera matado a la culebra; mi Canela era valiente y el Bum un cagueta.

Rosita no contestó; Antoñita no continuó hablando; pasaban otra vez cerca de los otros lagares; en todos había trajín y ladraban los perros guardianes.

-Mira si Bum es cobarde que no es capaz de ladrar, no se separa de ti y lleva el rabo caído.

Rosita aguantaba las ganas de llorar.

De un lagar un hombre salía y preguntaba: -¿A dónde vais, muchachas?

-Vamos al pueblo -contestó Antoñita.

-¿Vais solas?

-No, no...; venimos con mi hermano Rafael y mi primo Juan que vienen detrás...

-¡Ah..! -el hombre las miraba complacido; él era un poco bajo de estatura y de fuerte complexión; moreno, de facciones agradables y sonrisa abierta.

Antoñita indicó que debían seguir adelante y de prisa; casi corrían los tres; cerca de la primera casa de la calle Alta se pararon.

-¿Por qué has dicho que veníamos con tu hermano Rafael? Y además tú no tienes ningún primo que se llame Juan.

-Sí lo tengo: el más chico de mi tía Frasquitasí.

-¡Pero si todavía no sabe andar! ¿por qué has echado ese embuste?

-Porque -y Antoñita bajando mucho la voz, dijo temerosa: es el Negrales, el que persigue a las mocitas para abusar de ellas; lo vi la otra noche en la taberna de mi tío Félix...

–Pero nosotras somos niñas...

–El Negrales las desgracia a todas las que pilla a solas por los campos; lo decían anoche en la taberna, ¿tú te acuerdas de Candelaria?

–Sí.

–Pues esa se ha ido del pueblo porque va a tener un niño de él; ¿y la Petra? ¡a que su niño tiene la misma cara del Negrales!, y más niños que tendrá por ahí...

–Entonces, Antoñita, no saldremos más por el campo solas – decidió Rosita.

Bajaban ligeras deteniéndose en el paseo para ver jugar a otras niñas a la regaña, y a unos niños que estaban entusiasmados con las bolas; uno de ellos preguntó a otro que pasaba cerca corriendo:

–Frasquerre ¿a dónde vas?

Y Frasquerre se paró y contestó enseñándole un tirador: –Voy con mi primo a matar pájaros.

–Espérame que voy contigo –mientras sacaba otro tirador del bolsillo de su pantalón.

Antoñita fue a su casa a recoger su diávolo.

En la plaza había otros grupos, el de viejos sentados en los poyetes contando sus inventadas hazañas juveniles.

–...yo tuve una novia que...

–Pues yo en Cuba aunque pasé mucha hambre disfruté mucho con las mulatitas; había una que me enseñó a cantar unas coplillas que ¡vamos..!

–¿Cómo eran, Rafalico? ¿te atreves a cantarlas?

Todos rieron, pero Rafalico, que no conocía el ridículo, empezó con voz ronca y cascada:

Una negrita en la Habana
estaba cogiendo flores
y el negro que la miraba
gozaba de sus favores...

No lo dejaron continuar porque las niñas habían acudido a escuchar y ellos que sabían de memoria las coplitas de Rafalico, le dijeron: —¡Cállate, que hay ropa tendida!

Ellas se retiraron enseguida a sus juegos comentando disgustadas: —Se calla porque en la copla se dicen cochinerías; siempre que los mayores están hablando de esas cosas se callan al llegar niños y dicen: —Hay ropa tendida.

—Pues mi hermana Carmen la sabe entera y también la de la frágil barquilla cuando dice: suelta el remo, batelera, que me altera tu manera de remar...

—¿Me la vas a enseñar?

—¡Claro..!

En el paseo había otros grupos: el de los jornaleros que no habían encontrado trabajo ni siquiera en domingo porque entre ellos no podían respetarse ni domingos ni fiestas; todas las mañanas había que salir por sí «caía algo» y aunque el trabajo parecía ir en aumento siempre quedaba más de uno que no podría arrimar a la casa el honrado jornal, ¿y de qué hablaban estos? De nada agradable.

—De nada bueno —podía contestar más de uno de los bien situados con despensa repleta— de nada bueno: de que unos tienen mucho y otros no pueden llevarse ni un mendrugo de pan a la boca; de que el mundo está mal repartido; de que la tierra debe ser del que la trabaja; de los infundios que les están metiendo los periodicuchos y los del Centro Obrero; de que hay odio entre amo y jornalero; en que el amo dicen que no trabajan bien y que se gastan casi todo el jornal en la taberna; en que el jornalero dice que el jornal no alcanza, que el propietario los estruja y que se meten en la taberna para olvidar el cuadro de su casa: poca comida y muchas trampas.

Y había otros grupos: las mocitas emperejiladas en las puertas de sus casas, esperando ver pasar a los gañanes vueltos del tajo. Las mocitas ¿de qué hablaban? De sus ilusiones, sus sueños, sus fantasías; lo mismo que las niñas, de las cosas que iban ocurriendo en el pueblo; y de modas, y de labores, y de ajuares que desde niñas lo empezaban con la

esperanza de un buen casamiento; de canciones nuevas y de los nuevos romances de ciegos: la cogida y muerte de Joselito

...todos lloraban y decían
¡pobre diestro Joselito!
Eras padre de los pobres
y por ti ¡cuántos han comido!

La Niña del Penal, Diego Montes, el Huerto del Francés y las novedades de placas que traían al café Pastor para escucharlas en la «máquina cantaora». Y de amor. Mucho de amor.

—¿Cuándo te vas a poner en la mano el ajustador?

—Cuando le pongan el nombre y yo le dé a mi novio otro ajustador; pero todavía no ha reunido mi padre el dinero y espera vender el trigo y entonces lo traerá la platera de Lucena porque ya está encargado del mejor oro que hay.

—El mío —y Sole alargaba su mano izquierda donde lucía una ancha sortija de oro con letras en realce— también es de oro de ley...

—Pues nosotros, todavía no hemos juntado el dinero para los ajustadores pero ya le regalé el pañuelo con la marca bordada en blanco —apuntó otra.

—Entonces es que va en serio el noviazgo.

—En serio y cuando termine el servicio nos casaremos; mi suegro le da a Paco una yunta y mi padre costea mi ajuar con todos los muebles y nos presta dos cuartos de la casa hasta que apañemos una para vivir solos...

Aunque todavía la novia de Paco no podía lucir en su mano el ajustador de oro con las letras de su nombre en relieve, aunque todavía no había pasado del regalo del pañuelo blanco moquero con la obligación de lavarlo y plancharlo ella misma de cada vez que se manchase, las otras disimularon la envidia cantando al unísono:

En lo alto de aquel cerro
hay una pila de oro
donde lavan las mocitas
los pañuelos de los novios...

Reían gozosas, felices, bonitas. El amor embellece.

Y otros grupos muy dispares: las señoras que iban o venían a la novena o al rosario.

—A don Emilio siempre le doy las buenas tardes con agrado, en cambio a Juana, su hermana, me resisto...

—¿Te enteraste de lo que pasó en la juerga de los Tueros con la Paloma y sus palomitas?

—¡Ay, sí!; no se habla ahora de otra cosa..., como que andan diciendo que Rafael, el que tiene el auto, recogió en la madrugada a una medio muerta en la cuneta...

—¿Qué casi? Muerta completamente y se la llevó, no sabemos donde a enterrarla, sin dar parte y el Rafael se ha quitado de en medio...

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! Lo que hace el vicio y la bebida...

—Y el no vivir como Dios manda, cristianamente...

—Pues Carmelo siempre está dando dineros a don Emilio para los pobres y su mujer no se pierde ni un rosario en la Iglesia...

—Menos hoy...

—¡Mujer, con lo que la pobretica estará pasando con la muerte de una palomita en su propia finca..!

—¿Pero, de verdad han matado a una de esas desgraciadas?

—Eso se dice; yo no he visto nada y además no me gustan los chismorreos...

—Ni a mí...

—Ni a mí...

—Ni...

Y otros grupos, en realidad no formaban grupos tal como los otros: eran las esposas de los jornaleros, aisladas, con prisas y con miedo visitando los comercios:

—Si me fías tres perras chicas de café molido podremos llenar el estómago esta noche con el quilo de pan que me ha mandado mi comadre, ¡Dios la bendiga!

Pordioseaban aisladamente, pero con todas se podría formar un denso y trágico grupo.

Hacía calor; un extraño calor asfixiante; el aire palpaba los cuerpos en caricia repelente.

-Parece que está ardiendo el campo o que arde el cielo.

Hablaba así Antoñita cuando fue a recoger a Rosita para dar un paseo.

-¿A dónde vamos a ir?

-A ver a mi tita Frasquitasí porque la duquesa Morachita va a pasar una temporada en la huerta.

Rosita se resistió porque el calor abrasaba y además el Bum estaba extraño escondiéndose debajo de la cama.

-Bum, Bum, sal de ahí que nos vamos de paseo.

Asomaba el animal la cabeza bajo la colcha, miraba suplicante a su ama y volvía a esconderse. -Pues yo sin el Bum no me voy porque algo le pasa...

En vano Antoñita hablaba hasta que ordenó muy decidida: -Tu perro tiene miedo y tienes que obligarlo; toma -le dio la correa a Rosita- verás como te hace caso.

La niña la tomó y levantando la colcha y agachándose le habló al perro: -Vamos, Bum, sal de ahí y ven conmigo.

Bum salió de su escondite, miró suplicante a la niña y pegó el rabo a sus patas. Los tres salieron a la calle.

-¡Uf qué calor! Algún campo estará quemándose y mira que color más raro tiene el cielo.

Caminaron remolonas por las calles; todas las casas tenían abiertas las puertas y los patios, rebosando de flores, parecían querer amenazar el calor; de los recién regados salía un vaho de tímida frescura y era un alivio contemplar al paso las azucenas, los claveles, las rosas, los alelís aunque todo parecía plasmado en un lienzo inmóvil.

Llegaron a la Fuente Nueva. Algunas muchachas llenaban sus cántaros en los hermosos caños; agua fresquita para el gazpacho y para regar las plantas. Los tres bebieron y Bum se mojó además el lomo; el

cielo continuaba con su extraño color y la sensación de asfixia seguía aumentando.

—¿Te das cuenta, Antoñita, de que apenas hay ruidos en el pueblo y que sólo se escucha decir: —«Este calor es una cosa mala?».

Subieron la suave pendiente que arrancaba de la carretera conduciendo a la Huerta del Arroyo; ya en lo alto pararon para mirar atrás; Rosita lo hacía siempre porque le gustaba contemplar el sencillo paisaje para imaginarse hechos que pudieron ser reales; el olivar de La Hoja le parecía un bosque infranqueable, donde pudo esconderse aquel niño escapado del carromato de los húngaros y que al descubrirlo otro niño lo salvó de morir de hambre; lo llevó a su casa y le dijo: «Tú serás mi hermano», y su madre muy conforme asintió: «Tú serás mi hijo hasta que encontremos a tus padres». Estos no aparecieron jamás.

Y también miraba extasiada al cortijo Moreno, imaginándolo un castillo lleno de príncipes y princesas que daban todas las noches fiestas invitando a las hadas.

—Mira, Antoñita, hoy el cortijo Moreno parece que está liado en nubes de fuego.

—No hay nubes.

—¿No ves como si fueran gasas rojas o como humo rojo? Parece el Castillo de Irás y no Volverás.

—Deja los cuentos para la noche; eso es que el cielo está arrebolado ¿no has oído decir a los viejos, arreboles mañana soles? Y que nada es raro, es que está pasando lo que siempre pasa cuando hace tanto calor y no corre aire... ¡cómo estarán los ereros, con el harapillo de la camisa fuera esperando que llegue una chispa de aire para levantar la parva!

Anduvieron de prisa, a pesar del calor, con la esperanza de llegar a la huerta, estando como estaba rodeada de acacias, eucaliptos, limoneros y llorones junto al arroyo donde mojaban sus raíces y ramas en perpetuo baño.

Pero tampoco allí se estaba bien; no se movía ni una sola hoja; el mastín dio «el alto», y Bum se atemorizó más aún y su rabo de tan escondido, apenas existía.

Frasquitasí salió de la casa secándose el sudor de la frente con una punta de su limpio delantal.

-¿Te manda tu madre con este calor? ¿A qué vienes?

-Por gusto, por dar un paseo.

-¿Un paseo? Más vale que te vuelvas y no estorbes...

Rosita estaba molesta; nunca la habían echado de ninguna parte; seguramente que era cosa de la Morachita; tiró de la correa del perro e inició la vuelta a la vez que había sentido el ruido que hacía una persiana al enrollarse; desde una ventana del piso alto asomó la Morachita en ropas interiores, brazos y hombros descubiertos. Rosita creyó soñar con la aparición de un hada y más todavía cuando la oyó decir:

-Frasquitasí, prepárale a las niñas un refresco de zarzaparrilla que están pasado mucho calor...

Delicioso el rico e inesperado refresco pero gran desencanto porque la duquesa volvió a bajar la persiana.

-Este recalmán -advirtió Frasquitasí- parece que se prepara una cosa mala, como que en el corral, del que vengo ahora mismo, me he encontrado a las gallinas recogidas y apelotonadas en el rincón donde duermen y el gallo parece de piedra de tan quieto y el perro como si lo hubieran apaleado echado en el suelo y aullando muy bajito, pues ¿y los mulos? los trabados en el campo, allí abajo -señalaba con la mano- donde está la era, saltan como si alguien fuera a darles un latigazo; y el aire acostado y el trigo sin poderlo aventar y el cielo que parece que chorrea sangre..., ¡jea, volver cada una a su casa!

Rosita no quiso oír más: -Vámonos, Bum.

-Que nos vamos, tita...

Y ya, terminando el ancho camino, volviendo a enfrentarse con el cortijo Moreno, con la espadaña de la iglesia y el olivar de La Hoja, aparecía la huerta de Los Granados, humilde la casa, como pidiendo perdón por interponerse taponando la belleza del cañaveral...

En la lejanía el silbido anunciando un tren.

-¿Vamos a la Estación? -propuso Antoñita.

La otra no disimuló su miedo pero al insistir Antoñita diciendo además: –Mi tita Frasquitasí nos ha dicho todas esas cosas porque no quiere testigos en la casa mientras esté en ella la duquesa Morachita y nos asustó para echarnos.; vámonos a Las Navas y nos acercamos a la Estación y vemos la hora en aquel reloj tan grande...

Tomaron la carretera a disgusto manifiesto de Bum, que temblaba sin pudor alguno; sin embargo, Antoñita, feliz por ser obedecida, comenzó a cantar destemplada y chillona:

Ferrocarril, camino llano
por el vapor se va Bernardo
se va Bernardo
se va mi amor
se va la prenda
que adoro yo.

–Esa copla es tonta –apuntó Rosita en un alarde de revancha, al sentirse obligada a obedecer los caprichos de su amiga– el tren es una cosa y el vapor es otra; el vapor es un barquito y tiene que ir por el mar...

Respondió la otra: –El vapor es lo que sale por la chimenea de la máquina del tren, y vapor es también lo que sale por las ollas cuando hierve la comida y vapor es también una cosa que les pasa a las mujeres cuando van para viejas y dicen «¡Ay, los vapores, qué angustia!»

–Sí, todo eso es así, pero la copla es un mamarracho.

–Que sea o no sea, a mí me gusta cantarla –y continuó con la voz más fuerte y destemplada:

Ferrocarril, camino llano
por el vapor se va Bernardo

Pasaban por el puentecito dejando atrás las mieses segadas y amontonadas las gavillas dispuestas a ser llevadas a la era. El arroyuelo que bajaba de la huerta del Arroyo pasaba por debajo y se reunía con el que rondaba la huerta de Los Granados; la escasísima agua que ambos llevaban apenas eran vistas, sólo el aroma de las yerbas mojadas daba fe de su existencia; pero cuando las niñas, ese día, pasaban por allí no percibieron su olor y notaron que las yerbas y matojos que acompañaban al arroyo en sus recorridos estaban aplastadas en las orillas.

Avistaron el caserío de Las Navas, la aldea primorosa, tantas veces visitada por el célebre bandido el Bizco, de caprichosas calles y de montecillos infantiles; al final la Estación del ferrocarril, donde hacían parada los trenes de la línea llamada de Linares y que arrancaba en la Estación de Puente Genil.

Cuando ellas llegaron el reloj marcaba las ocho horas.

—¡Qué tarde! —a mí me van a regañar— dijo Rosita.

—Decimos que mi tita Frasquitasí nos ha entretenido.

—Esto es un embuste.

—Pero como la huerta del Arroyo está tan cerca del pueblo...

—Yo diré la verdad.

—¡Tú eres tonta! —le dijo con desprecio.

—Pues el Bum y yo nos volvemos a la carrera...

Y así iban a hacer los tres si no se hubiesen detenido para escuchar a unos hombres que hablaban animadamente y señalando a la vez a diferentes puntos del campo:

—Mira, aquellas bestias son las de mi primo Ernesto, que ya están trabadas para que esta noche duerman allí; mira, aquellas que corren como locas, son las de Perico el Rubio y se va a ver muy apurado para trabarlas.; y los perros, ¿no oyes los perros? aúllan como cuando anuncian una muerte; ¿y este calor?

—En verano es fruto del tiempo, suele decirse...

—Pero es que parece que estamos arropados en llamas de fuego y en mi era tuvimos que dejar de aventar por falta de aire...

—Eso en verano pasa muchas veces...

—Pero no tanto Julián., ¿y el cielo el color que tiene y no sabes si está anocheciendo o amaneciendo... Pregunta, pregunta a los más viejos si se acuerdan de algo parecido.

—Eres un alarmista y siempre lo fuiste ¿acaso es raro que al atardecer haya arreboles en el cielo?

Las niñas no siguieron escuchando y emprendieron ligeras el regreso; Bum, que todavía llevaba el rabo entre las patas, jadeaba angustiado.

Antoñita canturreaba:

Anoche me salió un novio
y se lo dije a mi abuela
que estaba guisando sopas
y me tiró la cazuela.

-Quién canta su miedo espanta -ironizó Rosita.

-No tengo miedo, no tengo miedo, no soy tan asustona como tú.

-Pues yo sí ¿no oíste al hombre de Las Navas?

-Oí a los dos...

De nuevo pasaban el puente del riachuelo cuando sintieron un extraño ruido a la espalda; al volverla, se encontraron con un par de negros toros que huían alocados sin obedecer al hombre que corría tras de ellos.

Las niñas y Bum bajaron precipitadamente el pequeño desnivel y aguardaron temerosas, aguantando la respiración bajo el puente hasta que pasaron los toros y su guardián; Bum, ignorante del mal que podría ocasionar, intentó bravucón un ladrido al tiempo que las fieras pisaban el techo del puente; Rosita se agachó y para silenciarlo le apretó el hocico, mientras le decía muy quedo en una oreja: -«Calla, calla...» El perro pudo percibir el aleteo del corazón de su ama y le pasó la lengua por la palma de la mano que le amordazaba.

Nunca sabrían las niñas si el tableteo que se oía al paso de los terribles animales era el de sus pisadas que parecían cavar en el techo del puente o el desordenado palpitar de sus corazones.

Pasado el peligro, emprendieron de nuevo la marcha, jadeando los tres y los tres en silencio.

La huerta de Los Granados. El arranque del ancho camino para la del Arroyo. La Fuente Nueva, el Matadero, las cuevas de los gitanos y enfrente las tres colinas que coronan al pueblo y sobre ellas un cielo rojo y turbio que también cubría al cortijo Moreno.

En las calles la gente esperanzada en que algún vienteccillo podría levantarse para aliviar los cuerpos atormentados por el calor; previamente habían regado el suelo y se formaron con sillas corrillos amis-

tosos sin que en ninguno faltara uno o más de dos botijos rezumando por los poros brillantes gotitas de agua.

Del café de Pastor salía música y allí el corrillo era un corro que avanzaba de una acera a otra; a Pastor y a todos los poseedores de un humilde establecimiento de bebidas en otras calles, la noche presagiaba abundancia en el cajón del dinero, porque continuamente estaban sirviendo gaseosas, sifones y refrescos de zarzaparrilla. Y la «máquina cantaora» de Pastor a toda potencia para escuchar la placa de la Niña de los Peines.

Avanzaba la noche y el calor se iba agrandando.

—Yo me voy ya para acostarme...

—Yo también porque mañana será otro día.

—Y podremos aventar la parva que quedó en la era por falta de aire.

—A mí no me gusta que los animales estén tan soliviantados.

—Es que notan el calor y el bochorno.

También las niñas tuvieron que acostarse; Antoñita confesó: —Yo como duermo en la cama con mi hermana en cuarto aparte voy a dormir sin camisa.

Los corrillos iban aclarándose y la Niña de los Peines fue silenciada por respeto a los que deseaban descansar.

—¿Qué hora es?

Sacaban, los que tenían reloj, del bolsillo del chaleco el suyo y a la vez que complacían, preguntaban: —Van a dar las once y media, pero tú tienes reloj ¿no?

—Tengo reloj, pero el chaleco no lo tengo puesto porque me aso de calor...

Rosita empezó a desnudarse a los pies de su cama, como cada noche, para dejar la ropa bien colocada en una silla; aún no se había descalzado cuando sintió como si un extraño y subterráneo dragón la elevara y hundiera varias y rapidísimas veces en el suelo; a la vez un horrísono ruido taladraba sus oídos y su corazón quería escapar; se defendió agarrándose a los hierros de su cama; oyó a su madre decir: —¡Virgen santa esto qué es?, y al padre contestando tranquilizador: —Ya pasó todo; es un temblor de tierra.

No se explicaba la niña por qué en la casa parecía que desde el patio hasta la puerta de la calle corría un río; la volvió a tranquilizar el padre: —Ya pasó todo; el agua del pozo ha sido empujada y se ha desbordado, asómate a la calle y verás como de todas las casas sale agua...

—¿Y esas campanas que suenan?

—Ya han dejado de sonar; el terremoto agitó los cimientos del campanario y los de la caseta de la electricidad, por eso no tenemos luz.

Rosita salió a buscar a su amiga (todo el pueblo estaba alborotado) dejando a Bum asustado bajo la cama. Dio la vuelta por el callejón; la puerta falsa de casa de Martina se estaba abriendo y la niña se detuvo porque conoció al hombre que salía por ella con las botas en una mano y sosteniéndose el pantalón por la cintura: era el Aurelio el marido de Raimunda la Monturqueña; también Martina estaba casada y tenía niños chicos; esperó Rosita a que él desapareciera saltando las bardillas de su propia casa.

Toda la familia de Antoñita estaba en la calle comentando con los vecinos lo ocurrido ¡qué cosas tan calamitosas contaban! De pronto Martina apareció en el corrillo; llegaba con el pelo del moño casi suelto, una falda oscura sobre las enaguas blancas ribeteadas de encaje y sobre la chamba, como no llevaba blusa, se había echado un mantoncillo negro con fleco largo de seda para taparse los hombros y la garganta; habló muy nerviosa:

—¿Qué ha pasado? Yo estaba dormida y me despertó un ruido y grité: — ¡Paco!, llamando a mi marido sin acordarme que él está durmiendo en la era —y mientras hablaba, al volverse para comunicarse con todos, dijo muy contenta— ¡Ay, míralo por donde viene mi Paco —y corrió para colgarse amorosa de su cuello. Él la apartó con suavidad y le dijo un tanto avergonzado: —¿Cómo es que sales a la calle sin apenas ropa?

—Ya lo saben todos: el temblor de tierra me ha cogido dormida y cuando desperté al ruido fui a ver a los niños que ni siquiera se han movido y me vine aquí asustada para saber qué pasaba —y dirigiéndose a los demás continuó: — Cuando sentí las campanas de la iglesia, creí que era el fin del mundo y lo que hemos dicho aquí —señalaba al corro y a los que venían a engrosarlo— es que los temblores se repiten y que

lo que no ha pasado puede todavía pasar y lo bueno sería que fuéramos a la iglesia a rezar el rosario...

-Eso, eso -gritaron las mujeres con entusiasmo- vamos a hablar con don Emilio.

Y allá fueron en tropel seguidas por los hombres que apenas hablaban, para opinar sobre la actitud religiosa. A don Emilio le pareció bien la idea de Martina y dijo que no convenía rezar dentro porque de repetirse el terremoto podría caerse el techo, los altares y hasta abrirse el suelo, así que más vale esperar en la calle, que cada uno acarree un asiento y lo que Dios quiera.

-¡Don Emilio! -salió del tropel una anciana, cubiertas sus blancas greñas con un pañuelo negro anudado a su garganta- ¡Don Emilio, quiero confesión porque si el temblor se repite podemos morir y yo quiero estar en gracia de Dios..!

-Y yo... -dijeron a coro las demás.

-Está bien -habló compasivo el cura- tocaremos las campanas a rebato y vendrán todos los que puedan y yo os daré a hombres y mujeres la absolución de vuestras faltas.

Tocaron las campanas anunciando catástrofe; hombres, mujeres y niños corrían despavoridos así como también los que estaban en las eras cercanas; se rezó en alta voz el rosario -nunca con tanto fervor- y después fueron esparciéndose por diferentes sitios a esperar mientras se hacían cábalas y recordaban siniestros.

El calor continuaba y la rojez del cielo se desvanecía poco a poco hasta dejar lucir a las estrellas.

Y nadie pensó más en acostarse, por eso las niñas Antoñita y Rosita daban vueltas por el pueblo deteniéndose en algunas corrillos.

La Julia joven se había sentado en el rebato de su casa sin compañía alguna. Frente a su casa se había formado una tertulia entre los vecinos que no dejaban de contar en voz alta casos escalofriantes; cuando las niñas se acercaron para escuchar estaban dando una ronda de aguardiente; tímidamente el anciano Pepote quiso que se le ofreciera una copita a la pobretica Julia que se había quedado «solita en el mundo» después de que a su hija la ahogasen en la Laguna Grande y la madre se le muriera hacía sólo unos meses.

La vieja Cristina la Piconera, tan honrada y piadosa, dijo en voz tan alta que la Julia joven la oyó:

—No valen mezclas., las decentes no podemos hacer migas con las putas.

Hubo un silencio tremendo pero en medio de él pudo oírse el sollozo de la mujer sentada y aislada en el rebate de su puerta.

Cristina la Piconera rezongó: —Muchas veces dormí sola porque mi marido, que en gloria esté, las pasaba en la cama de esa mujerzuela...

Cristina la Piconera no quiso prestar oídos a las palabras que allí se pronunciaban emitidas como susurros:

—Eso ya pasó...

—Hay que perdonar.

—Sobre todo en estas circunstancias...

—Y más, que hay que decir con el corazón: así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Las niñas siguieron, guiadas por el instinto, por los sitios más dispares, escudriñaban al paso y escuchaban.

—El perro-lobo de Frasquerre sigue atado; míralo, con los pelos de punta que parece un erizo gigante; está anunciando que otra vez va a temblar la tierra.

—Entonces vámonos a nuestras casas o a la iglesia.

—No empieces con tus miedos, Rosita.

—Pero es que mi pobrecito Bum...

—No pongas al perro por delante como achaque y di claramente que eres cobarde —y dominante agregó: —Tenemos que ver a Martín el Zocato.

Rosita iba tras ella con una doble preocupación: sus padres, su hermana y Bum estaban esperándola y ya era tarde y por otro lado pensaba que su padre le diría: «No te apures Rosita, porque tardar por querer ir a casa de un pobre solitario es hacer una obra buena», y con este pensamiento fue tranquilizándose.

El calor era fuerte y las estrellas volvían a verse como si estuvieran tras unas gasas rojizas.

La casa de Martín el Zocato tenía la puerta abierta y a oscuras, por eso las niñas tanteando pudieron traspasar el rebate. Preguntó Antoñita antes de avanzar:

—¿Hay alguien aquí?

—Que pase quien sea —respondió Martín desde el dormitorio— y encender un fósforo o dos para ver donde pisáis..., no tengo luz porque el candil se ha caído del clavo de la pared, se ha derramado el aceite y en la alcuza no me queda ni una gota...

Antoñita dispuso: —Tú te quedas aquí mientras yo voy a casa de mi madrina que vive al lado y arreglamos esto...

A Rosita, en aquella oscuridad, le saltaba el corazón con una angustia desconocida recordando todo lo oído sobre la repetición del fenómeno: la muerte segura lejos de sus padres y de Bum; también el perro estaría temblando debajo de la cama, esperando verla aparecer para restregar su cuerpo por las piernas de ella: «¡Bum!... ¡Bum...!» se le escapó el nombre en voz alta y angustiada.

Desde dentro preguntó Martín el Zocato: —¿Qué pasa? ¿Quién está ahí?

—Yo... —apenas pudo decir.

—¿Y quién eres tú?

—Yo soy hija de...

No pudo terminar de presentarse porque Antoñita llegaba entonces y con un candil encendido diciendo: —Mi madrina le presta el candil lleno de aceite y que le diga a usted que ella no puede venir porque los niños están muy asustados y a mi padrino le ha cogido esto en el término de Priego trabajando en un cortijo, y que podría usted pasar a su casa...

Iba avanzando mientras hablaba y Rosita detrás, apretados los puños en un recóndito deseo de asirse a alguien o a algo que la amparase, mirando con horror las sombras que las precedían como fantasmas burlones.

Martín el Zocato les advirtió: —Cuidado, no tropecéis con ese yugo porque podríais caer...

—¿Y por qué tiene usted un yugo dentro del cuarto en vez de en un cobertizo? —se atrevió a preguntar Antoñita.

Con voz honda y temblona, con llanto contenido, él contestó:

—Igual que tengo el cuadro de la Virgen de Araceli en recuerdo de mi mujer, tengo ese yugo que nunca quise ni vender ni quemar, en recuerdo de mis bueyes, que me ayudaron a ganarme el pan...

—¿Dónde está el cuadro de la Virgen?

La respuesta fue un sollozo; un valiente sollozo; el sollozo de un hombre muy hombre.

Antoñita paseó la luz por el camastro, de cuyo respaldo se había desprendido la hermosa estampa de la Virgen de Araceli que estuvo allí como dosel en abrazo protector; las niñas pudieron sentir la agonía de una esperanza en aquel bulto informe encogido en el ruin lecho.

—¡...si la tierra me tragara ahora mismo!

Un temor súbito les hizo temblar ante lo inevitable.

—Vámonos, Rosita.

—¿Y dejamos solo a Martín?

—Que se vaya a casa de mi madrina, ¡vámonos!, le colgamos el candil en esta alcayata y que sea lo que Dios quiera —resolvió Antoñita saliendo de la habitación y ya en la puerta, al detenerse en el rebate pudo oír, con nitidez, la voz bronca del hombre atormentado por la soledad y la miseria:

—¡Dios..! ¡Dios..! ¡Dios..!

Ambas niñas se taparon los oídos con las manos y emprendieron la vuelta aunque no directa, como deseaba Rosita, porque la otra ideó volver por la calle de Los Pozos para salir al campo y ver si las bestias que estaban a la intemperie seguían asustadas.

Ya en el campo al amparo de los corrales de las últimas casas se detuvieron junto al pozo municipal; Antoñita recordó:

—¿Te acuerdas se aquel niño recién nacido que apareció una mañana ahogado en este pozo?

—Sí, me acuerdo ¡pobrecito!

—Yo sé quienes eran los padres.

—¿Quiénes?

—La madre una mocita y el padre casado con otra, y no te digo los nombres porque...

—Yo también los conozco.

En la huerta de Los Granados había luz porque también estarían velando en espera de otro posible temblor de tierra. Tomaron la dirección de la incipiente calle llamada La Cochera y en el enclave con otra calle en vías de formación, justamente a la altura de un seco y peligroso riachuelo mal defendido por un embovedado de ladrillos, apareció un bulto oscuro que se movía arrastrándose lentamente por el empedrado suelo.

—Es la Oruga —susurró Rosita agarrándose al vestido de su amiga presa de espanto.

Antoñita la corrigió: —Es el Oruga.; cuando niño lo llamaban la Oruga y se enfada cuando lo nombran así, porque dice que él lo tiene todo muy bien puesto y que es tan hombre como cualquiera., se llama Antonio y se enfada si le dicen el mote.

El bulto oscuro que se arrastraba por el suelo, enfilando trabajosamente la empinada calle, había oído a las niñas y las esperó junto a la puerta de una casa cuyos moradores formaban grupo con otros vecinos hablando, como todos, del mal que esperaban.

—¿Qué hacéis en la calle, mozuelas? —preguntó alzando la cabeza, que parecía salir, como la de la tortuga de un duro caparazón, que tal parecía por el englobamiento del cuerpo.

Cuando Antonio nació era delgado, largo y sus brazos y piernas carecían de codos y rodillas; fue creciendo y al desplazarse por el suelo ondulaba su cuerpo y al descansar se ovillaba formando una dolorosa bola; dieron en llamarle Oruga en femenino y cuando se dio cuenta de que de haber nacido persona corriente hubiera realizado las hazañas de los muchachos, dio en exponer sus atributos a la vista de los demás con el orgullo que marcaba el normal crecimiento de esa parte de su cuerpo. Las niñas de la vecindad huían de él; Antoñita y Rosita también, pero esa noche en que la Muerte rondaba por el pueblo todos querían poseer un mismo sentimiento de hermandad, ya que la Fea con su guadaña esperaba la hora de la siega en la que todos se harían gavillas del mismo tamaño y color.

—¿Qué hacéis por la calle, mozuelas?... ¿Sabéis rezar?

—Sí —contestó tímidamente Rosita.

—Pues yo no; y no quise aprender a rezar porque me enrabiaba cuando mi madre me obligaba a decir por las noches al acostarme: «Jesusito de mi vida, Tú eres niño como yo...». Como yo, no; como yo no..., chillaba...

La voz de Antonio el Oruga era fuerte, llena y grave; las niñas sintieron confianza y se acercaron; todavía no había llegado al centro de la tertulia.

—Si quieres rezamos juntos —ofreció Antoñita.

—Rezáis vosotras y yo escucho.

Aquel lugar, casi en medio de la calle, estaba en relativo silencio; las voces de las niñas rezando en voz alta, con cantinela escolar el Padrenuestro, eran una música improvisada de ángeles que Antonio el Oruga sintió resbalar por su alma dando salida a unas lágrimas, las más dulces de su amarga existencia; luego se integró en el grupo.

—...y los animales saben y están como alocados..., sólo hay que mirar al cielo para pensar que en cualquier momento puede llover fuego...

Las niñas dijeron: —Vamos a ver a don Emilio y nos confesamos.

Anduvieron de prisa; en la calle principal y en el paseo estaba casi todo el pueblo y alrededor de la iglesia rezaban un rosario interminable. Ellas se unieron al rezo no tanto por devoción como por curiosidad, ¿quiénes estaban allí y quiénes parecían más devotos?. Sin dudarlo las mujeres y entre ellas la voz que destacaba era la de Martina, sentada junto al marido que sólo tenía atención para cubrir los hombros cuando le resbalaba a sus movimientos nerviosos el mantoncillo negro de flejos; ella se dirigía entre oración y oración a él: «Paco, ve a darle vuelta a los niños, que no estoy tranquila». Obedecía diligente y al cabo volvía satisfecho: «Duermen como lirones». «Bendito sea Dios que permite que las criaturitas no se den cuenta del peligro en que estamos...»

Entonces apareció por el fondo de la calle llamada de La Matallana, dando grandes voces y en paños menores como acostumbraba en todo tiempo, el Aliñao, que entre una retahíla de tacos increpaba a los que estaban allí.

—¿Qué estáis haciendo a estas horas, gente de mala calaña? En la cama teníais que estar.. ¿son estas horas de andar de chismorreos..?

Rosita se tapaba con las manos los oídos a cada taco que salía de la boca del Aliñao y las separaba para escuchar lo que se decía del pobre hombre: que en su juventud fue un apuesto galán, que se casó con una forastera que lo había engatusado para sacarle los dineros y cuando los consiguió le dio un bebedizo que lo entonteció; ella se escapó con otro y él quedó solo, pobre, imbécil y con el mote en vez de su nombre Eligio; éste, tras la sarta de sus obscenos tacos, ordenaba: «Acostarse ya, gente de mal calaña», y se alejaba de la reunión para llegar hasta otra con igual mensaje.

Y casi a la par que él se alejaba, llegó la Pepota seguida del jadeante Pepote, quien dada la cortedad de sus piernas y la estrechez de su tórax, no podía caminar al paso de ella ni respirar con holgura; la Pepota, como siempre requetepuinada, olorosa a jabón fino y a colonia delatora, hablando con rapidez y soltura quiso explicar la causa de llegar tarde a los rezos y a las confesiones ...

—...porque nosotros, el Pepote y yo, queremos confesión; yo confesé, como todos los años el miércoles santo para comulgar el jueves santo, como lo manda la santa Madre Iglesia, pero el Pepote ¡uf, el Pepote!, desde que nos casamos, hace más de cincuenta años no ha puesto los pies en la iglesia ni para acompañar a un amigo o pariente difunto, así que cuando sentí el ruido de las trompetas...

—¿Trompetas? —preguntó con dulce ironía don Emilio.

—Sí señor, el ruido que se hizo cuando la tierra se tambaleó eran las trompetas anunciándonos el fin del mundo, y todos las habéis sentido ¿no?

—Sí, sí, ¡claro! —contestó don Emilio, agradeciendo a Dios el respiro que le mandaba al grupo con las palabras de la cándida feligresa.

—...pues cuando sentí el aviso ¡qué lo diga Pepote!, me eché a llorar, pero como una es tan valiente como el torero Rafael el Guerra, me tragué las lágrimas y dije: A preparar a mi madre que la pobrecita está imposibilitada en la cama hace ya la mar de años, de antes de morirle mi padre...; pues bueno, la he vestido de limpio por dentro, y

por fuera, le he puesto la mortaja que la tenía preparada desde que le dio el «aire» tan malo, y luego le he deshecho el moño y la he dejado con dos trenzas, una a cada lado de una oreja, y parece mentira que a su edad tenga esa mata tan grande de pelo, que le llega a más de la mitad del pecho...

Un sordo rumor se esparció por el corro, pero Pepota no hizo caso y continuó:

—...Pepote me dice que si vamos a morir esta noche ¿para qué arreglar a mi madre?, pero digo yo que la obligación es la obligación y que lo que sea será y que no sabemos lo que nos espera en el otro mundo y que como te presentes así te tratan...

—Es que eres más bruta que una mula; si nos vamos a morir todos esta noche ¿por qué te has metido en tantas limpiezas y me has obligado a mí a llenar el pesebre de la yegua..?, si hay que morir pues a esperar sin tantos agobios..., ¡anda! —exclamó guiñando un ojo al auditorio— ¡que está mi suegra con su mortaja y sus trenzas para chillarla..!

Claro que hubo disimuladas sonrisas y risas descaradas; lo dicho y hecho por la Pepota era propio de la escasez de luces de su cerebro, comentaban entre sí y mencionaban a tantas personas que estarían aterrizadas, enfermas, ciegas unas e incapaces de moverse otras por tener que cuidar a la familia. El temor a un segundo movimiento no cedía y los corrillos se movían de un punto a otro. Alguien divisó a Pepillo José que llegaba por la carretera de Aguilar y las niñas Rosita y Antoñita, que ya habían decidido recogerse en sus casas, cambiaron el buen propósito por saber que habría ocurrido en Los Claveles.

Que en Los Claveles el terremoto sacudió el lagar; que los dos pozos se desparramaron; que las bestias y todos los animales parecían enloquecidos; que él se vino andando porque no se atrevió a montar ningún mulo; que dos cuadras se desmoronaron y quedaron sin techo y sin muros; que los hijos de los caseros, del mayor al más chico, estaban más alterados que las bestias; que de algunas tinajas de la bodega también se salió el vino; que se vino al pueblo para estar con Lorenza y los hijos, dejando allí a los caseros y a Manolón; que por el camino había

sentido más miedo que cuando estuvo a punto de caerse con el temblor de tierra y aquel ruido como de cien tormentas tronando a la vez...

—...pues más miedo he pasado cuando venía al pueblo, don Emilio, porque mire usted, de pronto ¡lo que son las cosas!, me vi niño sentadito al calor de la chimenea en la falda de mi abuela que me estaba contando el cuento de siempre: «Pues señor, esto era un niño que lo echaron, por malo, de su casa y él cogió un caminito y anda que te anda hasta que llegó la noche y siguió andando y vio a lo lejos una casita con una lucesita encendida y le dio miedo porque dentro estaría el gigante que se tragaba a los niños crudos y siguió andando y andando...». Mire usted, don Emilio, que viniendo para el pueblo todos los lagares tienen lucesitas encendidas y en todos ellos me parecía que se escondía el gigante que se comía a los niños crudos... Sudando estoy, don Emilio, y no me da vergüenza decir que pasé tanto miedo por la carretera.

—Sudando y también de miedo estamos todos pero confiemos en que el terremoto no se repita...; ya son más de las cuatro de la madrugada, pronto amanecerá y celebraremos la Santa Misa.

—No pude venir antes porque entre el ruido de la tierra y el jaleo que formaron los animales, los niños de los caseros y el desplome del techo de una cuadra con los animales dentro, parecía el fin del mundo y cuando Manolón y yo pudimos entrar allí y vimos a las bestias desesperadas dando coces... pudimos sacarlas..., y busqué como pude entre los escombros y sólo vi las patas y la cola de la Bartolina...

Un «¡no, no, no por Dios!», salió del grupo que formaba Lorenza y sus hijos; era la voz angustiada y húmeda de Loren que unía sus manos suplicantes. Pepillo José siguió relatando lo ocurrido, disculpándose en un aparte: «Contando los sufrimientos ellos se achican».

—...la Bartolina es, o era, (¡quién sabe si Manolón ha cumplido mi deseo!), una burrita que siempre estuvo en mi casa para juguete de mis hijos; tenía más de treinta años y todavía servía y por eso la llevé a Los Claveles; tal vez aquí no le hubiera pasado nada... —preguntó súbito: — ¿Se ha derrumbado algún techo en casa?

Lorenza habló a la par que Luis, el hijo mayor: —No. Sólo el vaivén de las paredes y el agua del pozo que salió por el brocal y anegó el patio...

—...pues sacamos los mulos y los dejamos en el corral grande pero a la Bartolina no pudimos sacarla del montón de cascotes., respiraba en agonía, pude verle a la luz del candil parte de su cabeza y dije: «Manolón, un tiro acabará con ella y no sufrirá más...» La verdad, señores, que se me pone un nudo en la garganta; a la Bartolina le faltaba hablar...

Los sollozos de Loren rompían el silencio que se hizo tras la palabras de su padre.

Lorenza ofreció sitio en el corrallo y arrimó una silla; todos esperaban, con malsana curiosidad, el comportamiento del matrimonio, cuya estabilidad estaba en entredicho; las niñas también observaban sin saber exactamente en qué consistía el problema entre Lorenza y Pepillo José. Éste avanzó unos pasos para ocupar la silla; sentóse, suspiró, rodeó los hombros de su mujer con su poderoso brazo y ella recostó su cabeza en el pecho descubierto; los revueltos y canosos cabellos femeninos se mezclaron con los vellos, también canosos, que cubrían el pecho de él.

Las niñas se retiraron por fin.

Rosita contó a su padre todo lo que había observado menos lo de Martina y el Aurelio, el marido de Raimunda la Monturqueña; era la primera vez que la niña le ocultaba algo.

El Bum había salido de su escondite debajo de la cama y saludaba a su ama moviendo el rabo alegremente.

—¡Ea!, —dijo el padre— el perro sabe que ya pasó el peligro por eso está confiado y mueve el rabo, así que, a la camita; todos vamos a dormir tranquilos y mañana será otro día.

Con la tranquilidad de estas palabras y la compañía de Bum a Rosita le fue fácil dormir.

Pero en la noche del movimiento sísmico dormir fue cosa difícil en el pueblo y en los alrededores.

Las niñas pudieron saber muchas cosas que, pasados los años, recordarían hasta con deleite y sería entonces cuando pudieran deducir lo que aquella noche no llegaron a comprender. Lo que nunca sabrían podemos saberlo ahora por el poder de la imaginación y por el soplo

de algún misterioso «martinillo». Antes hay que saber qué es un martinillo, aunque no creamos en ellos, como no creía la niña Consuelo; el martinillo era un duende que disfrutaba por aquellos terrenos haciendo inocentes pillerías, como esconder las tijeras o el dedal a la costurera, las llaves de la despensa, los fósforos y cosas de ese estilo, aunque a veces alguna que otra mocita explicaba su desvelo porque uno le cosquilleaba algunas zonas de su cuerpo; de tal modo eran las trapacerías del martinillo que cosa que se perdiera se le atribuía a él porque era entrometido, guasón y chismoso y cuando alguien contaba algún suceso dándolo como cierto y no como invento o calumnia, se decía que un martinillo le había puesto delante de los ojos todo lo que relataba y así nunca podría ser conocido el autor de tan vivida narración que tal parecía haberlo presenciado.

Pues un martinillo hizo ver lo ocurrido en la huerta del Arroyo y en el lagar de Los Monjes.

Realmente el día prometía ser caluroso.

En la huerta del Arroyo sucedían las cosas más raras; los chicuelos de Frasquitasí, según palabras de ella, estaban impertinentes y «arzobispaos», como los animales de la finca; el único que parecía tranquilo era el gato, plantado en un rincón gozando de la sombra que no del fresco.

Morachita había bajado a la cocina en enaguas y en chapona que era toda de encaje y que no ocultaba los senos tan erguidos como los de una quinceña.

Frasquitasí comentaba lo extraño del día que parecía anunciar algo malo.

—Me gustaría ir a ver a mi madre pero no me atrevo porque también el señor Duque parece raro.

Siempre que se refería a su marido lo hacía ceremoniosamente y nunca le hubiera consentido a la casera que lo nombrara diciendo don Antonio, aunque a ella le encantaba que a Frasquitasí se le escapara de vez en cuando nombrarla Morachita.

Fue un día muy molesto.

El duque leía los periódicos que le traía el cochero después de haber dormido una larga siesta.

-¿No te vistes, Duquesa?

-¿Con esta calor? Y no me pongo en pelota porque...

-¿Por qué? -la miró burlón.

-Porque puede subir algún crío de los caseros...

Tomó en su regazo a la Única y comenzó a pasarle suavemente la mano por el lomo jugueteando con el diminuto rabo de la perra.

-Me gustaría que Única tuviera perritos.

-Cuando volvamos a Córdoba hablaremos con el veterinario para que se encargue de buscarle un buen macho.

A ella le pareció muy bien; soltó a la lulú y propuso un refresco y jugar una partida de ajedrez.

La tarde pasaba monótona y ardorosa.

Unas voces infantiles sonaron en la explanada; eran las niñas con el perro Bum y Frasquitasí preguntaba:

-¿Te manda tu madre con este calor? ¿A qué vienes?

Morachita levantó la persiana de la ventana y quiso obsequiarlas con refrescos de zarzaparrilla, y siguió jugando con el esposo.

-¿Por qué no tocas algo en la guitarra, duquesa?

-Estoy sudando, Antonio...; voy a echarme un chorro de agua por la cabeza...; este calor no es natural...; si no fuera por los caseros y sus niños me zambullía ahora mismo en la alberca.

-Conmigo ¿eh?

Nunca estuvieron tan aburridos e inquietos como aquel día en que la lectura, el refresco y la partida de ajedrez no acababan de tranquilizarlos.

Preparó ella en el cuarto de aseo el barreño grande que a la casera le servía para lavar la ropa; en el cuarto había dos grandes jarros de porcelana y dos cántaros llenos de agua.

-Antonio -llamó- ven y ayúdame.

Cuando Antonio entró encontró a la Morachita dentro del barreño, de pie y suelta su negra cabellera que le cubría la cintura; acostumbrado estaba él a las ocurrencias de su mujer y siempre las encontraba sorprendentes; quedóse parado en medio del cuarto mirándola como si por primera vez contemplara su perfecto cuerpo.

—¡Anda, vamos!. Coge ese jarro de agua y échamelo por la cabeza que se vayan de mi cuerpo estas calores, y después te lo hago yo a tí.

Antonio iba volcando el agua lentamente en un recreo insistente de sus sentidos, acariciando todas las curvas y rincones del cuerpo femenino que se le ofrecía en toda su belleza.

Luego cambiaron las acciones; salió ella y entró él en el improvisado baño; el desnudo cuerpo del hombre ofrecía lastimosas carencias, que ocultaron las telas, porque el tiempo había pasado robándole armonía y apostura; una espalda iniciando la terrible inclinación, un vientre de atrevida redondez y un cráneo desprovisto de cabellos, en cambio en el pecho campaban blancos, ofreciendo una mullida capa, que Morachita acariciaba tiernamente mientras le decía: «Suavitos estos bonitos vellos que me parece que acaricio el lomo de Única».

Al duque no le molestaba la comparación porque todo lo que emanaba de su duquesa le parecía adorable. Pero la Morachita lo acariciaba con verdadero amor y, con más lentitud que él lo hizo, derramaba a la vez que el agua sus besos sonoros y húmedos.

Mas tarde, ya sus cuerpos satisfechos y en reposo los sentidos, fueron quedándose dormidos sin que les molestasen las llantinas de los caseritos, ni los suspiros de Frasquitasí.

—Parece que vamos a morir de asfixia.., ¿y por qué no se calla ese perro?

Los duques seguían enlazados los brazos; el suave de ella y el huesudo de él; lacia ya la mano que estuvo jugueteando en la canosa pelambarrera hasta empezar los pavorosos ronquidos. No sentían calor ni les molestaban los ruidos hasta que uno espantoso los sobresaltó y fue entonces cuando, al sentirse zarandeados, se abrazaron los dos con fuerza. Abajo un griterío y del pueblo llegaba el tañido de unas campanas.

—¿Qué es esto, Antonio?

—Calma, duquesa, calma que ya pasó todo; ha sido un temblor de tierra...

Ambos se echaron del lecho y empezaron a vestirse; Morachita suplicó muy angustiada.

—Manda el coche y que venga mi madre...

—Sería peor; más vale quedarnos cada un en el sitio que le haya cogido...

—Antonio, ¡por favor!, vámonos a Córdoba.

—No puede ser, duquesa; generalmente los terremotos van en cadena; la repetición nos cogería en el camino; esperemos con calma...

Los niños de los caseros seguían asustados porque las campanas habían vuelto a sonar y esta vez a rebato.

Bajaron los duques. El casero estuvo revisando los alrededores y dependencias de la casa y volvió diciendo que el agua de la alberca se había derramado y que el álamo grande parecía hundido y desplazado; que en los corrales no pudo entrar pero que tal vez el cobertizo se hubiera resentido.

El duque tranquilizaba a todos y recomendaba pasar unas horas fuera de la casa por si el movimiento se repitiera.

Muy satisfecho estaba el duque por haber dado tranquilidad a todos acompañándolos unas horas, hasta que Morachita observó que Frasquitasí parecía dormida, pero que estaba rezando y la expresión de su rostro era de una tremenda angustia.

—Antonio, vámonos a descansar.

Ya en la alcoba él despojándose del batín se echó en la cama.

—¿No te acuestas, duquesa?

—No. Porque quiero estar despierta y vestida por si hay que correr...— y añadió: —Podría estar mi madre aquí o nosotros con ella y así moriríamos los tres juntos.

—No vamos a morir, duquesa; tranquilízate y vente a la cama.

Morachita obedeció; apagó la luz del quinqué y fue a sentarse al borde de la cama.

—Tiéndete a mi lado, duquesa, me gusta sentir tu cuerpo junto al mío...

—Sí, Antonio —contestó con tiernísima humildad mientras se acercaba y le pasaba la mano por el pecho.

—¿Estás llorando? —y se incorporó.

—Sí, Antonio —dijo abrazando su cintura sin dejar de llorar— porque tengo necesidad de contarte muchas cosas antes de que la tierra vuelva a moverse...

—¿Qué cosas, duquesa? Ya lo hemos hablado más de una vez y tú sabes que de tu vida pasada no me interesa nada... Sólo te dejo hablar de tu madre y de tu infancia, y no quiero oírte nada más.

—Tienes que oírme, Antonio, porque esta noche podríamos morirnos uno u otro o los dos y yo no quiero seguir con remordimientos de conciencia.

—Te repito —y la abrazaba paternal— que no quiero hablar de esas cosas que además las tengo más que sabidas... ¡jea, duquesa!, reza esas oraciones tan bonitas que tú sabes y después nos dormiremos...

—Tú no sabes, no puedes imaginarte; yo estaba enamorada...

El duque, cansado y molesto, contestó agriamente:

—Me lo imagino: una preciosidad de criatura buena, inocente y crédula que se entregó por cariño a un señorito que después la dejó en el arroyo, lo de siempre; y no quiero oírte porque me vas a decir quién fue él y no quiero saber su nombre, conque, vamos a rezar los dos y a dormir... —a la vez la iba acomodando en el lecho.

Pero Morachita era terca y él no consiguió su propósito.

—No fue un señorito de esos que tú piensas, de esos que desgracian inocentes o sabias; yo me enamoré, desde que era niña, de un jornalero que no tenía ni donde caerse muerto...

—¿Y él..? —la voz del duque amenazaba a un ser invisible.

—No; él, nunca me tocó ni un pelo..; yo le gustaba y si no hubiera sido por la Niña de la Huerta de los Granados que me lo quitó, yo no te hubiera conocido, porque ahora sería una jornalera del campo, pobre pero honrada... ¿te acuerdas de aquella noche que nos conocimos? Me había pintado la cara como a una muñeca, me habían soltado el moño y llevaba el pelo suelto ¿te acuerdas, Antonio, de lo que me dijiste...?

El duque no contestó pero tenía en su cerebro la estampa que fue antesala de su felicidad; la reunión de unos amigos en una casa del Brillante «Vas a conocer a la Nueva, es preciosa pero inexperta y esta es la primera noche que alterna», y notó que ella hacía esfuerzos para parecer ducha en aquellas lides; se acercó a ella y le preguntó: «¿Cómo te llamas?» —«Me llaman la Nueva» — «Pero tu nombre de verdad ¿cuál es?» —«Mi nombre es Ana pero como a mi padre le decían el Moracho

y a mi madre la Moracha a mí me conocen en Moriles por la Morachita» —Y él, mirándola embobado le dijo: —«Podías llamarte Magdalena» — «¿Por qué?» —le preguntó extrañada. Y él se volcó en piropos a su cabeza y a sus cabellos con los que estaba jugueteando trenzándolos en dos bandas y formándole una corona arriba de la frente... «Pareces una duquesa, Morachita».

—...¿te acuerdas?, y no me preguntaste porqué estaba allí dispuesta a venderme a cualquiera. Yo había llegado dos días antes de Los Zapateros, que ya empezó a llamarse Moriles; me escapé de mi casa por despecho, por rabia de saberme pobre, me había propuesto ser rica como lo era la ladrona que me quitó al hombre —aquí, su voz era tan desgarradora que el duque supo que en el pecho de la mujer latía un corazón dolorido porque nunca consiguió olvidar; la apretó con una dulzura, para él nueva y sorprendente, y apartando de su cara los húmedos cabellos la besó repetidas veces— salí de mi casa, me detuve en Aguilar y me dije: —«¿Sirviendo a unos ricachones de pueblo puedo hacerme rica? ¡Tira para Córdoba!». ¡Ya me daba el corazón que nos íbamos a encontrar! ¿Y cómo iba a ir hasta Córdoba si no llevaba encima más que unos mendrugos de pan y ni un céntimo siquiera? Y entonces, entonces... ¡ay, Antonio, que esto que te voy a decir, no se lo he dicho ni a mi madre!

La apretaba más a su cuerpo pareciéndole que una niña le estaba contando un triste cuento: —No me lo digas a mi tampoco —le suplicó, le rogó, le lloró.

Pero Morachita estaba decidida.

—Había en aquella posada unos arrieros que al amanecer saldrían para Córdoba y se ofrecieron a llevarme; eran cinco y parecían buenas personas...; al amanecer, casi de noche, salimos; ellos pagaron el cuarto de la posada donde dormir aquella noche; yo pensaba pagarla cuando encontrase trabajo; los arrieros pusieron sobre el serón una manta y fui montada en el burro sin saber si llorar o cantar; llorar, porque dejaba sola a mi madre, o cantar, porque esperaba la fortuna...; antes de que saliera el sol dijo uno: —«Yo no aguanto más...» —«¡Ni yo!» —dijeron los otros a la vez. Yo no sabía qué querían decir, ni siquiera

lo sospeché cuando pararon la reata y vinieron hacia mí.; no pude defenderme.; estábamos cerca de Montilla y fue en una cuneta de la carretera, yo era una virgen y ¡los cinco, Antonio, los cinco!; hubiera querido morir antes que aquello... Perdí el conocimiento y cuando lo recobré estaba otra vez montada en el burro, dolorida y sucia; no lloraba y ellos no hablaron; al pasar por Montilla, uno montó en el burro conmigo amenazándome: «Como intentes algo lo vas a pasar mal». Tan asustada estaba que no sabía que podría hacer y pasamos por Montemayor y Fernán-Núñez sin que ocurriera nada porque en ninguna parte pararon para beber café o aguardiente y llegamos a Córdoba; entonces me eché a llorar y parecía que me daba un ataque ¿qué harían conmigo aquellos cinco canallas? Íbamos pasando el puente y me dejaron con mi hatillo de ropa allí mismo, al ladito del Arcángel San Rafael.; arrearon ellos a los borricos y los perdí de vista... Yo miraba a San Rafael y no le veía la cara, sólo el brillante pez que le cuelga de una mano.; se escuchaban las campanas de algunas iglesias ¿qué hago, si no puedo andar? Pero anduve muy despacito por la Ribera y luego me entré por calles estrechas y solitarias, algunas con marmolillo a la entrada, que yo entonces no sabía qué significaban los marmolillos.; el cansancio y el hambre me hizo sentarme en el rebate de una puerta y cuando me encontraron me dijeron que no se sabía si estaba desmayada o dormida.; lo demás sí te lo puedes figurar; a los dos días me cambiaron de ropas y peinado y me llevaron a «trabajar» con ellas; al llegar a la casa donde se celebraría la juerga me presentaron con el nombre ese: la Nueva y te conocí a ti...

Abrazados estuvieron un rato en silencio; la voz de Morachita volvió a ser apasionada cuando dijo:

—...siempre he querido ser honrada y lo he sido porque yo nunca te he faltado y tú sabes que te quiero de verdad como esposa, como amante, como hija y como madre te quiero, te quiero, te quiero.; me lo pregunto muchas veces «¿cómo se puede querer tanto?» Y esta noche, que puede ser la última de mi vida, tengo que confesarme contigo de que nunca te falté pero que estuve a punto de hacerlo.

Los brazos del duque se aflojaron y su voz volvió a ser amenazante: — ¿Con quién?

—Tú no lo conoces, Antonio; fue en una ocasión en que estabas en Madrid y yo me quedé en Córdoba; iba dando un paseo en coche cuando lo vi andando por la acera de la Avenida; no pude contenerme y lo llamé: —«¡Tole, Tole!», y lo llevé a casa...; no pensé en ti porque lo tenía delante y ya tú sabes que cuando tienes al sol deslumbrándote no ves nada...; me volví loca de alegría y si él hubiera querido...; pero se fue cuando me oyó hablar de la Niña de la Huerta y supo por mí ¡por mí!, que ella había tenido un niño...; se fue de estampida y yo me quedé llorando sin consuelo... Después supe que el niño que nació era su hijo. Ya lo sabes todo y puedo morir tranquila si es que me perdonas.

El duque no habló.

—...pero yo no te he fingido nunca, Antonio...

El duque no contestó.

—...te juro que yo siempre te he querido, Antonio...

El duque se desprendió de sus brazos con suavidad, se bajó de la cama y quedó parado delante de la ventana; el aire era caliente y el cielo continuaba rojizo; el duque no escuchaba ni una voz cuando los hijos mayores hablaban en voz alta; tampoco escuchaba el ladrido del mastín; tampoco escuchaba su propio corazón que le golpeaba dolorosamente, ni el llanto entrecortado de Morachita. Fueron unos minutos interminables.

El duque se apretaba las manos nerviosamente.

—¡Antonio..! —suplicó ella— ¿me perdonas?

Continuó callado.

Y ella renovó su llanto.

El duque dejó la ventana; también lloraba él, pero pudo decir, alzándola del lecho y apretándola contra su corazón: —No tengo nada que perdonarte.

En Los Monjes, la noche del terremoto como en toda la comarca fue accidentada.

Doña Clara anduvo todo el día excesivamente descotada y en traje de liviana tela.

Propuso Frasquito llevarla a la laguna Grande, donde se podría bañar, pasear en barca y pescar bogas, y allá fueron en el automóvil la señora con la casera y Frasquito como chófer.

La laguna parecía un enorme espejo pues ni siquiera los patos malvasías se movían ni dentro ni fuera del agua; quedó el coche a un lado de la carretera; la casera se encargó de bajar el canasto de la merienda y Frasquito de darle el brazo a doña Clara para facilitarle el descenso que aunque el desnivel entre el llano de la laguna y la carretera no era muy acusado, la señora se sintió dengosa y el muchacho se sintió galante.

Poco disfrutaron porque aún mojando sólo los pies, el agua parecía que podría hervir en cualquier momento; observaron que el cielo por el lado de Montilla era más rojizo que por los demás sitios y lo que no fue del agrado de ninguno era notar que las bestias que veían sueltas por aquellos alrededores estaban muy inquietas.

—Algo barruntan —apuntó la casera— porque todas están espantadas.

—Aquella yegua es de Pepillo José y seguro que Luis está en la viña —y repentinamente Frasquito se volvió hacia doña Clara pidiéndole permiso para alargarse a preguntar por un asunto.

—Ve y vuelve cuanto antes porque yo no quiero estar aquí mucho tiempo en este incómodo asiento de tierra.

Más que andar, Frasquito corría hasta que se unió a su amigo; este dijo:

—¿De paseo? Pues mal día para venir a la laguna; yo me bañé hace como un par de horas y ardía el agua... ¿has traído a doña Clara?

—A doña Clara y a la casera.

Luis estaba preocupado.

—¿Desde cuándo no vas al pueblo?

—Hace una semana.

—¿Estuviste en casa de Martín el Zocato?

—Sí, me llegué a preguntarle noticias de Felipe el sobrino.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—¿Alguien pudo verte entrar?

—Creo que no.

—Pues por ahora no vayas por allí porque hay orden del Gobernador de cerrar el Centro y la Guardia Civil está alerta... que no te vean por aquí, porque puedes encontrarte con Manolón e irán con el cuento...

Volvió Frasquito disimulando su preocupación y felizmente doña Clara quería volver a Los Monjes, pero como Los Claveles estaba tan cerca quiso hacer una rápida visita a Pepillo José.

Al llegar y preguntar por el amo, le dijeron que estaba detrás de la casa en el pedrejón trabando él mismo las bestias que estaban muy inquietas.

–Mismamente como anunciando algo malo.

–Pues dígale –habló la señora, nerviosa, anudándose la gasa que le cubría la cabeza librándole del polvo de la carretera– que solamente era para saludarlo y que otro día más tranquilo que el de hoy, le haré una visita.

–Sí señora, se lo diré –contestó Manolón muy ceremonioso.

Ni doña Clara ni la casera advirtieron el guiño de inteligencia que se cruzó entre los dos hombres.

Llegada la noche, llegada su rutina y llegada la hora del descanso, todos se fueron a él sabiendo que el sofocante calor no los dejaría descansar; los gañanes durmieron en la explanada.

Doña Clara y Frasquito cumplieron como mujer y hombre.

–Esta noche no me hables de tus cosas porque estoy cansada y quiero dormir.

–Yo no podré porque me asfixia el calor.

–¿Qué tuviste que consultar con tu amigo el de la viña de Los Llanos? ¿Le preguntabas por alguna moza del pueblo?

–Yo no tengo moza por quién preguntar.

–¿Entonces..?

–Le preguntaba por un mulo que quería comprar su padre.

–¡Ah..! –y añadió enseguida– ¿Quieres que te regale un caballo?

–¿Cómo podría mantenerlo?. Me conformo con pasarles la mano por las ancas a los que hay abajo en las cuadras.

–Bueno, bueno, pero algún día si sigues portándote como ahora... ¡Uf, qué sueño tengo! ...quédate conmigo un rato más...

Frasquito se tendió sobre la alfombra intentando dormir sin conseguirlo porque su desvelo no era producido solamente por el calor sino por las palabras de Luis que le producían gran inquietud.

Un ruido estruendoso, un sube y baja de su cuerpo extendido en el suelo sin poderlo controlar, como si fuera arrastrado por una culebra gigante, un grito de la señora, el voltear de la campana de la capilla, los lúgubres ladridos de los perros, el vocerío de los gañanes hablando de ¡un terremoto!, y los caseros gritando asustados.

El casero: -¡Qué se nos cae la casa!

La casera: -¡Esto es el fin del mundo!

Doña Clara se cubrió con una bata y bajó a la explanada; ya los hombres estaban contando los daños sufridos en la finca: los muros y los techos resistieron bien la sacudida, dos acacias cercanas a la casa estaban con parte de su raíces al aire y los poyos adosados a la fachada se estaban desmoronando.

-¡Cuántos frailes se habrán sentado en ellos! -apuntó la casera y luego agregó: -Yo no estoy tranquila porque ¡quién sabe si a mi familia le ha pasado algo en Lucena..!

Igualmente se lamentaron los trabajadores: -¡Quién pudiera estar con ellos..!

Frasquito dijo disimuladamente a la señora: -Esperan que les des permiso para irse a sus casas.

Viven lejos y perderían el jornal -contestó contrariada.

-El jornal no se lo debes escatimar ¡anda, di que son libres, que hagan lo que quieran..!

La casera volvía a quejarse: -¡Qué daría yo por estar con mi familia en Lucena..!

-Todos sois libres para ir a donde queráis y no os rebajaré el jornal si volvéis pronto -resolvió doña Clara.

El agradecimiento fue unánime y el rosario de alabanzas interminable. Había el temor de que se repitiera el fenómeno y esto los tenía inseguros; de momento no se atrevían a echar a andar por los caminos en la noche; las bestias seguían intranquilas por lo que era peligroso utilizarlas para viajar y resolvieron salir al amanecer si para entonces seguían vivos.

En la amanecida salieron todos, en coche la señora y en cabañerías los jornaleros y sólo quedó en la finca Sebas, el hombre de confianza, con bastantes años y experiencia, sin familia, que vivía

en Los Monjes desde casi siempre. Se contaba, y lo contaba también él, que en un anochecer de otoño fue encontrado al amparo de una cepa ya despejada de todos sus sarmientos; acogido fue por los caseros que cuidaban de la finca en aquellas lejanas fechas; ricas envolturas traía el niño y un medallón de oro grabado con su nombre simplemente y una fecha: 5-9-1857; se le llamó desde el primer día Sebas el de los Monjes, porque el nombre completo era largo: Sebastián. Llevaba de niño su «carga de desgracia» con mucha paciencia y con la esperanza de que un día lo reclamara su familia; de joven «su carga» le imprimía inseguridad y timidez, lo que no fue obstáculo para casarse con una agraciada jovencita que endulzó gran parte de su vida; al quedar viudo y nuevamente sin familia volvió a Los Monjes para trabajar en lo que le fuese mandado. Sebas, además de noblote y humilde, cantaba muy bien y donde él estuviera en reunión se desprendía de «su carga» y alegraba algo la vida de los demás. «La mía, a pesar de los pesares, no es triste porque todo el mundo me trata bien», solía decir.

Cuando Sebas quedó solo en la finca, soltó a los perros, destrabó a las bestias y apretando en sus manos el medallón de oro, se fue hacia el final de la viña, buscó la cepa a la que llamaba su cuna, sentóse en el suelo y la abrazó por su base plena de sarmientos y de fruta, mezclando su cuerpo con ellos y fijo en la idea del fin del mundo. Atormentado por su soledad, esperando una muerte terrible y piadosa; «Se abrirá la tierra y me tragará, lo de anoche fue un aviso», poco a poco fue encogiendo su cuerpo hasta adquirir una posición fetal; entonces los perros desorientados se le acercaron en actitud de ataque y Sebas les alargó una mano de amigo; asombrados los animales quedaron quietos y sus orejas enhiestas; Sebas entonaba con suavidad de nana la copla que en todas las reuniones le pedían:

Ábrase la tierra,
que no quiero vivir,
que pa viví como estoy viviendo
más vale morir.

Como a Sebas le cegaban las lágrimas no pudo ver que los dos fieros mastines se habían tendido junto a su cuerpo y un hermosísimo pámpano les enviaba acompasadamente la brisa de la mañana y que un primer rayo de sol se filtraba por los sarmientos con poderosa arrogancia; tal vez, Sebas, en su congoja pueril, no se apercibía que estaba asistiendo a la resurrección de la Naturaleza.

—«Mañana será otro día»—, le había dicho a Rosita su padre, cuando ella volvió a su casa; obediente se acostó dispuesta a dormir y tranquila por tener a Bum hecho un ovillo a los pies de su cama; sus oraciones y al ratito la paz del sueño los envolvió.

«Mañana será otro día», había anunciado el padre y el día amaneció como disculpándose de las terribles horas pasadas, con la misma luz lechosa del alba, los mismos rayos solares horadando leves nubes, los mismos saludos de las avecillas, el mismo rutinario sonido en los corrales donde sólo el quiquiriquí de los gallos sobresalía en triunfante desafío; un airecillo fresco movía las ramas del jazmín, rociando el suelo con sus florecillas blancas.

Era otro día, y si éste mostraba la ilusión y esperanza de todo principio, no así Rosita, que sus ojos estaban sombreados y tristes. Su padre se alarmó.

—¿Te sientes mal? ¿Te duele la cabeza?

—He soñado cosas malas.

—Cuéntame, cuéntame...

Y Rosita desahogó su corazón hasta entonces oprimido:

...que Martín el Zocato, Bum, ella misma, Bartolina, la burrita de Pepillo José, iban por una carretera larga, larga, muy larga por la noche, que estaba muy oscura; a lo lejos una lucecita y allá iban los cuatro y se volvieron antes de llegar a la casita porque por la ventana asomaba la madre de la Pepota, con unas trenzas muy largas que les decía: —«Aquí está Manolón con una escopeta para matar a la Bartolina», y corrimos a la carretera, y andar, y andar, y el Zocato decía: Cuando nos encontremos mi yunta de bueyes nos montamos todos... Y vuelta a caminar y otra luz, y otra casita y en aquella también estaba la vieja de las trenzas y decía lo mismo: —«Aquí está Manolón

con una escopeta para matar a la Bartolina...» Y otra vez hasta que Bum se estiró en el suelo y dijo: —«No puedo andar más...» Y entonces Martín el Zocato tiró al suelo el cuadro de la Virgen de Araceli que llevaba sobre los hombros y dijo: —«No puedo con el peso del cuadro», llorando como un niño chico y entonces me desperté.

Varias preguntas le hizo el padre con mucha prudencia; después le aconsejó, dándole unas monedas:

—Toma, ve al Sollo a por tejeringos mientras te preparamos el café con leche.

A por los tejeringos fue Rosita y tardó tanto en volver que el «cafelito con la lechecita» que le preparó su padre estaba completamente frío, porque se demoró por escuchar lo que se hablaba sobre el suceso y sus consecuencias: por lo pronto, el tren—mixto de la madrugada no pudo salir de la Estación de Campo Real porque los rieles de las vías habían saltado junto con las traviesas de madera y las piedras y que el terremoto tuvo su centro en Montilla «Vamos —explicaban los enterados— como las ruedas de una carreta, que, todos sus palos se juntan en un punto y que parece que el punto ha sido Montilla, y los palos o radios, que ese es el nombre, son los pueblos de alrededor».

Y también comentaban en el puesto de los apetitosos tejeringos que en Montilla se habían derrumbado cuatrocientas casas y que los vinos tendrán que llevarlos a otros sitios, a lo mejor traerán botas a Moriles; que la vía del tren desde Córdoba hasta Cabra tendrán que arreglarla para que pudiesen pasar los trenes.

En el lagar de D^a Clara justo en la puerta estaba su automóvil; Rosita se acercó para curiosear, pero la señora ya hacía rato que estaba en sus habitaciones.

La niña sorbió el café con leche fría y mordisqueó los churros que al enfriarse tomaron rigidez de palitroques resecos. No le importó y volvió a salir de nuevo ya con su Bum para reunirse con Antoñita en un ángulo del flamante paseo de San Jerónimo bajo una frondosa acacia que les regalaba sombra y frescura; con otras niñas formaron un corro donde comentaban las cosas más insospechadas.

El asunto de mas garra era el del terremoto: que si el susto, que si las campanas tocando solas y el agua de los pozos rebosando por las calles, que sin dormir esperando otro empujón de la tierra...

-Pues mi tía Petra dice que no despertó en toda la noche y mis primos tampoco, pero es que dice mi tío que habían estado en el cortijillo todos ellos trabajando levantando las bardillas del corral, que por cierto trabajaron en vano, porque el terremoto se dio con ellas, según le ha dicho a mi tío uno que ha pasado por allí y ha visto los escombros...

La escuchaban como si les tuviera contando un cuento de miedo.

-...dice mi tío, que anoche nada más llegar se tomaron el gazpacho que mi tía dejó preparado y que se acostaron porque con el trajín y la calor no podían tenerse de pie...

Menos mal, pensaron las del corro, porque si encima del día tan remalo se despiertan con las campanas y los ruidos...

-¿Quién tiene más dineros, la Morachita, don Enrique o doña Clara? - preguntó una niña mientras miraba con admiración el automóvil de doña Clara parado a la puerta de su casa-lagar.

Contestaron:

-Don Enrique tiene un auto y un chófer con uniforme forastero.

-La Morachita es duquesa.

-Doña Clara tiene tres cortijos, un autocamión, un automóvil y un chófer con uniforme que es Frasquito el de la Lucía.

-La Morachita le echa la pata a don Enrique y a doña Clara, porque tiene un palacio en Madrid, otro en Córdoba, por lo menos seis cortijos y además la Huerta del Arroyo, que dice mi tita Frasquitasí que le han traído unos muebles nuevos preciosos con espejos y tapas de mármol que están las habitaciones de los señores «pa chillarlas».

-Y si tiene tantos palacios ¿por qué vive casi siempre en la Huerta? ¿Y por qué no tiene un auto y un chófer con uniforme? ¿Sabes lo que dice mi madre?, que de la Misa, la mitad.

-Envidia, envidia, eso es envidia porque la Morachita hasta es duquesa y tu madre tiene que seguir trabajando en el campo.

-No es envidia, es que mi madre es decente y la Morachita...

Hablaban de todo lo que les pareciese misterioso o sugestivo; se sucedían los días y los acontecimientos que no cesaban.

Lentamente el pueblo iba agrandándose con nuevos vecinos que llegaban con esperanzas e ilusiones de mejoras; así, se abrieron dos tiendas de tejidos, varias de comestibles (garbanzos en remojo, arroz, habichuelas blancas, habichuelas casi moradas, galletas, chocolates (de Matías López), caramelos y pirulíes de la Habana) que estos también eran vendidos y voceados por las calles para gozo de los pequeños:

Al rico pirulí de la Habana
el que lo toma lo repite
si el bolsillo lo permite

o

el que se toma con gana,
sin gana y como a uno
le dé la gana.

La golosina era cara: cinco céntimos cada uno.

Eran tiendas de poquito de mucho, es decir poquita cantidad y mucha variedad para escoger lo necesario.

Rosita, como todas las niñas, disfrutaba cuando iba a la tienda del Merino, la mejor surtida del pueblo, a por una goma de borrar o una hoja de «papel de barba» y se entretenía mirando y escuchando a las compradoras; un sobre de polvos de arroz para la cara, una pastilla de jabón de Heno de Pravia o de Flores del Campo, un real de zaragatona para marcarse las ondas del pelo. A la niña le habría gustado oler las colonias que se vendían en unos botes tan bonitos y no el agua de olor que su hermana fabricaba con nardos y rosas maceradas en alcohol y agua; su maestra, doña Elena, olía siempre bien a pastilla de jabón y a una colonia que llamaba Pompeya; un día les contó un precioso cuento de una montaña que echaba fuego y piedras sepultando un pueblo entero que se llamaba como la colonia que ella se echaba a gotas por la frente y las orejas, Pompeya; la maestra contaba cuentos y cantaba lo que llamaba romances, que eran cosas que pasaban «por esos mundos».

A la escuela nunca faltaba ni ella ni Consuelo, la niña nueva de la tienda de telas; por eso se hicieron muy amigas; Antoñita faltaba mucho porque tenía que ayudar su madre y porque además

no le gustaba estar encerrada, según decía; en cambio ella, con la compañía de Consuelo (compartían un mismo pupitre) se estimulaba y no echaba de menos sus andanzas por el pueblo y los campos; estando con Antoñita se olvidaba de los libros; con una o con otra, siempre tenía un sitio en su cerebro su mejor amigo; Bum, que cada día esperaba a la puerta de la escuela a su ama. Doña Elena dijo una vez:

Habría que dejar algún día que entre el perrito en la clase —y añadió mirando a Antoñita— más aprendería que alguna que yo sé.

Antoñita encogió los hombros desafiante; Rosita no sabía que postura tomar, pero su gozo era tan fuerte que sintió deseos de abrazar a doña Elena.

Consuelo y Rosita: estudio y seriedad.

Antoñita y Rosita: libertad, curiosidad y juego.

Se había corrido la voz de que en una casa, justamente en la misma calle donde estaba el colegio, llovían piedras en el patio cuando alguno de aquella familia precisaba estar en él; la llamaban por eso la «casa apedreada».

Las niñas, todas, sentían curiosidad por el fenómeno, menos Consuelo que se negó porque decía que creer en aquello era pecado; las otras niñas sí fueron para ver las piedras; no las dejaron entrar en la casa y quedaron esperando a la puerta para preguntar a don Emilio, que había sido llamado para que rociara la casa con agua bendita y ahuyentara al Demonio que era el que apedreaba el patio cuando alguna persona de la casa salía a él; ya, antes que don Emilio, había estado averiguando el caso la pareja de la Guardia Civil y un médico que vino de Monturque para reconocer a la mocita. Al salir el Cura y verlas, les dijo: —Esto no lo podéis comprender, así que, iros a la plaza con las otras niñas que están jugando a la rueda...

Fueron a la plaza y efectivamente un corro de niñas, Consuelo entre ellas, cantaban mientras con pura inocencia coqueteaban con el grupo de niños que las miraban embelesados, acariciando entretanto, en sus sucias manos, las trampas recién compradas en casa del Merino y los tirachinas de fabricación propia. ¿Era mejor pararse para ver y oír a las niñas, o salir al campo a cazar pájaros?

No todos aquellos niños cazaban por placer; para algunos era un trabajo que ayudaba a la economía familiar cuando recogido el botín, formando un patético ramo de flores oscuras, juntas las patas amarradas con un torzal, y colgando los picos entreabiertos como capullitos a medio abrir, iban vendiéndolos por las casas y pregonando por las calles:

...los pajaritos que ayer volaban
y hoy no vuelan
y mañana estarán en la cazuela,

Pensaban por rutina en el arroz con pajaritos que podrían comer si no conseguían venderlos todos y en acabar de llenar de plumas el colchón donde podrían dormir tan «ternito»; ellos no sentía la poesía del vuelo ni el dolor de los nidos vacíos.

Antoñita escuchó a un grupo de tres mujeres que hablaban haciendo aspavientos; decidida y autoritaria, como siempre, le dijo a Rosita:

—Vámonos por la Matallana que debajo de un olivo del Cortijo Moreno parió anoche una gitana.

—¿Sola?

— Con el gitano y tres churumbeles, han dicho aquellas tres mujeres y las gentes de la calle cuando se enteraron acudieron con comida, leche y ropas..., dicen que Eloisa la de Manolito, fue la primera y arregló a la gitana.

—¿Arregló...?

—Sí, que la limpió y esas cosas...; más de una vez han parido las mujeres debajo de esos olivos y siempre las ha socorrido Eloisa y a algunos crios hasta los ha llevado a bautizar.

Rosita no puso reparos para acompañarla aunque no era de su gusto ir a lo último de la Matallana donde el pueblo acababa en dirección a Puente Genil; la acompañó en silencio y atenta a la alegría que le estaba proporcionando al Bum; la calle era ancha y recta con solo un trozo de empedrada acera, el resto, como el total de la calle era térreo y al final las casas eran bajas, estrechas y pobrísimas en hierro y madera.

Pocas veces habían pasado por la calle con tanta lentitud observando todo el tiempo las casitas que en su pobreza se enjoyaban con unos patios convertidos en vergeles.

Sólo en una casa no se veían flores; tenía la puerta entornada y por la chimenea se escapaba el humo haciendo acrobacias en el aire.

-La Luciana está guisando y si entramos y le preguntamos responderá como siempre, ya verás.

Muy decidida Antoñita empujó la puerta y preguntó:

¿Qué estas guisando, Luciana.

La mujer sin volver la cabeza contestó:

-«Morsa»

-¿Cómo está la «morsa», Luciana?

-Está rica y sabrosa -después se rió alegremente sin dejar de remover las sopas que se estaban cociendo en la cazuela de barro sostenida sobre las brasas por una trébedes.

Antoñita insistió con la misma pregunta y la mujer contestaba igualmente.

-Luciana, y esas botas que cuelgan de la pared son de algún muñeco ¡tan chiquititas!

Un gran clavo en la pared servía de percha para el zurrón de pleita y la zamarra que usaba Luciano en todo tiempo; al lado, de una alcayata de regular tamaño, pendían un par de botitas de cuero anudados sus cordones. La mujer se volvió a mirarlas y como el que recita una oración muy repetida, dijo sin emoción en su voz:

-Esas botitas las llevaba puestas mi niño Frasco, regalo de su madrina, cuando en el campo, mientras cuidábamos de la piara de cabras, lo dejé dormido en el suelo; como las cabras se habían alborotado le ayudé al Luciano a juntarlas y como se iban muy lejos..., cuando volví no encontré de mi niño más que los piesecitos dentro de las botas; se lo habían comido unos guarros que monteaban por allí cerca; los colgamos ahí, sacando antes los piesecitos que chorreaban sangre por los tobillitos y los enterramos en aquella maceta que cuelga del techo y sin flores.

-¿Por qué no disteis parte?

-Porque hubiéramos ido a la cárcel.

-¿Y qué ocurrió cuando pasaron los años y llamaron a tu hijo a quintas?

-¿Qué iba a ocurrir? Enseñamos las botitas y la maceta con los huesos de los pies ¡más tiernecitos! Y Luciano dijo: «Si no hubiera

pasado aquello, viviría y hubiera sido un alivio para trabajar conmigo en la piara...»

Luciana dio por terminada la conversación sin que en ningún momento se le hubiese notado un rictus en su cara o un trémolo en su voz.

Al salir de la casucha, dejando a la mujer trasteando en los rescoldos y cenizas de la chimenea, Rosita se negó a ver a la gitana recién parida.

—Pues voy yo sola, espérame aquí cerca del estercolero.

—No, que Bum querrá escarbar en la porquería.

—Pues haz lo que quieras porque yo voy a verlos.

La tarde se iba despidiendo tímidamente; el olivar del Cortijo Moreno y la viña enfrente rivalizaban en belleza; los olivos mansos, patriarcales, humildes y generosos; las cepas engalanadas, ennoviadas con el olivar, y el aire soplaba suavemente cálido, regalando besos.

A lo lejos se levantaba una polvareda enorme producida por una piara de cerdos que volvían de la montanera, vigilados de cerca por el guarda; el gruñir al unísono formaba una escalomúsica que se iba amortiguando a medida que la piara se deshacía al entrar cada animal en su casa, derecho a su corraleta, donde le aguardaba la pitanza y la preciada agua; cada cerdo se entraba sin ningún titubeo en su propio hogar y si éste, por circunstancias anormales estuviese cerrado, el animal no se retiraba de la puerta hasta que le era abierta.

Mientras el desfile porcino, Bum no osó moverse del lado de su ama que esperaba paciente la vuelta de Antoñita; cuando se reunieron, ésta le contó que la gitana tenía al niño liado en trapos dentro del cajón del serón a modo de cuna; que la gitana estaba repartiendo a los churumbeles pan con chorizo que le habían llevado las mujeres de la Matallana y que se irían al día siguiente a un cortijo, no sabía el nombre, donde los esperaban para esquilar a las bestias; ¡ah!, y que tenían atado a un olivo un perro que sabía ponerse de pie y bailar y que en algunos sitios le hacían trabajar y luego pasaban la gorra y recogían dineros.

Fue entonces cuando Rosita sintió no haber visitado a los gitanos; tomó a Bum en sus brazos como si fuera un niño y él cerró los ojos y suspiró como si realmente fuera un niño mimoso y afortunado.

Volvían en grupos los jornaleros tras las peonadas.

Don Enrique, el nuevo vecino del nuevo pueblo también volvía, jinete en un hermoso caballo, de vigilar las labores efectuadas en sus campos.

El pequeño Bum, confiado en el amparo de su ama, se atrevió a llamar la atención del majestuoso animal, que ni siquiera se dignó mirarlo, no así don Enrique que, al observar la audacia del perro, lo miró y sonrió a la niña.

—Calla, Bum; ven aquí, Bum... —mientras observaba al caballista admirando su gallardía y relativa juventud; Antoñita le había dicho que en la última serenata que dieron los mocitos a las mocitas, fue don Enrique con ellos y les dio una «convidá» para que fueran a tocarle a Celitas un pasodoble con el acordeón y la guitarra y ella ni siquiera abrió un postigo de la ventana; parecía que don Enrique iba con buen fin y por derecho, pero Celitas tenía un novio y aunque pobre, como ella, lo prefería.

—...pues yo, si fuera ella, con lo guapo que es don Enrique, dejaba al otro y me casaba con él, y tú ¿qué harías, Rosita?

—Yo también, con los ojos cerrados —contestó Rosita, seria y convencida.

—A mí me gustaría casarme con un hombre así, rico y guapo; tendría mi cortijo o mi lagar o las dos cosas y criadas que me lo harían todo, y caballos, y automóvil... ¿tú, no? ¿A ti no te gustaría no tener que trabajar?

—A mí me gustaría estudiar y ser como doña Elena.

—¿Maestra de Escuela? ¿Para despiojar a cada hija de su madre?

—Ni tú ni yo tenemos piojos y de tenerlos nos limpiarían en nuestras casas; doña Elena no despioja, es que tú no sabes decir la palabra desasnar.

Antoñita, dolida y humillada, dijo, agresiva:

—Es que tú desde que te juntas con la marisabidilla de Consuelo la bienvestida, como la llamamos las demás, te vas volviendo muy finolis.

No pudo Rosita contestar al ataque porque a punto estaban las dos de ser atropelladas por el camión que venía de Los Monjes con los jornaleros, y al querer evitar la muerte de Bum, quien asustado por el ruido del motor y los bocinazos que Frasquito lanzaba para apartar a la gente del camino, había escapado con el rabo escondido entre las patas. Frasquito frenó a tiempo y Rosita tomó en brazos a su amigo y mientras lo acariciaba maternalmente, le reñía con firmeza: –Los perritos no se van del lado de sus amos; si te llegas a morir ¿qué iba a ser de mí? ¡No lo hagas más!.

–¿Sabes –le dijo Antoñita cuando habían pasado el susto– que la Morena, la que estaba «ennoviá» con el Frasquito, se ha ido a servir a una casa de señores a Puente Genil?

–¿Por qué?

–Porque dicen que desde que él trabaja con doña Clara apenas le hace caso a ella –y añadió juguetona y saltarina: –Hoy me gano la regañina porque voy a llegar tarde –y poniendo los brazos en jarras, marcándose las caderas al compás de la copla que entonó a pleno pulmón, coreó a unas niñas que en la ancha calle de la Matallana, cantaban en grupo:

Lagartijo tiene un hijo;
lo quiere meter a fraile,
y el muchacho quiere ser
torero como su padre.

Rosita también era esperada con impaciencia por su familia; no le riñeron por la tardanza; su padre hablaba con la madre y parecía sentencioso al decir:

–Si para acarreo de hombres y materiales empleamos camiones ¿qué haremos con las bestias? Y si para exprimir las uvas empleamos prensas ¿en qué se emplearán los «pisaos»?

Las niñas Antoñita, Rosita y Consuelo estaban viviendo la transformación del pueblo sin saber causas ni adivinar consecuencias; crecían felices y animadas acentuando cada vez más las directrices de sus ideales: Antoñita, laboriosa, diligente encajada en su rueda familiar; Rosita, observadora, reservada y con ansias de saber; Consuelo,

estudiosa y con deseos de adquirir conocimientos para transmitirlos a los demás. Doña Elena ya lo había notado y la felicitó: —¿Sabéis, niñas, que Consuelo algún día será Maestra como yo?

Todas miraron a la niña Consuelo —tan bien peinada y bien vestida— con admiración y envidia.

Rosita habló a su padre: —Consuelo Ruiz, la de la tienda de telas, va a estudiar para Maestra...

El padre contestó: —No se puede faltar a clase para ir de correrías por los campos destrozando botas y manchándose el vestido.

Rosita comprendió el mensaje paterno y estuvo varios días meditando: «Para estudiar ¿tengo que separarme de Antoñita y de Bum?» Y como era reservada no participó a nadie sus inquietudes porque además el pueblo hervía en novedades: alcalde nuevo al que se le notaba interesado por el progreso del pueblo, al que había llegado años atrás avvicinándose en él, dejando en el olvido su patria chica alejada en la provincia de Jaén; su apuesta y varonil figura, sus modales, su fácil oratoria y su esplendidez le granjearon simpatías y amistades; no se le conocía más familia que una señora mayor, chacha Pepa, que cuidaba de la casa; don Enrique, que así se llamaba, era ya Alcalde de Moriles. Desde que Ramón, el viudo de la Niña de la Huerta de los Granados, decidió abandonar el pueblo marchándose a Lucena con sus dos hijos —dos cromos, al decir de los morilenses— dejó la Alcaldía en manos de personas honradas pero inexpertas, tras algún que otro tropiezo por este motivo, pensaron que las riendas bien podría llevarlas don Enrique y este se resistió cuanto pudo porque confesaba «que el trabajo que da un Ayuntamiento, máxime si este es de tan reciente nacimiento», era muy complicado para un hombre como él, un tranquilo terrateniente. Pero al final tras muchas evasivas y aplazamientos, aceptó el cargo.

A las niñas, los cambios de política y de ideales no les preocupaban; liberales, conservadores y republicanos, sólo les daba ocasión a canturrear aquello de

Soy señores la chavala
la que vende El Liberal

la que trae Las Noticias
y gana un buen jornal
¡El Liberal, El Liberal!
yo traigo España Nueva
y también El Imparcial

Les gustaba la musiquilla del pregón y les inquietaba la palabra jornal, porque estaba en todas las bocas:

Poco jornal.

No alcanza el jornal.

Hay que subir el jornal.

Sabían, sin comprenderlo mucho, lo que ocurría en el Centro Obrero, llamado Asociación Socialista, un salón a modo de café donde se reunían los jornaleros para hablar de sus cosas. ¿Qué cosas? ¿La carestía de la vida? Ni Consuelo ni las otras dos sabían de estrecheces, de alacenas vacías y de lumbres apagadas; ellas disfrutaban de un mundo mágico, lleno de felices promesas y no podían percibir que las dificultades que se atravesaban ya en aquellos años, cuando el pueblo apenas había comenzado a andar, eran preludio de huelgas, rebeldías, pobreza, paro, injusticias y odios; para ellas, como para todos los morilenses, fue una sorpresa terrible aquella mañana en que todo se alborotó al oírse el tiro que alguien había disparado.

—¡A don Enrique, a don Enrique!...

—Han matado a don Enrique...

Rosita y Antoñita se encontraron en la callejuela llamada de los Muertos desde que siendo Zapateros el cementerio se ubicaba allí; al final de la callejuela, casi en la esquina de la calle Horno, el cuerpo de don Enrique, ya cadáver, estaba tendido en medio de un charco de sangre, que también había salpicado a la blanca pared de la casa-horno.

Las dos niñas, abriendo paso Antoñita entre el tropel de curiosos, llegaron a ver el cuerpo del Alcalde, pero no su rostro que piadosamente le habían tapado con un pañuelo; también vieron entregarse el asesino a la pareja de la Guardia Civil.

Escuchaban sin comprender las palabras que allí se voceaban pendientes de lo que se haría con el cadáver.

Con el triste acontecimiento hubo tema en las tertulias días y meses y aunque antes del asesinato del Alcalde se había cerrado la sede de la Agrupación Socialista, la agitación social continuaba; Manolón, Luis el de Pepillo José, Frasquito el de Lucía y Felipe el sobrino de Martín el Zocato, que ya había vuelto del servicio militar, con algunos más, seguían reuniéndose en casa de Martín, donde manifestaban su disconformidad con la crítica situación que estaban atravesando, en parte porque las máquinas utilizadas en el laboreo del campo causaban el paro de los braceros.

La casa de Martín había cambiado algo desde que el sobrino Felipe volvió y se casó; había toscas sillas para asiento de los visitantes; cuadros colgados de las paredes y una ampliada fotografía de Felipe con su flamante esposa y algún día, no muy lejano, podría haber otra de un ser que Martín esperaba con ilusión ver antes de que le «llegara la hora»; porque Martín contaba muchos años, casi cien, y conservaba la ilusión de tener en sus brazos a un ángel.

—Pero, Martín, si usted no cree en esas cosas, ¿cómo dice que el niño será un ángel?

Socarrón y testarudo era Martín el Zocato, un antiguo boyero que no consentía que le alejaran de su cama el yugo que guardaba como una reliquia.

—¡Pero, Martín, si usted no cree en eso de las reliquias...!

Socarrón era el vejete y le guiñaba, pícaro, a la mujer de su Felipe.

Guasona era la Tere cuando aclaraba:

—Pero ¿no sabéis? Don Emilio y él son uña y carne.

Asombro en los demás.

—Dice don Emilio, que si hubieran muchas personas como Martín el Zocato, otro sería el mundo —y Tere levantaba, desafiante, la cabeza.

—Mi padre —añadía Luis el de Pepillo José— dice lo mismo.

Y Martín, con apenas voz, movía el brazo parsimoniosamente y decía: — Don Emilio es un hombre; un hombre justo.

Las niñas, cuando escuchaban estas consideraciones, sólo entendían que la candela estaba encendida, que desde la calle se veía el patio con florecientes geranios y que la Tere pronto tendría un niño, porque su vientre cada día estaba más abultado.

Otra que iba a tener un niño era Estrella y con él ya serían tres los nietos que todavía no conocía el Tole.

Diego había perdido la esperanza de encontrar a su padre y poderlo retener en la Huerta de Los Granados, ¡cómo disfrutaría con los nietos! El mayor se llamaba Diego, pero dieron en nombrarlo Tole como su abuelo por ser su vivo retrato.

El chiquillo preguntaba: —¿Cuándo vendrá mi abuelo Tole a la huerta para que yo lo conozca?

Era la pregunta que continuamente se hacía Diego sin perder la esperanza de verlo aparecer un día diciendo: «Sí, me quedaré con vosotros hasta el fin de mis días», por eso, en las obras que hizo en la casa, conservó intacta la habitación del tío Diego preparada para su uso inmediato, mientras las otras dependencias habían sido transformadas.

Dolores también esperaba su vuelta con ilusión recordando la infancia de Tole y su propia juventud; todo había sufrido un tremendo y rápido cambio que a ella le parecía soñado y no vivido.

Tal les parecía también a los morilenses, porque el ambiente pacífico del pueblo, la bondad de casi todos sus moradores, la ilusión de un horizonte despejado pues los nuevos propietarios tenían empleados en sus haciendas a jornaleros de Moriles; el notar como iban desapareciendo las casuchas y en su lugar se alzaban casas sólidas, amplias y bonitas; que la chiquillería recibía casi en su totalidad una buena enseñanza al punto de que dos niñas, Elena Ruiz y Rosita Onieva, estudiaban ya la carrera de Magisterio; que lo que habían sido nubes tenebrosas que envolvían al pueblo se iban desplegando y aparecía a intervalos una luminosa aurora; que todo era propicio a la esperanza y había gusto para celebraciones religiosas y profanas y para organizar una Banda de Música; había gusto para todo lo que emanara belleza y cordialidad; esta palabra era ya usada por todos al brindar una copa de Moriles, el vino de la cordialidad; el pueblo iba abriendo gozoso paso a lagares, molinos y eras; todo él, era pura colmena.

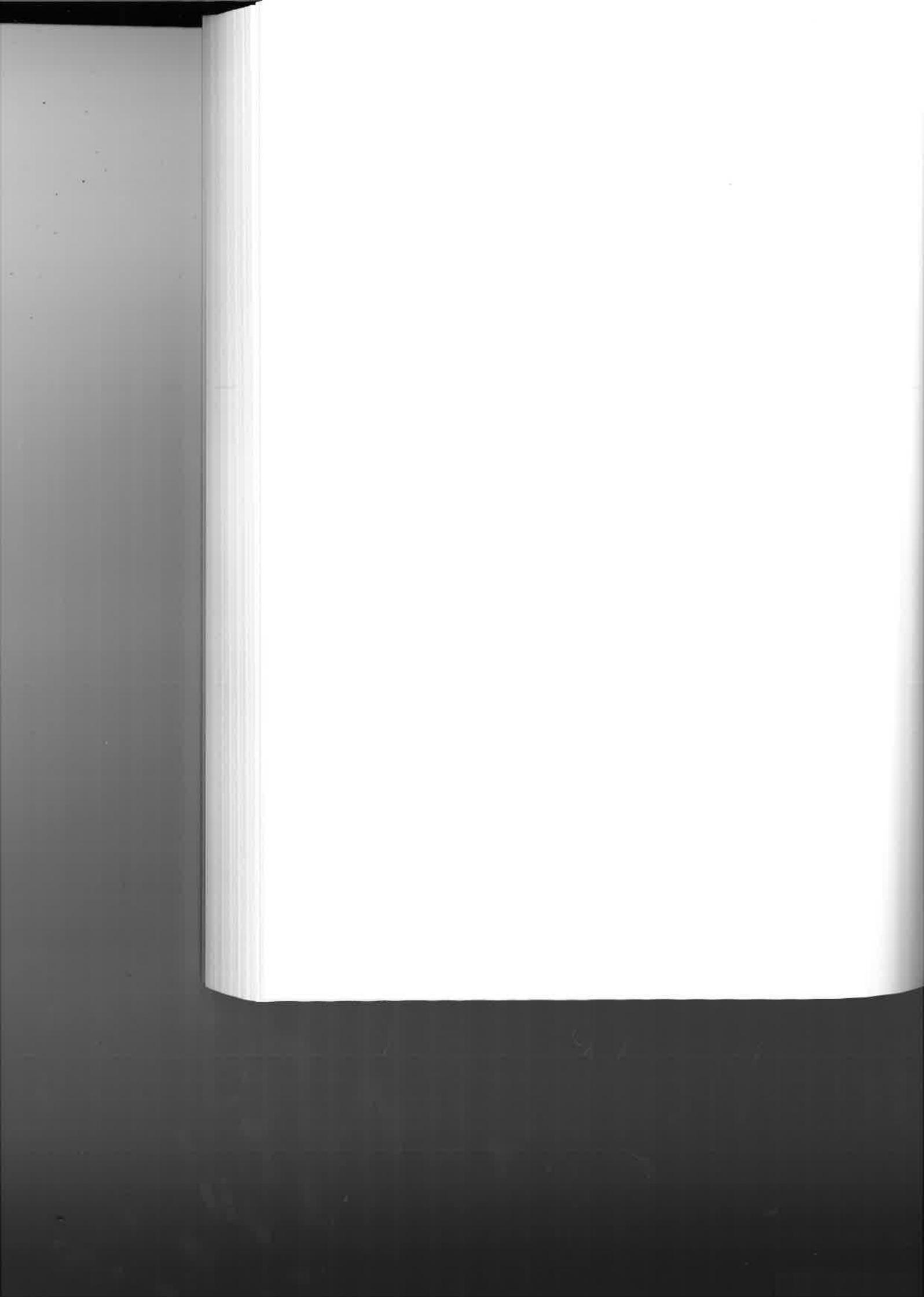
Colmena con mieles y aguijones, naturalmente, pero el morilense descendía del zapatero y Zapateros, antigua aldea, por vieja era sabia y esperaba desde siempre aquel glorioso amanecer lleno de mieles. El aguijón estaba escondido; a veces, algunos lo creían ver aparecer, eran los que habían deseado el presente bienestar y presentían que el progreso ocultaba el aguijón.

«Algo tiene que ocurrir». «Todo tiene su pro y su contra». «No es oro todo lo que reluce».

Observaban con admiración y hasta aplaudían algunos el trabajo de las máquinas agrícolas, ignorando el ataque del aguijón a los débiles.

Pero Moriles, en aquella época de toreros famosos, de lejanas guerras y de conflictos sociales, era como un niño adormecido en una cuna de mullida paja, rodeada de verdes ramas de olivos y de robustos sarmientos.

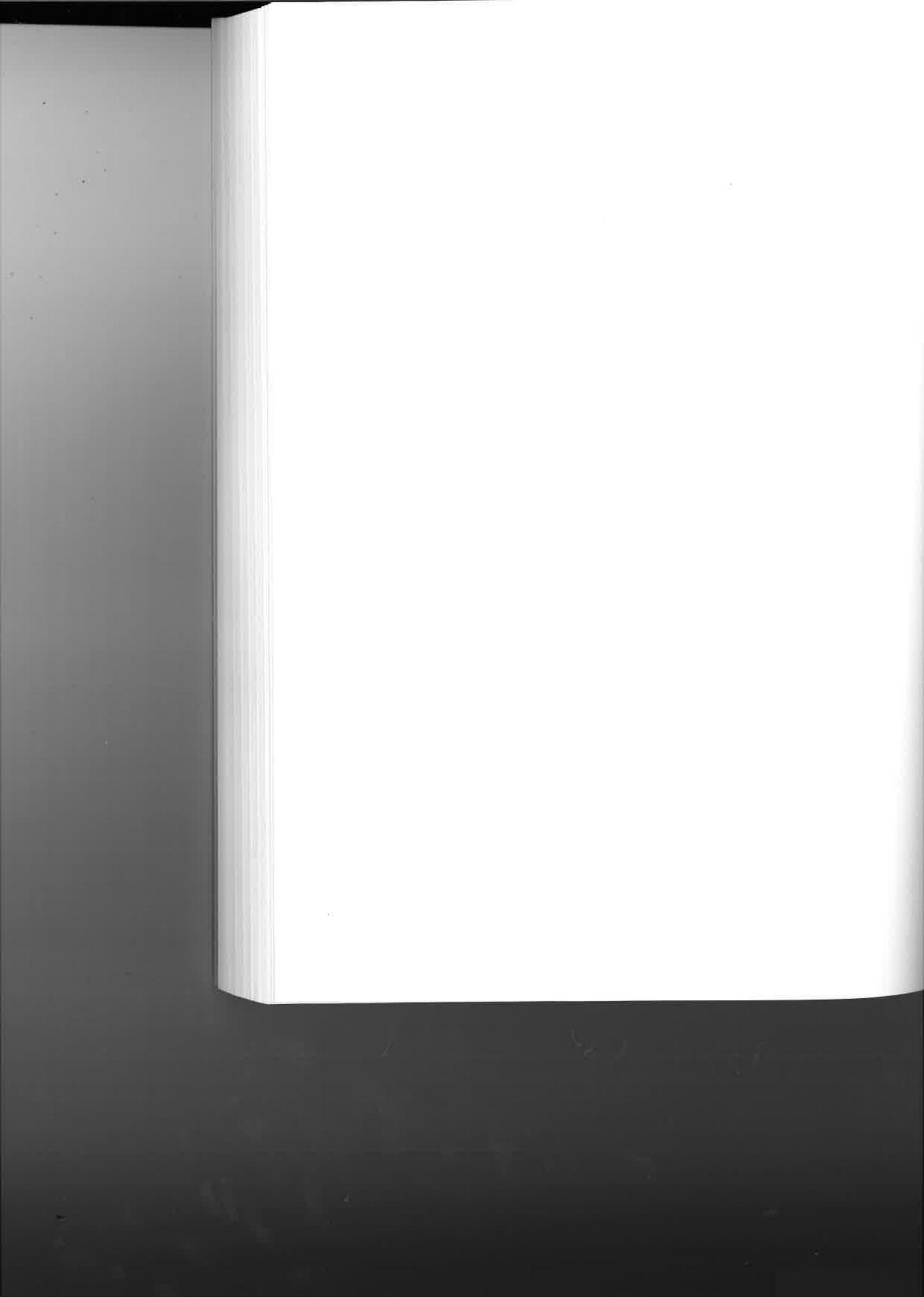
Una cuna bien mecida donde dormir era fácil.



18-VII-1936

1-IV-1939

ÉXODO RURAL



**Acordándome de ti,
¡oh Sión! a quien amaba,
y con ella más lloraba.**

Romance X.

S. Juan de la Cruz.

Un hombre va por la carretera con paso lento e inseguro por sus muchos años voceados por los cabellos blancos y revueltos bajo la sucia gorra de paño negro; se detiene cada corto trecho y respira hondamente, con cierto regusto, como paladeando la suave brisa de la tarde.

Por la carretera solo él camina con su flaco y viejo perro; en otros tiempos, la carretera de Aguilar a Moriles era transitada a determinadas horas y días por cuadrillas de jornaleros que iban o volvían del trabajo o de jóvenes paseando, visitando los lagares, y la laguna del Rincón que llamaban laguna Grande.

Tole (porque era Tole el hombre que iba con su perro por la carretera, cansado y torpe; los que fueron dos hermosos luceros verdes aparecían encogidos presionados por los pliegues de la atezada piel de su rostro; sólo su nariz y el dibujo de su boca conservaban la belleza serena y sensual de su lejana juventud y quizá también su barbilla, de poderse distinguir entre la pelambreira que la poblaba) quedó parado al sentir el ruido del motor de un coche y esperó recostado en uno de los machones que sostenían la puerta de hierro que daba paso a Los Claveles; el perro se acomodó a sus pies.

Un coche se detuvo justamente delante de la puerta y el perro ladró con furia en la creencia de estar obligado a defender su mínimo territorio y el de su amo.

—¡Calla, Yodo, calla y no te muevas.

(Era notorio que Tole llamaba a sus sucesivos perros con el mismo nombre.)

Al ruido del coche y del animal acudió un muchachote que no hizo intención de abrir la cancela y, antes de que el chófer pudiese abrir el coche para que bajase la señora que venía detrás, dijo:

—Los amos no están en la finca y no sé cuando volverán —y dirigiéndose a Tole: —Tú ya puedes largarte de aquí que no queremos ni tus piojos ni las pulgas de tu perro.

El perro y su amo emprendieron de nuevo el camino y a poquito de andar necesitaron otro descanso que encontraron en la cuneta; sentados estaban ya, cuando el coche, muy cerca y muy despacio, pasaba al filo de la carretera.

—¡Qué perrito tan lindo! —dijo la señora desde el interior del coche —¡si me lo vendiera!. Baja, dale esta limosna —le ofrecía varias monedas de plata— y tráemelo, porque limpio y bien alimentado será una preciosidad...

Dijo el chófer: —Señora —que aunque aminoró mucho la marcha no la detuvo— señora, el perro de ese viejo está sarnoso y comido de pulgas..., yo le proporcionaré a la señora un buen ejemplar —y añadió casi paternalmente: —Y que estos pordioseros que andan merodeando por los caminos no son de fiar.

El coche arrancó ligero y, a pesar del ruido del motor, Tole oyó perfectamente la voz de la mujer; apretó con fuerza su corazón, que le saltaba, y dijo en voz alta:

—¡¡Morachita..!!

Después tomó al perro en sus brazos con ternura de padre.

El muchachote dijo desde la cancela:

—¿La conoce usted, amigo? —había cambiado su actitud al oírle la exclamación. —Es una duquesa de verdad; casada y viuda de un duque de verdad, pero antes de casarse era una pájara; ahora quiere comprar esta finca.

Tole no habló; se llevaba de vez en cuando una mano al corazón y respiraba con esfuerzo sin dejar de acariciar al Yodo.

El muchachote se llamaba Ambrosio y era sobrino de Manolón, un antiguo sirviente de la finca cuando esta era propiedad de unos señores residentes en Madrid, y continuó trabajando en ella cuando fue comprada por Pepillo José, como todos lo llamaban. Todo marchó bien hasta que

pasados unos años los jornaleros alzaron la voz y hubo conflictos y tuvo que prescindir de los caseros; quedando Manolón al cargo del trabajo ayudado por su sobrino Ambrosio que era huérfano; fueron cerradas en la finca algunas estancias, saletas y corrales, a tono con los cambios que se iban operando causados por las máquinas sustitutas de hombres y animales.

Pepillo José era dueño de Los Claveles, finca con olivar, viña y tierra de secano, desde que la señorita Amparo, como la seguía llamando, le facilitó su compra. El día en que se formalizó el trato ante el notario de Aguilar de la Frontera, fue de fiesta para los hijos y de dolor de cabeza para Lorenza, que por esta causa necesitó acostarse; él presumía que el «dolorazo» era fingido y un achaque para no saludar a la señorita Amparo y no tener, además, que pasar la vergüenza firmando con el dedo; esto de la firma era una de las cosas que más molestaba a Pepillo José, porque ella no consintió jamás en aprender, a pesar de que el hijo mayor, al que había enseñado don Emilio, parecía un Maestro y su casa una Escuela, cuando a la vuelta del trabajo ¡hala!, la cartilla, el catón, el papel —casi siempre de estraza, que venía de la tienda envolviendo café, azúcar y otras cosas— a aprender todos menos la madre.

Y después, mucho después, cuando la noche del terremoto, cuando todo el pueblo estaba apiñado en la calle alrededor de la Parroquia teniendo que al repetir el movimiento se originara una catástrofe, llegó él de Los Claveles, muy vencida ya la noche buscando, a su familia; Lorenza le hizo sitio junto a ella; todos sospechaban de la tirantez de sus relaciones matrimoniales y estuvieron atentos al encuentro: Lorenza descansaba su cabeza en el pecho de Pepillo José y él la envolvía en sus brazos; dos corazones aleteaban como dos pájaros locos.

Cercana ya el alba, anunciada por la palidez de las estrellas, algunos opinaron que todavía podrían descansar en sus casas, y esto fue una desbandada.

Pepillo José repasaba su vida; el mayor de siete hermanos, endeblucho y tristón, se vio obligado a ganar el pan que se comía

guardando los pavos de Los Claveles, comiendo y durmiendo en la gañanía; fue niño de la niña de los amos a quien quiso desde el primer día que la tomó de la mano para llevarla a pasear; ese día fue el primero que se lavó las manos con jabón de olor en una palangana. «Ya puedes coger de la mano a la señorita Amparo y cuidado con llevarte los dedos a la nariz y desde hoy te las tienes que lavar para estar con ella».

A él no le importaba la sentencia porque le gustó sentir las resbalar por la espuma de jabón, lo que le molestó fue la otra orden dictada por la señora: «Tendrá que lavarse la cara, las orejas, el cuello y atusarle el flequillo que se le vean los ojos». Nunca había hundido en su cabeza un peine porque ordenaba sus cabellos con los dedos, aunque la madre se quejaba: «Como me traigas un piojo a la casa te deslomo».

A Pepillo José se le ablandaba el corazón y se le empañaban los ojos considerando su infancia de niño pobre recordando cada detalle de aquella época: la señorita Amparo ricamente vestida y él con sus remiendos en los pantaloncillos, siempre cortos y raídos y los choclos que había heredado, no sabía de qué gañán, que le lastimaban terriblemente los pies: ¡cuánto tiempo había pasado; vio crecer a la niña hasta convertirse en una mocita, delicada como una flor; y él, cada vez más alto y fuerte, el mejor gañán del contorno; cuando bajaba al pueblo para cambiarse de ropa, se inflaba como un pavo al notar las miradas de admiración de los paisanos, en particular de las mocitas y sobre todo las de su abuela, su madre y Lorenza.

—¡Cómo te pareces a tu abuelo cuando moceaba y todas las mozueltas se pirraban por él...!

—¡Hijo de mi alma que jayán estas hecho!

Lorenza lo miraba en silencio, apretaba los labios, se los humedecía, bajaba la vista y enrojecía hasta la raíz del cabello.

—Dios te guarde, Lorenza —y la envolvía en una mirada brillante y ardiente.

Fue aquella época muy feliz. Le gustaba recordar que sólo era entonces un jornalero y ahora dueño y señor de Los Claveles, gracias a la ayuda de la señorita Amparo, que le regaló un caballo y una viña, y a Lorenza, que se miraba mucho en gastar, que se creía que un centimito había que cuidarlo como si fuera una onza de oro; los dos trabajando a la par y después la ayuda de los hijos que apenas sabían andar y ya aparejaban la yunta y el arado; así, trabajando sin descanso reunió tres olivares, muchas fanegas de tierra calma y, para más gozo, su hijo Luis le enseñó a leer, a escribir su nombre y a dibujar los números que nunca le hicieron falta porque con los dedos de las manos al principio y con el caletre siempre, nadie lo pudo engañar jamás.

Mirando a su alrededor notaba con tristeza que Los Claveles ya no era lo que fue, cuando funcionaban el molino y el lagar y rebosaban los trojes en todo tiempo; apenas hay ruidos en las mañanas y si no fuera por el canto de los pajarillos en los árboles y los ladridos de los perros, más se parecía la finca a un cementerio que a un sitio de labranza y laboreo.

A Pepillo José jamás se le conoció enfermedad alguna y ahora se quejaba de dolores de cabeza; la Loren y sus hermanos lo obligaron a que consultara con don Agapito el médico; reacio estuvo más de una semana hasta que por fin se decidió a visitarlo.

Don Agapito era un buen médico, que conservaba su soltería a pesar del asedio de las madres con hijas casaderas; pero las mocitas renunciaban a un escalón más alto en la sociedad porque aunque don Agapito era un buen hombre, aquello de pregonar a los cuatro vientos su ateísmo no encajaba bien en aquel timorato e hipócrita ambiente de la posguerra, amén de que poseía una figura grotesca por el volumen exagerado de su vientre, por la cortedad de sus piernas y porque sus ojillos azules casi los tapaban el grosor de los párpados, por las bolsas de sus ojeras, por los huecos que en su cara formaron las viruelas y porque una abundante, crespa y negra cabellera recordaba a un simio. Todo hay que decirlo. Y lo inaudito: don Emilio el cura, don Agapito

el ateo y Pepillo José, un morilense de pro, se entendían perfectamente como tres amigos leales.

—Don Agapito, yo vengo aquí porque mis hijos me dan la tabarra.; usted sabe que yo tengo mis ideas y que no creo ni en curas ni en médicos.

Rió el médico y le ofreció un cigarro.

—Vamos a ver Pepillo José ¿de verdad vienes a verme como a médico?

—Pues sí, pero empujado por la familia...

Hablaron sobre el pueblo, el campo y la emigración, y al cabo el médico entró en faena.

—Pues escucha, tú estas malo de verdad y lo peor es que tu mal no tiene cura...

Frunció el ceño el enfermo y clavó su asustada mirada en los ojos del médico.

—...no te asustes —continuó palpándole amistosamente una rodilla— no eres tú solo quien sufre en su alma, yo tengo la misma enfermedad porque lo mismo tú que yo, no creemos...

Pepillo José lo interrumpió con un gesto y dijo:

—Eh, don Agapito, que yo creo en don Emilio y en Dios pero en los curas no.

Una carcajada del médico hizo que la cara del «enfermo» apareciese idiotizada.

—¡Don Agapito..!

Y don Agapito le devolvió la calma hablándole de que el mal era epidémico y no sólo en Moriles si no en todos los pueblos agrícolas que ellos conocían.

—¿Cuántos jornaleros tienes para trabajar tus tierras?

—Mis hijos y un sobrino de Manolón que tengo como uno más de la familia, porque Manolón me dijo, la víspera de irse con mi Luis al frente de Obejo: «Cuida de mi sobrino Ambrosio que esta maldita guerra lo ha dejado sin padres ni hermanos, con la noche y el día y sus brazos

por todo caudal». Y allí en Los Claveles lo tengo como a un hijo más y con un disgusto...

-¿Cuál?

-Que no le gusta trabajar la tierra; que sólo tiene ilusión por la música; cuando tiene un ratico libre coge la guitarra; me lo veo ya mismo en Madrid o en Barcelona en una fábrica o de peón en cualquier trabajo.

-Sí, ese es el camino que tendrá que tomar más de uno...

-¿Cuando me llevaron de pavelo a Los Claveles..! ¡Aquella gañanía siempre con doce jornaleros fijos..!

-Es triste lo que está pasando por culpa del progreso...

-¡Las máquinas, don Agapito, las máquinas! Mire usted, yo no puedo entrar en mi casa en la saleta de los trastos, porque entro y se me ponen los ojos como unos paños de bayeta y lloro como un chiquillo; allí los arados, los trillos, los bieldos, las hoces, los serones, las angarillas, y me salgo con el corazón hecho un guiñapo; la misma pena que me da en las ferias cuando voy a vender mulos porque no tengo en qué emplearlos...; las cuabras casi vacías; el carro a la intemperie.., y lo que dice mi hijo Manuel es que tendremos que comprar las maquinarias en vez de alquilarlas y cambiar Los Claveles haciendo hangares.

-Tienen sus ventajas; tu Manuel piensa bien.

-Sí, porque cada máquina puede hacer el trabajo de muchos hombres y se ahorran jornales.

Siguió Pepillo José lamentándose y, cuando pareció que el desahogo calmaba sus nervios, intervino el médico haciéndole preguntas muy directas a su intimidad conyugal, que él satisfizo con holgura.

-¿Sientes algo molesto en los ojos?

-Sí, a veces se me pone delante como una cortina y apenas veo, pero yo creo que son las legañas y me doy un restregón con las manos hasta que veo otra vez pero los ojos se me quedan enramados.

-¿Enramados..?

-Sí, en el blanco del ojo, se notan las venillas formando como un árbol -y agregó con un hilo de voz: -Desde la guerra lloro hasta sin querer

y es que el corazón y la cabeza siempre están reinando en lo mismo, mi Luis y... -no continuó porque no quiso decir: -...y la señorita Amparo.

-Tendrás que ir a un oculista.

A disgusto acompañó Lorenza al esposo en Los Claveles en su lentísima agonía, porque agonía, decía él, era notar que día a día se agrandaban y espesaban las sañudas sombras que lo envolvían; tenía que afinar el tacto, el oído y el olfato para desenvolverse sin solicitar ayudas.

Los aires campestres le iban devolviendo a Lorenza algunas de sus morbideces; él, lo advirtió: apenas se le notan los huesos de las caderas y de los hombros y hasta podía ser, pensaba, que tuviera rose-tones en la cara y hasta que le brillaran los ojos...

La brisa murmuraba débilmente y el sol saciaba de oro la tarde; enfrente la cordalada de sierras (Montilla, Cabra, Monturque) asomadas contemplando la graciosa belleza de Los Llanos, el cañaveral murmu-raba gozoso y los patos malvasías jugueteaban en el agua.

-Siempre me pareció que esos patos se adornaban la cabeza con amapolas -explicaba él- pero hoy con el resplandor no los distingo bien y estoy triste.

La culpa de su tristeza la tenían según dijo, los pájaros.

-¡Qué cosas dices, hombre! ¿Qué mal te han hecho los inocentes pajarillos?

Y él, con la voz ronca y acento tristísimo dijo:

-Los oigo cantar, hasta los oigo volar en que dirección pero no los veo y van en bandadas.

-Tampoco los veo yo porque me deslumbra el sol -quiso ella tranquilizarlo.

Subieron ambos la escalera; la galga Canela también porque acostumbraba a dormir en el descansillo; allí se separaban; Pepillo José dijo con amargura:

-Lorenza, los fantasmas existen.

—Lo sé —contestó muy convencida; entró en su cuarto y se encerró corriendo el pestillo y echando la llave.

Porque los fantasmas los veía ella en cada rincón, en cada ventana, en cada senda o vereda del campo; le salía al paso detrás de un olivo; se alzaba insolente tras una cepa en la viña; le sonreía con burla tras los matojos de los vallados; sabía que los fantasmas eran la señorita Amparo, la ladrona que le robó su macho y que ahora se interpone nuevamente para que la felicidad no sea palabra conocida entre ellos y que todavía sigue dueña de Los Claveles.

No podría soportar por más tiempo vivir en la finca.

Pepillo José parecía el borriquillo de la noria o el que mueve la piedra del molino, siempre dando vueltas a los recuerdos; cavilando su suerte y su desventura, porque suerte era volver como amo a la finca que en su niñez fue asilo para su endeblucho cuerpo mal alimentado, donde por su trabajo y docilidad fue querido por todos; de paverillo a niño; «que el chiquillo deje los pavos y cuide de la niña; que la distraiga y pasee, pero que le diga señorita Amparo; nada de confianzas», y así la llamó siempre: «Señorita Amparo, mira que chivita más bonita y más loca...», y le hacía tocar los incipientes cuernecillos; y cuando ambos ya casados iba él a darle la noticia: «Mira, señorita Amparo, que ya tienes un servidor más a quien mandar porque en la madrugada volvió a parir Lorenza y juntamos ya tres machos» — «¿Y la niña, Pepillo José?» — «Ya vendrá más adelante porque la fábrica no deja de funcionar». Una risa socarrona de él y una sonrisa angelical de ella; siempre se quisieron como hermanos y cuando aquella inolvidable noche, Lorenza le hizo ver que él siempre estuvo enamorado de la señorita, pudo comprender por qué odiaba tanto al esposo que no sabía apreciar el tesoro que tenía, y desde entonces fue su vida un infierno; pensar en ella; soñar con ella; vivir por ella.

«El mundo da muchas vueltas, decía mi abuelo; que lo que hoy es blanco, mañana será negro; lo de arriba, abajo; lo feo, bonito; lo malo,

bueno. Cuando mi abuelo abría la boca, todos lo escuchaban. Tal vez me podría razonar el comportamiento de Lorenza y el mío. Si al volver del paseo me hubiera dejado entrar en el cuarto y acostarme con ella, la hubiera respetado como a una virgen y habría dormido tranquilo y dichoso por estar por fin a su lado..., sobre todo tranquilo de que al despertar a media noche para mis necesidades a oscuras, no tropezaría ni mancharía el suelo, porque cada día veo menos a pesar de que no dejo de echarme el colirio que me mandó el médico de Córdoba. Mi abuelo diría que en tocarte los ojos todo es peligroso y que cuando se gastan, como no tienen repuesto se acaba parte de vida... Y es verdad. Pero todo tiene su lado bueno, ya que gracias a mi mal, Lorenza me cuida y estamos en la misma casa, aunque ella lo hace todo difícil y me huye; me tiene lástima y apenas hablamos; si quisiera escucharme despacio y quietecita, aunque no me contestara, y yo le abriera mi corazón y lo «pasao, pasao».

¿Y será verdad que lo que se le pida a Dios con fe, como dice don Emilio el cura, se consigue?

Y digo yo: ¿eso de Dios no es sólo cosas de los curas, de las mujeres y de la chiquillería? Y que eso de la fe no llevo a metérmelo en la cabeza, ¿acaso soy tonto y voy a creer cosas imposibles? ¡Amos, anda!. Pero ¡velay! que no estoy tranquilo, que puede que haya algo de verdad en las mentirillas de los sermones... ¡Amos anda, Pepillo José! ¡Ojalá fuera todo verdad y pudiéramos encontrarnos en el Cielo mi Luis, Manolón y... ella, y a lo mejor, cuando llegue la hora hasta con Lorenza... ¡Amos anda, Pepillo José, que con esto de la vista y el desvío de la Lorenza, voy a perder la poca sesera que me queda!».

Sí, pero él, como el borriquillo de la noria o del molino, no cesaba de dar vueltas a los recuerdos de toda su vida, y su «poca sesera» no quería ser receptora de cambios ambientales y sociales.

Al contrario que Lorenza, ávida de novedades, que encontraba atrayentes y positivos los cambios. Como cuando Ambrosio, manipulando en la nave de los enseres, al tomar una hoz para segar maleza, se dio un corte en la palma de la mano izquierda; Pepillo José no

advirtió la profundidad de la herida y menos aún del chorro de sangre que regaba el suelo; ella le envolvió la mano en un pañuelo limpio y le ordenó que bajara al pueblo a que el médico o el practicante lo curara, y que si no podía aparejar al mulo, que ella misma lo haría.

Así se hizo.

—¿Puedes con la otra mano sostener bien las riendas?

Y él, vanidoso de su fortaleza contestó: —Y hasta con la mano «jería»...

Pepillo José se atrevió a decir que ella exageraba; que no debió armar tal alboroto por un rasguño; que el Ambrosio aprovecharía la ocasión para estar con sus amigos descuidando sus obligaciones.

—¿Qué obligaciones? Recoger los animales y echar pienso en los pesebres, porque los yerbajos que él iba a segar no los quitará ni hoy ni mañana, hasta que se le cure la mano.

—Pero, ¡mujer! por una pizca de arañazo...

Ella se indignó: —Parece mentira que seas tan desconsiderado., si pudieras ver, sabrías que le ha faltado poco para quedarse con la mitad de la mano.

—Lo que yo no pueda ver no es lo mismo que lo que pueda saber.; acuérdate, Lorenza, aquella vez que la reja del arado me rebanó media pantorrilla ¿cuánto tiempo estuve cojeando? Más de un mes ¿verdad? ¿Dejé de arar por eso algún día? No. ¿Cómo me curé? Acuérdate que tú me ayudabas con aquella escobilla a modo de hisopo, me rociabas la pierna dos o tres veces al día, cuando me iba al tajo, cuando volvía y antes de acostarnos, me la rociabas con vino ¿te acuerdas que ibas todos los días a la taberna del Bizco porque entonces la viña no daba ni cencerrones?... No necesité ni médico ni practicante.

—Porque no los teníamos en el pueblo.

—¡Anda, anda, que nos estamos volviendo muy señoritos!... ¿Y cuando mi padre se cayó del mulo que a poco se desnucó y se quejaba de la espalda? ¿Cómo se curó? Acuérdate que tú misma fuiste a pedirle a don Emilio el incienso y con la estopa, que mi madre guardaba en una caja

dentro de un baúl, y un poco de aguardiente le hicimos una bizna, se la ajustamos a la espalda y ¿qué?, pues que se curó sin médico ni practicante.

-Porque todavía no los teníamos.

-¿Nos hicieron falta? Si teníamos que curar, curábamos y si no, al hoyo...

- Las cosas han cambiado, gracias a Dios y a los médicos y boticarios.

-¡Pamplinas! ¡Pegos, pegos!

-Pues tu abuelo Pepe, de vivir, no pensaría como tú...

-Mi abuelo Pepe murió ciego, como yo me moriré.

-¡No hables así, Pepillo!

La voz de Lorenza se había vuelto de tan tierna, temblorosa...

Y él: -(Me ha llamado Pepillo, como entonces...)

-...lo tuyo nunca será ceguera... ¡Dios no lo permitirá porque se lo pido todos los días con toda mi alma... Tendrás menos vista que los demás pero no quedará ciego Pepillo José...

Y él: (Ya volvió otra vez al frío, me ha llamado Pepillo José)

-...tú seguirás viendo -continuó ella repuesta de su blandura.

-¿Sí? ¿Sigo viendo? Dime, Lorenza ¿por dónde va ahora mismo el sol, por qué campos va...?

-Está todavía sobre el olivar de Los Tueros...

-Y yo veo pardear la tarde como si el sol hubiera desaparecido por los olivares de Puente Genil...

Los hijos, los nietos, los vecinos y los amigos visitaban con frecuencia Los Claveles y en esas ocasiones se hablaba de todo.

-Esto es como un exterminio, se quedará Moriles sin sus hijos -decía alzando los brazos.

-No exageres, Pepillo José, y toma las cosas con calma, que ellas no vienen por capricho ni a nuestro gusto o conveniencia.

-Lo que acaba de decir el compadre es una cosa muy grave: que la Rosario y el Joaquín se van también a Barcelona...

—A trabajar y a vivir allí hasta que las cosas cambien y puedan volver.

—¿Y en qué van a trabajar si Joaquín sólo sabe destripar terrones y arrear a los mulos y ella ni eso?

—Por lo pronto ella va ya colocada en una casa de señores para la limpieza ganando buenas pesetas; cierran la casa, arriendan el pedacillo de pegujar que no les da trigo ni para llenar un almud; y se van a lo que Dios quiera y pensamos que algo bueno querrá y que encontrarán trabajo en alguna fábrica; el hijo de Carlota que se fue hace un mes, se lleva ahora a sus hermanos y a su padre...

A Pepillo José estas noticias le producían pena.

—No te pongas así, hombre ¿acaso crees que Barcelona es un dragón? Allí, como aquí, hay sol, árboles, agua y trabajo que es lo que da el pan.

—¡Qué pan más triste!

—Quítate esa idea de la cabeza porque lo que verdaderamente es triste es ver el sol, los pájaros, el agua, la yerba y morirte de hambre entretanto.

Vivía atormentado. Si era visitado, las noticias que le traían le inquietaban. Si estaba solo con Lorenza, el silencio le hería.

«Si me escuchara alguna vez, yo le diría todo, todo y entonces...»

Para ellos era un alivio la compañía de Ambrosio que procuraba entretenerlos tocando la guitarra y contando chismes inocentes del pueblo.

—¿Y antes cómo se enteraba la gente de lo que pasaba en el mundo?

Lorenza le contestaba:

—Por las gentes que venían de fuera, por los periódicos y por los ciegos.

—¿Por los ciegos?

Y ella le explicaba: que como los ciegos no podrían trabajar, cuando se enteraban de algo interesante, sacaban coplas, luego iban por los pueblos cantándolas y vendiéndolas en papeles de imprenta.

—¿Pero..?

—Que sí, que así era; claro que los que viajaban o leían periódicos se enteraban antes; yo canté las coplas que sacaron cuando murió Joselito el torero; tocaban y cantaban en la esquina del café de Pastor; uno cantaba y otro tocaba la guitarra...

—¿Ciegos los dos? ¿Y cómo podían ir de un lado para otro?

—Tal vez —apuntó Pepillo José— ninguno era ciego y lo fingían para sacar los cuartos.

—Bueno —alzaba ella la voz— era una manera de ganarse la vida ¿no? Era, como si dijéramos, igual que los que vienen ahora a vender radios.

—¡Mujer, no compares!

—Para el caso es igual; las noticias las traían ellos y nos llegaban tarde como los periódicos y el correo, y ahora con las radios nos enteramos de las cosas en el mismo momento que están pasando, y eso se llama adelanto y progreso.

Ambrosio quedó un rato pensativo, sin soltar la guitarra; parecía estar escuchando algo raro; de pronto exclamó:

—Los antiguos eran unos atrasados que ni siquiera sabían lo de los trenes y salían en coches con caballos sin llegar a tiempo a ninguna parte...

Pepillo José no lo dejó continuar: —¿Quieres callarte y no decir pegos, que eres más zoquete que un borrico?

Y Lorenza: —Yo lo que digo es que no entiendo de trenes, de aeroplanos, de automóviles, ni de teléfonos y que todos estos adelantos parecen cosas de brujería pero que ¡benditos adelantos!

Y él, con su idea fija, dijo:

—Las máquinas quitan brazos...

—Pero digo yo, Pepillo José, que esas máquinas no se hacen solas, que son el resultado del trabajo de los hombres...

—¡Calla, calla Lorenza y no me lées...

Callaba ella.

Ambrosio acariciaba la guitarra.
Y él, al perro.

Un hombre iba por la carretera y se detuvo para descansar con su perro al filo del lagar Los Claveles; casi a la vez, un coche procedente de Aguilar de la Frontera, también se detuvo.

El hombre comenzó a andar hacia Moriles; lo conocemos; es el Tole.

En el coche iba la Morachita, también para Moriles.

Conociendo a ambos desde la infancia nos gustaría asistir con la imaginación al encuentro amoroso y contemplar al fin la felicidad de ambos. Podría suceder así de ser esto un cuento y no un trazo de la vida del pueblo. Pero no fue así y de veras que sentimos no poder darnos el gusto de hacer felices a dos personajes que se han hecho querer.

El coche de la duquesa se detuvo en la casa parroquial; a Morachita le preocupaba la soledad de don Emilio y el abandono en que había caído desde la muerte de Juana, su hermana; en su afán de remediar de algún modo la situación del cura le había propuesto ingresarlo como capellán en un convento de monjas, donde estaría bien atendido.

—¿Cómo voy a dejar a mis feligreses? ¿Cómo a mis amigos? —decía en voz alta rechazando la oferta, pero en lo que decía no estaba de acuerdo su corazón.

Tole se detuvo varias veces antes de llegar a las primeras casas; la de Teresa parecía muy deteriorada, con jaramagos en las tejas, desconchada la fachada y cerrada la puerta; de estar abierta hubiera entrado porque el cansancio entorpecía su andar; la trasera de la casa daba al campo y recordó que las bardillas eran muy bajas; pudo saltarlas porque además en parte estaban derrumbadas; la puerta de acceso al interior la encontró tan desvencijada que no tuvo que hacer esfuerzo

para abrirla; entró y tomó asiento en una banqueta muy vieja que constituía todo el mobiliario de la morada.

También el Yodo estaba fatigado y se extendió a sus pies; todo allí era desolación, abandono y soledad, sólo la silueta del Cortijo Moreno que se divisaba desde su incómodo asiento era la misma de siempre: los olivos repechando hasta rodear la casa, siempre tan blanca como un enorme montón de sal.

Tole sentíase tan cansado que pensaba podría morir allí mismo con solo la compañía de su perro; apenas podía respirar y le atormentaba un agudo dolor en un brazo, tan tremendamente fuerte que al hacer un movimiento para tocarse el brazo con la mano perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Yodo de un salto salvó la tapia, se puso delante de la puerta de entrada y comenzó a ladrar con todas sus fuerzas.

Dos hombres pasaban por allí de vuelta del trabajo.

—Buen perro, ¿de quién es? —preguntó uno.

—No sé —contestó el otro.

Y continuaron su camino mientras Yodo daba saltos desesperados recorriendo la acera de la casa sin dejar de ladrar.

—A ese perro le pasa algo —dijo uno.

—¿Qué le va a pasar? —dijo el otro.

Yodo, expuesto a recibir un golpe en la cabeza o en el lomo, se atrevió a ponerse delante de los dos sin dejar de saltar, intentando de algún modo indicar la dirección de la casa, regresando y volviendo a ella sin descanso de su potente garganta.

—¡Maldito perro! ¿Quieres apartarte y dejarme andar? —dijo uno.

—Ese perro nos quiere decir algo —dijo el otro parándose.

Y Yodo, que lo entendió, inició una carrerita hacia la casa, y como los hombres seguían parados y hablando de que hacía tiempo que

la casa estaba vacía y continuaba cerrada, también se paró él y su ladrido entonces parecía un llanto.

—Ese perro nos está llamando.

Y ambos siguieron al Yodo, dieron la vuelta a la casa, saltaron las bardas y vieron en el suelo a Tole.

Lo demás fue fácil; no había pasado ni un cuarto de hora cuando en casa de Teresa se reunían hombres, mujeres, niños, don Emilio y el médico, que después de examinarlo preguntó: —¿Quién conoce a este hombre?

Don Emilio, que estaba llorando como un chiquillo, dijo con voz alta y clara: —Es un amigo mío, es el Tole.

Naturalmente que hubo un murmullo entre los presentes, caritativo y fraternal; obedeciendo la indicación del médico y del cura prepararon una angarilla para transportarlo a casa de su hijo; una mujer aportó una manta para suavizar la dureza del improvisado lecho; otra una almohadita de la cuna de su hijo para la cabeza, otro prestó su burrito para sostener las angarillas.

Iban acompañando a Tole en procesión por la calle de Los Pozos, camino más directo para llegar a la huerta de Los Granados; Yodo al lado de la burra llevando el compás de sus pasos y uno, ignorante de lo ocurrido, quiso echar al perro de la comitiva:

—¡Fuera ese perro tiñoso que estorba..!

Muchos defensores tuvo el animal y muchos comentarios hubo sobre su comportamiento.

Saliendo de la calle doblaron a la izquierda y pasaron a la carretera de la Estación; en aquel momento el coche de Morachita impedía el acceso; paró la comitiva y el coche también, cediendo el paso.

Ella miraba por la ventana: un pobre hombre, harapiento y sucio, parecía muerto, y cerrando los ojos, dijo: ¡Pobre hombre! —pero cuando advirtió que muy cerca del enfermo iban el cura y el médico, le ordenó al chofer:

—Bájate y pregunta quién es y qué le pasa.

Bajó el chofer, preguntó a unos rezagados y volvió: —Señora duquesa llevan a un pobre, de esos de pedir, que le ha dado una cosa de corazón y me parece que es el mismo que vimos en el lagar de Los Claveles...

El coche arrancó lentamente hasta llegar al ancho camino que conducía a la huerta del Arroyo.

Iba ella tan embebida en sus pensamientos que no sé dio cuenta de que el coche había parado y que el chofer esperaba con la puerta abierta a que ella bajara; tan absorta estaba que tampoco notó que el cachorro de mastín le movía el rabo dándole la bienvenida; que Frasquitasí la estaba mirando, sosteniendo entretanto a un nietecito chillón; que la tarde se oscurecía con prisas; que los pájaros parecían locos en sus últimos juegos; que la tierra olía con impacencias de fecundación; que a lo lejos se veían negros nubarrones cortejando al cortijo Moreno...

—Señora —se atrevió el chófer alarmado por tanta quietud.

Un zagalón llegaba corriendo deseoso de dar el notición:

—A la huerta de Los Granados han llevado un hombre medio muerto que dicen que es el padre de Diego y dicen que se llama el Tole...

De las palabras del zagalón sí se dio cuenta Morachita, pero no pudo hablar ni salir del coche; entre el chófer y el muchacho la subieron a su cuarto, seguidos de Frasquitasí.

—Voy a por el médico que está en la huerta —dijo el chófer poniendo el coche en marcha.

El médico había dicho que Tole estaba muy grave; recetó unas gotas medicinales, dio varios consejos y marchó a la Huerta del Arroyo para auxiliar a la señora duquesa. No le pareció bien a don Emilio separarse del Tole aunque sus deseos más imperiosos y profundos era acompañarlo y ver qué le pasaba a la Morachita «porque también es casualidad que los dos se pongan malos a la vez ¡y luego se dice que las novelas..!»

Habían acostado a Tole en la cama que fue de don Diego; Dieguito, al remozar la casa, respetó muebles y libros de su tío y así, cuando Tole abrió los ojos y reconoció a su hijo y al cura, no pudo contener el

llanto; y fue a la mañana siguiente cuando reconoció a Estrella, la madre de sus cinco nietos; se dejó asear en silencio, ni siquiera don Emilio pudo oírle la voz pero cuando Diego le trajo a la pequeña dijo, abriendo mucho los ojos:

–¡María...! –con un sonido extraño.

–Sí, –contestó el hijo acercándole la niña para que la tocara– María se llama, como su abuela María la Tuerta, el pelo oscuro, los ojos verdes como los de ella, los tuyos, los míos y los de este –y atrajo hacia la cama a un chiquillo sonriente– que se llama Joaquín, como el tío rico que teníamos en Lucena y a quien hemos dado en llamarle Tole, como su abuelo y a mucha honra...

Don Emilio, tras saber por el doctor que lo de la Morachita fue un simple desvanecimiento debido a una fuerte emoción, se atrevió a visitarla e intentó en vano, con bonitas y fervorosas palabras, que ella agradecía sin admitirlas.

–...pero don Emilio de mi alma, usted vive en las nubes; usted de estas cosas entiende muy poco, porque don Emilio, estas cosas entre mujer y hombre hay que pasarlas para entenderlas...

–Morachita es que yo... –tenía el rostro como un fuego llameante.

–...es que usted en este asunto es un ser inocente, porque dígame, señor cura, si no voy a verlo me muero de pena, pero con qué cara me presento allí, cuando usted sabe que Dieguito robó unos dineros porque quería acostarse conmigo, hablando mal y pronto... ¿Y podré tener el valor de ir para decirle que toda mi vida he estado esperándolo para decirle que lo quiero y deseo con todos mis sentidos?... Tiene usted que hacer algo porque nos veamos, porque yo le hable y le vuelque mi corazón...

Don Emilio sólo pudo decir: –Eso no puede ser...; hágase la voluntad de Dios...

Pero Morachita exclamó:

–¿Voluntad de Dios? ¿Le gusta a Dios verme sufrir?

—No blasfemes, Morachita...

—...pero si Dios no permite que dos personas que siempre se han querido, sobre todo yo a él, se unan de una vez para siempre y más ahora que le hago tanta falta...

—No sigas, Morachita...

—...¡y no poder siquiera mandarle un recado..!

Don Emilio estaba aturdido, entre el estado lastimoso del Tole, que no podría articular palabras inteligibles, las constantes peticiones de la duquesa, la corriente continuada de la inmigración, el compartir con todos tantas penas, el no poder resolver conflictos, el no saber como ayudar a tantas personas que recurrían a él, le hacía tal mella que le era muy difícil rezar.

El pueblo iba cambiando poco a poco; los feligreses menguaban y aunque la iglesia se llenaba con novenas, tríduos y catequesis, él intuía que aquel fervor, tras la guerra, tenía mucho de pasajero como todas las modas.

A don Emilio le dolían las despedidas a las muchas familias que se iban a Madrid, a Barcelona, a Francia, a Alemania en busca de un trabajo. Los jóvenes marchaban ilusionados: vivir en Madrid o en Barcelona era vivir con gentes civilizadas... «¡Pobres! —pensaba don Emilio: —¡gentes civilizadas, y no saben que ellos mantienen desde siglos una civilización hermosa por apasionada y natural, la de la tierra que se deja mimar y maltratar porque la tierra es madre; y tendrán que acordarse de esto que ahora es miseria representándose un millonario de sentimientos de una profundidad insospechada».

Así lo pensaba él, con la sabiduría de la experiencia, de la observación, de mirar, de escuchar de amar en fin. El recibir las más dispares confidencias, participándole sus alegrías al encontrar un trabajo seguro y sus tristezas por la separación y alejamiento.

—...porque don Emilio, el primer año que pasé en Madrid sin la Pura y sin los dos niños fue tremendo; yo me fui solo al amparo de la casa del Leandro; dos habitaciones tenía tan solo; él había encontrado trabajo en un

jardín del Ayuntamiento para cuidar de los arriates y las plantas; al cabo de un tiempo de buscar y rebuscar me dijo: «Paco, tengo para ti un trabajo, si lo quieres tendrás que ponerte uniforme que te lo pasan también en la Alcaldía», y antes de que me explicara cual sería mi obligación le dije: «Hecho. ¿Cuándo empiezo? Mi trabajo es vigilar una parte de unos jardines muy grandes»; y recuerdo que le dije: «Gracias, Leandro, porque ya se me van acabando las poquillas pesetillas que apañé vendiendo el borrico y la yegua y estaba perdiendo la esperanza de poder mandar alguna ayuda a la familia.» El Leandro se portó muy bien; me alargó la mano y yo se la estreché y me acuerdo como si estuviera pasando en este momento lo que vino después: teníamos el potaje de garbanzos humeando encima de la mesa y los críos y la madre nos miraban como si estuvieran viendo un teatro «¡Ea, a comer que se enfría y vamos a celebrarlo bebiendo del vino que nos trajimos la última vez de Moriles», y mientras, iba llenando unos vasitos. Yo miré, ...don Emilio, que se me ponen los vellos de punta cuando recuerdo aquello, ...que yo miré las manos de Leandro cuando cogía el vaso y las tenía sucias de tierra y Pura me dijo: «No consiente lavárselas porque dice que la tierra es sagrada...», Leandro las alzó, las miró y en cada palma puso un beso que sonaron como dos chasquidos... Pura quiso quitarle leña al asunto, porque notó que de mis ojos querían saltar unas lágrimas, que me temblaba la mano en la que tenía el vaso para el brindis y que mi nuez se movía pasando saliva; ella, para que tanta emoción no se convirtiera en llanto dijo: «Leandro dice que besando las manos sucias de tierra sobra el rezar a san Cayetano bendito»; después las puso debajo del grifo.

Don Emilio los dejaba hablar sin interrumpirlos y sólo hacía alguna que otra pregunta para animar la conversación:

—¿Y desde cuándo no se lava bien las manos?

Paco sonrió y aclaró: —Son cosas, don Emilio, son cosas que se hacen según van llegando... El Leandro tiene que estar acorde con su oficio, allí no es un gañán palurdo, allí es un trabajador más del Ayuntamiento y un uniforme da cierta obligación de presentarse ante la

gente con limpieza...; pero que yo, que trabajo en el mismo parque que él, lo observo y lo noto extasiado delante de los rosales que cuida como nadie los cuidó nunca y que hasta ha recibido del jardinero jefe palabras muy bonitas, yo le he notado que hasta hablaba con las plantas como si tuviera delante a su potro Lucero, que también vendió como yo mi borrico y mi yegua, y que se agachaba para acariciar la tierra... A Leandro no le dolían los lomos en su trabajo pero es como él decía: «Me duele el alma por no ver las viñas, ni los olivos, ni los campos sembrados...» Y es verdad y yo pienso como él y como muchos que estamos fuera de Moriles, que no hay mejor y más oloroso jardín que un campo sembrado de matalauva...

Don Emilio escuchaba sin cansancio.

—...que se ríen de nosotros, don Emilio, que nos miran de otra manera de la que estamos acostumbrados entre nosotros porque se creen superiores y lo son, pero que no nos desprecien ni se burlen de nosotros...

—Paco, eso no debes pensarlo.

—¡Ojalá no fuera verdad! Hay por allí unos grupitos que nos llaman isidros; la primera vez que me llamó uno así contesté: «Me llamo Paco Pérez Ruíz para servir a Dios y a ustedes», pues la risotadas se podían oír al otro lado de Madrid; un día una señora de un grupo me preguntó la hora y contesté inocente: «Las «dose y media», al oírme todos reían y la señora fingió alarmarse diciendo: «¡Qué tarde es! ¡Las dos y media!» y yo, mosqueado, le dije: «¿Ustedes no sabéis que nosotros hablamos así?» Y más se reían; por eso desde entonces sólo contesto «Sí». «No». Y de ahí no hay quien me saque...

Todos tenían algo que contar. Con la llegada de los que trabajaban «por ahí fuera» se remozaba el pueblo. Algunos traían aires de vencedores y hasta se permitían miradas de misericordia a los que aún no se habían atrevido a salir y ver mundo, conocer gentes, vivir con desahogo; otros no ocultaban, desde el primer día, la pena de tener que volver a salir del pueblo porque soñaban con poder quedarse ya para siempre y

disfrutar de la familia, de los amigos, de los paisanos; ver los campos en la realidad; pisar la yerba; notar la crecida de un árbol; respirar el vaho de la tierra húmeda o reseca, que siempre es aroma y promesa; la tonta altanería de los jaramagos en cunetas, lindes y tejados; las presumidas amapolas; las correntonas correhuelas; las altivas madresevas... ¡Dios, qué belleza en los seres diminutos y humildes! ¿Cómo no querer dejar de oír los ruidos de sirenas, motores, máquinas, silbatos..? Y desear la música del relincho, del rebuzno o del balido. Lo deseaban con ansia; sentíanse infelices al sentir la lluvia «Esta agüita en el olivar es aceite puro». «Esta agua en los sembrados es pan seguro», y les parecía ir montados en un mulo defendidos por la rústica embreada sobre sus hombros, palpando la piel acharolada del animal, sabedores que en la casa, sencilla y humilde, le esperaba el hogar cálido.

—¡Añoranzas! —decían los que aprendieron rápidamente la palabra. — Añoranzas y debilidades; hay que tomar la vida como se presente y no hacer dengues, porque todo tiene un valor y hay que saber aprovecharlo... Algún día volveremos a Moriles a recrearnos en aquellos campos, y quien sabe si podremos ser propietarios de algún majuelo y hasta de un lagar... La esperanza es lo último que se pierde y sin ella la vida es un infierno.

Sueños, ilusiones y añoranzas.

Se habían acomodado a la vida de la urbe, al trabajo en las fábricas y a las nuevas costumbres familiares; habían nacido muchos morilenses en Castilla, Cataluña y en el extranjero; aprendían nuevas ideas, nuevas palabras y olvidarían o desconocerían las sabidas de padres y abuelos; sería en sus vidas una etapa de raíces débiles, sin color definido y llegarían los días en que la sangre grite y se imponga la vuelta a la tierra para «besarla con los ojos y con todos los miembros de sus cuerpos» porque la sangre sabe de caminos subterráneos, se calienta con el deseo y corre ansiosa de posesión.

A la vuelta no habrá que empuñar el arado, ni usar el trillo, ni el bieldo, ni la piedra del molino, ni pisar la uva; las casas serán distintas: sin cuadras ni corrales, ni cabrerizas; se pasaba de la penuria a la

holgura; de la incertidumbre de una vejez atormentada a la certeza de una ancianidad amparada por las leyes y por el posible ahorro; de las continuas incomodidades a la facilidad regalada por el progreso; del rudo trabajo del campo al...

—Don Emilio, que el trabajo siempre es duro; usted no lo comprende porque el suyo es más bien una distracción.

Al cura no le molestaban estas casi generales apreciaciones de su labor y sonreía simplemente bajando la cabeza como si pidiera perdón por su vida regalada. Don Emilio venía a ser como el padre de los primeros que emigraron a las grandes ciudades. «¡Qué viejecito está!» «Pues por ahí hay como asilos para curas..!»

Y él, al oír estas palabras se decía doliente, quejumbroso, incomprendido «¡Qué todos den en pensar como la Morachita! Si ellos, en medio del bienestar económico, sufren por no seguir viviendo en este paraíso como todos llaman a este bendito pueblo, ¿no sufriré yo también alejado de todos?» Y soñaba cada noche con países lejanos, habitaciones estrechas, soledad, oscuridad, silencio; sólo campanas; siempre campanas, quizá porque por culpa de la garrafita del aguardiente, cuando no la del vino, hacía que el sacristán no tocara a su debida hora a misa de alba; para el cura era una gran falta y tenía por tal motivo verdaderas pesadillas; a veces se despertaba sorprendiéndose con el cinturón de cuero en la mano a manera de badajo; lo contaba y los amigos se reían. «¡Valientes pesadillas las de don Emilio! ¡Cómo se conoce que no tiene preocupaciones grandes..!»

Pero cosas parecidas les ocurrían a todos aunque sus preocupaciones no fuesen grandes, por eso él, repetía lo oído a Luisa y Fernando, una pareja establecida en Cataluña que vivían ya sin «grandes preocupaciones» pues trabajando los dos mucho y gastando poco iban haciéndose de un puñado muy apetecible; así y todo...

—Lo que pasó, don Emilio, es que como muchas otras noches, soñé que estaba arando en un campo de terreno muy duro y que había que echar fuerzas para hincar la reja y entonces al empujar el arado, puse tal empeño, que mi mujer cayó al suelo al otro lado de la cama; desperté al ruido que ella hizo, encendí la luz y me la vi llorando y le pregunté: «Luisa ¿te has lastimado?», y ella me contestó llorando y riendo a la par: «Lloro porque he tenido una pesadilla, que no podía sacar agua del pozo por más fuerzas que hacía tirando de la sogá y ¡zas! me encontré un grifo...»

¡Añoranzas!

Después de sus rezos, acostumbraba don Emilio visitar enfermos desde que llegó al pueblo, entonces aldea de Los Zapateros; al principio, dada su juventud, andaba ligerito y poco a poco fue perdiendo agilidad hasta llegar a no poder andar sin la ayuda de un bastón; caminaba lento y desgarrado, tanto que de no quererlo los morilenses tanto como lo querían y respetaban, se hubiera mofado de él porque seguía siendo la «poquita cosa» que siempre fue.

Muerta Juana, su hermana, cambió radicalmente su vida por tener ya libertad y pudo desterrar de su hogar el rigor y el orden; su misión sacerdotal seguía igual de firme; su blandura la dejó para sus comidas y ropas. Se manchaba con frecuencia porque el temblor de sus manos ocasionaba el derrame de los líquidos sobre la sotana ya que casi nunca se ponía servilleta al cuello porque esa fue una de sus liberaciones: «Emilio —le ordenaba Juana— remétete la servilleta en el cuello o te la ato yo al cogote como a los niños chicos ¡hijo, que me tienes hartita de quitarte manchas!», él obedecía siempre pero la servilleta remetida le molestaba porque al pasarle la comida por el gástrico se le movía la nuez como si se le fuera a escapar y si la anudaba por detrás y apretaba el nudo, creía asfixiarse y si lo aflojaba, al comer con el bailoteo de la nuez, se la desliaba la servilleta y los chorritos que salían de la cuchara regaban la sotana.

Autoliberado del cuidado, las manchas reinaron en sus ropas, y como siempre hay almas generosas, de vez en cuando le daban un repaso a la casa y al ropero pero opinaron que allí hacía falta una mujer que ocupase el lugar de Juana, y esto era muy difícil; por todas las posibles mujeres en estado disponible para el menester caritativo y retribuido alegaban que el cura era un hombre y hasta una, un poquito deslenguada se atrevió a ironizar: «No, no, no; para que luego hablen de mí...»

—...Don Emilio, usted no puede vivir solo y menos si se pone malo ¿quién lo iba a cuidar? Le aseguro que cuando esté en el convento de capellán, iremos a visitarlo y le llevaremos pestiños, tortitas de manteca y todo lo que podamos... Si usted, por fin, se decide a arrancar, desde ahora mismo salimos de aquí, vamos a su casa a prepararlo todo y en dos días estará usted con las monjas y no le va a faltar nada.

Merendaban en la casa de la Presidenta de una Hermandad religiosa, donde varias feligresas se habían dado cita para ultimar el caso, Don Emilio no había llegado aún a probar el café tan dulcesito que le habían preparado, escuchándolas como si lo que hablaban lo escuchase por primera vez.

—No me va a faltar de nada —musitó.

—¡Ni gloria, don Emilio, ni gloria... Conque hoy es miércoles y el domingo la Misa de despedida, que aunque lo sentimos todo el pueblo, porque todos lo queremos, nos alegrará saber que va usted a estar servido a cuerpo de rey.

—...el domingo..., el domingo...

Don Emilio soltó el tazón de café con el contenido intacto y sin mediar una sola palabra, sin despedirse siquiera con un ademán, salió de la casa.

—Va llorando...

—Es más terco que una mula...

—Pero si cae malo ¿quién cuidará de él?

—Andando va para su casa...; parece que se puede caer...

Tole pasaba la tarde a la puerta de la casa sentado en un sillón, justamente en el sillón de brazos y madera de olivo al que muchos años atrás, cuando él era un zagalón lleno de fuerza, había arreglado cambiándole algunos palos rotos por otros nuevos. «Buen carpintero podías ser, Tole», le había elogiado don Diego; eso fue en un día de lluvia de esos de «no parar el agua» en que forzosamente había que quedarse dentro de la casa y ocuparse en limpiar a fondo las estancias y en revisar y arreglar «cuatro cosillas» además de los aparejos, serones, capachos, herramientas... María Victoria andaba de un lado para otro, estorbando en todas partes, según decía Dolores; la señora madre no salió de su habitación y desde abajo se la oía toser, como se oían golpear las canales; el Rubio (¿qué habría sido del Rubio que trabajaba la huerta en aquella época? ¿viviría? ¿habría emigrado?) cantando por lo bajito

Agua menudita llueve
pronto caerán las canales
ábreme la puerta, nena
que soy el que tú sabes.

El Rubio siempre estaba cantando; para él no existían penas y continuamente decía: «Yo no envidio a nadie, ni siquiera a los que saben cantar bien, porque me conformo con mi poquita voz». ¿Por qué recordar detalles de entonces? A Tole le bastaría con mirar a sus nietos pero era lógico que el sillón le recordara su infancia; que la alberca que tenía enfrente le trajese la visión de María Victoria bañándose a la luz de la luna; a su derecha, las cuevas de los gitanos y el camino para la huerta del Arroyo, donde vive casi siempre Morachita. «¿Sabrá ella que él está allí? ¿sabrá que por fin encontró una familia y una casa en su propio pueblo donde espera tranquilo la muerte? ¡Bah, la gente de dinero no se acuerdan de los pobres ni quieren acordarse los que antes lo fueron!».

La Morachita apenas es nombrada en la casa, salvo algún gañán al hablar con la vieja Dolores:

-La duquesa se lleva a don Emilio a un convento y mandará al Obispo que nombre a otro cura para la Parroquia de Moriles; dicen que para que

descanse, ¿qué te parece, Dolores? ¡descansar! por los sesenta años ando ya y estoy «jalando de la carreta hasta que se rompan las varas...»

—No te quejes, Joaquín, que tú eres fuerte y has encontrado trabajo sin tener que salir fuera del pueblo como tantos otros...

Tole iba sabiendo de todos los paisanos que tuvieron que emigrar y sentía con ellos que el corazón se le cuarteaba; nacerían otros paisanos fuera del pueblo que no sabrían de amaneceres, de gorgoros, de perfumadas y cariciosas brisas; del suspirar de la tierra al ser pisada o surcada por algún animalillo; la yerba naciendo con olor a honradez, a promesa, a ilusiones y que convierte en diamantes al rocío a la salida del sol; la música del cañaveral, la del arroyuelo, la de los árboles...; todo eso lo había sentido Tole fuera de Moriles, pero no era igual.

Que volvieran de Cataluña, de las Baleares, de Francia, de Madrid, de Bilbao y eran como avaros queriendo ver, palpar, escuchar a los animales en los corrales, en las cuadras, en la calle; les brillaban los ojos con envidia a ellos que parecían satisfechos de su holgura económica, y estaban despojados de ternuras antiguas, de las que ablandan el corazón y dan paso a las lágrimas dulces al contemplar una espiga granada, un olivo preñado de frutos, un pámpano atrevido, una parra, una higuera, un naranjo, un lampazo, un rosal, un geráneo...; y ver como desaparecen las estrellas y a la noche volverlas a ver naciendo una a una; el olor a tahona y a cuadra; a alhucema y a cirio; a frutas y a colmena...; el paisaje, el perfume que cada emigrante guarda en los hondones de su ser.

Tole fue un adelantado de la emigración.

Tole sabía eso y mientras recordaba, acariciaba la cabeza de Yodo y montaba en sus rodillas al travieso y cariñoso nieto...

¿Podría saber María la Tuerta, que su hijo al fin era feliz porque se sentía respetado y querido?

Frasquitasí llevaba un buen rato levantada preparando los trabajos del día; siempre fue la primera en levantarse —«Cuando bajo a ordeñar a las cabras, todavía brillan las estrellas en el cielo»; se ufanaba de sus madrugones voceándolos a los cuatro vientos advirtiéndolo: —

«No hago ni un ruidito; bajo la escalera casi a tientas y ni me atrevo a respirar fuerte para que podáis seguir roncando».

Frasquitasí no adivinaba que Morachita estaba ya despierta antes que ella ¿cómo iba a saberlo si la Morachita no decía que pasaba muchas noches desvelada, sobre todo desde que Tole había vuelto? Ni que sentía los pasos sigilosos de la casera y el pequeño sonido de la trébede al ser arrastrada en la chimenea, el chasquido de los leños al prenderles las llamas, el aspaviento del gallinero cuando entraba en el corral (se figuraba la cabeza altiva del gallo como una interrogante desdeñosa «¿Qué hace esta mujer levantándose antes de que yo cante?»), el crujir del ramaje seco, las palabras cariñosas a Blanquita (la cabra preferida «¡Qué tetitas tan llenas, Blanquita! ¡Acércate que te vacíe y puedas descansar! ¡Blanquita, que eres una mina..!» ¿Qué haría el animal?, pues separar las patas y agradecer con una topadita); el piar de los pájaros y la música de sus vuelos; el perro permanecía callado sabiendo su obligación pero luego a medida que se iban vaciando las camas ladraba fuertemente; para entonces el sol se había volcado sobre el monte de Aras rociándolo de oro.

Morachita pasaba malas noches siempre pensando en Tole, su amor, el único hombre a quien ella quiso desde niña y que deseó de mujer; toda una vida esperando tenerlo a su lado, sin importarle los años pasados; adorarlo ahora que lo tiene tan cerca, su deseo ha crecido y el corazón se le hinchó de ternuras; caminar juntos hasta la muerte, plenamente feliz a las claras del día, sin tapujos, sin sombras, sin inquietudes de conciencia, sin esos remordimientos que le atormentaban cuando recordaba las recomendaciones de don Emilio: «La mentira es cosa muy fea y la mentirosa no puede dormir tranquila», ¡cuántas noches tuvo que tomar pastillas para poder descansar! «¡Ya estás con el insomnio?», le preguntaba Antonio cuando la sentía moverse nerviosa en la cama y él mismo le acercaba la medicina y el agua para tomarla y siempre se lamentaba: «Todo eso es porque no tenemos niños y siento Morachita ser yo el culpable»... Se tomaba la pastilla en silencio ¿cómo

iba a decirle que no podía dormir pensando en qué sería de Tole? ¿Por dónde andaba? ¿A cuántas mujeres les entregaba sus caricias haciéndolas gozar como ella gozaba y a la vez sufría mientras su cuerpo palpitaba respondiendo al deseo imperioso y cruel de que fuera el cuerpo de Tole y no el del duque el que se comunicaba con el suyo?; toda su vida de mujer apasionada torturada por el disimulo.

Casi desengañada, falta de esperanza y acomodada a su nueva vida de viuda millonaria, decidió aplastar sus deseos y dedicarse a hacer el bien; la almáciga que nació cuando la catequesis de su infancia retoñó con violencia y fue adornando su vida; pasada la guerra, persistiendo la interrogante de la existencia de Tole, quiso olvidarlo, pero cada noche rogaba a Dios «porque donde quiera que esté sea feliz aunque lo sea con otra mujer»; muy dentro de ella vacilaba una lucesito de esperanza: «Algún día volverá al pueblo, algún día...» y había preparado en la huerta del Arroyo habitaciones para él «porque no era decente utilizar las mismas de Antonio»; reformó la casa con esa tenue ilusión: «Algún día volverá al pueblo...»

Ha vuelto. Lo ha visto. No lo ha reconocido.

Aquel mendigo que estaba en Los Claveles con un perro sarnoso cuajado de pulgas, aquel «pobre de pedir, sucio y viejo era él», ¿por qué no se movió su corazón como un motor loco? ¿qué es eso de la voz de la sangre o los efluvios del amor?

Tal vez si ella le hubiera mirado a los ojos... No los miró ¿para qué? ¿para ver en ellos la desesperación del que solo sabe de soledad, abandono, indiferencia, recelo? Era uno de tantos «pobres de pedir».. ¿De pedir la limosna de pan solamente? De pedir atención, de una mirada, de una palabra, de una sonrisa; no le miró a los ojos y prestó en cambio atención al chucho, porque no mirando al hombre su corazón no se alteraría por la miseria... ¡y quería dedicar su vida a hacer el bien! ¡perdió la ocasión de ver en el pobre a un hermano! Una y mil veces se reprochó su indiferencia pero quiso encontrar disculpas: «...yo no quiero mirar las cunetas aunque estén rebosantes de flores porque

me veo en aquella mañana en que unos arrieros destrozaron mi cuerpo con su lujuria en una cuneta de la carretera de Montilla donde había cardos borriqueros, pitas, correhuelas, escarabajos, lagartijas y un batallón de avariciosas hormigas...; ¡si hubiera mirado a los ojos de aquel mendigo, habría encontrado a Tole; me lo tengo merecido porque sabiendo, como sé, el olor de la pobreza y el rechazo de las gentes, no debo hacer tantas «buenas obras» que halagan mi vanidad cuando oigo «¡Qué caritativa es la duquesa, Dios la bendiga!» Y Dios me bendice porque Él es bueno... ¡Sí, Él es bueno aunque no me haya concedido lo que más he deseado y deseo, vivir junto a Tole, ahora viejo, enfermo, pobre y sin poder hablar, que yo lo cuidaría como al hijo que él sí me hubiera dado... ¿Qué va a ser de mi vida ahora? Te prometo Señor... Pero no puedo prometer nada sin tu ayuda... Viviré con la esperanza de que un milagro nos vuelva a poner otra vez frente a frente y entonces le miraré a los ojos, lo abrazaré con ternura de madre y le diré: – «Ya puedo esperar en paz el fin de mis días».

Las campanas de la iglesia comenzaron a sonar: el Angelus; Morachita lo rezó sin abrir los ojos porque estaba rendida de dar vueltas en la cama y cerrados los ojos quizá pudiera dormir algún ratito; las campanadas continuaron y ella se alarmó porque eran dobles de agonía avisando a los vecinos que un morilense estaba en aquella hora «entregando su alma a Dios».

¡Sería Tole el moribundo?

–¡Frasquitasí! –llamó angustiada desde lo alto de la escalera.

Y la casera que salía de la cocina secándose las manos en el delantal, muy apurada por la llamada preguntó:

–¿Te ocurre algo?

–Han tocado una agonía, ¿contaste los toques? ¿Es agonía de hombre o de mujer?

–De mujer; se estará muriendo Angelilla la Loca que ayer se puso muy malita –quiso tranquilizar a Morachita y siguió: –Cada día que pasa se le nota la mejoría a Tole aunque sigue sin poder hablar

claro y sólo se le entiende el nombre del perro.; ¡y lo que son los animales de cariñosos, que el suyo no se separa de su lado...! Es muy temprano y supongo que te volverás a acostar o ¿quieres que te prepare el desayuno?; ahora mismito acabo de hervir la leche... ¿es hoy cuando vienen las monjas para lo de don Emilio?

—Vendrán mañana.

—¡Y qué bien lo va a pasar el cura en el convento de las monjas, cuidado como un rey! ¡Y que él se lo merece, que es muy rebueno y que no tiene a nadie en el mundo! ¡qué si no fuera por ti que tienes un corazón de oro...!

—Yo a don Emilio siempre lo quise y él para mí ha sido mi padre...

Don Emilio llevaba mucho tiempo, después de terminada la Misa, orando ante el Sagrario; no quería ir a la casa, aunque sabía que lo estaban esperando sus leales feligresas con un succulento desayuno; cuando por fin se decidió entró diciendo:

—Es que las despedidas son muy tristes... ¡la pobre Angelilla...!; le decían la Loca pero estaba muy cuerda sino que la vida no ha sido fácil para ella... —y añadió mirando con tristeza a su alrededor: —Ni para otros pero... —inició una sonrisa— no es día de penas teniendo delante este banquete ¡hasta sopáipas me habéis preparado..!

—Eso ha sido idea de Encarnación que preparó la masa y las acaba de freír y enmelar ahora mismito...

Cuando al fin se quedó solo en la casa no pudo contener la emoción y soltó un chorro de lágrimas. Para él eran demasiadas emociones, despedidas, regalos, niños, hombres, viejos; creyentes y ateos; indiferentes y devotos...; él se reconocía cobarde y no podía dominar su pena; mejor hubiera sido salir del pueblo en silencio como había entrado en aquella lejana mañana, montado en un burro al lado del carro donde su madre y Juana iban sentadas como parte de los enseres de su ajuar; pararon junto a la capilla y el cementerio que entonces estaban en el centro del lugar; cuando la aldea pasó a ser pueblo, el cementerio

fue trasladado a las afueras y si antes estuvo rodeado de casas, ahora lo era por viñas, olivares y eras; también se cerró la capilla y se construyó la iglesia; estaba rezando cuando oyó que alguien preguntaba por el «señor cura párroco»; salió de la capillita para saludar a un apuesto y joven caballero que hacía ademán de besarle la mano y él en su aturdimiento no supo dársela a besar y sentía que la sangre se le agolpaba en la cabeza y hasta le pareció que el corazón le sonaba como una campana destemplada; el caballero dijo: «Soy Diego Rodríguez; he sido seminarista y vengo a ofrecerme para todo; vivo con mi madre y mi hermana en la huerta de Los Granados» –Sólo pudo contestar: – «Gracias y que Dios se lo pague». Desde entonces fueron amigos y comenzó a llamarlo en la intimidad curilla.

Y eso había sido siempre, un curilla, un zapatero primero y un morilense más, cuando nació Moriles. Y el Moriles que al principio era como un niño balbuciente, fue poco a poco creciendo en tamaño y conocimientos hasta llegar a ser un pueblo respetado y tenido en cuenta en los avances del saber; lo pregonaban sus bodegas; lo honraban sus hijos; y lo lloraban los que se vieron obligados a emigrar para trabajar en otras tierras.

Todo cambió: el progreso entró en el pueblo descubriendo la sabiduría latente del labriego; escritores, poetas, pintores, músicos y siempre artistas lo han recibido con naturalidad, como acostumbran a recibir el sol cada día y los cambios del cielo, –¿fatalismo, conformidad, indiferencia?– una línea de vida y de adaptación es una nueva virtud y esta virtud ha hecho que cada morilense absorba nuevas culturas enriqueciéndose a la par sin dejar de pensar en la vuelta al paraíso.

Él seguía siendo un curilla que no supo avanzar para ponerse al nuevo nivel de sus feligreses; que sólo atesoraba un inmenso cariño por Moriles en sus gentes, en sus tierras, en sus animales; le engloriaba ver pasar por las calles caballos, mulos, borricos, bueyes, piaras de cerdos, piaras de cabras y perros de caza y oír el canto de los gallos en los corrales...; cada vez menos animales y cada vez más coches y tractores; hasta desaparecieron los candeluchos de las viñas y las músicas de las

flautitas de caña de los «viñaos» que las habían sustituido por las radios que cada uno llevaba como acompañante.

Todo iba cambiando: las casas, las calles, las plazas; las primeras, confortables; las segundas, pavimentadas y las plazas..., con árboles pero no aquellas acacias que perfumaban tanto...

«¡Ay, Emilio! Lo pasado pasó y lo presente es bueno... ¿bueno? ¿y la emigración no es una sangría que no deja de doler? ¿para quién es bueno? Para mí, no, que también tengo que emigrar...; mañana es el día señalado para mi salida de este bendito pueblo y me siento avareado como un olivo y como si me dieran zurriagazos por la espalda... Y todos a decir, «¿qué bien lo van a cuidar en el convento: su iglesita, sus misas, novenas, tríduos y rosarios...; su buena comidita y siempre muy limpio; su cuartito como un santuario; su huertecito; su jardincito..., pero no en Moriles sino en Lucena, un pueblo estupendo y muy mariano...»

...pero él quería seguir en Moriles con las penas y alegrías de sus feligreses, rezando por los que se iban y por los que quedaban, conociendo de todos sus virtudes y sus flaquezas...

¡Sus flaquezas! ¿Qué estará haciendo el sacristán que no lo veía desde que «dio las ánimas»? Todas las noches lo acompañaba un ratico, escuchaba la lectura de la vida del santo del día y después se marchaba a su casa a dormir para volver a las seis de la mañana para tocar «al alba». Esta noche volvió pero no quiso escuchar la lectura correspondiente...

—¡Qué no, don Emilio, que no!; que los santos eran muy exagerados; que la vida tiene muchas cosas buenas que ellos ni siquiera cataron...

—¿Hombre, no digas barbaridades!

—¿Barbaridades, yo? ¡Barbaridades lo que ellos hacían, digo lo que ellos no hacían...

—¡Cállate!, que parece que...

No lo dejó terminar: —¿Borracho yo? ¿Yo borracho? ¡Qué no, don Emilio, que no, que yo desde aquella vez que tuve mi estómago disgustado tantos días, apenas lo pruebo..! Lo que pasa es que esta

tarde tuvimos el entierro de Angelilla la Loca y luego las beatucas que parece que han perdido los estribos; luego las monjas y la duquesa; luego arreglando la sacristía; luego... ¡bueno, luego lo que usted y yo sabemos! ¡ea!... Y no quiero que me lea nunca más vidas de santos porque no los voy a imitar y ahora mismito me voy a la bodeguita de mi compadre Paco, porque, don Emilio, usted lo dice todos los días delante del altar y aunque lo hace en latín yo sé que dice «el vino alegra el corazón del hombre» y me voy a darle esa alegría a mi corazón...

¿Dónde estaría el sacristán? ¿en la bodeguita del compadre Paco durmiendo la mona o en su casa con su mujer y sus hijos?

Había que informar al nuevo párroco de la honradez y suficiencia del sacristán y de sus aficiones a visitar lagares, bodegas y tabernas. Aquella noche bebería para olvidar porque toda despedida entraña un desgarró...

Pero seguiría viviendo en Moriles y no emigraría como el cura...

En el corral de los vecinos, junto a los muros de la sacristía, un gallo lanzó al aire su voz y apenas le respondieron otros porque casi no había ya corrales como aquellos al reformar las casas.

A don Emilio le bailó de gozo su corazón, en aquel quiquiriquí estaba implícita toda una vida de pequeñas granjas domésticas y familiares; recordó a Diego cuando lo llevaba al corral de la huerta para recoger el huevo que una gallina anunció con su cansino cacareo:

«Anda, curilla, hazle un agujero en cada lado (ya lo había recogido del ponedero y con la navaja lo agujereó) y te lo sorbes, que dicen que así, acabadito de poner el huevo, todavía caliente tiene más alimento», y él sorbía el huevo con olor a plumas, gallinaceas y paja.

Es tarde y hora de dormir, según ha dicho el gallo de la vecina; en la mesilla está el vaso de leche que Encarnación misma le trajo al anochecer «Don Emilio, ordeñé la cabra cuando vino del

campo; está hervida y tiene ya el azúcar, para que se la beba antes de dormir».

Antes de dormir ¿Cuándo iba a dormir? Aún no se había quitado la sotana ni los zapatos nuevos que le habían regalado Pepillo José y Lorenza y que le apretaban los juanetes produciéndole un dolor constante y agudo al que no quería hacer caso porque él sabía sufrir los dolores del cuerpo, pero cuando oía la palabra emigrante le dolía «el alma» con fiereza; tenía que conformarse con lo que Dios había dispuesto para él...

«¿Dios o la Morachita? No blasfemes, Emilio, nada se mueve sin la voluntad de Él...»

Y esa Voluntad que tenía que acatar con mansedumbre no conseguía admitirla; si la Morachita fue inspirada para hacer una buena obra, bien pudo hacerla de otra manera, de forma de quedarse allí recogido o en los alrededores, en un oratorio de alguna finca, o en Los Monjes que había comprado a doña Clara, o en Las Navas...

«No, no Emilio; sueñas... Lo que tú quieres y te escondes a ti mismo no es el asunto de la emigración como tú lo llamas, porque si bien es verdad que te duele arrancar de Moriles, porque te parece que aquí has nacido y que hasta fuiste concebido, la verdad es otra...; confiésatelo, no andes con tapujos ante tu propia conciencia, tú lo que sientes es tener que dejar de ver a la Morachita ¡confiésatelo con valentía que a Dios no puedes engañarlo..!»

«De rodillas, Señor, sí de rodillas, o tendido en el suelo como un gusano... Pero yo, Señor he querido siempre agradarte y creo que es posible que a veces lo haya conseguido...; he tenido tentaciones de todas clases y sabes que siempre recurrí a Ti; sabes lo que me martiriza el confesionario y cumplo como puedo; sabes que por haberme hecho persona desgarrada, fea, raquítica, tan poquita cosa, he podido evadirme del asedio de hembras; mi tentación mayor es la gula, tal vez Señor, porque me hiciste nacer en un medio miserable donde el hambre reinó en todas las épocas; que a Juana le pasaba igual y que sólo

viendo en ella la fealdad del ansia por la comida, fui corrigiendo mis apetitos hasta hacerme insensible a los dulces manjares; la pereza nunca fue mi compañera y aún ahora que por la vejez tengo falta de fuerzas, nunca dejo tus servicios; sabes también que si tengo un radio es porque me la regalaron los feligreses, que yo nada material poseo ni deseo, tal vez por vivir tan cerca de tantos pobres que nada tienen; sí tengo que confesarte que a veces la envidia me roe el corazón y entonces acudo a Ti enseguida porque si sólo envidiara a los pájaros que pueden volar hacia Ti, a las flores que pregonan tu Belleza, a los riachuelos que van seguros y sin dilaciones a sus caminos, a esa Laguna Grande que puede reflejar las estrellas, a la espiga granada que grita victoriosa tu Riqueza, a la yerbita, a la piedrecita, al gusanito que no saben de envidias, entonces, cuando me doy cuenta, me entra tristeza porque yo no tengo la inocencia de todo cuanto te he nombrado y esa tristeza sé que es pecado porque yo tengo sobre ellos el poder dirigirme a Ti y ellos no ¿acaso ellos..? ¡Oh, Señor, perdóname porque todo lo que te digo es para apartarme de lo principal; de que yo creo haber cumplido con más o menos trabajo y siempre con tu ayuda y la de tu Madre, la misión que me encomendaste; que por las grandes preocupaciones, trabajo y pobreza de cuerpo no he deseado mujer alguna y que cuando por circunstancias especiales me han asaltado pecaminosos pensamientos me los he sacudido hasta con violencia, pero ahora.., ahora, Señor, ahora sabes que no me lavo esta mano porque ella me la besó esta mañana y pienso que me será muy difícil, aunque me la lave, dejar de sentir el dulce calor de su boca en mi piel y que no sé si podré officiar mañana la Misa, conociendo que soy sacrílego... Sabes que sueño con tenerla en mis brazos y no como niña sino como mujer..; sabes que me recreo en el recuerdo y en revivir situaciones de inocencia en ella y de pecado en mí..; sabes que cuando me separen de ella moriré de tristeza.., y si Tú sabes todo esto de mi carne ¿me perdonas? ¿me perdonas aunque no me arrepienta de quererla y desearla..?

En el suelo estaba abrazado a un crucifijo; vestía la sotana y calzaba los zapatos nuevos.

Encarnación y su esposo que vivían enfrente se habían levantado por costumbre al amanecer y al notar que en el cuarto de don Emilio seguía encendida la luz, dijo ella:

—Pepe, vamos a ver a don Emilio que tiene ya la puerta abierta porque no la ha cerrado en toda la noche; subes tú por si tiene que bajar la maleta y yo preparo mientras el desayuno.

Pepe y Encarnación fueron los primeros en enterarse, le ordenó:

—Ve a por el médico y por el sacristán.

El médico dijo que llevaba varias horas muerto y que debían doblar las campanas para que el pueblo se enterase.

Lo del sacristán fue más difícil; el tal no había ido a su casa en toda la noche y tuvieron que zarandearlo para que despertara al encontrarlo sentado en un poyo adosado a la pared de la calle de la bodeguita del compadre Paco.

Por fin, consiguió llevarlo a la iglesia y poniendo en sus manos la sogá pendiente del badajo de la campana, le ordenó mientras lo sostenía para mantenerlo de pie:

—Que dobles, que dobles, que don Emilio ha muerto; que dobles, que ha muerto don Emilio...

El sacristán, sin dejar de tambalearse, dijo:

—¿Qué don Emilio ha muerto?... ¿Qué don Emilio ha muerto?...

¡Don Emilio era un ángel, un ángel..!

Y súbitamente despejado, comenzó un clamoroso repique de gloria.

Venían de pasear. Los andares eran lentos; los cuerpos dóciles a la humillación de las espaldas; los cabellos que fueron rubios como

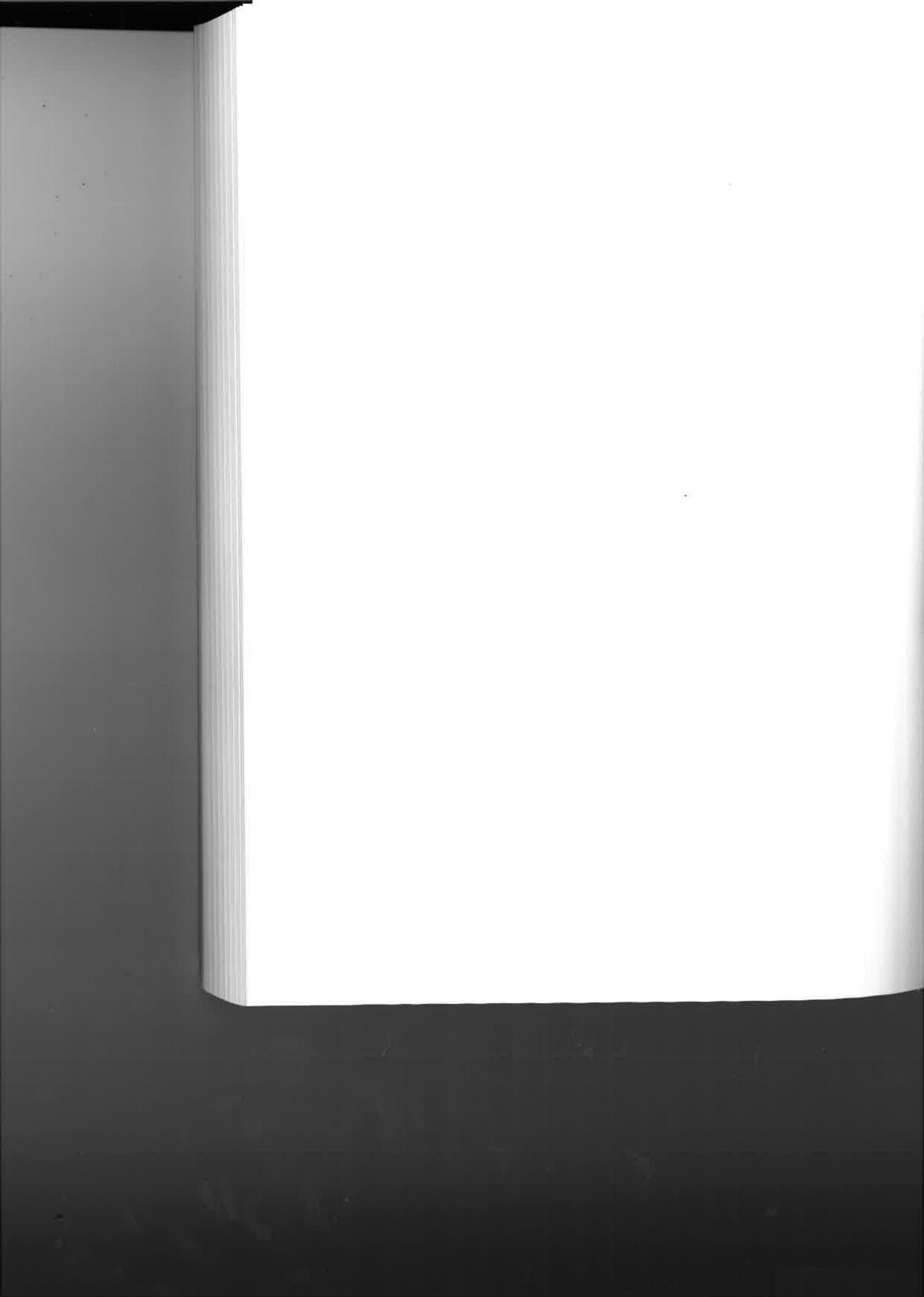
Paula Contreras

el oro se habían vuelto blancos; los que fueron oscuros y sedosos también eran blancos y rebeldes; Rosita nunca pudo presumir de bien peinada; ella y Antoñita venían de pasear por el pueblo.

Eran los fantasmas de Los Zapateros y el espíritu de la antigua aldea, flotaba en el ambiente como un vaho de mariposas grises.

Puerto Real,
Grazalema
1994–1995.





MORILES –Trazos de su Historia–.
NOVELA

PROLOGO.....	3
LA HUERTA DE LOS GRANADOS.....	9
DICHOSA LA EDAD DEL TROMPO Y LA MUÑECA.....	29
DON EMILIO EL CURA.....	61
EL CRECIMIENTO.....	97
LAS NIÑAS.....	149
18-VII-1936 ——— 01-IV-1939.....	207
ÉXODO RURAL.....	209

